

Esoterismo Tradicional

Por Alejandro Hortix

Nota del traductor:

Esta traducción se realizó en 1991 para Editorial Grupo 88 a petición de Isidro Palacios. Cuando el libro estaba próximo a estar traducido, la editorial quebró y la traducción quedó en el cajón. Luego Editorial Harakles tradujo y editó en Argentina esta misma obra en 1996. Ahora presentamos la segunda parte del "Rivolta..." traducida de la primera edición francesa, tal y como la dejamos en 1991: se han omitido las palabras en alfabeto griego. Así mismo, no se ha realizado la corrección ortográfica ni de estilo, por lo que es posible que puedan ir apareciendo errores de este tipo que agradeceríamos se nos comunicada a fin de mejorar esta edición electrónica.

SEGUNDA PARTE

GENESIS Y ROSTRO DEL MUNDO MODERNO

"El Sabio conoce muchas cosas - prevé los acontecimientos, la decadencia del mundo - el fin de los Ases"

(Völuspa, 44)

*"Os revelaré un secreto. Ha llegado el tiempo en que el Esposo coronará a la Esposa. Pero ¿dónde está la corona? **Hacia el Norte...** Y ¿de donde viene el Esposo? Del Centro, donde el calor engendra la Luz y se dirige hacia el Norte... donde la Luz se vuelve resplandeciente. Pero ¿qué hacen los del Mediodía? Se han adormecido en el calor; pero despertarán en la tempestad y, entre ellos, muchos se aterrorizarán hasta el punto de morir"*

J. Boehme (Aurora, II, XI, 43).

El método adoptado en la primera parte de esta obra presenta, en relación al que seguiremos a partir de ahora, una diferencia que interesa poner de manifiesto.

En la primera parte nos hemos situado en un punto de vista esencialmente morfológico y tipológico. Se trataba ante todo de extraer, a partir de testimonios diversos, los elementos que permitieran precisar mejor en lo universal, es decir, suprahistóricamente, la naturaleza del espíritu tradicional y de la visión tradicional del mundo, del hombre y de la vida. No era preciso, pues, examinar la relación existente entre los datos utilizados y el espíritu general de las diversas tradiciones históricas de las que dependen. Los elementos que, en el conjunto de una tradición particular y concreta, no eran conformes con el puro espíritu tradicional, podían ser ignorados y considerados como carentes de influencia sobre el valor y el sentido de los otros. No se trataba tampoco de determinar en que medida algunas posiciones e instituciones históricas eran "tradicionales" en el espíritu, o solamente en la forma.

A partir de aquí nuestro propósito varía. Consistirá en seguir la dinámica de las fuerzas tradicionales y antitradicionales a través de la historia, lo que excluye la posibilidad de aplicar el mismo método, a saber, aislar y valorizar, en razón de su "tradicionalidad" algunos elementos particulares en el conjunto de las civilizaciones históricas. Lo que contará en el futuro, y constituirá el objeto específico de este nuevo enfoque, será, por el contrario, el espíritu de una civilización determinada, el sentido según el cual han actuado de forma concreta **todos** los elementos comprendidos en su interior. La consideración **sintética** de las fuerzas reemplazará al **análisis** tendiente a desgajar los **elementos válidos**. Se tratará de descubrir la tendencia "dominante" en los diversos complejos históricos y determinar el valor de sus diferentes elementos, no en lo absoluto y lo abstracto, sino teniendo en cuenta la acción que han ejercido sobre tal o cual civilización contemplada en su conjunto.

Mientras que en la primera parte, hemos procedido a una integración del elemento histórico y particular en el elemento ideal, universal y "típico", se tratará pues, de ahora en adelante, de integrar el elemento ideal en el elemento real. Más que recurrir a los métodos y resultados de la historiografía crítica moderna, esta integración se fundará esencialmente, como en el primer caso, en un punto de vista "tradicional" y metafísico, y sobre la intuición de un **sentido** que no se deduce de los elementos particulares, sino que se presupone y a partir del cual se puede comprender y medir su

2

valor orgánico así como el papel que han podido jugar en las diferentes épocas y en las diversas formas históricamente condicionadas.

Podrá suceder, pues, que aquello que se ha omitido en la primera integración figure en un plano destacado en la segunda, y otro tanto de forma inversa; en el marco de un civilización dada, algunos elementos podrán ser puestos de relieve y considerados como decisivos, mientras que en otras civilizaciones, donde también se dieron, deberán ser abandonados y considerados como carentes de interés.

Para cierta categoría de lectores estas precisiones no serán inútiles. Contemplar la Tradición en tanto que historia tras haberla contemplado en tanto que supra-historia, comporta un desplazamiento de la perspectiva; el valor atribuido a los mismos elementos se modifica; cosas que estaban unidas se separan y otras que se encontraban separadas se unirán, según las fluctuaciones de las contingencias inherentes a la historia.

LA DOCTRINA DE LAS CUATRO EDADES

Mientras que el hombre moderno, en una época reciente ha concebido el sentido de la historia como una evolución y la ha exaltado como tal, el hombre de la Tradición tuvo conciencia de una verdad diametralmente opuesta. En todos los testimonios antiguos de la humanidad tradicional, se encuentra siempre, bajo una u otra forma, la idea de una regresión, de una "caída": de estados originarios superiores, los seres habrían descendido a estados cada vez más condicionados por el elemento humano, mortal y contingente. Este proceso involutivo habría tenido su origen en una época muy lejana. El vocablo **ragna-rökk**, de la tradición nórdica, "obscuramiento de los dioses", es quizás el que caracteriza mejor este proceso. Se trata de una enseñanza que no se ha expresado en el mundo tradicional, de una manera vaga y general, sino que, por el contrario, ha sido definida en una doctrina orgánica, cuyas diversas expresiones presentan, en amplia medida, un carácter de uniformidad: la **doctrina de las cuatro edades**. Un proceso de decadencia progresiva a lo largo de cuatro ciclos o "generaciones", tal es, tradicionalmente, el sentido efectivo de la historia y en consecuencia el sentido de la génesis de lo que hemos llamado, en un sentido universal, el "mundo moderno". Esta doctrina puede pues servir de base a los desarrollos que seguirán.

La forma más conocida de la doctrina de las cuatro edades es la que reviste en la tradición greco-romana. Hesíodo habla de cuatro edades que sucesivamente están marcadas por el oro, la plata, el bronce y el hierro. A continuación inserta entre las dos últimas una quinta edad, la edad de los "héros", que, tal como la contemplamos no tiene otro significado que el de una restauración parcial y especial de un estado primordial⁽¹⁾. La misma doctrina se expresa, en la tradición hindú, bajo la forma de cuatro ciclos llamados respectivamente **satyâ-yuga**, (o **kortâ-yuga**), **tetrâ-yuga**, **vâpara-yuga** y **kali-yuga** (es decir "edad sombría")⁽²⁾, al mismo tiempo que mediante la imagen de la desaparición progresiva, en el curso de estos ciclos, de las cuatro patas o fundamentos del toro símbolo del **dharma**, la ley tradicional. La enseñanza irania es similar a la helénica: cuatro edades marcadas por el oro, la plata, el acero y una "aleación de hierro"⁽³⁾. La misma concepción, presentada en términos prácticamente idénticos, se encuentra en la enseñanza caldea.

¹ HESÍODO, **Op et Die** vv. 109, sigs.

² Cf. por ejemplo **Mânavadharmashastra**, I, 81 y sigs.

En una época más reciente, aparece la imagen del carro del universo, cuádriga conducida por el dios supremo y arrastrada en una carrera circular por cuatro caballos representantes de los elementos. Cada edad está marcada por la superioridad de uno de estos caballos que arrastra a los otros, según la naturaleza simbólica más o menos luminosa y rápida del elemento que representa⁽⁴⁾.

La misma concepción reaparece, aunque modificada, en la tradición hebraica. En los Profetas, se habla de una estatua espléndida, cuya cabeza es de oro, el torso y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, y finalmente las piernas y los pies de hierro y arcilla: estatua cuyas diferentes partes, así divididas, representan cuatro "reinos" que se suceden a partir del reino del oro del "rey de reyes" que ha recibido "del dios del cielo, poder, fuerza y gloria"⁽⁵⁾. En Egipto, es posible que la tradición, referida por Eusebio, relativa a tres dinastías distintas, constituidas respectivamente por dioses, semidioses y manes⁽⁶⁾, corresponda a las tres primeras eras, las de oro, plata y bronce. Se puede considerar como una variante de la misma enseñanza las antiguas tradiciones aztecas relativas a los cinco soles o ciclos solares, de los que los cuatro primeros corresponden a los elementos y donde aparece, como en las tradiciones euro-asiáticas, las catástrofes del fuego y del agua (diluvio) y las luchas contra los gigantes que caracterizan, como veremos, el ciclo de los "héroes", añadido por Hesiodo a las otros cuatro⁽⁷⁾. Bajo formas diferentes, y de una forma más o menos fragmentaria, el recuerdo de esta tradición se encuentra igualmente entre otros pueblos.

Algunas consideraciones generales no serán del todo inútiles antes de abordar el examen del sentido particular de cada período. La concepción tradicional contrasta en efecto de la manera más neta con los puntos de vista modernos relativos a la prehistoria y al mundo de los orígenes. sostener, como se debe tradicionalmente hacer, que haya existido, en el origen, no el hombre animalesco de las cavernas, sino un "más que hombre", sostener que haya existido, desde la más alta prehistoria, no solo

³ ⁰Cf. F. CUMONT, **La fin du monde selon les Mages occidentaux (Rev. Hist. Relig.**, 1931, nn. 1-2-3, pags, 50 y sigs.).

⁴ ⁰Cf. DION CHRYSOST., **Or.**, XXXVI, 39 y sigs.

⁵ ⁰DANIEL, II, 31, 45.

⁶ ⁰Cf. E.V. WALLIS BUDGE, **Egypt in the neolithic and archaic periods**, London, 1902, v. I, pag. 164 y sigs.

⁷ ⁰Cf. REVILLE, **Relig. du Mexique**, cit., pag. 196-198.

una "civilización", sino también una "era de los dioses"⁽⁸⁾, es, para muchos, que, de una forma u otra, creen en la buena nueva del darwinismo, caer en la mera "mitología". Esta mitología, sin embargo, no somos nosotros quienes la hemos inventado hoy. Sería preciso explicar su existencia, explicar porque, en los testimonios más antiguos de los mitos y escritos de la antigüedad, no se encuentra nada que confirme el "evolucionismo", y porqué por el contrario se encuentra, la idea constante de un pasado mejor, más luminoso y suprahumano ("divino"); sería preciso explicar porque se ha hablado tan poco de los "orígenes animales", por que uniformemente se ha tratado, por el contrario, del parentesco originario entre hombres y dioses y porque ha persistido el recuerdo de un estado primordial de *inmortalidad*, ligado a la idea de que la ley de la muerte ha aparecido en un momento determinado y, a decir verdad, como un hecho contranatura o una anatema. Según dos testimonios característicos, la "caída" ha sido provocada por la mezcla de la raza "divina" con la raza humana en sentido estricto, concebida como una raza inferior, algunos textos llegan incluso hasta comparar la "falta" con la *sodomía*, con la unión carnal con animales. Existió primeramente el mito de los Ben-Elohim, o "hijos de los dioses", que se unieron a las hijas de los "hombres" de forma que finalmente "toda carne hubo corrompido su vía sobre la tierra"⁽⁹⁾. Hay, por otra parte, el mito platónico de los Atlantes, concebidos igualmente como descendientes y discípulos de los dioses, quienes, mediante la unión repetida con los humanos, perdieron su elemento divino, y terminaron por dejar predominar en ellos a la naturaleza humana sensible⁽¹⁰⁾. A propósito de épocas más recientes, la tradición, en sus mitos, se refiere frecuentemente a razas civilizadoras y a luchas entre las razas divinas y razas animalescas, ciclópeas o demoníacas. Son los Ases en lucha contra los *Elementarwesen*; son los olímpicos y los "Héroes" en lucha contra los gigantes y los monstruos de la noche, de la tierra o del agua; son los Deva arios lanzados contra los Asura, "enemigos de los héroes divinos"; son los Incas, los dominadores que imponen su ley solar a los aborígenes de la "Madre Tierra"; son los Tuatha de Danann que, según la historia legendaria de Irlanda, se afirmaron contra las razas monstruosas de los Fomores. Y se podrían citar otros muchos ejemplos.

⁸ ⁰Cf. CICERON, *De Leg.*, II, 11: "Antiquitas proxime accedit ad Deos".

⁹ ⁰*Genesis*, VI, 4 y sigs.

¹⁰ ⁰PLATON, *ritias*, 110 c; 120 d-e, 121 a-b. "Su participación en la naturaleza divina comenzó a disminuir en razón de múltiples y frecuentes mezclas con los mortales y la naturaleza humana prevaleció". Se dice igualmente que las obras de esta raza eran debidas, no solo a su respecto a la ley, sino "a la continuidad de la acción de la naturaleza divina en ella".

Podemos después pues que la enseñanza tradicional conserva perfectamente el recuerdo en tanto que substrato anterior a las civilizaciones creadas por las razas superiores- de linajes que pudieran corresponder a los tipos animalescos e inferiores del evolucionismo; pero el error característico de éste es considerar estos linajes animalescos como absolutamente originales, mientras que no lo son más que de una manera relativa, y concebir como formas "evolucionadas" a formas de cruce que presuponen la aparición de *otras* razas, superiores biológicamente y en tanto que civilización, originarias de otras regiones y que, sea en razón de su antigüedad (como es el caso de las razas "hiperbóreas" y "atlántica"), sea por motivos geofísicos, no dejaron más que huellas difíciles de encontrar cuando el investigador no se apoya más que sobre testimonios arqueológicos y paleontológicos, los únicos que son accesibles a la investigación profana.

Es muy significativo, por otra parte, que las poblaciones donde predomina aun lo que se presume es el estado original, primitivo y bárbaro de la humanidad, no confirman en absoluto la hipótesis evolucionista. Se trata de linajes que, en lugar de evolucionar, tienden a extinguirse, lo que prueba que son precisamente residuos degenerados de ciclos cuyas posibilidades vitales están agotadas, o bien de elementos heterogéneos, de linajes retrasados respecto a la corriente central de la humanidad. Esto es cierto para el hombre de Neanderthal, cuya extrema brutalidad morfológica parece emparentarlo con el "hombre mono" y que desapareció misteriosamente en cierta época. Las razas que han aparecido tras él -el hombre de Aurignac y sobre todo el hombre de Cro-Magnon- cuyo tipo es hasta tal punto superior que se puede ya reconocer en él el origen de muchas razas humanas actuales, no pueden ser considerados como una "forma evolutiva" del hombre de Neanderthal. Otro tanto ocurre con la raza de Grimaldi, igualmente extinguida. En cuanto a los pueblos "salvajes" aun existentes: no evolucionan, también se extinguen; cuando se "civilizan" no se trata de una "evolución", sino casi siempre de una brusca mutación que afecta a sus posibilidades vitales. En realidad, la posibilidad de evolucionar o de decaer no puede superar ciertos límites. Algunas especies guardan sus características incluso en condiciones relativamente diferentes de las que les son naturales. En casos semejantes, otras, por el contrario, se extinguen, o bien se producen mezclas con otros elementos, que no implican, en el fondo, ni asimilación, ni verdadera evolución sino que entrañan más bien algo comparable a los procesos contemplados por las leyes de Mendel sobre la herencia: el elemento primitivo, desaparecido en tanto que unidad autónoma, se mantiene en tanto que herencia latente separada, capaz de reproducirse esporádicamente, pero siempre con un carácter de heterogeneidad en relación al tipo superior.

Los evolucionistas creen mantenerse "positivamente" en los hechos. No dudan que los hechos, en sí mismos, son mudos, y que los mismos hechos, interpretados de manera

diversa, atestiguan a favor de los temas más diversos. Así, alguien ha podido demostrar que, en último análisis, todos los datos considerados como pruebas de la teoría de la evolución, podrían igualmente venir en apoyo de la tesis contraria, tesis que, en más de un aspecto, corresponde a la enseñanza tradicional, a saber que no solo el hombre está lejos de ser un producto de la "evolución" de especies animales, sino que muchas especies animales deben ser consideradas como ramas laterales en las cuales ha abortado un impulso primordial, que no se ha manifestado, de forma directa y adecuada más que en las razas humanas superiores⁽¹¹⁾. Antiguos mitos hablan de razas divinas en lucha contra entidades monstruosas o demonios animalescos antes que apareciera la raza de los mortales (es decir la humanidad en su forma más reciente). Estos mitos podrían referirse, entre otros, a la lucha del principio humano primordial contra las potencialidades animales que lleva en él y que se encuentran, por así decir, separadas y dejadas atrás, bajo la forma de razas animales. Los pretendidos "ancestros" del hombre (tales como el antropoide y el hombre glaciario), representaron a los primeros vencidos en la lucha en cuestión: elementos mezclados con ciertas potencialidades animales o arrastrados por estas. Si, en el totemismo, que se refiere a sociedades inferiores, la noción del ancestro colectivo y mítico del clan se confunde a menudo con la del demonio de una especie animal dada, es preciso ver precisamente en ello el recuerdo de un período de mezclas de este tipo.

Sin querer abordar los problemas, en cierta medida trascendentes, de la antropogénesis, que no entrar en el marco de esta obra, observaremos que una interpretación posible de la ausencia de fósiles humanos y de la presencia *exclusiva* de fósiles animales en la más alta prehistoria, sería que el hombre primordial (si se puede llamar así a un tipo de hombre muy diferente del de la humanidad histórica) ha entrado el último en este proceso de materialización, que, -después de haberse dado en los animales- ha dado a sus primeras ramas ya degenerantes, desviadas, mezcladas con la animalidad un organismo susceptible de conservarse bajo la forma de fósiles. Conviene referir el recuerdo, guardado en algunas tradiciones, de una raza primordial "de huesos débiles" o "blandos", precisamente a esta circunstancia. Por ejemplo Li-tze (V), hablando de la región hiperbórea, donde toma nacimiento, como veremos, el ciclo actual, indica que "sus habitantes (asimilados a los "hombres trascendentes") tenían los huesos "débiles". En una época menos lejana, el hecho de que las razas superiores, venidas del Norte, no practicasen la inhumación, sino la incineración de los cadáveres, es otro factor a considerar en el problema que plantea la ausencia de osamentas.

¹¹ Cf. E. DACQUE, **Die Erdzeitalter**, München, 1929; **Urwelt, Sage und Menschheit**, München, 1928; **Leben als Symbol**, München, 1929. E. MARCONI, **Historia de la involución natural**, Lugano, 1915 y también D. DEWAR, **The transformist illusion**, Tennessee, 1957.

Pero, se nos dirá, de esta fabulosa humanidad, ¿no existen huellas de otro tipo? Aparte de la ingenuidad de pensar que seres superiores hayan podido existir sin dejar huellas tales como ruinas, instrumentos de trabajo, armas, etc., conviene señalar que subsisten restos de obras ciclópeas, que no denotan siempre, ciertamente, la existencia de una alta civilización, pero se remontan a épocas bastante lejanas (los círculos de Stonehenge, las enormes piedras colocadas en equilibrios milagrosos, la ciclópea "*pedra cansada*" en Perú, los colosos de Tiwanaco, etc.) y que dejan perplejos a los arqueólogos respecto a los medios empleados, en cuanto a los medios necesarios para reunir y transportar los materiales de construcción. Remontándonos más lejos en el tiempo, se tiene tendencia a olvidar lo que por otra parte se admite, o al menos, no se excluye, a saber la desaparición de antiguas tierras y la formación de territorios nuevos. Hay que formular la pregunta, por otra parte, de si es inconcebible que una raza en relación espiritual directa con las fuerzas cósmicas, como la tradición admite para los orígenes, haya podido existir antes que se empezara a trabajar la materia, piedra o metal, como deben hacer quienes no disponen de otros medios para actuar sobre las cosas y los seres. Hoy está fuera de duda que "el hombre de las cavernas" es patrimonio de la fantasía: se empieza a suponer que las cavernas prehistóricas (muchas de las cuales muestran una orientación sagrada) no eran, para el hombre "primitivo", habitáculos de bestia, sino, por el contrario, lugares de culto, y que permanecieron bajo esta forma incluso en épocas indudablemente "civilizadas" (por ejemplo el culto greco-minoico de las cavernas, las ceremonias y los retiros iniciáticos sobre el Ida), que es natural no encontrar allí, en razón de la protección natural del lugar, huellas que el tiempo, los hombres y los elementos hubieran impedido, de otra forma que llegaran hasta nosotros.

De forma general, la Tradición ha enseñado, y es esta una de sus ideas fundamentales, que el estado de conocimiento y de civilización fue el estado natural, sino del hombre en general, al menos de ciertas élites de los orígenes; que el saber no fue en principio "construido" y adquirido, que la verdadera soberanía no extrae su origen de los bajos. Joseph de Maistre tras haber mostrado que lo que un Rousseau y similares habían presumido era el estado natural (aludiendo a los salvajes) no es más que el último grado de embrutecimiento de algunos linajes dispersados o víctimas de consecuencias de ciertas degradaciones o prevaricaciones que alteraron su sustancia más profunda⁽¹²⁾, dice muy justamente: "Estamos ciegos sobre la naturaleza y la marcha de la ciencia por un sofisma grosero, que ha fascinado a todos: es juzgar el tiempo donde los hombres veían los efectos en las causas, por aquel donde se elevan penosamente los efectos a las causas, donde no se ocupan más que de los efectos, donde dicen que es

¹² J. DE MAISTRE, *Soirées de ST. Pétersbourg*, Paris, 1960, pag. 59.

inútil ocuparse de las causas, donde no saben ni siquiera lo que es una causa"⁽¹³⁾. Al principio, no solamente los hombres han comenzado por la ciencia, sino por una ciencia diferente de la nuestra y superior a la nuestra; el hecho de que comenzara más alto la volvía 'más peligrosa; y esto explica porque la ciencia en su principio fue siempre misteriosa y encerrada en los templos, donde se extinguió finalmente, *cuando esta llama ya no servía más que para arder*"⁽¹⁴⁾. Y es entonces que poco a poco, a título de sucedáneo, empieza a formarse la *otra* ciencia, la ciencia puramente humana y física, de la que los modernos están tan orgullosos y con la cual han creído poder medir todo lo que, a sus ojos, es civilización, mientras que esta ciencia no representa más que un vano intento de desprenderse, gracias a sucedáneos, de un estado no natural y en absoluto original, de degradación, del que ni siquiera se tiene conciencia. Es preciso admitir, sin embargo, que indicaciones de este tipo no pueden ser más que una débil ayuda para quien no está dispuesto a cambiar su mentalidad. Cada época tiene su "mito" que refleja un estado colectivo determinado. El hecho de que a la concepción aristocrática de un origen de "lo alto", de un pasado de luz y de espíritu, se haya sustituido en nuestros días la idea democrática del evolucionismo, que hace derivar lo superior de lo inferior, el hombre del animal, la civilización de la barbarie, corresponde menos al resultado "objetivo" de una investigación científica consciente y libre, que a una de las numerosas influencias que, por vías subterráneas, al advenimiento en el mundo moderno de las capas inferiores del hombre sin tradición, ha ejercido sobre el plano intelectual, histórico y biológico. Así, no hay que ilusionarse: algunas supersticiones "positivas" encontrarán siempre el medio de crearse coartadas para defenderse. No son "hechos" nuevos los que podrán llevar a reconocer horizontes diferentes, sino una nueva actitud ante estos hechos. Y todo intento de valorizar, sobre el plano científico lo que vamos a exponer sobre el punto de vista dogmático tradicional, no podrá triunfar más que len aquellos que están ya preparados espiritualmente para acoger conocimientos de este tipo.

¹³ ⁰**Ibid.**, pag. 60.

¹⁴ ⁰**Ibid.**, pag. 75. Uno de los hechos que J. DE MAISTRE (**ibid**, pags. 96-97 y **II entretien, passim**) pone de relieve es que las lenguas antiguas ofrecen un alto grado de esencialidad y de lógica superior a las modernas, haciendo presentir un principio oculto de organicidad formadora, que no es simplemente humano, sobre todo cuando, en las lenguas antiguas o "salvajes", figuran fragmentos evidentes de lenguas aun más antiguas destruidas u olvidadas. Se sabe que Platón había expresado ya ideas análogas.

2. LA EDAD DE ORO

Nos dispondremos ahora a definir, primero sobre el plano ideal y morfológico, y luego sobre el plano histórico, en el tiempo y en el espacio, los ciclos correspondientes a las cuatro edades tradicionales. Empezaremos por la edad de oro.

Esta edad corresponde a una civilización de los orígenes, cuya concordancia con lo que hemos llamado espíritu tradicional era tan natural como absoluta. Por ello frecuentemente se encuentran para designar tanto el "lugar" como la raza a la que la edad de oro está histórica y supra-históricamente relacionada, los símbolos y los atributos que convienen a la función suprema de la realeza divina (símbolos de polaridad, solaridad, altitud, estabilidad, gloria, "vida" en sentido eminente). Durante las épocas ulteriores y en el seno de tradiciones particulares, ya mezcladas y dispersas. Este hecho permite -en un tránsito, por decirlo así, de la derivada a la integral- deducir los títulos mismos y los atributos de estas capas dominadoras, los elementos propios que caracterizan la naturaleza de la primera edad.

Esta edad es esencialmente la edad del **ser**, es decir de la **verdad** en sentido trascendente(1). Esto es lo que se desprende no solo del término hindú **satya-yuga** que lo designa, en donde **sat** quiere decir ser, o **satya**, la verdad, sino probablemente también de la palabra Saturno, que designa en latín al rey o dios de la edad de oro. Saturnus, corresponde al Kronos helénico, y evoca obscuramente la misma idea; su nombre está formado por la raíz aria **sat**, que quiere decir ser, unida a la desinencia atributiva **urnus**, (como en nocturnus, etc.) (2). Para expresar la edad de lo que es, es decir de la estabilidad espiritual, se verá más adelante que, en algunas representaciones del lugar original en donde este ciclo se desarrolla, se utilizan frecuentemente los símbolos de la "tierra firme" en medio de las aguas, la "isla", el monte o de la "tierra media". El atributo **olímpico** es pues aquel que mejor le conviene.

En tanto que edad del ser, la primera edad es también, en sentido eminente, la edad de los vivientes. Según Hesíodo, la muerte - esta muerte que es verdaderamente un fin y no deja tras ella sino el Hades (2a)- no habría aparecido más que en el curso de las dos últimas edades (de hierro y de bronce). En la edad de Kronos, la vida era "similar a la de dos dioses. Existía una "eterna juventud de fuerza". El ciclo se cerró, "pero los hombres permanecieron en una forma invisible (3), alusión a la doctrina ya mencionada de la ocultación de los representantes de la tradición primordial y de su

centro. En el reino del iranio Yima, rey de la edad de oro, no se habría conocido ni la enfermedad ni la muerte, hasta que nuevas condiciones cósmicas hubieran forzado la retirada a un refugio "subterráneo" en el que sus habitantes escapan al sombrío y doloroso destino de las nuevas generaciones (4), (5). Yima, "el Espléndido, el Glorioso, el que entre los hombres es semejante al sol", hizo de forma que, en su reino, la muerte no existiera (6). Según los helenos y romanos, en el reino de oro de Saturno, los hombres y los dioses inmortales habrían vivido una misma vida; igualmente, los dominadores de la primera de las dinastías míticas egipcias son llamados dioses, seres divinos y, según el mito caldeo, la muerte no habría reinado universalmente más que en la época postdiluviana, cuando los "dioses" hubieron dejado a los hombres la muerte y conservado solo para ellos la vida (7). Las tradiciones célticas, por su parte, utilizan, el término Tir na mBeo, la "Tierra de los Vivientes" y Tir na hOge, la "Tierra de la Juventud" (9) para designar una isla o tierra atlántica misteriosa que, según la enseñanza drúidica, fue el lugar de origen de los hombres (8). En la leyenda de Echtra Condra Cain, este se identifica con el "País del Victorioso" -Tir na Boadag- al que se le llama "el País de los Vivientes, donde no se conoce ni la muerte ni la vejez" (10).

Por otra parte, la relación constante que existe entre la primera edad y el **oro**, evoca lo que es incorruptible, solar, resplandeciente, luminoso. En la tradición helénica, el oro correspondía al esplendor radiante de la luz y a todo lo que es sagrado y grande -tal como dice Píndaro (11); igualmente se califica al oro de luminoso, radiante, bello y regio (12). En la tradición védica el "germen primordial", el **hiranya-garbha** es de oro, y más generalmente, se dice: "De oro, en verdad, es el fuego, la luz y la vida inmortal" (13). Ya hemos tenido la ocasión de mencionar la concepción según la cual, en la tradición egipcia, el rey está "hecho de oro", en la medida en que por "oro" se entiende el "fluido solar" constitutivo del cuerpo incorruptible de los dioses celestes y de los inmortales, si bien el título "de oro" del rey -"Horus cuya sustancia es de oro"- designaba simplemente su origen divino y solar al mismo tiempo que su incorruptibilidad e indestructibilidad (14). Así mismo, Platón (15) considera el oro como el elemento diferenciador que definía la naturaleza de la raza de los dominadores. La cumbre de oro del Monte Meru, considerado como "polo", patria original de los hombres y residencia olímpica de los dioses, el oro de la "antigua Asgard", residencia de los Ases y de los reyes divinos nórdicos, situada en la "tierra del Centro" (16), el oro del "País puro" **Tsing ta**, y lugares equivalentes de los que se habla en las tradiciones extremo-orientales, etc. expresan la idea según la cual el ciclo original vino a manifestar, de forma particular y eminente, su cualidad espiritual simbolizada por el oro. Y debe recordarse además que en numerosos mitos donde se trata del depósito o de la transmisión de un objeto de oro (desde el mito de las

Hespérides hasta el de las Nixas nórdicas y de los tesoros de oro de las montañas dejados por los aztecas), no se trata en realidad más que del depósito y de la transmisión de algo que hace referencia a la tradición primordial. En el mito de los Eddas, cuando, tras el **ragna-rök**, "el obscurecimiento de los dioses", nacen una nueva raza y un nuevo sol y los Ases se encuentran reunidos de nuevo, descubren la milagrosa tablilla de **oro** que habían poseído en los orígenes (17).

Las nociones equivalentes, relativas a la primera edad, de luz y esplendor, de "gloria" en el sentido específicamente triunfal ya indicado a propósito del **hvarenô** mazdeano (17a) precisan igualmente el simbolismo del oro. La tierra primordial habitada por la "semilla" de la raza aria y por el mismo Yima, el "Glorioso, el Resplandeciente" -el Airyanem Vaejô- aparece, en efecto, en la tradición irania, como la primera creación luminosa de Ahurá Mazda (18). El Çveta-dvipa, la isla o tierra blanca del norte, que es una representación equivalente (al igual que el Aztlán, residencia septentrional original de los aztecas, cuyo nombre implica igualmente la isla de blancura y luminosidad)(19), es, según la tradición hindú, el lugar del **tejas**, es decir de una fuerza irradiante, donde habita el divino Narayana considerado como la "luz", "aquel en quien resplandece un gran fuego, irradiando en todas direcciones". En las tradiciones extremo-orientales, según una transposición supra-histórica, el "país puro", donde no existe más que la cualidad viril y que es "nirvana" **-ni-pan-** se encuentra la residencia de Amitâbha -Mi-tu- que significa igualmente "gloria", "luz ilimitada" (20). La Thule de los Griegos, según una idea muy extendida, tuvo el carácter de "Tierra del Sol": **Thule ultima a sole nomen habens**. Si esta etimología es oscura e incierta, no es menos significativa la idea que los antiguos se hacían de esta región divina (21) y corresponde al carácter solar de la "antigua Tlappallan", la Tulan o Tula (contracción de Tonalán - el lugar del Sol), patria original de los Toltecas y "paraíso" de sus héroes. Evoca igualmente el país de los Hiperbóreos, que según la geografía sagrada de antiguas tradiciones, era una raza misteriosa que habitaba en la luz eterna y cuyo país habría sido la residencia y la patria del Apolo délfico, el dios dórico de la luz -el Puro, el Resplandeciente, representado también como un dios "de oro" y un dios de la edad de oro (22). Algunos linajes, **a la vez reales y sacerdotales**, como el de los Boreades, extrajeron precisamente su dignidad "solar" de la tierra apolínea de los Hiperbóreos (23). Y no costaría mucho poder multiplicar los ejemplos.

Ciclo del **Ser**, ciclo **solar**, ciclo de la **Luz** entendido como **gloria**, ciclo de los **Vivientes** en sentido eminente y trascendente, tales son pues, según los testimonios tradicionales, los caracteres de la primera edad, de la edad de **oro**, "era de los dioses".

EL "POLO" Y LA SEDE HIPERBOREA

Interesa examinar ahora un atributo particular de la edad primordial, que permite referir a estas representaciones histórico-geográficas muy precisas. Ya hemos hablado del simbolismo del "polo", Isla o tierra firme que representa la estabilidad espiritual opuesta a la contingencia de las aguas, utilizada como residencia de los hombres trascendentes, héroes o inmortales; al igual que la montaña, la "altitud" o la región suprema, con los significados olímpicos que le están asociados, se unieron frecuentemente, en las tradiciones antiguas, al simbolismo "polar" aplicado al centro supremo del mundo y al arquetipo de toda "dominación" en el sentido superior del término(1).

Pero, fuera de este aspecto simbólico, numerosos datos tradicionales, muy precisos, mencionan el **norte** como emplazamiento de una isla, una tierra o una montaña, cuyo significado se confunde con el del lugar de la primera edad. Se trata pues de un conocimiento que tuvo un valor a la vez espiritual y real, por el hecho de que se aplica a una situación donde el símbolo y la realidad se identificaron, donde la historia y la suprahistoria, en lugar de aparecer como elementos separados, se fundieron por ósmosis uno a través del otro. Es en este punto preciso donde se pueden insertar los acontecimientos condicionados por el tiempo. Según la tradición, en una época de la alta prehistoria que corresponde a la edad de oro o edad del "ser", la isla o tierra "polar" simbólica habría sido una región real situada en el septentrión, próxima del lugar donde hoy se encuentra el polo ártico. Esta región estaba habitada por seres que poseerían una espiritualidad no-humana a la que corresponden, como hemos visto, las nociones de "gloria", de oro, de luz y de vida y que fue evocada más tarde por el simbolismo sugerido precisamente por su sede; estos seres constituyeron la raza dueña de la tradición urania en estado puro y "uno" y fue la fuente central y más directa de las formas y de las expresiones variadas que esta tradición revistió en otras razas y civilizaciones(2).

El recuerdo de esta sede ártica forma parte de las tradiciones de numerosos pueblos, bajo la forma de alusiones geográficas reales o de símbolos de su función y de su sentido original, alusiones y símbolos frecuentemente trasladados -como veremos- a un plano supra-histórico, o bien aplicados a otros centros susceptibles de ser considerados como reproducciones de este centro original. Es por esta razón que se constatan frecuentemente interferencias de recuerdos, es decir, de nombres, mitos y localizaciones, donde el ojo avisado puede fácilmente discernir los elementos

constitutivos. Es interesante revelar muy particularmente la interferencia del tema ártico con el tema **atlántico**, del misterio del Norte con el misterio de Occidente. El centro principal que sucedió al polo tradicional original habría sido, en efecto, atlántico. Se sabe que por una razón de orden astrofísico, a saber la inclinación del eje terrestre, los climas se desplazan según las épocas. Sin embargo, según la tradición, esta inclinación se habría producido en un momento determinado y en virtud de una sintonía entre un hecho físico y un hecho metafísico: como si un desorden de la naturaleza reflejase un hecho de orden espiritual. Cuando Li-tseu (c.V) habla, bajo una forma mítica, del gigante Kung-Kung que rompe la "columna del cielo", es a este acontecimiento al que se refiere. Se encuentran incluso, en esta tradición, alusiones más concretas donde se constatan, sin embargo, interferencias con hechos correspondientes a catástrofes posteriores: "Los pilares del cielo fueron destrozados. La tierra tembló sobre su base. En septentrion los cielos descendieron cada vez más. El sol, la luna y las estrellas cambiaron su curso [es decir que su curso apareció cambiado por motivo de la inclinación sobrevenida]. La tierra se abrió y las aguas encerradas en su seno hicieron irrupción e inundaron los diferentes países. El hombre se había revuelto contra el cielo y el universo cayó en el desorden. El sol se oscureció. Los planetas cambiaron su curso [según la perspectiva ya indicada] y la gran armonía del cielo fue destruida"(3). De todas formas, el hielo y la noche eterna no descendieron más que en un momento determinado sobre la región polar. La emigración que resultó marcó el fin del primer ciclo y la apertura del segundo, el inicio de la segunda gran era, el ciclo atlántico.

Textos arios de la India, como los **Veda** y el **Mahabharata**, conservaron el recuerdo de la región ártica bajo forma de alusiones astronómicas y calendarios, que no son comprensibles más que en relación a esta región (4). En la tradición hindú, la palabra **dvîpa**, que significa textualmente "continente insular" se emplea frecuentemente, en realidad, para designar a los diferentes ciclos, por transposición temporal de una noción espacial (ciclo = isla). Se encuentra en la doctrina de los **dvîpa** referencias significativas al centro ártico, mezcladas en ocasiones con otros datos. La **çveta-divîpa**, o "isla del esplendor", que hemos mencionado está localizada en el extremo septentrion y se habla frecuentemente de los Uttarakura como una raza originaria del Norte. Pero el **çveta-dvîpa** al igual que el **kura** forman parte del **jambu-dvîpa**, es decir, del "**continente insular polar**, que es el **primero** de los diferentes **dvîpa**, y al mismo tiempo su centro común. Su recuerdo se mezcla con el del **saka-dvîpa**, situado en el "mar blanco" o "mar de leche", es decir en el mar ártico. No se habrá producido desviación en relación a la norma y a la ley de lo alto: cuatro castas, correspondientes a las que ya hemos mencionado, veneraron a Visnú bajo su forma solar, estando así emparentado con el Apolo hiperbóreo(5). Según el

Kurma-purana la sede de este Visnú solar -cuyo símbolo era la esvástica, cruz gamada o "cruz polar"- coincide también, con el **çveta-dvîpa**, del que se dice en el **Padmapurana** que más allá de todo lo que es miedo y agitación samsárica, es la residencia de los grandes ascetas, **mahayogi**, y de los "hijos de Brhama" (equivalentes a los "hombres trascendentes" residentes en el norte de los que se habla en la tradición china): viven próximos a Hari, que es Visnú representado como "el Rubio" o "el Dorado" y cerca de un trono simbólico "sostenido por leones, resplandeciendo como el sol e irradiando como el fuego". Son variantes del tema de la "tierra del Sol". Sobre el plano doctrinal, se encuentra un eco de este tema en el hecho, ya mencionado, de que la vía de los **deva-yâna** que, contrariamente a la del retorno a los manes o a las Madres, conduce a la inmortalidad solar y a los estados supraindividuales del ser, fue llamada la vía del norte: en sánscrito, norte, **uttara**, significa igualmente la "región más elevada" o "suprema" y se llama **uttarâyana**, camino septentrional, al recorrido del sol entre los solsticios de invierno y de verano, que es precisamente una vía "ascendente" (6).

Recuerdos aún más precisos se conservaron entre los Arios del Irán. La tierra original de los arios, creada por el dios de la luz, la tierra donde se encuentra la "gloria", donde, simbólicamente, habría "nacido" Zaratustra, donde el rey solar Yima habría encontrado a Aurá Mazda, es una tierra situada en el extremo norte. Y allí se guarda el recuerdo preciso de la congelación. La tradición refiere que Yima fue advertido de la proximidad de "inviernos fatales"(7) y que instigados por el dios de las tinieblas, se lanzó con el Arianem Vaejo la "serpiente del invierno". Entonces "hubo diez meses de invierno y dos de verano" y hubo "frío en las aguas, y en las tierras, frío para la vegetación. El invierno se abatió con sus peores calamidades"(8). Diez meses de invierno y dos de verano, tal es el clima del Artico.

La tradición nórdico-escandinava, de carácter fragmentarios, presenta diversos testimonios confusamente mezclados, donde se encuentran sin embargo huellas de acontecimientos análogos. El Asgard, la residencia de oro primordial de los Ases, se localiza en el Mitgard, la "Tierra Media". Esta tierra mítica fue identificada a su vez ya sea con Gardarica, una región casi ártica, como con la "isla verde" o "tierra verde" que figura en la cosmología como la primera tierra salida del abismo Ginungagap, y que quizás no esté carente de relación con Groenlandia, **Grünes Land**. Groenlandia, como su mismo nombre parece indicar, presentó hasta el tiempo de los godos, una rica vegetación y no había sido afectada por la congelación. Hasta el inicio de la Edad Media, subsistió la idea de que región del norte habría sido la cuna de algunas razas y de ciertos pueblos(9). Por otra parte, los relatos épicos relativos a la lucha de los dioses contra el destino, **rök**, que terminó por golpear su tierra -relatos en los cuales

recuerdos del pasado interfirieron con temas apocalípticos- pueden ser considerados como ecos del declive del primer ciclo. Se encuentra aquí, como en el **Vendidad**, el tema de un invierno terrible. Al desencadenamiento de las naturalezas elementales se añade el obscurecimiento del sol; el **Gylfaginnin** habla del temible invierno que precedió al final, menciona tempestades de nieve que impidieron gozar de las bonanzas del sol. "El mar se alzó en tempestad y tragó las tierras; el aire se volvió glacial y el viento acumuló masas de nieve" (10).

En la tradición china, la región nórdica, el país de los "hombres trascendentes", se identifica frecuentemente con el país de la "raza de los huesos blandos". A propósito de un emperador de la primera dinastía se cita un lugar situado sobre el mar del Norte, ilimitado, sin intemperies, con una montaña (Hu-Ling) y una fuente simbólicas, llamado "extremo Norte" y que Mu, otra figura imperial, (11) debió abandonar muy entristecido. El Tíbet conserva igualmente el recuerdo de Tshan Shambaya, la mística "Ciudad del Norte", la Ciudad de la "paz", presentada igualmente como una isla donde -al igual que el Zaratustra del **aryanem vâejo**- habría "nacido" el héroe Guesar. Y los maestros de las tradiciones iniciáticas tibetanas dicen que los "camino del Norte" conducen al yogi hacia la gran liberación (12).

En América, la tradición constante relativa a los orígenes, tradición que se encuentra hasta el Pacífico y la región de los Grandes Lagos, habla de la tierra sagrada del "Norte lejano", situada cerca de las "grandes aguas", de donde habrían venido los antepasados de los Nahuas, los Toltecas y Aztecas. Tal como hemos dicho, el nombre de Aztlan, que designa frecuentemente esta tierra, implica también -como el **çveta-dvîpa** hindú- la idea de blancura, de tierra blanca. Las tradiciones nórdicas, guardan el recuerdo de una tierra habitada por razas gaélicas, próxima al golfo de San Lorenzo, llamada "Gran Irlanda" o Hvitramamaland, es decir, "país de los hombres blancos" y los nombres de Wabanikis y Abenikis, que los indígenas llevan en estas regiones, proceden de Wabeya, que significa "blanco" (13). Algunas leyendas de América Central mencionan cuatro antepasados primordiales de la raza Quiché que intentan alcanzar Tula, la región de la luz. Pero no encuentran más que hielo; el sol jamás aparece. Entonces se separan y pasan por el país de los Quichés (14). Esta Tula o Tulán, patria originaria de los toltecas, de la que probablemente extrajeron su nombre y llamaron Tolla, el centro del Imperio que fundaron más tarde sobre la meseta de Méjico, representaban también la "tierra del Sol". Esta, ciertamente, es localizable en ocasiones en el Este de América, es decir, en el Atlántico; pero esto se debe verosímilmente al recuerdo de una sede ulterior (a la cual corresponde quizás más particularmente el Atzlan), que recuperó durante un cierto tiempo, la función de la Tula primordial cuando el hielo se enseñoreó de la zona y el sol desapareció (15).

17

Tula corresponde manifiestamente a la Thule de los griegos, aunque este nombre, por razones de analogía haya servido igualmente para designar a otras regiones.

Según las tradiciones greco-romanas, Thule se habría encontrado en el mar que lleva precisamente el nombre del dios de la edad de oro, Mare Cronium, y que corresponde a la parte septentrional del Atlántico (16). En esta misma región las tradiciones más tardías situaron las islas que, sobre el plano del simbolismo y de la suprahistoria, se convirtieron en Islas Afortunadas, islas de los Inmortales (17), o isla Perdida, que, tal como la describía Honorius Augustodumensis en el siglo XII, "se oculta a la vista de los hombres, siendo descubierta solo casualmente, pero se oculta cuando se la busca". Thule se confunde pues con el país legendario de los hiperbóreos, situado en el extremo norte (18), de donde los linajes aqueos originarios llevaron el Apolo délfico, pero también con la isla Ogigia, "ombligo del mar", que se encuentra lejos, sobre el ancho océano (19) y que Plutarco sitúa en efecto en el norte de la (Gran) Bretaña, cerca del lugar ártico donde permanece aún, sumido en el letargo, Cronos, el rey de la edad de oro, allí el sol no desaparece más que una hora por día durante todo un mes y donde las tinieblas, durante esta única hora no son muy espesas, sino que recuerdan a un crepúsculo, exactamente como en el ártico (20). La noción confusa de la noche clara del norte contribuyó por otra parte a hacer concebir la tierra de los hiperbóreos como un lugar de luz sin fin desprovisto de tinieblas. Esta representación y este recuerdo fueron tan vivos, que subsistió un eco hasta en la romanidad tardía. La tierra primordial fue asimilada a la Gran Bretaña y se dice que Constancio Cloro se adelantó hasta allí con sus legiones, no tanto en busca de laureles de gloria militar, como para alcanzar la tierra "más próxima al cielo y más sagrada", para poder contemplar al padre de los dioses -es decir, a Cronos- y gozar de un "día casi sin noche", es decir para anticipar así la posesión de la luz eterna propia de las apoteosis imperiales (21). E incluso cuando la edad de oro se proyectó en el futuro como la esperanza de un nuevo **saeculum**, las reapariciones del símbolo nórdico no faltaron. Es el norte **-ab extremis finibus plagae septentrionalis-** que deberá alcanzar, por ejemplo, según Lactancio (22), el Príncipe poderoso que restablecerá la justicia tras la caída de Roma. Es en el norte donde "renacerá" el héroe tibetano, el místico e invencible Guesar, para restablecer un reino de justicia y exterminar a los usurpadores (23). Es en Shamballa, ciudad sagrada del norte, donde nacerá el Kalki-avatara, aquel que pondrá fin a la "edad sombría". Es el Apolo hiperbóreo, según Virgilio, quien inaugurará una nueva edad de oro y de los héroes bajo el signo de Roma (24). Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Habiendo precisado estos puntos esenciales, no volveremos sobre esta manifestación de la ley de solidaridad entre causas físicas y causas espirituales, en un dominio en el

que se puede presentir el lazo íntimo unificador de lo que, en un sentido más amplio, puede llamarse "caída" -a saber la **desviación** de una raza absolutamente primordial- y la **inclinación** física del eje de la tierra, factor de cambios climáticos y de catástrofes periódicas para los continentes. Observaremos solamente que es después que la región polar se convirtiese en desierta, se pudo constatar la alteración y desaparición progresivas de la tradición original que debía llegar a la edad de hierro o edad oscura, **kali-yuga**, o "edad del lobo" (Edda) y, finalmente, a los tiempos modernos propiamente dichos.

EL CICLO NORDICO-ATLANTICO

En la emigración de la raza boreal, conviene distinguir dos grandes corrientes: una que se dirige del norte hacia el sur y otra -posterior- de occidente hacia oriente. Portadores del mismo espíritu, la misma sangre, el mismo sistema de símbolos, signos y vocablos, grupos de hiperbóreos alcanzaron primero América del Norte y las regiones septentrionales del continente euro-asiático. Tras varias decenas de miles de años parece que una segunda ola de emigración haya avanzado hasta América Central, concentrándose en una sola región, hoy desaparecida, situada en la región atlántica, donde habría constituido un centro a imagen del centro polar, que correspondería a la Atlántida de los relatos de Platón y Diodoro. Este desplazamiento y reconstitución explican las interferencias de nombres, símbolos y topografías que caracterizan, como hemos visto, los recuerdos relativos a las dos primeras edades. Es pues esencialmente de una raza y de una civilización **nórdico-atlántica** de lo que conviene hablar.

Desde la región atlántica, las razas del segundo ciclo habrían irradiado por América (de ahí derivarían los recuerdos, ya mencionados, de los Nahuas, los toltecas y los aztecas relativos a su patria de origen), así como en Europa y Africa. Es muy probable que en el alto paleolítico, estas razas alcanzaron Europa occidental. Corresponderían, entre otras, a los Tuatha de Danann, la raza divina llegada a Irlanda desde la isla occidental de Avalon, guiada por Ogma grian-ainech, el héroe de "rostro solar", cuyo equivalente es el blanco y solar Quetzalcoatl, que habría llegado a América con sus compañeros de la "tierra situada más allá de las aguas". Antropológicamente, este sería el hombre de Cro-Magnon, aparecido, hacia el fin del período glaciario, en la parte occidental de Europa, en particular en la zona de la civilización franco-cantábrica de la Madeleine, Gourdon y Altamira, hombre ciertamente superior, como nivel cultural y como tipo biológico, al tipo aborigen del hombre glaciario y musteriense hasta el punto que se ha podido llamar a los hombres de Cro-Magnon "los Helenos del paleolítico". En lo que concierne a su origen, la afinidad de esta civilización con la civilización hiperbórea, que aparece en los vestigios de los pueblos del extremo-septentrión (civilización del reno) es muy significativa (1). Vestigios prehistóricos encontrados en las costas bálticas y friso-sajonas corresponderían al mismo ciclo y un centro de esta civilización se habría formado en una región en parte desaparecida, el Doggerland, la legendaria Vineta. Mas allá de España (2), otras olas alcanzaron Africa occidental (3); otras más, posteriormente, entre el paleolítico y el neolítico, probablemente al mismo tiempo que las razas de origen puramente nórdico, avanzaron, por vía continental, del nor-oeste al sud-este, hacia Asia, allí donde se sitúa la cuna de la raza indo-europea, y

más allá, hasta China (4), mientras que otras corrientes recorrieron el litoral septentrional de Africa (5) hasta Egipto donde alcanzaron, por mar, de las Baleares a Cerdeña, hasta los centros prehistóricos del mar Egeo. En lo que concierne, en particular, a Europa y al Próximo Oriente, aquí se encuentra el origen -que sigue siendo enigmático (como el de los hombres de Cro-Magnon) para la investigación positiva- de la civilización megalítica de los dólmenes, como la llamada del "pueblo del hacha de combate". Estos procesos se produjeron en su totalidad, en grandes olas, con flujos y reflujos, crecimientos y encuentros con razas aborígenes, o razas ya mezcladas o diversamente derivadas del mismo linaje. Así, del norte al sur, de occidente a oriente, surgieron por irradiaciones, adaptaciones o dominaciones, civilizaciones que, en el origen tuvieron, en cierta medida, la misma impronta, y frecuentemente la misma sangre, espiritualizada en las élites dominadoras. Allí donde se encuentran razas inferiores ligadas al demonismo telúrico y mezcladas con la naturaleza animal, han permanecido recuerdos de luchas, bajo la forma de mitos donde se subraya siempre la oposición entre un tipo oscuro no divino. En los organismos tradicionales constituidos por las razas conquistadoras, se estableció entonces una jerarquía, a la vez espiritual y étnica. En India, en Irán, en Egipto y Perú y en muchos otros lugares, se encuentran huellas muy claras en el régimen de castas.

Hemos dicho que originalmente el centro atlántico debió reproducir la función "polar" del centro hiperbóreo y que esta circunstancia es la fuente de frecuentes interferencias en materia de tradiciones y recuerdos. Estas interferencias, sin embargo, no deben impedir constatar, en el curso de un período ulterior, pero perteneciendo siempre, sin embargo, a la más alta prehistoria, una transformación de civilización y de espiritualidad, una diferenciación que marca en tránsito de la primera a la segunda era -de la edad de oro a la edad de plata- y abre la vía a la tercera era, a la edad de bronce o edad de los titanes, que en rigor podría calificarse de "atlántida"; dado que la tradición helénica presenta a Atlante, en tanto que hermano de Prometeo, como una figura emparentada con los titanes (6). Sea como fuere, antropológicamente hablando, conviene distinguir, entre las razas derivadas del tronco boreal originario, un primer gran grupo diferenciado por idiovariación, es decir, por una variación sin mezcla. Este grupo se compone principalmente de oleadas cuyo origen ártico es el más directo y corresponderá a las diferentes filiaciones de la pura raza aria. Hay lugar a considerar luego un segundo gran grupo diferenciado por mistovariación, es decir por mezcla con razas aborígenes del Mediodía, razas protomongoloides y negroides y otras aun que fueron probablemente los restos en proceso de degeneración de los habitantes de un segundo continente prehistórico desaparecido, situado en el Sur y que algunos designaron con el nombre de Lemuria (7). Es a este segundo grupo al que pertenecen verosímilmente la raza roja de los últimos atlantes (aquellos que, según el relato

platónico, estarían separados de su naturaleza "divina" primitiva en razón de sus uniones repetidas con la raza "humana"): debe ser considerada como el tronco étnico original de muchas civilizaciones posteriores fundadas por las oleadas que se desplazaban de occidente hacia oriente (raza roja de los creto-egéos, eteícretas, pelagos, licios, etc., los kefti egipcios, etc.) (8) y quizás también de las civilizaciones americanas, que guardaron en sus mitos el recuerdo de sus antepasados venidos de la tierra atlántica divina "situada sobre las grandes aguas". El nombre griego de los fenicios significa precisamente los "rojos" y se trata probablemente aquí de otro recuerdo residual de los primeros navegantes atlánticos del Mediterráneo neolítico.

Al igual que desde el punto de vista antropológico, se deben pues, distinguir desde el punto de vista espiritual, dos componentes, uno boreal y otro atlántico, en la vasta materia de las tradiciones y de las instituciones de este segundo ciclo. Una se refiere directamente a la luz del Norte y conserva en gran parte la orientación urania y "polar" original. La otra delata la transformación sobrevenida al contacto con las potencias del Sur. Antes de examinar el sentido de esta transformación que representa, por así decir, la contrapartida interna de la pérdida de la residencia polar, la primera alteración, es necesario precisar un punto.

Casi todos los pueblos guardan el recuerdo de una catástrofe que cerrará el ciclo de una humanidad anterior. El mito del **diluvio** es la forma bajo la cual aparece más frecuentemente este recuerdo, entre los iraníes como entre los mayas, entre los caldeos y los griegos, al igual que en las tradiciones hindúes, en los pueblos del litoral atlántico-africano, desde los caldeos a los escandinavos. Su contenido original es por lo demás un hecho histórico: es, esencialmente, el fin de la tierra atlántica, descrita por Platón y Diodoro. En una época que, según algunas cronologías mezcladas con mitos, es sensiblemente anterior a la que, en la tradición hindú, habría dado nacimiento a la "Edad sombría", el centro de la civilización atlántica", con la cual las diversas colonias debieron verosímilmente conservar durante largo tiempo lazos, se hundió entre las olas. El recuerdo histórico de este centro desaparece poco a poco en las civilizaciones derivadas, donde fragmentos de la antigua herencia se mantuvieron durante un cierto tiempo en la sangre de las castas dominantes, en algunas raíces del lenguaje, en una similitud de instituciones, signos, ritos y hierogramas, pero donde, más tarde, la alteración, la división y el olvido terminaron por imponerse. Se verán en aquel marco donde debe ser situada la relación existente entre la catástrofe en cuestión y el castigo de los titanes. Por el momento, nos limitaremos a observar que, en la tradición hebrea, el tema titánico de la Torre de Babel, y el castigo consecutivo de la "confusión de lenguas" podrían hacer alusión a un período donde la tradición unitaria se perdió, las diferentes formas de civilización se disociaron de su origen común y

dejaron de comprenderse, después que la catástrofe de las aguas hubo cerrado el ciclo de la humanidad atlántica. El recuerdo histórico subsistió sin embargo en el mito, en la supra-historia. **Occidente**, donde se encontraba la Atlántida durante su ciclo originario, cuando reproducía y continuaba la función "polar" más antigua, expresa constantemente la nostalgia mística de los "caídos", la **melior spes** de los héroes y los iniciados. Mediante una trasposición de los planos, las aguas que se cerraron sobre la tierra atlántica fueron comparados a las "Aguas de la muerte" que las generaciones siguientes, post-diluvianas, compuestas por seres ya mortales, deben atravesar iniciáticamente para reintegrarse en el estado divino de los "muertos", es decir, de la raza desaparecida. Es en este sentido que pueden ser a menudo interpretadas las representaciones bien conocidas de la "Isla de los Muertos" donde se expresa, bajo formas diversas, el recuerdo del continente insular engullido por las aguas (9). Al misterio del "paraíso" y de los lugares de inmortalidad en general, vino a unirse al misterio de Occidente (e incluso del Norte, en algunos casos) en un conjunto de enseñanzas tradicionales, de la misma forma que el tema de los "Salvados de las aguas" y los que "no se hundieron en las aguas" (10), del sentido real, histórico -aludiendo a las élites que escaparon a la catástrofe y fundaron nuevos centros tradicionales- tomó un sentido simbólico y figuró en leyendas relativas a profetas, héroes e iniciados. De forma general los símbolos propios de esta raza de los orígenes reaparecieron enigmáticamente por una vía subterránea hasta en una época relativamente reciente, allí donde reinaron reyes y dinastías dominadoras tradicionales.

Así, entre los helenos, la enseñanza según la cual los dioses griegos "nacieron" del Océano, pudo tener un doble sentido, pues algunas tradiciones sitúan en el occidente atlántico (o nor- atlántico) la antigua residencia de Urano y de sus hijos Atlas y Saturno (11). Es igualmente aquí, por otra parte, donde se sitúa generalmente el jardín divino mismo en el que reside desde el origen el dios olímpico, Zeus (12), así como el jardín de las Hespérides "más allá del río Océano", Hespérides que fueron precisamente consideradas por algunos como hijas de Atlas, el rey de la isla occidental. Este es el jardín que Hércules debe alcanzar en el curso de su empresa simbólica mas estrechamente asociada a su conquista de la inmortalidad olímpica, y en la que tuvo por guía a Atlas, el "conocedor de las oscuras profundidades del mar" (13). El equivalente helénico de la vía nórdico-solar, del **deva-yana** de los indo-arios, a saber la vía de Zeus que, de la fortaleza de Chronos -situada, sobre el mar lejano, en la isla de los héroes- conduce a las alturas del Olimpo, esta vía fue pues, en su conjunto, occidental (14). Por la razón ya indicada, la isla donde reina el rubio Radamente se identifica con la Nekya, la "tierra de los que ya no están" (15). Es también hacia Occidente donde se dirige Ulises, para alcanzar el otro mundo (16). El mito de Calipso, hija de Atlas, reina de la isla de Ogigia, el "polo" -el "ombligo",

Omphalos- del mar, reproduce evidentemente el mito de las Hespérides y muchos otros que le corresponden entre los celtas o los irlandeses, donde se encuentra igualmente el tema de la mujer y el del Elíseo, en tanto que isla occidental. Según la tradición caldea, es hacia Occidente, "más allá de las aguas profundas de la muerte", "aquellas donde jamás hubo vado alguno y que nadie, desde tiempo inmemorial, ha atravesado nunca", que encuentra el jardín divino donde reina Atrachasis-Shamashnapishtin, el héroe que escapó del diluvio, y que conserva por ello el privilegio de la inmortalidad. Jardín que Gilgamesh alcanzó, siguiendo la vía occidental del sol, para obtener el don de la vida y que está relacionado con Sabitu, "la virgen sentada sobre el trono de los mares" (17).

En cuando a Egipto, es significativo que su civilización no conoce prehistoria "bárbara". Surge, por decirlo así, de un solo golpe, y se sitúa, desde el origen, en un nivel elevado. Según la tradición, las primeras dinastías egipcias habrían sido constituidas por una raza venida de Occidente, llamada de los "compañeros de Horus" -shemsu Heru-, situados bajo el signo del "primero de los habitantes de la tierra de Occidente", es decir de Osiris, considerado como el rey eterno de los "Campos de Yalu", de la "tierra del sagrado Amenti" más allá de las "aguas de la muerte" situada "en el lejano Occidente" y que, precisamente, alude en ocasiones a la idea de una gran tierra insular. El rito funerario egipcio recupera el símbolo y el recuerdo: implicaba, además la fórmula ritual "¡hacia Occidente!", una travesía de las aguas, y se portaba en el cortejo "el arca sagrada del sol", propia de los "salvados de las aguas" (18). Hemos ya mencionado a propósito de las tradiciones extremo-orientales y tibetanas, el "paraiso occidental" con árboles en los frutos de oro como el de las Hespérides. Muy sugestiva es igualmente, en lo que concierne al misterio de Occidente, la imagen frecuente de Mi-tu con una cuerda, acompañada por la leyenda: "aquel que trae [las almas] hacia Occidente" (19). Encontramos por otra parte, el mismo recuerdo transformado en mito paradisiaco, en las leyendas célticas y gaélicas ya citadas, relativas a la "Tierra de los Vivientes", al Mag-Mell, al Avalon, lugares de inmortalidad concebidos como tierras occidentales (20). En Avalon habrían pasado a una existencia perpetua los supervivientes de la raza "de lo alto" de los Tuatha de Dannan, el rey Arturo mismo y los héroes legendarios como Condla, Oisín, Cuchulain, Loegair, Ogier el Danés y otros (21). Esta misteriosa Avalon es lo mismo que el "paraiso" atlántico del que hablan las leyendas americanas ya citadas: es la antigua Tlalapan o Tolan, es la misma "Tierra del Sol", o "Tierra Roja" a la cual -como los Tuatha en Avalon- habrían regresado y desaparecerían tanto el dios blanco Quetzalcoatl, como los emperadores legendarios (por ejemplo Huemac, del **Codex Chimalpopoca**).

Los diversos datos históricos y supra-históricos encuentran, quizás, la mejor expresión en la crónica mejicana Cakchiquel, donde se habla de cuatro Tulan: una situada en la "dirección del sol levante" (en relación al continente americano, es decir en el Atlántico) es llamada "la tierra de origen"; las otras dos corresponden a las regiones o centros de América, a los que las razas nórdico-atlánticas emigradas dieron el nombre del centro original; finalmente se habla de una cuarta Tulan "en la dirección donde el sol se pone [es decir el Occidente propiamente dicho] **y es aquí donde mora el Dios**" (22). Esta última es precisamente la Tullan de la transposición supra-histórica, el alma del "Misterio de Occidente". Enoch es conducido a un lugar occidental, "hasta el final de la tierra", donde encuentra montes simbólicos, árboles divinos guardados por el arcángel Miguel, árboles que dan la vida y la salvación a los elegidos pero que ningún mortal tocará jamás hasta el día del Gran Juicio (23). Los últimos ecos del mismo mito llegan por canales subterráneos hasta la edad media cristiana bajo la forma de una misteriosa tierra atlántica donde los monjes navegantes del monasterio de San Matías y San Albano habrían encontrado una ciudad de oro en la que morarían Enoch y Elías, los profetas "jamás muertos" (24).

Por otra parte, en el mito diluviano, la desaparición de la tierra sagrada que un mar tenebroso -las "aguas de la muerte"- separó de los hombres, puede también unirse al simbolismo del "arca", es decir, a la preservación de la "semilla de los Vivientes" (Vivientes en sentido eminente y figurado) (25). La desaparición de la tierra sagrada legendaria puede también significar el tránsito a lo invisible, a lo oculto o lo no manifestado, del centro que conserva intacta la espiritualidad primordial no-humana. Según Hesiodo, en efecto, los seres de la primera edad "que jamás han muerto" continuaron existiendo, invisibles, como guardianes de los hombres. A la leyenda de la ciudad, de la tierra o de la isla tragada por las aguas, corresponde frecuentemente la de los pueblos subterráneos o los reinos de las profundidades (26). Esta leyenda se encuentra en numerosos países (27). Cuando la impiedad prevaleció sobre la tierra, los supervivientes de las edades precedentes emigraron a una residencia "subterránea" -es decir, invisible- que, por interferencia con el simbolismo de la "altitud" se encuentra amenudo situada sobre montañas (28). Continuaran viviendo allí hasta el momento en que el ciclo de la decadencia se haya agotado, y les sea posible manifestarse de nuevo. Píndaro (29) dice que la vía que permite alcanzar a los hiperbóreos "no puede ser encontrada ni por mar, ni por tierra" y que es solo a gracias a ella que héroes como Perseo y Hércules, les fue dado sobrevivir. Montezuma, el último emperador mejicano, no pudo alcanzar Atzlan más que tras haber procedido a operaciones mágicas y sufrir la transformación de su forma física (30). Plutarco refiere que los habitantes del norte podían entrar en relación con Chronos, rey de la edad de oro, y con los habitantes del extremo-septentrión, solo en estado de letargo (31). Según

Li-tze (32), las regiones maravillosas de las que habla -que hacen referir tanto a la región ártica, como a la occidental- "no se puede alcanzar ni con barcos, ni con carros, sino solamente mediante el vuelo del espíritu". En la enseñanza lamaista, en fin, se dice: Shambala, la mística región del norte, "Está en mi espíritu" (33). Es así como los testimonios relativos a lo que fue la sede real de seres que eran más que humanos, sobrevivieron y tomaron un valor supra-histórico sirviendo simultáneamente como símbolos para estados situados más allá de la vida o bien accesibles solo mediante la iniciación. Más allá del símbolo, aparece pues la idea, ya mencionada, de que el Centro de los orígenes existe aún, aunque esté oculto, y normalmente es inaccesible (como la teología católica misma afirma para el Edén): para las generaciones de la última edad, solo un cambio de estado o de naturaleza abre el acceso.

De esta manera se produjo la segunda gran interferencia entre metafísica e historia. En realidad, el símbolo de Occidente puede, como el del polo, adquirir un valor universal, más allá de toda referencia geográfica o histórica. Es en Occidente, donde la luz física, sometida al nacimiento y a la decadencia, se extingue, donde la luz espiritual inimitable se alumbra y comienza el viaje del "barco del Sol" a través de la Tierra de los Inmortales. Y el hecho de que en esta región se encuentre el lugar donde el sol desciende tras el horizonte, hace que se la conciba también como subterránea o situada bajo las aguas. Se trata aquí de un simbolismo inmediato, dictado por la naturaleza misma, que fue empleado por los pueblos más diversos, incluso sin estar asociada a recuerdos atlántes (34). Esto no impide, sin embargo, que en el interior de algunos límites definidos por testimonios concomitantes, tales como los que acabamos de referir, este tema pueda tener también un valor **histórico**. Esto no impide que, entre las formas asumidas por el misterio de Occidente, se puedan aislar algunas, para las cuales es legítimo suponer que el origen del símbolo no ha sido el fenómeno natural del curso del sol, sino el lejano recuerdo, espiritualmente transpuesto, de la patria occidental desaparecida. A este respecto, la sorprendente correspondencia que se constata entre los mitos americanos y los europeos, especialmente nórdicos y célticos, aparece como una prueba decisiva.

En segundo lugar, el "misterio de Occidente" corresponde siempre, en la historia del espíritu, a un cierto estadio **que ya no es el estadio original**, y a un tipo de espiritualidad que -tanto tipológica como históricamente- no puede ser considerado como primordial. Lo que lo define, es el **misterio de la transformación**, lo que le caracteriza, es un dualismo, y un tránsito discontinuo: **una luz nace, otra declina**. La trascendencia es "subterránea". La supranaturaleza no es -como en el estado olímpico-naturaleza: es el fin de la iniciación, objeto de una conquista problemática. Incluso considerada bajo su aspecto general, el "misterio de Occidente" parece pues ser propio

de civilizaciones más recientes, cuyas variedades y destinos vamos a examinar ahora. Se relaciona con el simbolismo solar de una forma más estrecha que con el simbolismo "polar": pertenece a la segunda fase de la tradición primordial.

5 NORTE Y SUR

En la primera parte de esta obra hemos resaltado la importancia del simbolismo solar en numerosas civilizaciones de tipo tradicional. Es pues natural que encontremos huellas de esto en un cierto número de vestigios, recuerdos y mitos que aluden a las civilizaciones de los orígenes. En lo que concierne al ciclo atlántico, se constata ya, sin embargo, en el simbolismo solar que le es propio, una alteración, una diferenciación, en relación al simbolismo del ciclo precedente de la civilización hiperbórea. Se debe considerar como estadio hiperbóreo aquel en donde el principio luminoso presenta caracteres de inmutabilidad y centralidad, rasgos, podría decirse, puramente "olímpicos". Es, como se ha hecho notar, el carácter que posee Apolo, en tanto que dios hiperbóreo: no es, como Helios, el sol contemplado en su ley de ascenso y descenso, sino simplemente el sol en sí, como la naturaleza dominadora e inmutable de la luz (1). La svástica y las demás formas de la cruz prehistórica que se encuentran en el umbral del período glaciario, al igual que otro antiquísimo símbolo solar prehistórico -en ocasiones colosalmente expresado mediante masas de dólmenes- el círculo con el punto central, parecen haber tenido un lazo original con esta primera forma de espiritualidad. En efecto, si la svástica es un símbolo solar, lo es en tanto que símbolo de movimiento rotativo en torno a un centro fijo e inmutable, al cual corresponde el punto central del otro símbolo solar, el círculo (2). Variantes de la rueda solar y de la svástica, tales como círculos, cruces, círculos con cruz, círculos irradiantes, hachas con la svástica, hachas dobles, hachas y otros objetos hechos con aerolitos dispuestos de forma circular, imágenes de la "nave solar" asociadas de nuevo a las hachas o al cisne apolíneo-hiperbóreo, al reno, etc., son vestigios del estadio original de la tradición nórdica (3) que, de forma más general, puede llamarse **urania** (cultos puramente celestes) o "polar".

Distinta de la espiritualidad urania, existe otra que se refiere también al símbolo solar, pero en relación con el **año** (el "dios- año"), es decir con una ley de cambio, de ascenso y descenso, de muerte y renacimiento. El tema apolíneo u olímpico originario se encuentra entonces alterado por un momento que podríamos llamar "dionisiaco". Aparecen influencias propias de otro principio en otro culto, razas de otro linaje, en otra región. Se constata una interferencia diferenciadora.

Para determinarla tipológicamente, conviene considerar el punto que, en el símbolo del sol como "dios del año", es más significativo: el **solsticio de invierno**. Aquí un nuevo

elemento interviene, adquiriendo una importancia cada vez más grande, a saber, que la luz parece difuminarse pero surge nuevamente como en virtud de un contacto con el principio original de su vida misma. Se trata de un símbolo que, o bien no figura en las tradiciones del tronco boreal puro, o bien figura solo a título completamente secundario, mientras que juega un rol preponderante en las civilizaciones y las razas del Sur donde adquiere a menudo un significado central y supremo. Son los símbolos femenino-telúricos de la **Madre** (la mujer divina), la **Tierra** y las **Aguas** (o la Serpiente): tres expresiones características, en amplia medida equivalentes y frecuentemente asociadas (Madre-Tierra, Aguas Generatrices, Serpiente de las Aguas, etc.). **La relación que se establece entre los dos principios -Madre y Sol- es lo que da sentido a dos expresiones diferentes del simbolismo, una de las cuales conserva las huellas de la tradición "polar" nórdica, mientras que la otra conduce, por el contrario, a un ciclo nuevo, la edad de plata, una mezcla -que tiene ya el sentido de una degeneración- entre el Norte y el Sur.**

Aquí donde el énfasis se pone sobre los solsticios, subsiste, en principio, un lazo con el simbolismo "polar" (eje norte-sur) mientras que el simbolismo de los equinoccios se relaciona con la dirección longitudinal (oriente-occidente), de forma que la preponderancia de uno o de otro de estos simbolismos en las diferentes civilizaciones permite frecuentemente, por sí mismo, determinar si hacen referencia, respectivamente, a la herencia hiperbórea o a la herencia atlante. En la tradición y la civilización **atlante** propiamente dichas, aparece sin embargo una forma mixta. La presencia del simbolismo solsticial testimonia la existencia de un elemento "polar", pero la preponderancia del tema del dios solar cambiante, al igual que la aparición y la importancia capital concedida a la figura de la Madre o a símbolos análogos, revelan, en el momento del solsticio, los efectos de otra influencia, de otros tipo de espiritualidad y de civilización.

Es por ello que, cuando el centro está constituido por el principio masculino-solar concebido en tanto que vida que sube y baja, con un invierno y una primavera, una muerte y un renacimiento como los "dioses de la vegetación", mientras que lo idéntico, lo inmutable, está representado por la Madre Universal, por la Tierra, concebida como el principio eterno de toda vida, como matriz cósmica, sede y fuente inagotable de toda energía, estamos ya ante una civilización de la decadencia, en la segunda era, tradicionalmente situada bajo el signo acuoso o lunar. En todas partes, por el contrario, donde el sol continúa siendo concebido en su aspecto de pura luz, como una "virilidad incorpórea", sin historia y sin generación, donde, en línea con este significado "olímpico", la atención se concentra en la naturaleza luminosa celeste de las estrellas **fijas**, en tanto se muestran más independientes aun de esta ley de ascenso

y decadencia que, en la concepción opuesta, afecta el sol mismo en tanto que dios-año, subsiste entonces la espiritualidad más alta, más pura y original (ciclo de las civilizaciones uranias).

Tal es el esquema general, pero sin embargo fundamental. Se puede hablar, en un sentido universal, de **Luz del Sur** y de **Luz del Norte** y, en tanto que tal oposición pueda tener un significado relativamente preciso en lo que es temporal, remite, por lo demás, a épocas lejanas, pudiéndose hablar también de espiritualidad urania y de espiritualidad lunar, de "Artida" y de "Antártida".

Histórica y geográficamente, la Atlántida correspondería en realidad, no al Sur, sino a Occidente. Al Sur correspondería Lemuria, continente del que algunas poblaciones negras y australes pueden ser consideradas como últimos vestigios. Ya hemos realizado una rápida alusión a este respecto. Pero en tanto que seguimos esencialmente aquí la curva descendente de la civilización hiperbórea primordial, no consideraremos la Atlántida más que como una fase de este descenso y el Sur, en general, en función de la influencia que ha ejercido, en el curso del ciclo atlante (no solo en el curso de este ciclo, a menos de dar a la expresión "atlante" un sentido general y tipológico), sobre las razas de los orígenes y de civilización boreal, es decir en el marco de formas intermedias, al disponer del doble significado de una alteración de la herencia primordial y de una elevación a formas más puras de los temas ctónico-demoníacos propios de las razas aborígenes meridionales. Es por ello que no hemos utilizado el término Sur, sino el de **Luz del Sur** y que emplearemos para el segundo ciclo, la expresión "espiritualidad **lunar**", al ser considerada la luna como un símbolo luminoso, pero no solar, parecido, de alguna manera, a una "tierra celeste", es decir a una tierra (Sur) purificada.

Es un hecho que los temas de la Madre o de la Mujer, del Agua y de la Tierra extrajeron su origen primeramente del Sur y se extendieron, a través del juego de interferencias e infiltraciones, en todos los vestigios y recuerdos "atlánticos" ulteriores, un hecho, decíamos, del cual numerosos elementos no permiten dudar y que explica que algunos hayan podido cometer el error de creer que el culto de la Madre era propio de la civilización nórdico-atlante. Hay sin embargo alguna verosimilitud en la teoría según la cual existiría una relación entre la Môuru -una de las "creaciones" que sucedió, según el Avesta (4), a la sede ártica- y el ciclo "atlante", si se da a la Môuru el sentido de "Tierra Madre" (5). Algunos han creído ver, además, en la civilización prehistórica de la Madeleine (que es de origen Atlante), el centro originario desde donde se ha difundido en el Mediterráneo neolítico, sobre todo entre las razas camitas, hasta tiempos minoicos, una civilización donde la Diosa Madre jugó un papel

preponderante, hasta el punto que ha podido decirse que en el alba de las civilizaciones la mujer irradió, gracias a la religión, "una luz tan viva que la figura masculina permaneció ignorada y en la sombra" (6). Según otros, encontraríamos en el ciclo ibérico-cántabro, las características del misterio demetrióaco-lunar que predomina en la civilización pelasga prehelénica (7). Hay ciertamente en todo esto, una parte de verdad. Por lo demás, el nombre mismo de los Tuatha de Dannan del ciclo irlandés, la raza divina del Oeste de la que ya hemos hablado, significaría para algunos, "los pueblos de la diosa". Las leyendas, los recuerdos y las trasposiciones supra-históricas que hacen de la isla occidental la residencia de una diosa, una reina o una sacerdotisa soberana, son en todo caso numerosas y, a este respecto muy significativas. Ya hemos tenido ocasión de facilitar, sobre este tema, cierto número de referencias. Según el mito, en el jardín occidental de Zeus, la custodia de los frutos de oro -que pueden ser considerados como la herencia tradicional de la primera edad y como un símbolo de los estados espirituales que le son propios- pasa, como se sabe a las mujeres -a las Hespérides- y más precisamente a las hijas de **Atlas**. Según ciertas leyendas gaélicas, el Avalon atlántico estaba gobernado por una virgen regia y la mujer que se apareció a Condla para llevarlo al "País de los Vivientes" declara, simbólicamente, que no encontró allí más que mujeres y niños (8). Según Hesiodo, la edad de plata estuvo caracterizada precisamente por una muy larga "infancia" **bajo la tutela materna** (9); es la misma idea, expresada através de idéntico simbolismo. El término mismo de edad de **plata** se refiere en general, a la luz lunar, a un época lunar matriarcal (10). En los mitos celtas en cuestión, se encuentra constantemente el tema de la mujer que inmortaliza al héroe en la isla occidental (11). A este tema corresponden la leyenda helénica de Calipso, hija de **Atlas**, reina de la misteriosa isla Ogygia, mujer divina que goza de la inmortalidad y hace participar de ella a aquel a quien elige (12); el tema de la "virgen que está sobre el trono de los mares", diosa de la sabiduría y guardiana de la vida, virgen que parece confundirse con la diosa-madre Istar (13); el mito nórdico relativo a Idhunn y a sus manzanas que renuevan y aseguran una vida eterna (14); la tradición extremo-oriental relativa al "paraiso occidental", de la que ya hemos hablado, bajo su aspecto de "Tierra de la Mujer de Occidente" (15); finalmente, la tradición mejicana concerniente a la mujer divina, madre del gran Huitzilpochli, convertida en dueña de la tierra oceánica sagrada de Aztlan (16). Tales son los ecos, directos o indirectos, de la misma idea, recuerdos, símbolos y alegorías que conviene desmaterializar y universalizar en tanto hacen referencia a una espiritualidad "lunar", a un "reino" y a una participación en la vida caduca, trasladadas del signo solar y viril al signo "femenino" y lunar de la Mujer divina.

Pero hay más. Aunque se pueda evidentemente interpretar este género de mitos de diversas maneras, en la tradición hebraica relativa a la caída de los "hijos de los

dioses", Ben Elohim -a la que corresponde, como se ha dicho, la tradición platónica concerniente a la degeneración, a través de la mezcla, de la raza divina atlántica primitiva- ocupa un lugar preponderante la "mujer", pues es a través suyo como se habría operado precisamente lo que se considera como una caída (17). Es muy significativo, a este respecto, que en el **Libro de Enoch** (XIX, 2) se diga que las mujeres, asociadas a la caída de los "hijos de los dioses" se convertían en **Sirenas**, pues las Sirenas son las hermanas de las Oceánidas, que la tragedia griega presenta en torno a **Atlas**. Podría verse también aquí una alusión a la naturaleza de esta transformación que condujo, de la espiritualidad original, a las formas de la edad de plata. Sería quizás posible extraer una conclusión análoga del mito helénico de Afrodita, diosa que, con sus variantes asiáticas, es característica de la composición meridional de las civilizaciones mediterráneas. Habría nacido en efecto, de las aguas, por la **desvirilización** del dios celeste primordial, Urano, que algunos asocian, con Cronos, sea a la edad de oro, sea a la región boreal. Igualmente, según la tradición más antigua del Edda, la aparición del elemento femenino -de "tres potentes niñas, hijas de gigantes" (18)- habría cerrado el ciclo de la edad de oro y dado origen a las primeras luchas entre las razas divinas (Asen y Wanen), luego entre gigantes y razas divinas, luchas que reflejan, como se verá, el espíritu de edades sucesivas. Una estrecha correspondencia se establece así entre la nueva manifestación del oráculo de la Madre, de Wala, en la residencia de los gigantes, el desencadenamiento de Loki y el "obscuramiento de los dioses", el **ragna-rökr** (19).

Por otra parte, ha existido siempre una relación entre el símbolo de la divinidad femenina y el de las **aguas** y las divinidades, incluso masculinas, de las Aguas (20). Según el relato platónico, la Atlántida estaba consagrada a Poseidón, dios de las aguas marinas. En algunas representaciones iránias, es un dios acuático quien toma el relevo de Cronos, rey de la edad de oro, lo que expresa evidentemente el tránsito al ciclo del Poseidón atlante. Esta interpretación se encuentra confirmada al estar representada la sucesión de las cuatro edades mediante la preponderancia sucesiva de los cuatro caballos de la cuádriga cósmica y estando consagrado el caballo que corresponde el elemento agua a Poseidón; una cierta relación con el fin de la Atlántida aparece igualmente en la alusión a una catástrofe provocada por las aguas o por un diluvio (21). Existe, además, una convergencia con el tema de los Ben Elohim caídos por haberse unido a mujeres: Poseidón mismo habría sido atraído por una mujer, Kleito, residente en la tierra atlante. Para protegerla, habría creado una ciudad circular aislada por valles y canales, y Atlas, primer rey mítico de esta tierra, habría sido el primer hijo de Poseidón y de Kleito (22). El dios Olokun, al que se refieren los ecos de tradiciones atlantes muy antiguas del litoral atlántico africano, puede ser considerado como un equivalente de Poseidón, y éste -como el antiguo Tarqu- representaba precisamente

con la diosa Madre, Mu, un papel característico en el culto pelasgo (en Creta), que fue verosíblemente propio de una colonia atlante. El tesoro de Poseidón que "viene del mar", del ciclo pelasgo, tiene al mismo tiempo un significado lunar, como ocurre otro tanto con el Apis egipcio, engendrado por un rayo de luna (23). Se encuentran, aquí también, los signos distintivos de la edad de plata, que no estuvieron carentes de relación con el demonismo autóctono, pues Poseidón no fue considerado solo como el "dios del mar": bajo su aspecto de "sacudidor de las tierras" donde estuvo asociado a Gea y a las Moiras, es también el que abre la tierra, como para provocar la irrupción del mundo subterráneo (24).

Bajo su aspecto ctónico elemental, la mujer, junto a los demonios de la tierra en general, fue efectivamente el objeto principal de los cultos aborígenes meridionales, de donde derivaron las diosas ctónicas asiático-meridionales y las que representaban a los monstruosos ídolos femeninos esteatopigios del alto megalítico (25). Según la historia legendaria de Irlanda, esta isla habría sido habitada originariamente por una diosa, Cessair, pero también por seres monstruosos y demonios de las aguas, los Fomores, es decir, los que moran "Bajo las Olas" descendientes de Dommú, personificación femenina de los abismos de las aguas (26). Es precisamente esta diosa del mundo meridional, transfigurada, reducida a una forma puramente demetríaca como se presenta ya en las cavernas de Brassempouy del hombre auriñaciense, quien debía introducirse y dominar en la nueva civilización de origen atlántico-occidental (27). Del neolítico hasta el período micénico, de los Pirineos a Egipto, en la ruta de los colonizadores atlánticos, se encuentran casi exclusivamente ídolos femeninos y, en las formas del culto, más sacerdotisas que sacerdotes, o incluso, con bastante frecuencia, sacerdotes afeminados (28). En Tracia, Iliria, Mesopotamia, pero también entre algunas capas celtas y nórdicas, hasta el tiempo de los germanos, en India, sobre todo en lo que ha subsistido en algunas formas meridionales del culto tántrico y en los vestigios prehistóricos de la civilización llamada de Mohenjodaro, circula el mismo tema, sin hablar de sus formas más recientes, que veremos más adelante.

Tales son, brevemente descritas, las raíces ctónicas originarias del tema propio de la "Luz del Sur", a la cual puede referirse la componente meridional de las civilizaciones, tradiciones e instituciones que se han formado tras el gran movimiento de occidente hacia oriente. A esta componente de disolución, se opone la que entronca con el tipo original de espiritualidad olímpico-urania propio de las razas de extracción directamente boreal (nórdico-atlántico) o las que consiguieron, a pesar de todo, mantener o volver a alumbrar el fuego de la tradición primordial en un área donde se ejercían influencias muy diferentes a las de la residencia original.

En virtud de la relación oculta que existe entre lo que se desarrolla sobre el plano visible, aparentemente en función de las condiciones exteriores y lo que obedece a un destino y a un sentido espiritual profundos, es posible, a propósito de estas influencias, referirse a los datos del medio y del clima para explicar analógicamente la diferenciación que sobrevino. Era natural, sobre todo durante el período del largo invierno glacial, que entre las razas del Norte la experiencia del Sol, la Luz y el Fuego mismo, actuasen en el sentido de una espiritualidad liberadora, y así pues, que las naturalezas urano-solares, olímpicas o de llama celeste figuren, antes que en otras razas, en primer plano de su simbolismo sagrado. Además, el rigor del clima, la esterilidad del suelo, la necesidad de cazar y, finalmente, de emigrar, de atravesar mares y continentes desconocidos, debieron conferirles de forma natural a aquellos que conservaban interiormente esta experiencia espiritual del Sol, del cielo luminoso y del fuego, temperamentos guerreros, conquistadores, navegantes, que favorecieron esta síntesis entre la espiritualidad y la virilidad, cuyas huellas características se conservan entre las razas arias. Esto permite también aclarar otro aspecto del simbolismo de las **pedras sagradas**. La piedra, la roca, expresan la dureza, la firmeza espiritual, la virilidad sagrada y al mismo tiempo inflexible, de los "Salvados de las aguas". Simboliza la cualidad principal de quienes se aplicaron a dominar los tiempos nuevos, quienes crearon los centros tradicionales post-diluvianos, en los lugares donde reaparecen frecuentemente, bajo la forma de una piedra simbólica, variante del **omphalos**, el signo del "centro", del "polo", de la "casa de Dios" (29). De aquí el tema helénico de la **segunda raza**, nacida de la **piedra**, tras el diluvio (30), similar a Mithra, nacido así mismo de una piedra. Son igualmente piedras quienes indican a los verdaderos reyes o quienes marcan el principio de la "vía sagrada" (el **lapis niger** romano). De una piedra sagrada hay que extraer las espadas fatídicas y, es, tal como hemos visto, con piedras meteóricas, "pedras del cielo" o "del rayo" que se confecciona el hacha, arma y símbolo de los conquistadores prehistóricos.

En las regiones del Sur, era por el contrario natural que el objeto de la experiencia más inmediata no fuera el **principio** solar, sino sus **efectos**, la lujuriosa fertilidad ligada a la tierra; que el centro se desplazase hacia la Madre Tierra como Magna Mater, el simbolismo hacia divinidades y entidades ctónicas, los dioses de la vegetación y de la fecundidad vegetal y animal, y que el fuego pasase, de un aspecto divino, celeste y benéfico, a un aspecto opuesto, "subterráneo", ambiguo y telúrico. El clima favorable y la abundancia natural debían además incitar a la mayoría al abandono, a la paz, el reposo, y a una distensión contemplativa (31). Así, incluso sobre el plano de lo que puede ser condicionado, en cierta medida, por factores exteriores, mientras que la "Luz del Norte" se acompaña, bajo signos solares y uranios, de un **ethos** viril y de una espiritualidad guerrera, de dura voluntad ordenadora y dominadora, en las tradiciones

del Sur corresponde, por el contrario, a la preponderancia del tema ctónico y al **pathos** de la muerte y de la resurrección, una cierta inclinación a la promiscuidad, a la evasión y al abandono, un naturalismo panteísta con tendencias tanto sensuales, como místicas y contemplativas (32).

La antítesis del Norte y del Sur podría referirse igualmente a la existente entre los dos tipos primordiales del Rey y del Sacerdote. En el curso de períodos históricos consecutivos al descenso de las razas boreales, se manifiesta la acción de dos tendencias antagonistas que se reclaman bajo una forma u otra, de esta polaridad fundamental Norte-Sur. En cada una de estas civilizaciones, habremos de discernir el producto dinámico del reencuentro o del enfrentamiento de estas tendencias, generadora de formas más o menos duraderas, hasta que prevalezcan los procesos y las fuerzas que desembocaron en las edades ulteriores de bronce y de hierro. Esto no se da por otra parte solo en el interior de cada civilización particular, sino también en la lucha entre distintas civilizaciones, en la preponderancia de una o en la ruina de otra, donde se evidenciarán a menudo significados profundos reclamándose de uno o de otro de los polos espirituales y aludiendo más o menos estrechamente a filiaciones éticas que conocieron originariamente la "Luz del Norte" o sufrieron por el contrario el encantamiento de las Madres y los abandonos extáticos del Sur.

6

LA CIVILIZACION DE LA MADRE

Para desarrollar este análisis es necesario proceder a una definición tipológica más precisa de las formas de civilización que han sucedido a la civilización primordial. En primer lugar estudiaremos el concepto mismo de "Civilización de la Madre"(1).

Su tema característico es una trasposición metafísica del concepto de la mujer, contemplado en tanto que principio y sustancia de la generación. Es una diosa quien expresa la realidad suprema. Todo ser es considerado como su hijo y aparece, en relación a ella, como algo condicionado y subordinado, privado de vida propia, es decir, caduco y efímero. Tal es el tipo de las grandes diosas asiático-mediterráneas de la vida: Isis, Ashera, Cibele, Afrodita, Tanit y sobre todo Démeter, figura central del ciclo pelasgo-minoico. La representación del principio solar bajo la forma de un niño sostenido por la Gran Madre sobre sus rodillas, es decir, como algo engendrado; las representaciones egipcio-minoicas de reinas o mujeres divinas mostrando el loto y la llave de la vida; Ishtar, de la cual uno de sus himnos más antiguos dice: "No hay ningún dios verdadero fuera de tí" y que es llamada Ummu ilani, Madre de los dioses; las diversas alusiones, amenudo acompañadas de transposiciones cosmológicas, a una primacía del principio de la "noche" sobre el principio "día" que surge de su seno, divinidades tenebrosas o lunares sobre las que se manifiesta; el sentimiento característico, que resulta y lo "oculta" es un destino, una invisible ley de fatalidad a la cual nadie puede sustraerse; el lugar acordado, en algunos simbolismos arcaicos (que frecuentemente reposan sobre el cálculo **lunar**, antes que solar, del tiempo) al signo o al dios de la Luna sobre el del Sol (por ejemplo, el Sin babilonio en relación a Sanash) y la inversión, en virtud de la cual la Luna toma en ocasiones el género masculino y el Sol el femenino; la importancia dada al principio de las Aguas (Zeus subordinado a Estigia; el Océano generador de los dioses y de los hombres, etc.) y a su culto correlativo, el de la serpiente y las divinidades análogas; en otro plano, la subordinación de Adonis en relación a Afrodita, de Virbio respecto a Diana, de algunas formas de Osiris, transmutado de su forma solar originaria en dios lunar de las aguas, en relación a Isis (2), de Baco en relación a Demeter, del Hércules asiático respecto a Militta, etc... todo esto hace referencia, más o menos directamente, al mismo tema.

Por todas partes se encuentran, en el Sur, desde Mesopotamia hasta el Atlántico, estatuillas neolíticas de la Madre con el Hijo.

En Creta, la tierra de los orígenes era llamada, en lugar de "patria", "Tierra de la madre", particularidad que emparenta esta civilización de una forma específica con la civilización atlántico-meridional (3) y con el substrato de cultos aun más antiguos del Sur. Los dioses son mortales; como el verano, sufren cada año la muerte (4). Aquí, Zeus (Teshub) no tiene padre y su madre es la sustancia húmeda terrestre: es pues la "mujer" quien está en el principio. El -el Dios- es algo "engendrado" y mortal: se muestra su tumba (5). Por el contrario el substrato femenino inmutable de cada vida es inmortal. Cuando se disipan las sombras del caos hesiódico, es la negra Gaia un principio femenino, quien aparece. **Sin esposo**, Gaia engendra -tras las "grandes montañas", el Océano y el Puente- su propio varón o esposo; y toda generación divina nacida de Gaia, tal como indica Hesiodo según una tradición que no debe ser confundida con la del puro culto olímpico, se presenta como un mundo sometido al movimiento, a la alteración, al devenir.

Sobre un plano inferior, los vestigios que se han conservado hasta tiempos históricos en diversos cultos asiático-mediterráneos permiten precisar el sentido de algunas expresiones rituales particularmente características de esta inversión de valores, consideramos las fiestas saceas y frigias. Las fiestas saceas en honor de la gran diosa tenían como apogeo la muerte de un ser, que jugaba el rol de macho regio (6). La destitución de lo viril, con ocasión de las celebraciones de la diosa, se encuentra, por otra parte, en la emasculación practicada, como hemos visto, en los misterios de Cibele: bajo la inspiración de la diosa, podía suceder que los mystes, presos de un frenesí, se privasen, incluso físicamente, de su virilidad para semejarse a ella, para transformarse en el tipo femenino, concebido como la más alta manifestación de lo sagrado (7). Por lo demás, en los templos de Artemisa, de Efeso y de Astarte, sí como en Hierópolis, los sacerdotes fueron con frecuencia eunucos (8). El Hércules lidio que sirvió durante tres años, vestido con ropas de mujer, el imperioso Omphalos, imagen, como la Semiramis misma, del tipo de mujer divina; el hecho de que los participantes en algunos misterios consagrados precisamente a Hércules y a Dionisos se vistieran de mujeres; el hecho que, entre algunos antiguos germanos, fueran también vestidos de mujer como los sacerdotes velaban en el bosque sagrado; la inversión del ritual del sexo, en virtud del cual algunas estatuas de Nana-Ishtar en Susa y de Venus en Chipre llevaban signos masculinos mientras que mujeres vestidas de hombre celebraban el culto con hombres vestidos de mujer (9); la transformación ya mencionada de la Luna en Lunus, divinidad masculina (10); en fin, la ofrenda minoico-pelasga de **armas rotas** a la diosa (11) y la usurpación del símbolo guerrero y sagrado hiperbóreo, el hacha, por figuras de amazonas y de divinidades femeninas del Sur... todo ello constituye otros tantos ecos que, aun fragmentarios, materializados o deformados,

siguen siendo característicos de la concepción general según la cual, lo femenino habiéndose convertido en el principio fundamental de lo sagrado, de la fuerza y la vida, mientras que lo masculino y el hombre en general, se les concede un carácter insignificante, de inconsistencia interior y sin valor, caduco y envilecido.

Mater = Tierra, **gremius matris terrae**. De aquí deriva un punto esencial, a saber, que en el mismo tipo de civilización de origen "meridional" y en el mismo significado general, se puede incluir todas las variedades de cultos, mitos y ritos en los que predomina el tema ctónico, incluso cuando el elemento masculino figure, y se aluda, no solo a diosas, sino también a dioses de la tierra, del crecimiento, de la fecundidad natural, de las aguas o del fuego subterráneo. En el mundo subterráneo, en lo oculto reinaron sobre todo las Madres, pero en el sentido de la noche, de las tinieblas, opuesto al **coelum** que puede implicar, también, la idea genérica de lo invisible, pero bajo su aspecto superior, luminoso y, precisamente, celeste. Existe, por otra parte, una oposición fundamental y bien conocida entre el **Deus**, tipo de las divinidades luminosas de las razas indo-europeas (12) y el **AI**, entendido como objeto de culto demoníaco-extático y frenético de las razas oscuras del Sur, privadas de toda dimensión verdaderamente sobrenatural (13). En realidad, el elemento infero-demoníaco, el reino elemental de las potencias subterráneas, corresponde a un aspecto -el más bajo- del culto de la Madre. A todo esto se opone la realidad "olímpica", inmutable y atemporal en la luz de un mundo de esencias inteligibles o dramatizado bajo la forma de divinidades de la guerra, de la victoria, del esplendor, de las alturas y del fuego celeste.

Así la civilización de la Madre, en un sentido general, está relacionada con el **totemismo**. Es significativo que, en la tradición hindú, la vía de los antepasados -**pitr-yana**- opuesta a la vía solar de los dioses, sea sinónimo de vía de la Madre. Pero basta recordar el significado particular que hemos dado al totemismo (14) para ver que la relación de individuos con su origen ancestral y su significado en relación a este, coinciden con los de la concepción ginecocrática en cuestión. En los dos casos, el individuo no es más que una aparición finita y caduca, surgiendo y desapareciendo en una substancia que existía antes que él y que continuará después engendrando otros seres igualmente privados de vida propia. En relación con este significado común y este destino, el hecho de que la representación preponderante del principio totémico sea masculina, pasa a segundo plano (15). De hecho es al totem al que retorna la vida de los muertos, sucediendo frecuentemente, como se ha visto, que el culto a los muertos y a los totems se interfieren. Pero precisamente el culto a la Madre y el rito telúrico en general interfieren a menudo, de la misma forma, con el culto a los muertos: la Madre de la vida es igualmente la Diosa de la muerte. Afrodita, diosa del

amor, se presenta también, bajo la forma de Libitina, como diosa de la muerte, y esto es igualmente cierto para otras divinidades, comprendidas las divinidades itálicas Feronia y Acca Larentia.

Conviene señalar, a este respecto, un punto de particular importancia. El hecho de que, en las civilizaciones "meridionales" -donde predomina el culto telúrico-femenino- sea el rito funerario de la inhumación el que prevalece, mientras que en las civilizaciones de origen nórdico-ario se practique sobre todo la cremación, refleja precisamente el punto de vista al que aludimos: el destino del individuo, no es la liberación por el fuego de los residuos terrestres, el ascenso, sino el retorno a las profundidades de la tierra, la nueva disolución en la **Magna Mater** ctónica, origen de su vida efímera. Es esto lo que explica igualmente la localización **subterránea**, antes que celeste, del lugar de los muertos, propio sobre todo de los troncos étnicos más antiguos del Sur (16). La significación simbólica del rito de la inhumación permite pues, en principio, considerarlo como un vestigio del ciclo de la Madre.

Generalizando, puede establecerse igualmente una relación entre la visión femenina de la espiritualidad y la concepción **panteísta** del todo como un gran mar donde el núcleo del ser individual se disuelve y se pierde como el grano de sal, donde la personalidad no es más que una aparición ilusoria y momentánea de la única sustancia indiferenciada, espíritu y naturaleza al mismo tiempo, que es considerada como lo único real, y donde no hay ningún lugar para un orden verdaderamente trascendente. Pero es preciso añadir -y esto será importante para determinar el sentido de los ciclos siguientes- que las formas donde lo divino es concebido como persona, y donde se encuentra subrayada la relación naturalista de una **generación** y de una "**creaturalidad**", con el **pathos** correspondiente de pura dependencia, de humildad, de pasividad, sumisión y renuncia a su propia voluntad, estas formas decimos, presentan algo mezclado pero reflejan, en el fondo, un espíritu idéntico (17). Es interesante recordar que, según el testimonio de Estrabón (VII, 3, 4) la oración (sobre el plano de la simple devoción) hubo llegado al hombre a través de la mujer.

Ya hemos tenido ocasión de indicar, desde el punto de vista doctrinal, que la materialización de lo viril es la contrapartida inevitable de toda feminización de lo espiritual. Este tema, que hará comprender el sentido de algunas transformaciones ulteriores de la civilización corresponden, tradicionalmente, a la edad del bronce (o del acero) luego a la de hierro, permite también precisar otros aspectos de la civilización de la Madre.

Frente a una virilidad concebida de una forma materializada, es decir como fuerza

física, dureza, cerrazón, afirmación violenta, la mujer, por sus facultades de sensibilidad, sacrificio y amor, así como por el misterio de la generación, pudo aparecer como la encarnación de un principio más elevado. Allí donde no se reconocía solamente la fuerza material, pudo pues adquirir la autoridad, aparecer, de alguna manera, como una imagen de la Madre universal. No es, sin embargo, contradictorio que en algunos casos la ginecocracia espiritual e incluso social haga su aparición, no en una sociedad afeminada, sino en una sociedad belicosa y guerrera (18). En verdad, el símbolo general de la edad de plata y del ciclo atlante no es el símbolo demoniacamente telúrico y groseramente naturalista (ciclo de los ídolos femeninos esteatopígicos). El principio femenino se eleva ya a una forma más pura, como en el símbolo antiguo de la Luna en tanto que Tierra purificada o celeste no dominando más que a este título lo que es terrestre (19): se afirma como una autoridad espiritual, o al menos moral, frente a instintos y cualidades viriles exclusivamente materiales y físicas.

Es principalmente bajo el aspecto de figuras femeninas como aparecen las entidades que no solo protegen la costumbre y la ley natural y vengan el sacrilegio y el crimen (de las Normas nórdicas, a las Erinias, a Themis y a Dike) sino que dispensan también el don de la inmortalidad, se debe reconocer precisamente esta forma más alta, que puede calificarse, de forma general, como **demetríaca**, relacionada con los castos símbolos de Vírgenes o Madres que conciben sin esposo, o de diosas del crecimiento vegetal ordenado y del cultivo de la tierra, como por ejemplo Ceres (20). La oposición entre el tipo **demetríaco** y el tipo **afrodítico** corresponde a la oposición entre la forma pura, transformada y la forma inferior, groseramente telúrica, del culto a la Madre, que resurge en los últimos estadios de descomposición y sensualización de la civilización de la edad de plata. Oposición idéntica a la que existe, en las tradiciones extremo-orientales, entre la "Tierra Pura" de la "Mujer de Occidente" y el reino subterráneo de Ema-O, y en las tradiciones helénicas, entre el símbolo de Atenea y el de las Górgonas que combaten. Es la **espiritualidad demetríaca, pura y serena como la luz lunar, quien define tipológicamente la Edad de Plata, y verosímilmente, el ciclo de la primera civilización atlántica**. Históricamente, no tiene sin embargo nada de primordial; es ya un producto de transformación (21). Allí donde el símbolo se convirtió en realidad, se afirmaron formas de ginecocracia efectiva, de las que pueden encontrarse huellas en el substrato más arcaico de numerosas civilizaciones (22). Al igual que las hojas no nacen una de otra, sino del tronco, así mismo, si bien es el hombre quien suscita la vida, esta es efectivamente dada por la madre: tal es la premisa. No es el hijo quien perpetúa la raza; tiene una existencia puramente individual limitada a la duración de su vida terrestre. La continuidad se encuentra por el contrario en el principio femenino, materno. De aquí deriva como consecuencia que la mujer, en tanto que madre, se encuentre en el centro

y en la base del derecho de la **gens** o de la familia y que la transmisión se haga por línea femenina(23). Y si de la familia se pasa al grupo social, se llega a las estructuras de tipo colectivista y comunista: cuando se invoca la unidad de origen y el principio materno, del que todo el mundo desciende de igual manera, la **aequitas** deviene **aequalitas**, relaciones de fraternidad universal y de igualdad se establecen espontáneamente, se afirma una simpatía que no conoce límites ni diferencias, una tendencia a poner en común todo lo que se posee y que, por lo demás, se ha recibido como un regalo de la Madre Tierra. Se vuelve a encontrar aquí un eco persistente y característico de este tema en las fiestas que, incluso hasta una época relativamente reciente, celebraban las diosas telúricas y el retorno de los hombres a la gran Madre de la Vida y donde se manifestaba la reminiscencia de un elemento orgiástico propio de las formas meridionales más bajas; fiestas en las que todos los hombres se sentían libres e iguales, donde las divisiones de castas y de clases ya no contaban y podían incluso ser superadas, en medio de una licenciosidad general y un gusto por la promiscuidad (24).

Por otra parte, el pretendido "derecho natural", la promiscuidad comunista propia de muchas sociedades salvajes, sobre todo del Sur (Africa, Polinesia) y hasta el **mir** eslavo, todo esto nos lleva casi siempre al marco característico de la "civilización de la Madre", incluso aquí donde no hubo matriarcado y donde se trató menos de "mistovariaciones" de la civilización boreal primordial, que de restos de telurismo inherentes a razas inferiores autóctonas. El tema comunista, unido a la idea de una sociedad que ignora las guerras, que es libre y armoniosa, figura por otra parte, fuera del relato de platónico relativo a la Atlántida de los orígenes, en diversas descripciones de las primeras edades, comprendida la edad de oro. En lo que concierne a esta última existe sin embargo una confusión debida a la substitución de un recuerdo reciente por otro mucho más lejano. El tema "lunar" de la paz y de la comunidad, en el sentido naturalista, no tiene nada que ver con los temas que, según testimonios múltiples, caracterizan, como se ha visto, la primera edad (25).

Pero una vez se disipa este equívoco, una vez situado de nuevo en su verdadero lugar -es decir, no en el ciclo de la edad de Oro, sino en el de la de Plata, de la Madre, que es preciso considerar como el **segundo** grado- los recuerdos que se refieren a un mundo primordial calmado, sin guerras, sin divisiones, comunitario, en contacto con la naturaleza, los recuerdos comunes a un gran número de pueblos, vienen a confirmar, de forma muy significativa, los puntos de vista ya expuestos.

Por otra parte, siguiendo hasta el fin este orden de ideas, es posible desprender una última característica morfológica, de importancia capital. Si se hace referencia a lo que

hemos expuesto en la primera parte de esta obra sobre el sentido de la realeza primordial y sobre las relaciones entre la realeza y el sacerdocio, se puede constatar que en un tipo de sociedad regida por una casta sacerdotal, es decir, dominada por el tipo espiritual "femenino" que le es propio, la función real se encuentra relegada a un plano subordinado y solamente material, es un espíritu gineocrático y lunar, una forma demetriaica quien reina, sobre todo si esta sociedad está orientada hacia el ideal de una unidad mística y fraterna. Frente al tipo de sociedad articulada según jerarquías precisas, asumiendo "triumfalmente" el espíritu y culminando en la superhumanidad real, refleja la verdad misma de la Madre en una de sus formas sublimadas, correspondiendo a la orientación que caracteriza probablemente el mejor período del ciclo atlántico y que se reproduce y conserva en las colonias irradiando, hasta los pelasgos y el ciclo de las grandes diosas asiático-mediterráneas de la vida.

Así, en el mito, en el rito, en las concepciones generales de la vida, de lo sagrado y del derecho, en la ética y en las formas sociales mismas, se reencuentran elementos que, sobre el plano histórico, pueden no aparecer más que de una forma fragmentaria, mezclados a otros temas, traspuestos sobre diversos planos, pero refiriéndose sin embargo, en su principio, a una misma orientación fundamental.

Esta orientación corresponde, como hemos visto, a la alteración meridional de la tradición primordial, a la desviación del "Polo" que acompaña, sobre el plano del espíritu, la que se produce en el espacio, en las "mistovariaciones" del tronco original y en las civilizaciones de la "edad de plata". Tal es lo que debe retener quien desee comprender los significados opuestos del Norte y del Sur, no solo morfológicamente, en tanto que "tipos universales de civilización" (punto de vista al cual es siempre posible limitarse), sino también como puntos de referencia que permiten integrar, en un significado superior, la dinámica y la lucha de las fuerzas históricas y espirituales, en el curso del desarrollo de las civilizaciones mas recientes, durante las fases ulteriores de "oscurecimiento de los dioses" (26).

LOS CICLOS DE LA DECADENCIA EL CICLO HEROICO

A propósito de un período anterior al diluvio, el mito bíblico habla de una raza de "hombres poderosos que habían sido, antiguamente, hombre gloriosos", **isti sunt potentes a sasculo viri famosi**, nacidos de la unión de seres celestes con mujeres, que los habían "seducido" (1): unión que, como hemos visto, puede ser considerada como uno de los símbolos del proceso de mezcla, en virtud del cual la espiritualidad de la edad de la Madre sucedió a la espiritualidad de los orígenes. Es la raza de los Gigantes -Nephelin- que son llamados también en el **Libro de Enoch**, "gentes de extremo-Occidente". Según el mito bíblico, a causa de esta raza la violencia reinó sobre la tierra, hasta el punto de provocar la catástrofe diluviana.

Recuerda, por otra parte, el mito platónico del andrógino. Una raza fabulosa y "andrógina" de seres poderosos habían logrado **inspirar temor a los mismos dioses**. Estos, a fin de paralizarlos, separaron a estos seres en dos partes, "macho" y "hembra" (2). Tal división destruyó su poder capaz de inspirar terror a los dioses, y en ocasiones se hace alusión al simbolismo de la "pareja enemiga" que se repite en muchas tradiciones y cuyo tema es susceptible de una interpretación no solo metafísica, sino igualmente histórica. Se puede hacer corresponder la raza original poderosa y divina, andrógina, con el estadio durante el cual los Nephelin "fueron hombres gloriosos": es la raza de la edad de oro. Luego, se produjo una división; del "dos", la pareja, la díada, se diferenció "uno". Uno de los términos es la Mujer (Atlántida): frente a la Mujer, el Hombre, un Hombre que ha dejado de ser espíritu y sin embargo se revuelve contra el simbolismo lunar afirmándose en tanto que tal, entregándose a la conquista violenta y usurpando poderes espirituales determinados.

Es el mito titánico. Son los "Gigantes". Es la edad de bronce. En el **Critias** platónico, la violencia y la injusticia, el deseo de poder y la avidez están asociadas a la degeneración de los atlantes (3). En otro mito helénico, se dice que "los hombres de los tiempos primordiales [a los cuales pertenece Deucalión, el superviviente del diluvio] estaban henchidos de prepotencia y orgullo, cometieron mas de un crimen, rompieron los juramentos y se mostraron despiadados".

Lo propio del mito y del símbolo es poder expresar una gran diversidad de sentido que

conviene distinguir y ordenar interpretándolos caso por caso. Esto se aplica al símbolo de la pareja enemiga y de los titanes.

Es en función de la dualidad Hombre-Mujer (en el sentido de virilidad materializada y de espiritualidad simplemente sacerdotal), premisa de los nuevos tipos de civilización que han sucedido involutivamente a la de los orígenes, como podemos comprender la definición de estos tipos.

La primera posibilidad es precisamente la posibilidad titánica en sentido negativo, propia al espíritu de una raza materializada y violenta, que no reconoce la autoridad del principio espiritual correspondiente al símbolo sacerdotal o bien al "hermano" espiritualmente femenino (por ejemplo Abel frente a Caín) y se apoya -cuando no se apropia, frecuentemente por sorpresa, y para un uso inferior- en conocimientos que le permiten dominar ciertas fuerzas invisibles que actúan en las cosas y en el hombre. Se trata pues de una rebelión prevaricadora, de una deformación de lo que podía ser el derecho propio de los "hombres gloriosos" anteriores, es decir de una espiritualidad viril inherente a la función de orden y de dominación de lo alto. Es Prometeo quien usurpa el fuego celeste en provecho de razas solamente humanas, pero no sabe como soportarlo. El fuego se convierte así para él en una fuente de tormento y condenación (4) hasta que otro héroe, más digno, reconciliado con el principio olímpico -con Zeus- y aliado de este en la lucha contra los Gigantes -Hércules- lo libera. Se trata de la raza "muy inferior" tanto por su naturaleza, como por su inteligencia. Según Hesiodo, tras la primera edad, rechaza respetar a los dioses, se entrega a las fuerzas telúricas (al final de su ciclo, se convertirá -según Hesiodo (5)- en la raza de los demonios subterráneos). Preludia así a una generación ulterior, mortal, caracterizada solo por la tenacidad, la fuerza material, un gusto salvaje por la violencia, la guerra y el poder absoluto (la edad de Bronce de Hesiodo, la edad de acero según los iraníes, de los gigantes -Nephelin- bíblicos) (6). Según otra tradición helénica (7), Zeus habría provocado el diluvio para extinguir al elemento "fuego" que amenazaba con destruir toda la tierra, cuando Faeton, hijo del Sol, no consiguió dominar la cuádriga cuyos caballos desbocados habían acercado demasiado el disco solar a la tierra. "Tiempo del hacha y de la espada, tiempo del viento, tiempo del Lobo antes que el mundo sucumba. Ningún hombre perdonará a otro", tal es el recuerdo de los Edas (8). Los hombres de esta edad "tienen el corazón duro como el acero". Pero "aunque suscitan el miedo", no pueden evitar sucumbir ante la muerte negra y desaparecen en la **humedad**, morada larvaria del Hades (9). Si, según el mito bíblico, el diluvio puso fin a esta civilización, se debe pensar que es con el mismo linaje que se cierra el ciclo atlante, que es la misma civilización que fue tragada por las aguas a fines de la catástrofe oceánica, quizás (como lo presentan algunos) por efecto del abuso,

mencionado anteriormente, de algunos poderes secretos (magia negra titánica).

Sea como fuere, los "tiempos del hacha" según la tradición nórdica, de forma general, habrían abierto la vía al desencadenamiento de las fuerzas elementales. Estas terminaron por derribar a la raza divina de los Ases -que puede corresponder aquí a las fuerzas residuales de la raza de oro- y romper las barreras de la "fortaleza del centro del mundo", es decir, los límites creadores definidos por la espiritualidad "polar" primordial. Es, tal como hemos visto, la aparición de mujeres, en el seno de una espiritualidad desvirilizada, lo que anunció el "crepúsculo de los Ases", el fin del ciclo de oro (10). Y he aquí que la fuerza oscura que los Ases mismos habían alimentado, pero que anteriormente mantenían encadenada -el lobo Fenrir e incluso, algunas versiones aluden a **dos lobos**-, "creció desmesuradamente" (11). Es la prevaricación titánica, inmediatamente seguida por su revuelta y el advenimiento de todas las potencias elementales, del Fuego interior del **Sur**, de los seres de la tierra -**hrinthursen**- mantenidos anteriormente fuera de los muros del Asgard. El lazo se rompió. Tras la "época del hacha" (edad de bronce) no fue solamente el sol quien "perdió su fuerza", sino también la **Luna** que resultó devorada por dos Lobos (12). Y en otros términos, no fue solamente la espiritualidad solar, sino también la espiritualidad lunar, demetríaca, quien desapareció. Es la caída de Odín, rey de los Ases y de Thor mismo, que había conseguido matar al lobo Fenrir, pero que sucumbió a su veneno, es decir sucumbió por haber corrompido su naturaleza divina de As con el principio mortal que le transmitía esta criatura salvaje. El destino y el declive -**rök**- se consumó con el hundimiento del arco Bifröst que unía el cielo y la tierra (13); tras la revuelta titánica, la tierra fue abandonada a sí misma, privada de todo lazo con lo divino. Es la "edad sombría" o "edad de hierro", sobrevenida tras la del "bronce". Los testimonios concordantes de las tradiciones orales o escritos de numerosos pueblos facilitan, a este respecto, referencias más concretas. Hablan de una frecuente oposición entre los representantes de los dos poderes, el poder espiritual y el poder temporal (real o guerrero), cualquiera que sean las formas especiales revestidas por uno y otro para adaptarse a la diversidad de circunstancias (14). Este fenómeno es otro aspecto del proceso que desembocó en la tercera edad. A la usurpación del sacerdote sucedió la revuelta del guerrero, su lucha contra el sacerdote para asegurarse la autoridad suprema, fenómeno que produjo el advenimiento de un estadio aún más bajo que el de la sociedad demetríaca, sacerdotalmente sagrada. Tal es el aspecto social de la "edad del bronce", del tema titánico, luciferino, o prometeico.

A la orientación titánica, donde es preciso ver la degeneración, en un sentido materializado, violento y ya casi individualista, de un intento de restauración "viril", corresponde una desviación análoga del derecho sagrado femenino, desviación que,

morfológicamente, definió el fenómeno **amazónico**. Simbólicamente, se puede ver, con Bachofen (15), en el amazonismo y el tipo general de las divinidades armadas, una ginecocracia anormalmente poderosa, un intento de reacción y de restauración de la antigua autoridad del principio "femenino" o lunar contra la revuelta y la usurpación masculina: defensa que se manifiesta en ocasiones en el mismo plano de la afirmación masculina violenta, atestiguando así la pérdida de este elemento espiritual sobre el cual se fundamentaba exclusivamente la primacía y el derecho "demetriadico". Haya sido o no una realidad histórica y social, el amazonismo presenta en todas partes en su mito rasgos constantes que nos permiten utilizar este término para caracterizar a un tipo humano de civilización.

Se puede pues olvidar el problema de la existencia efectiva de mujeres guerreras en el curso de la historia o de la prehistoria y concebir, de manera general, el amazonismo, como el símbolo de la reacción de una espiritualidad "lunar" o sacerdotal (aspecto femenino del espíritu), incapaz de oponerse a un poder material o incluso temporal (aspecto material de la virilidad) que no reconoce su autoridad (mito titánico), sino oponiéndose a él sobre un plano igualmente material y temporal, es decir, asumiendo el modo de ser de su opuesto (aspecto y fuerza viriles de la "amazona"). Esto nos lleva a lo que se ha dicho respecto a la alteración de las relaciones normales entre el sacerdocio y la realeza. En la perspectiva general donde nos situamos ahora, hay "amazonismo" allí en donde aparecen sacerdotes que no ambicionan **ser** reyes, sino **dominar** a los reyes.

Sobre el plano histórico, nos contentaremos con mencionar, y esto es significativo, que, según ciertas tradiciones helénicas (16), las amazonas habrían constituido un pueblo **próximo** a los atlantes, con los cuales entraron en guerra. Derrotadas, fueron desplazadas a la zona de los montes Atlantes hasta Libia (algunos autores han llamado la atención sobre la supervivencia, característica, en estas regiones, entre los bereberes y los tuaregs o los dahomeos, de huellas de constitución matriarcal). De aquí, intentaron luego abrirse una ruta hacia Europa y terminaron estableciéndose en Asia. Tal como se ha observado(17), esta guerra entre las amazonas y los atlantes no debe probablemente ser interpretada como una lucha entre mujeres y hombres, ni como una guerra entre dos pueblos diferentes, sino más bien como un conflicto entre dos capas o castas de una misma civilización, como una especie de "guerra civil"). Pero el intento de restauración "amazónica" debía fracasar. Las "amazonas" son expulsadas, la Atlántida permanece en manos de la "civilización de los titanes". Luego, intentan penetrar en los países del Mediterráneo y consiguen establecerse sobre todo en **Asia**. En una leyenda cargada de sentido, las amazonas, que intentan en vano conquistar la simbólica "isla blanca" -la isla Leuke, de la que ya hemos indicado sus

correspondencias tradicionales- son derrotadas por la sombra, no de un titán, sino de un **héroe**: Aquiles. Son combatidos por otros héroes, como Teseo, que puede ser considerado como el fundador del estado viril de Atenas (18) y Belerofonte. Habiendo usurpado el hacha hiperbórea de doble filo, acudieron en ayuda de Troya, la ciudad de Venus, contra los aqueos (19), siendo exterminadas definitivamente por otro **héroe**, Hércules, liberador de Prometeo, el cual arrancó a su reina el simbólico ceñidor de Ares-Marte; el hacha que remitió como insignia del poder supremo a la dinastía lidia de los Heráclidas (20). **Amazonismo contra heroísmo "olímpico"**, tal es la antítesis cuyo sentido examinaremos.

Otra posibilidad debe ser contemplada. En primer plano se encuentra siempre la pareja, sin embargo una crisis se produce: la primacía femenina permanece, pero solo gracias a un nuevo principio, el principio **afroditico**. La Madre es sustituida por la Hetaira, la Hija por la Amante, la Virgen solitaria por la pareja divina, que, como hemos indicado, marca frecuentemente, en las mitologías, un compromiso entre dos cultos opuestos. Pero aquí, el papel de la mujer no es como en la síntesis olímpica, donde Hera está subordinada a Zeus, aunque siempre en desacuerdo latente con él, y tampoco se asemeja a la síntesis extremo-oriental, donde el Ying conserva su carácter activo y celeste en relación al Yin, su complemento femenino terrestre.

La naturaleza telúrica e inferior penetra en el principio viril y lo rebaja al plano fálico. En el presente la mujer domina al hombre en la medida en que este se convierte en esclavo de los sentidos y simple instrumento de procreación. Ante la diosa afrodítica, el macho divino aparece como demonio de la tierra, como dios de las aguas fecundadoras, fuerza turbia e insuficiente sometida a la magia del principio femenino. De esta concepción se desprende analógicamente, según diversas adaptaciones, un tipo de civilización que se puede llamar, indiferentemente, fálico o afrodítico. La teoría del Eros que Platón une al mito del andrógino paralizado en su potencia convirtiéndose en doble, "macho" y "hembra", puede tener el mismo sentido. El amor sexual nace entre los mortales del oscuro deseo del macho caído que, experimentando su propia privación interior, busca, en el éxtasis fulgurante de la unión, encontrar la plenitud del estado "andrógino" primordial. Bajo este aspecto se esconde pues, en la experiencia erótica, una modalidad del intento titánico, con la diferencia que, por su naturaleza misma, permanece bajo el signo del principio femenino. Una civilización orientada en este sentido comporta inevitablemente un principio de decadencia ética y de corrupción, tal como atestiguan las diferentes fiestas que, incluso en una época relativamente reciente, se inspiran en el afroditismo. Si la Moûru, "creación" mazdeana que corresponde verosímilmente a la Atlántida, se refiere a la civilización demetriaca, el hecho de que el dios de las tinieblas le oponga, como contra-creación,

placeres culpables (21), puede aludir precisamente al período ulterior de degeneración afrodítica de esta civilización, paralela a la convulsión titánica, pues se encuentran diosas afrodíticas frecuentemente asociadas a figuras divinas violentas y brutalmente guerreras.

Platón, como se sabe, estableció una jerarquía de las formas del eros que va de lo sensual y lo profano a lo sagrado (22), culminando en el eros a través del cual el "mortal busca vivir siempre, ser inmortal" (23). En el dionisismo, el eros se convierte precisamente en una "manía sagrada", un órgano místico: es la más alta posibilidad de esta vía, que tiende a liberar el ser de los lazos de la materialidad y a producir la transfiguración del oscuro principio fálico-telúrico a través del desencadenamiento, el exceso y el éxtasis. Pero si el símbolo de Dionisos, que combate a las amazonas, expresa el ideal más elevado de este mundo espiritual, no es menos cierto que se trata de algo inferior si se le compara con lo que será la tercera posibilidad de la nueva era: la reintegración heroica que solo es verdaderamente libre tanto en relación a lo femenino como a lo telúrico (24). Dionisos, en efecto, al igual que Zagreo, no es más que un ser telúrico e infernal -"Dionisos y el Hades no son más que una sola y misma cosa" dice Heráclito (25)- que se asocia frecuentemente al principio de las aguas (Poseidón) o del fuego subterráneo (Hefaisto) (26). Esta siempre acompañado de figuras femeninas, Madres de Vírgenes o Diosas de la Naturaleza convertidas en amantes: Démeter y Koré, Ariana y Aridela, Semele y Libera. La virilidad misma de los coribantes, que vestían a menudo ropas femeninas como los sacerdotes del culto frigio de la Madre es equívoco (27). En el Misterio, en la "orgía sagrada", predomina, asociada al elemento sexual, el elemento extático-panteísta de la ginococracia: contactos frenéticos con las fuerzas ocultas de la tierra, liberaciones menádicas y pandémicas se producen en un terreno que es al mismo tiempo el del sexo desencadenado, la noche y la muerte, y en una promiscuidad que reproduce las formas meridionales más bajas y salvajes de los cultos colectivos de la Madre. Y el hecho de que en Roma, las bacanales fueran celebradas sobre todo, en su origen, por mujeres (28), o que en los Misterios dionisiacos las mujeres pudieran figurar como sacerdotisas e incluso como iniciadoras y que históricamente, en fin, todos los recuerdos de epidemias dionisiacas se relacionen esencialmente con el estado femenino (29), denota claramente que subsiste, en este ciclo, el tema de la preponderancia de la mujer, no solo bajo la forma groseramente afrodítica donde domina gracias al lazo que el eros, en su forma carnal, representa para el hombre fálico, sino también en tanto que favorece un éxtasis que implica disolución, destrucción de la forma y en el fondo, una adquisición del espíritu, a condición de renunciar simultáneamente a poseerlo bajo una forma viril. Ya hemos hecho alusión a estas formas del Misterio orgiástico que celebraban a Afrodita y la resurrección de su hijo y amante Adonis, formas en las que el **pathos** no está carente

de relación con el impulso dionisiaco y donde el iniciado, en el momento del éxtasis, alcanzado por el furor divino, se castraba. Se podría ver en este acto, del que ya hemos comenzado a explicar su significado, el símbolo vivido más radical y dramático del sentido íntimo de la liberación desvirilizadora y extática propia al apogeo dionisiaco de esta civilización, que llamaremos **afrodítica**, forma nueva o degenerada de la espiritualidad demetriaca, pero donde subsiste sin embargo su significado central, el tema característico de la primacía del principio femenino, que lo opone a la "Luz del Norte".

La tercera y última posibilidad es la **civilización de los héroes**. Hesíodo refiere que tras la edad del bronce, antes de la del hierro, en las razas cuyo destino era la "extinción sin gloria en el Hades", Zeus crea una raza mejor, que Hesíodo llama la raza de los **héroes**. Le es dada la posibilidad de conquistar la inmortalidad y de participar, a pesar de todo, en un estado parecido al de la edad primordial (30). Se trata pues de un tipo de civilización donde se manifiesta el intento de restaurar la tradición de los orígenes sobre la base del principio y de la cualificación guerrera. En verdad, los "héroes" no devienen todos inmortales, ni escapan necesariamente al Hades. Este es solo el destino de una parte de ellos. Y si se examinan, en su conjunto, los mitos helénicos y los de las otras tradiciones, se constata, tras la diversidad de los símbolos, la afinidad de las empresas de los titanes y de los héroes, y puede pues admitirse, que en el fondo, los unos y los otros pertenecen a un mismo linaje, son los audaces actores de una misma aventura trascendente que puede en ocasiones triunfar y en otras abortar. Los héroes que se convierten en inmortales son aquellos que realizan triunfalmente la aventura, aquellos que saben realmente evitar, gracias a un impulso hacia la trascendencia, la desviación propia al intento titánico de restaurar la virilidad espiritual primordial y superar la mujer -es decir, el espíritu lunar, afrodítico o amazónico-. Los otros, aquellos que no saben realizar esta posibilidad virtualmente conferida por el principio olímpico, por Zeus -esta posibilidad a la que aluden los Evangelios diciendo que el umbral de los cielos puede ser violado (31)- descienden al mismo nivel que la raza de los titanes y de los gigantes, golpeados por maldiciones y castigos diversos, consecuencias de su temeridad y de la corrupción operada en ellos en las "vías de la carne sobre la tierra". A propósito de estas correspondencias entre la vía de los titanes y la vía de los héroes, es interesante señalar el mito, según el cual Prometeo, una vez liberado, habría enseñado a Hércules el camino del jardín de las Hespérides, donde deberá recoger el fruto de la inmortalidad. Pero este fruto, una vez conquistado por Hércules, es tomado por Atenea -que representa aquí el intelecto olímpico- y repuesto en su lugar "por que no está permitido llevarlo a cualquier lugar" (32). Es preciso entender por ello que esta conquista debe ser reservada a la raza a quien pertenece y no debe ser profanada al servicio de lo humano, tal como Prometeo

tenía intención de hacer.

En el ciclo heroico aparece en ocasiones el tema de la diada, es decir, de la pareja y de la mujer, entendidos, no en un sentido análogo al de los diversos casos que acabamos de examinar, sino en el ya expuesto en la primera parte de esta obra a propósito de la leyenda del Rex Nemorensis, de las "mujeres" que "hacen" reyes divinos, "mujeres" del ciclo caballeresco y demás. A propósito del contenido diferente que presenta, según los casos, un simbolismo idéntico, nos contentaremos con observar que la mujer que encarna, sea un principio vivificante (Eva, "la viviente", Hebe, todo lo que se desprende de la relación entre las mujeres divinas y el árbol de la vida, etc.) sea un principio de iluminación o de sabiduría trascendente (Atenea, nacida del cerebro del Zeus olímpico, guía de Hércules; la virgen Sofía, la Dama Inteligencia de los "Fieles de Amor", etc.) sea un poder (la Shatki hindú, las walkirias nórdicas, la diosa de las batallas Morrighu que ofrece su amor a los héroes solares del ciclo céltico de los Ulster, etc.), tal mujer, decimos, es objeto de una conquista, que no resta al héroe su carácter viril, sino que le permite integrarlo en un plano superior. Más importante, sin embargo, en los ciclos del tipo heroico es el tema de la oposición contra toda pretensión gineocrática y todo intento amazónico. Este tema, esencial para la definición del concepto de "héroe", de una alianza con el principio olímpico y de una lucha contra el principio titánico (33), ha sido claramente expresado en el ciclo helénico, especialmente en la figura del Hércules dórico.

Ya hemos visto que a semejanza de Teseo, Belerofonte y Aquiles, Hércules combate contra las amazonas simbólicas hasta su exterminio. Si el Hércules lidio conoce una caída afrodítica con Omphalo, el Hércules dórico merece siempre el título de "enemigo de la mujer". Desde su nacimiento, la diosa de la tierra, Hera, le es hostil; viniendo al mundo, estrangula a dos **serpientes** que Hera había enviado para suprimirlo. Se ve obligado continuamente a combatir a Hera, sin ser jamás vencido. Consigue incluso herir y poseer en la inmortalidad olímpica, a su hija única Hebe, la "eterna juventud". Si se considera a otras figuras del ciclo en cuestión, tanto en Occidente como en Oriente, se encontrará siempre, en una cierta medida, estos mismos temas fundamentales. Es así como Hera (significativamente ayudada por Ares, el dios violento de la guerra) intenta impedir el nacimiento de Apolo, enviando a la serpiente Python para perseguirlo. Apolo debe combatir a Tatiús, hijo de la misma diosa que le protege, pero, en la lucha, ella misma resulta herida por el héroe hiperbóreo, al igual que Afrodita es herida por Ajax. Por incierto que sea el resultado final de la empresa del héroe caldeo Gilgamesh a la búsqueda del árbol de la inmortalidad, todo su historia no es más que el relato de la lucha que mantiene contra la diosa Istar -que corresponde al tipo afrodítico de la Madre de la vida- cuyo amor

rechaza reprochándole crudamente la suerte que conocieron sus otros amantes; y mata al animal demoníaco, el ureus o toro, que la diosa había lanzado contra él (34). Indra, prototipo celeste del héroe, en un gesto considerado como "heroico y viril", golpea con su rayo a la mujer celeste amazónica Usha, aun siendo el señor de esta "mujer" que como **shakti** tiene también el sentido de "potencia" (35). Cuando Parsifal provoca con su partida la muerte de su madre, opuesta a su vocación heroica, y se convierte también en "Caballero celeste" (36), o cuando el héroe persa Rostam, según el **Shamani**, debe descubrir la trampa del dragón que se le presenta bajo la apariencia de una mujer seductora, antes de poder liberar un rey que, gracias a Rostam, recupera la vista e intenta escalar el cielo por medio del "águila", siempre se repite el mismo tema. La trampa seductora de una mujer que, por medios afroditicos o encantamientos, intenta desviar de una empresa simbólica a un héroe concebido como destructor de titanes, de seres monstruosos o de guerreros en revuelta, o como afirmador de un derecho superior, es un tema tan frecuente y popular, que es inútil multiplicar aquí los ejemplos. Lo cierto es que en las sagas y leyendas de este tipo, únicamente sobre el plano más inferior, la trampa de la mujer puede ser asimilada a la de la carne. Si bien es cierto que "si la mujer aporta la muerte, el hombre la domina a través del espíritu" pasando de la virilidad fálica a la virilidad espiritual (37), es preciso añadir que en realidad, la trampa tendida por la mujer o por la diosa expresa también, esotéricamente, la trampa de una forma de espiritualidad que desviriliza y tiende a sincopar, o a desviar, el impulso hacia lo verdaderamente sobrenatural.

La superioridad consistía, no en ser la fuerza original sino en dominarla, tal es la cualidad del y del que estuvo estrechamente asociada, en Hélade, al ideal heroico. Esta cualidad se ha expresado en ocasiones a través del simbolismo del parricidio o del incesto: parricidio, en el sentido de una emancipación, en el sentido de devenir su propio principio; incesto, en el sentido, análogo, de poseer la **materia prima**. El arquetipo de Zeus, que habría matado a su propio padre y poseído a su madre Rea cuando, para huir de ella, tomó la forma de una **serpiente** (38), aparece como un reflejo del mismo espíritu en el mundo de los dioses, al igual que Agni, personificación del fuego sagrado de las razas heroicas arias que "apenas nacido, devora a sus dos padres" (39) e Indra que, como Apolo destruye a Python, extermina a la serpiente Ahi, pero mata también al padre celeste Dyaus (40). En el simbolismo del **Ars Regia** hermético, se conserva igualmente el tema del "incesto filosofal".

La tradición hindú ofrece un ejemplo interesante de la forma en que se presenta, en un ciclo heroico, el tema de los "dos". Primeramente el dios Varuna que, como Dyaus (y como el Urano griego, al cual Varuna corresponde incluso etimológicamente) designa el principio celeste primordial. Pero Varuna, en las formas ulteriores de la tradición, se

transforma, por así decirlo, en dos gemelos, de los que uno continúa llevando el nombre de Varuna, y el otro pasa a llamarse Mitra -equivalente bajo diversos aspectos a Indra- se opone a él como divinidad heroica y luminosa, como el día a la noche (41). Es propio del ciclo heroico el transfigurar luminosamente lo que, en la dualidad, está diferenciado en el sentido masculino, es decir, guerrero, y atribuir caracteres negativos al aspecto del "cielo" que deviene la expresión de una espiritualidad lunar.

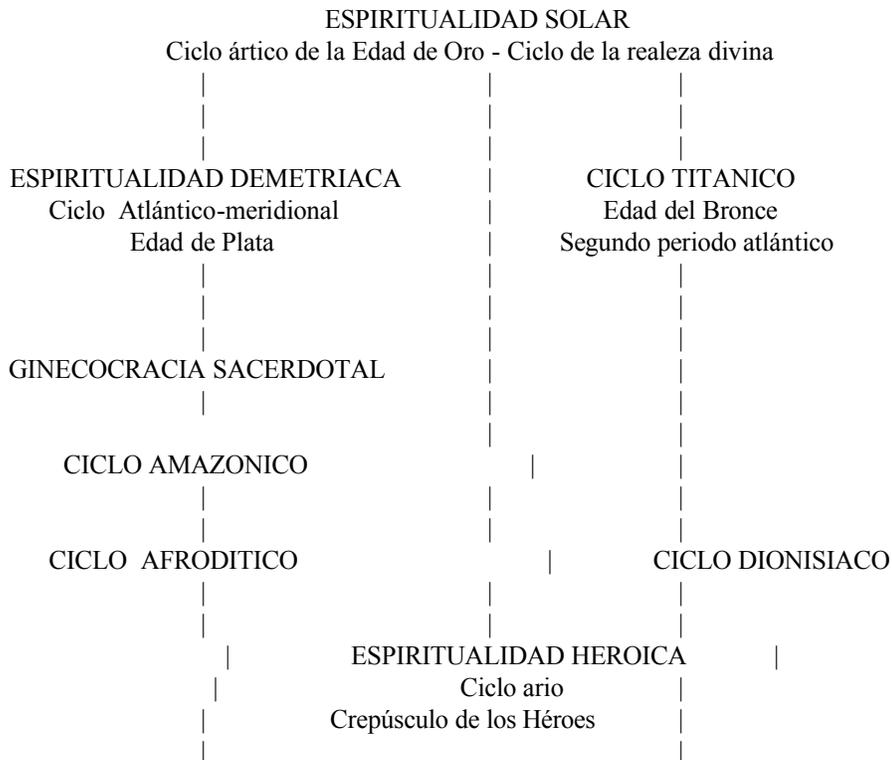
De forma general, si se hace referencia a las dos preformaciones del simbolismo solar que nos han servido ya para definir el proceso de diferenciación de la tradición, se puede pues decir que el mito heroico corresponde al sol asociado a un principio de cambio, pero no de una forma esencial -según el destino de caducidad y de continua redisolución en la Tierra Madre, propia de los dioses-año, o como en el **pathos** dionisiaco- sino disociándose de este principio, a fin de transfigurarse y reintegrarse en la inmutabilidad olímpica, en la naturaleza urania, inmortal.

Hemos llegado así a lo que se ha llamado el **Misterio de Occidente**: la región occidental considerada como trascendente en relación a la luz sometida a la ley de ascenso y descenso, considerada como residencia del Héroe, como estos Campos Elíseos donde gozan de una vida a imagen de la vida olímpica, es decir del estado primordial. Sobre el plano de las jerarquías y las dignidades tradicionales, corresponde a la **iniciación** y a la **consagración**, es decir, a las acciones mediante las cuales son sobrenaturalmente integradas las cualidades puramente guerreras de aquel que, aunque no poseyendo aun la naturaleza olímpica del dominador, debe asumir la función real.

Las civilizaciones heroicas que surgen antes de la edad del hierro -es decir antes de la época desprovista de todo principio espiritual, de la naturaleza que sea- y al margen de la edad de bronce, en el sentido de una superación de la espiritualidad demetriaco-afrodítica o del hybris titánico, o para vencer los intentos amazónicos, representan resurrecciones parciales de la Luz del Norte, de los momentos de restauración del ciclo de oro ártico. Es significativo, a este respecto, que entre las empresas que habrían conferido a Hércules la inmortalidad olímpica, figura la del jardín de las Hespérides y que, para llegar a él, haya pasado, según algunas tradiciones, por la región simbólica del norte "que los mortales no alcanzarán ni por tierra, ni por mar" (42), por el país de los Hiperbóreos, de donde este héroe -el "hermoso vencedor"- habría traído el olivo con el cual se corona a los **vencedores** (43). Desde cierto punto de vista, estas civilizaciones representan la buena semilla, el resultado positivo de la unión de los "ángeles" con los habitantes de la tierra o dioses inmortales con mujeres mortales. No existe, en último análisis, ninguna diferencia entre los héroes cuya generación es explicada por la entrada de fuerzas divinas en los

cuerpos humanos y por la unión de dioses olímpicos con mujeres (44), -estos "hombres gloriosos", los Nephelin, fueron engendrados igualmente por la unión de ángeles con mujeres, antes de entregarse a la violencia- como ocurre con la raza heroica de los Völsungen que, según la leyenda de los Niebelungen, habrían sido engendrados por la unión de un dios con una mujer mortal y estos reyes solares, en fin, a los que frecuentemente se les atribuyó el mismo origen (45).

Hemos sido llevados, en resumen, a definir seis tipos fundamentales de civilizaciones y de tradiciones posteriores a la civilización primordial (edad de oro): de una parte, el **demetrismo**, pureza de la Luz del Sur (edad de plata, ciclo atlántico, sociedad sacerdotal); el **afroditismo** que es su forma degenerada y el **amazonismo**, intento desviado de restauración lunar. De otra parte, el **titanismo** o luciferismo, degenerado de la Luz del Norte (edad del bronce, época de los guerreros y los gigantes); **dionisismo**, aspiración masculina desviada, desvirilizada en las formas pasivas y mezcladas del éxtasis (46); enfín el **heroísmo**, en tanto que restauración de la espiritualidad olímpico-solar y la superación tanto de la Madre como del Titán. Tales son los momentos fundamentales a los cuales, de forma general, se puede reducir analíticamente todas las formas mezcladas de civilizaciones encaminándose hacia los tiempos "históricos", es decir hacia el ciclo de la "edad oscura", o edad de hierro.



EDAD DEL HIERRO

EDAD DEL HIERRO

TRADICION Y ANTITRADICION

a) Ciclo americano - Ciclo mediterráneo oriental

Una metafísica de la historia de las principales civilizaciones antiguas no tiene cabida entrar en el marco de esta obra. Nos limitaremos a esclarecer algunos de sus aspectos y significados más característicos, para facilitar un hilo conductor a quien quiera emprender, por su cuenta, una investigación sobre alguno de ellos.

Por otra parte, nuestro horizonte deberá restringirse pronto solo a Occidente. Fuera de aquí, en efecto, la mayor parte de las civilizaciones conservaron, de una forma u otra, hasta una época relativamente reciente, un carácter "sagrado" y "tradicional", en el sentido amplio del término, englobando todas las variedades ya descritas y reuniéndolas en una misma oposición al ciclo "humanista" de la última edad. No perdieron este carácter más que bajo el efecto desintegrador de los pueblos occidentales llegados a las formas últimas de decadencia. Es pues esencialmente a Occidente hacia donde conviene atraer la atención si se desea seguir los procesos que jugaron un papel decisivo en la génesis del mundo moderno.

Las huellas de la espiritualidad nórdico-solar se vuelven a encontrar sobre todo durante los tiempos históricos en el área de la **civilización aria**. Dado el abuso que se ha hecho en algunos medios contemporáneos, el término "ario" debe ser empleado sin embargo, con ciertas reservas: no debe corresponder, en efecto, a un concepto únicamente biológico o étnico (sería más adecuado entonces, hablar de raza boreal, o nórdico-atlántica, según los casos), sino sobre todo al concepto de una **raza del espíritu**, cuya relación con la raza del cuerpo ha variado mucho según las civilizaciones. Desde el punto de vista del espíritu, "ario" equivale, más o menos, a "heroico": bajo la forma de una herencia oscurecida, subsiste el lazo con los orígenes, pero el elemento decisivo es la tensión hacia la liberación interior y la reintegración en una forma activa y combativa. El hecho que en India la palabra **ârya** sea sinónimo de **dvîja**, es decir de "nacido dos veces" o "regenerado", aclara perfectamente este punto (1).

Respecto al área propia de la civilización aria, es interesante referir el testimonio del **Aitareya-brâhamana**. Según este texto, la lucha de los devas, divinidades luminosas, y los asuras, enemigos de los héroes divinos, tiene lugar en las cuatro regiones del espacio. La región donde los devas triunfaron y que, por esta razón, recibió el nombre de "región invencible" **-sâ-asha dig aparâjita-** habría estado

situada entre el Norte y el Este, lo que corresponde precisamente a la dirección de la emigración nórdico-atlántica (2). Por el contrario, el Sur, en la India, es considerado como la región de los demonios, de las fuerzas enemigas de los dioses y de los aryaes, y en el rito de los tres fuegos, el "fuego meridional" es aquel que está destinado a alejar estas fuerzas (3). En el área occidental, se puede hacer referencia a los llamados pueblos "del hacha", que, en general, se relacionan con la cultura megalítica de los dólmenes. La residencia original de estas razas permanece, sobre el plano de las investigaciones profanas, envuelta en el misterio y otro tanto ocurre con las primeras razas netamente superiores al hombre de Neanderthal, razas que han podido ser llamadas, como ya hemos dicho, los "Helenos del paleolítico". Existe una relación entre la aparición de los pueblos del hacha del neolítico y la expansión de los pueblos indo-europeos ("arios") más recientes en Europa. Se admite generalmente que están en el origen de las formas político-estáticas y guerreras que se opusieron a las de una cultura de tipo demetríaco, pacífico, comunitario y sacerdotal y a menudo, se superpusieron a ellas (3a).

Ciertamente, las civilizaciones arias no fueron las únicas en presentar, hasta los tiempos históricos, huellas de la tradición primordial. Pero seguir de cerca el juego de los dos temas opuestos del Sur y del Norte, en relación al tema étnico, nos llevaría muy lejos sobre un terreno excesivamente movedizo.

En lo que respecta a la **América precolombina**, es preciso, en todo caso, considerar inicialmente el substrato arcaico de un ciclo de civilización telúrico-meridional relacionado con el ciclo de la Atlántida. Engloba a las civilizaciones mayas, así como a la de Tihuanaco, de los Pueblo y otros estratos o centros menores. Sus características son bastante parecidas a las de las huellas prehistóricas que se encuentran en una especie de cinturón meridional que, del Mediterráneo pelasgo, se extiende hasta los vestigios de la civilización pre-aria de Mohenjodaro (India) y de la China pre-dinástica.

Esta civilización presenta un carácter esencialmente demetríaco- sacerdotal. Junto a una fuerte componente telúrica, se constata a menudo la supervivencia de los símbolos solares, alterados y debilitados, de forma que sería imposible encontrar elementos que aludieran al principio de la virilidad espiritual y de la superioridad olímpica. Esto es igualmente cierto para la civilización de los mayas, en primer plano de la cual se encuentran figuras de sacerdotes y divinidades que revisten las insígneas de la soberanía suprema y de la realeza. La figura maya bien conocida del **Codex Dresdensis** es, a este respecto, característica: se ve a la divinidad, Kukulcán, revestida con las insígneas de la realeza, y, frente a ella, un sacerdote arrodillado que

realiza sobre él mismo un sacrificio sangriento de mortificación. El principio demetriaco conduce así a una forma de tipo "religioso", donde los ayunos y las maceraciones marcan la caída del hombre en relación a su dignidad primordial. Si, como parece, los mayas constituyeron un imperio llamado "el reino de la Gran Serpiente" (Nachan, símbolo maya tan frecuente como significativo), este imperio tuvo un carácter pacífico, en absoluto guerrero, ni heroico. Las ciencias sacerdotales se desarrollaron ampliamente, pero una vez alcanzado un alto grado de opulencia, degeneró progresivamente en una civilización de tipo hedonista y afrodítico. Parece que es de los mayas de quienes extrae su origen el tipo del dios Quetzalcoatl, dios solar de la Atlántida, desvirilizado precisamente en un culto pacífico, de contemplación y mortificación. La tradición quiere que en un momento dado, Quetzalcoatl haya abandonado sus pueblos y se haya retirado a la región Atlántica, de donde había venido.

Esto corresponde verosímelmente al descenso de las razas del tronco Nahua, los toltecas y, en fin, los aztecas, quienes tomaron la delantera sobre los mayas y su civilización crepuscular y crearon nuevos Estados. Estas razas son las que conservaron más netamente el recuerdo de Tula y Aztlan, es decir, de la región nórdico-atlántica, entrando verosímelmente en un ciclo de tipo "heroico". Su última creación fue el antiguo imperio mejicano, cuya capital, según la leyenda, fue construida en el lugar donde apareció un **Aguila** estrangulando a una **Serpiente**. Se puede decir lo mismo de estos linajes Incas, enviados como dominadores por el "Sol", que crearon el imperio peruano imponiéndose a razas de civilización muy inferior y a cultos animistas y ctónicos (4) que subsistían aun en los estratos populares. Muy interesante es, a este respecto, una leyenda relativa a la raza de los gigantes de Tihuanaco -cuyo cielo no conocía más que la **Luna** ciclo lunar con su contrapartida titánica- raza que mata al profeta del Sol y que es así mismo exterminada y petrificada durante la siguiente aparición del astro rey, que se puede hacer corresponder con la venida de los Incas. De forma general, son numerosos las leyendas relativas a razas blancas americanas, de dominadores de "lo alto", creadores de civilizaciones (5). Igualmente característico, en Méjico, la dualidad de un calendario solar opuesto a un calendario lunar parece pertenecer al estrato más antiguo de la civilización aborígen y estar relacionado sobre todo con la casta sacerdotal, así como la dualidad de un régimen aristocrático-hereditario de propiedad al cual se opone un régimen plebeyo-comunista; y finalmente, el contraste entre el culto de divinidades netamente guerreras, Uitzilpochtli y Tezcatlipoca, y las supervivencias del culto de Quetzalcoatl, puede interpretarse de la misma manera. En los mitos más antiguos de estas civilizaciones se encuentra -al igual que en los Eddas- el tema de la lucha contra los gigantes y el de una última generación, golpeada por la catástrofe de las aguas,

generación en el origen de la cual se encuentra, como se ha recordado, una mujer-serpiente generadora de "parejas". Tal como se presenta durante la invasión española, la civilización guerrera de estas razas atestigua sin embargo una degeneración característica en el sentido de un dionisismo especial, siniestro, que se podría llamar **el frenesí de la sangre**. El tema de la guerra sagrada y de la muerte heroica como sacrificio inmortalizante (temas que entre los Aztecas no tuvieron menos importancia que entre las razas nórdicas europeas o entre los árabes) se mezcla aquí con una especie de frenesí de sacrificios humanos, en una sombría y feroz exaltación destructora de la vida para conservar el contacto con lo divino, incluso bajo la forma de masacres colectivas de tal amplitud que no se encuentra nada similar en ninguna otra civilización conocida. Aquí, como en el Imperio de los Incas, otros factores de degeneración, al mismo tiempo que conflictos políticos interiores facilitaron el hundimiento de estas civilizaciones -que tuvieron indudablemente un pasado glorioso y solar- ante algunas bandas de aventureros europeos. Las posibilidades vitales internas de estos ciclos debían estar agotadas desde hacía tiempo, de ahí que no se haya podido constatar ninguna supervivencia ni resurgimiento del espíritu antiguo durante los tiempos que siguieron a la conquista.

Fragmentos residuales de la antigua herencia subsistieron durante más tiempo, en el espíritu y en la raza, en algunas ramas de la América septentrional. Aquí también, el elemento heroico está en ocasiones alterado, sobre todo en el sentido de crueldad y dureza. Se puede, sin embargo, de forma general, compartir la opinión del autor que ha hablado, a este respecto, de una "figura humana singularmente completa: su dignidad, su generosidad y su heroísmo -esencias de una belleza que tiene, al mismo tiempo algo del águila y del sol- imponen el respeto y hacen presentir una espiritualidad sin las cuales estas virtudes aparecerán ininteligibles y como desprovistas de razones suficientes" (6).

Una situación de este tipo se reencuentra por lo demás en Europa, durante el neolítico tardío: algunas razas guerreras pudieron, a este respecto, parecer semi-bárbaras frente a las sociedades de tipo demetriaco-sacerdotal que derribaron, dominaron o absorbieron. En realidad, a pesar de cierta involución, huellas de la acción formadora del ciclo precedente de la espiritualidad nórdica, permanecen visibles en tales razas. Y esto, como veremos, vale igualmente para sus epígonos, es decir para muchos pueblos nórdicos del período de las invasiones.

En lo que concierne a China, nos contentaremos con recordar un hecho bastante significativo: el ritual conserva las huellas de una antigua transmisión dinástica por línea femenina (7), a la cual se opone ciertamente el espíritu de la concepción

cosmocrática ulterior, según la cual el Emperador encarna indiscutiblemente la función solar del macho y del "polo" frente al conjunto de fuerzas no solo del **demós** sino también del mundo, al igual que encarna el espíritu del derecho paterno de la China histórica que fue uno de los más rigurosos. Los vestigios recientemente descubiertos (Smith) de una civilización de un tipo cercano a la maya, con caracteres de escritura lineales, -que sería un estrato subterráneo insospechado, más arcaico aun que la tan antigua civilización china misma- pueden igualmente hacer pensar en una fase demetriaco-atlante (8), que por vías hoy imposibles de precisar, sucedió a un ciclo solar que no siempre pudo hacer desaparecer todas las huellas de la primera. En efecto, encontramos ecos de algunas concepciones metafísicas que delatan influencias residuales de la idea gineocrática arcaica: asimilación del "Cielo" a una mujer o a una madre, generadora primordial de toda vida; frecuente afirmación de una primacía de la izquierda sobre la derecha y oposición entre las nociones lunar y solar del calendario; enfin, el carácter telúrico del culto popular de los demonios, el ritual chamánico con sus formas desordenadas y frenéticas, el ejercicio de una magia que fue, en el origen, la prerrogativa exclusiva de las mujeres, en oposición con la severidad tan desprovista de misticismo y casi olímpica de la religión oficial china, patricia e imperial (9).

Etnicamente, en el área extremo-oriental, se constata el reencuentro de dos corrientes opuestas: una procedente de Occidente, con caracteres propios de los pueblos uralo-altaicos (donde se encuentra, a su vez, una componente aria), la otra referida al área sub-oriental y austral. Los períodos en que preponderaron los elementos de la primera corriente coinciden con los de la grandeza de China; a esta corriente correspondió la orientación hacia la guerra y la conquista, que tomó enseguida un relieve particular, en el seno de una mezcla análoga, en el ciclo nipón.

Se podría ciertamente, gracias a investigaciones convenientemente orientadas, aclarar muchos otros datos de este tipo. En la China antigua, el símbolo "polar" de la centralidad jugó un papel eminente; a él se refiere la concepción del "Imperio Medio", subrayada por elementos geográficos locales, así como la idea del "justo medio" y del "equilibrio" que aparecen con frecuencia, y éticamente están en el origen de una concepción especial -esclarecida y ritual- de la vida. Aquí, como en la antigua Roma, los representantes del poder revestían al mismo tiempo un carácter religioso: el tipo "sacerdotal" no apareció más que en un período tardío y en relación con cultos exógenos. La base de la sabiduría tradicional china, el **Y-king**, se relaciona, por otra parte, con la figura del rey Fo-hi. Igualmente, no es a sacerdotes o a "sabios", sino a príncipes, a quienes se atribuyen los principales comentarios de este texto. Las enseñanzas que contienen -y que, a su vez, según el mismo Fo-hi, se refieren a un pasado muy lejano y difícil de determinar- servirán de fundamento común a dos

doctrinas más recientes que, al concernir a dos dominios diferentes, parecen, a primera vista, no tener entre ellas puntos de contacto: el taoísmo y el confucianismo (10). Estas dos doctrinas tuvieron efectivamente el sentido de un enderezamiento en un período de crisis latente y de desintegración y sirvieron para vivificar, respectivamente, el elemento metafísico (con desarrollos iniciáticos y esotéricos) y el elemento ético-ritual. Fue así como una continuidad tradicional regular pudo ser conservada en China, bajo formas particularmente estables, hasta en una época relativamente reciente.

Esto es igualmente cierto, incluso en amplia medida, en Japón. Su forma de tradición nacional, el shintoísmo, atestigua una influencia que ha rectificado y elevado un complejo cultural parcialmente relacionado con un estrato primitivo (nada de particular puede deducirse, sin embargo, de la presencia del grupo étnico blanco aislado de los Aino). Durante los tiempos históricos, la idea imperial se encuentra en el centro del shintoísmo y la tradición imperial se identifica con la tradición divina: "según la orden recibida, descendiendo del cielo", dice, en el **Ko-gi-ki**, el jefe de la dinastía. En un comentario del príncipe Hakabon Itoé se dice que "el trono sagrado fue creado cuando la Tierra se separó del Cielo [es decir, cuando desapareció la unidad primordial entre lo terrestre y lo divino, unidad de la cual la tradición china ha conservado huellas características; por ejemplo, el ideograma chino "naturaleza" y "cielo" son frecuentemente sinónimos]. El soberano desciende del Cielo. Es divino y sagrado". El principio "solar" le es igualmente atribuido, pero interfiere, de forma difícil de aclarar, con el principio femenino, pues se le atribuye descender de la **diosa** Amaterasu Omikami. Sobre tal base el acto de gobernar y dominar forma un todo con el culto; el término "matsurigoto" significa tanto gobierno como "ejercicio de las cosas religiosas" y en el marco del shintoísmo el lealismo, la fidelidad incondicional al soberano, "ciû-ghi", reviste pues un significado religioso y constituye el fundamento de toda ética: cualquier acción reprobable, baja o delictiva es concebida no como la transgresión de una norma abstracta más o menos anodina y "social", sino como una traición, una deslealtad y una ignominia: no hay "culpables" sino más bien "traidores", seres sin honor.

Estos valores generales toman un relieve particular en la nobleza guerrera de los **bushis** o **samurais** y en su ética, el **bushido**. La orientación de la Tradición, en el Japón, es esencialmente activa, es decir, guerrera, pero con la contrapartida de una formulación interior. La ética del **samurai** tiene un carácter tan guerrero como ascético, con aspectos sagrados y rituales. Se asemeja, de forma notable, a la del Medioevo caballeresco y feudal europeo. Fuera del shintoísmo, el Zen, que es una forma esotérica del budismo, ha jugado un papel en la formación del **samurai**, pero

también en la formación tradicional de la vida japonesa en general, comprendidas las artes y el artesanado (la existencia de sectas que han cultivado el budismo en sus formas más recientes, desnudas y religiosas, llegando hasta la forma devocional del amidismo, no han modificado de forma notable la orientación preponderante del espíritu nipón). Al margen del **bushido**, conviene recordar igualmente la idea tradicional de la muerte sacrificial guerrera, que se ha mantenido hasta los **kamikazes**, los pilotos-suicida de la segunda guerra mundial.

El Japón ha facilitado, hasta ayer, un ejemplo, único en su género, de coexistencia entre una orientación tradicional y la aceptación, sobre el plano material, de las estructuras de la civilización técnica moderna. Con la segunda guerra mundial, la continuidad milenaria se ha roto, el equilibrio ha resultado alterado y el último Estado del mundo donde se reconocía aún el principio de la realeza solar y del puro derecho divino, ha desaparecido. El destino de la "edad oscura", la ley en virtud de la cual el potencial técnico e industrial, la potencia material organizada tiene un carácter determinante en el enfrentamiento entre las fuerzas mundiales, ha sellado también el fin de esta tradición, con el resultado de la última guerra.

En lo que respecta a Egipto, pueden extraerse algunos datos sobre la historia primordial de su civilización, a través de sus mitos, más allá de los significados metafísicos. La tradición relativa a una dinastía antiquísima de "muertos divinos" que se confundían con los llamados "discípulos del Antiguo Horus" -Shemsu Heru- marcados por el hieroglifo de Osiris, señor de la "tierra sagrada de Occidente", y que habría venido precisamente de Occidente (11) puede corresponder al recuerdo de un estrato primordial, civilizador y dominador, atlante. Es preciso señalar que, conforme al título atribuido a los reyes divinos, **Horus es un dios hecho de oro, como Apolo**, es decir relacionado con la tradición primordial. Hemos señalado igualmente el simbolismo de los "dos", dos hermanos rivales -Osiris y Seth- y su lucha. Algunos datos de la tradición egipcia permiten pensar que este simbolismo comportó una contrapartida étnica y que la lucha de los dos hermanos corresponde a la de dos estratos representantes cada uno del espíritu simbolizado respectivamente por uno u otro dios (12). La muerte de Osiris, asesinado por Seth, pudo, además del sentido "sacrificial" ya explicado en la primera parte de este libro, expresar sobre el plano histórico, una crisis con la cual se cierra la primera era, llamada era de los "dioses" (13); la resurrección de Osiris en Horus podría quizás significar una restauración acaecida durante la segunda era egipcia, que los griegos llamaron **Herakles**, y que podría así corresponder a una de las formas del ciclo "heroico" del que habla Hesiodo. Esta segunda era se cierra, según la tradición, con Manes; el título de **Horus aha**, Horus combatiente, dado a este rey, confirma, de forma característica, la verosimilitud de

esta hipótesis.

Sin embargo, la crisis, superada una primera vez por Egipto, se reprodujo, más tarde, acarreado efectos disolventes. Se encuentran indicios de esto en la democratización del concepto de inmortalidad, que apareció ya hacia el fin del Antiguo Imperio (VI Dinastía) así como en la alteración del carácter de centralidad espiritual, de "trascendencia inmanente" del soberano, que tiende a convertirse en un simple "representante" del dios. Ulteriormente, junto al tema solar, el tema telúrico-lunar, ligado a la figura de Isis "Madre de todas las cosas, dueña de los elementos, nacida en el origen de los siglos", gana terreno (14). A este respecto, la leyenda según la cual, Isis, concebida como una encantadora, quiere volverse "dueña del mundo y convertirse en una diosa parecida al Sol (Ra) en el cielo y en la tierra", es extremadamente significativa. Con tal fin, Isis tiende una emboscada al mismo Ra cuando éste se establecía sobre el "trono de los dos horizontes": consigue que una **serpiente** lo muerda y que el dios envenenado consienta que su nombre pase a ella (15).

Es así como se desplaza hacia una civilización de la Madre. Osiris, de dios solar, se convierte en dios lunar, dios de las aguas en sentido fálico y dios del vino, es decir del elemento dionisiaco, mientras que con el advenimiento de Isis, Horus se reduce a un simple símbolo del mundo caduco (16). El **pathos** de la "muerte y de la resurrección" de Osiris adquiere ya tintes místicos y evasionistas en neta antítesis con la solaridad distante de Ra y del "Horus antiguo" del culto aristocrático. Frecuentemente es una mujer divina -de la que Isis es precisamente el arquetipo- quien debe servir de mediadora para la resurrección, la vida inmortal; sobre todo son figuras de reinas quienes aportan el loto del renacimiento y la "llave de la vida". Y esto se refleja en la ética y en las costumbres, en esta preponderancia isíaca de la mujer y de la reina, que Heródoto y Diodoro han mencionado a propósito de la sociedad egipcia y que se expresa de una forma típica en la dinastía de las "adoradoras Divinas" del período nubio (17).

Paralelamente, y de una forma significativa, el centro se desplaza, pasa del símbolo real al símbolo sacerdotal. Hacia la XXI dinastía, los sacerdotes egipcios, en lugar de ambicionar permanecer al servicio del rey divino, tienden a convertirse ellos mismos en soberanos y la dinastía tebaida de los sacerdotes reales se forma en detrimento de los faraones. Como manifestación característica de la luz del Sur, una teocracia sacerdotal reemplaza a la realeza divina de los orígenes (18). A partir de este momento, los dioses son cada vez menos presencias encarnadas: se convierten en seres trascendentes cuya influencia activa depende esencialmente a partir de ahora, de

la mediación del sacerdote. El estadio mágico-solar declina y le sucede el estadio "religioso": la plegaria en lugar del mando, el deseo y el sentimiento, en lugar de la identificación y de la técnica necesaria.

Mientras que el antiguo evocador egipcio podía decir: "Soy Amon que fecunda a su Madre. Soy el gran poseedor de la potencia, el Señor de la Espada. No os enfrentéis a mí - ¡soy Seth! - No me toquéis - ¡soy Horus!", mientras que se podía decir a propósito del hombre osirificado: "Surgido como un dios viviente" - "Soy el Único, mi ser es el ser de todos los dioses, en la eternidad" - "Si [el resucitado] quiere que muráis, o dioses, moriréis; si quiere que viváis, viviréis" - "Tu mandas a los dioses", en los últimos tiempos de la civilización egipcia el énfasis es situado, por el contrario, en el **pathos** místico y en la imploración: "Tu eres Amon, el Señor de los Silenciosos, que acude a la llamada de los pobres. Yo grito hacia tí en mi tormento... ¡En verdad tu eres el salvador!" (19). El ciclo solar egipcio se encamina así hacia la decadencia bajo el signo de la Madre. Según los historiadores griegos, los principales cultos de tipo demetriaco-ctónico habría llegado a los pelasgos y luego a los helenos desde Egipto (20). En definitiva será, en tanto que civilización isíaca, eco de una sabiduría sobre todo "lunar" (como la pitagórica), serán en tanto que fermento de descomposición afrodisíaca y de agitado misticismo popular, promiscuo y evasivista, que el Egipto de los últimos tiempos, participará en el dinamismo de la civilización mediterránea. Los misterios de Isis y de Serapis y la hetaira real, Cleopatra, serán todo lo que finalmente podrán oponer a las fuerzas de la romanidad.

Si de Egipto se pasa a Caldea y a Asiria, se encuentra, bajo una forma distinta, y ya en una época lejana, el tema de las civilizaciones del Sur, con sus materializaciones y sus alteraciones. En el substrato más antiguo de estos pueblos, constituido por el elemento sumerio, aparece ya el tema característico de una madre celeste primordial situada por encima de las diversas divinidades manifestadas, y también de un "hijo" engendrado sin padre. Este hijo tiene tanto los rasgos de un héroe, como de un "dios", pero, sobre todo, está sometido a la ley de la muerte y la resurrección (21). En la cultura hitita tardía, la diosa domina al dios, termina por absorber los atributos del mismo dios de la guerra y se presenta como una diosa amazónica; al lado de sacerdotes eunucos, se encuentran sacerdotisas armadas de la Gran Diosa. En Caldea, no se encuentra prácticamente ninguna huella de la idea de realeza divina: abstracción hecha de cierta influencia ejercida por la tradición egipcia, los reyes caldeos, incluso cuando revistieron un carácter sacerdotal, no se consideraron más que como "vicarios" -**patesi**- de la divinidad, pastores elegidos para gobernar el rebaño humano, pero no como seres de una naturaleza divina (22). Se daba, sobre todo, el título de rey a la divinidad de la ciudad que, en esta civilización,

era llamado "mi Señor" o "mi dueña". El rey humano recibía del dios la ciudad como feudo, y era hecho príncipe, en tanto que su representante. Su título de "**en**" es sobre todo sacerdotal: es el sacerdote, el pastor, en el sentido de vicario (23). La casta sacerdotal aparece como una casta distinta y, en el fondo, es ella quien prepondera (24). Característica es la humillación anual del rey en Babel cuando depone ante el dios las enseñas regias, se viste de esclavo, implora confesando sus "pecados" y es azotado por el sacerdote representante de la divinidad, hasta las lágrimas. Los reyes babilonios aparecen frecuentemente "hechos" por la "Madre" -Ishar-Mami- en el **Codice de Hammurabi** este rey recibe precisamente de la diosa su corona y su cetro y a ella el rey Asurbanipal le dice: "De tí imploro el don de la vida". La fórmula "Reina omnipotente, protectora misericordiosa, fuera de tí, no hay refugio" aparece como una confesión típica del alma babilonia, en razón del **pathos** del que rodea ya a lo sagrado (25).

La ciencia caldea misma, que representa el aspecto más elevado de este ciclo de civilización, pertenece, en amplia medida al tipo demetriaco-lunar. Es una ciencia de los astros que -a diferencia de la ciencia egipcia- está más orientada hacia los planetas que hacia las estrellas fijas, hacia la luna mas que hacia el sol (para el babilonio, la noche era más santa que el día: Sin, dios de la Luna, prima sobre Jamash, dios del Sol). Es una ciencia que reposa, en realidad, sobre una concepción fatalista, sobre la idea del todo-poder de una ley o "armonía"; una ciencia poco sensible al plano de la verdadera trascendencia, y que no supera, en suma, el límite naturalista y anti-heroico en el dominio del espíritu.

En cuanto a la civilización asiria, ulteriormente nacida del mismo estrato, aparece sobre todo marcada por las características de los ciclos titánicos y afrodíticos. Al mismo tiempo que surgen razas y divinidades viriles de tipo violento, brutalmente sensual, cruel y belicoso, se afirma una espiritualidad que culmina en representaciones afrodíticas del tipo de las Grandes Madres, a las cuales los primeros terminan por subordinarse. El intento de Gilgamesh de aparecer como el héroe solar que desprecia a la Diosa y se esfuerza en conquistar solo el árbol de la vida, fracasa: el don de la "eterna juventud" que había conseguido obtener alcanzando -gracias por otra parte a la intervención de una mujer, la "Virgen de los Mares"- la tierra simbólica donde reina el héroe superviviente de la humanidad divina pre-diluviana, Utnapishtim-Atrachasis el Lejano, y que quería llamar a los hombres "para que prueben la vida inmortal", ese don le es de nuevo robado por una **serpiente** (26). Y esto podría ser elevado, quizás, a símbolo de la incapacidad de una raza guerrera materializada por alcanzar el plano trascendente en el que habría podido transformarse en una raza de "héroes", capaz de acoger y conservar realmente el "don de la vida" y de recuperar la tradición

primordial. Por otra parte, igual que la noción asirio-caldea del tiempo es lunar, en oposición a la noción solar egipcia, así en tales civilizaciones aparecen huellas de ginecocracia de tipo afrodítico. A título de ejemplo particularmente característico se puede citar al afeminado Sardanapalo y a Semíramis, la cual, casi por reflejo de las relaciones propias a la pareja divina formada por Istar y Ninip-Ador, fue la soberana efectiva del reino de Nino. También sobre el plano de las costumbres parece que en tales razas, inicialmente la mujer hubiera tenido un papel preponderante; si el hombre tomó ulteriormente la delantera, (27) hay que ver en ello, analógicamente, el signo de un movimiento más amplio, pero con el sentido de una involución ulterior más que de una resurrección. El reemplazo de los caldeos por los asirios corresponde en efecto, en diversos aspectos, al tránsito de un estado demétrico a un estado "titánico", tránsito particularmente aparente en la forma en que la ferocidad asiria sucedió a la sacerdotalidad astrológico-lunar caldea. Es muy significativo que la leyenda establezca una relación entre Nemrod, -al cual se atribuye la fundación de Nínive y del Imperio asirio- y los Nephelin y otros tipos de "gigantes" pre-diluvianos, que, por su violencia, habrían terminado por "corromper las vías de la carne sobre la tierra".

b) Ciclo hebraico - Ciclo ario-oriental

Al fracaso del intento heroico del caldeo Gilgamesh, corresponde, en el mito de otra civilización del mismo ciclo semita, la civilización **hebraica**, la caída de Adán. Se trata aquí de un tema característico y fundamental: la transformación en **pecado** de lo que, en la forma aria del mito, aparece como una audacia heroica, a menudo coronada por el éxito y que, igual que en el mito de Gilgamesh, no fracasa más que en razón del estado de "sueño" en que el héroe se ha dejado sorprender. En el semitismo hebraico, aquel que intenta apropiarse de nuevo del Arbol simbólico se transforma, de forma unívoca en una víctima de la seducción de la mujer y en un pecador. Será castigado con una maldición y un castigo que deberá sufrir en un estado de santo terror ante un dios temible, celoso y omnipotente y sin otra esperanza, finalmente, que la de un "redentor" a través del cual se operará, desde el exterior, la salvación.

Se encuentran así, ciertamente, en la antigua tradición hebraica, elementos de tipo diferente. Moisés mismo, debe su vida a una mujer real, fue concebido como un "Salvado de las Aguas" y las aventuras del "Exodo" son susceptibles de una interpretación esotérica. Sin hablar de un Elías y de Enoch, Jacob es un vencedor de ángeles y se puede recordar, a este respecto, que la palabra misma "Israel" significa "vencedor de Dios". Estos elementos, sin embargo, son esporádicos y acusan una

curiosa oscilación, característica del alma hebraica en general: de un lado, sentido de falta, autohumillación, desconsagración, carnalidad, de otra parte un orgullo y una intolerancia casi luciferina. Quizás no esté carente de relación con esto el hecho que, en la tradición iniciática, el hebraísmo tuvo un esoterismo en propiedad y que, como Kabbala, constituyó una parte importante en el Medievo europeo, siendo considerada como "ciencia maldita".

Para el hebreo, en general, el más allá se presentó originariamente en la forma del cheol, oscuro y mudo, una especie de Hades sin la contrapartida de una "Isla de los Héroes" y del cual, se pensaba, que incluso los reyes consagrados, como David, no podían escapar. Es el tema de la vía "totémica" de los ancestros, de la sangre, de los "padres" quien toma aquí un relieve particular, así como el tema de una distancia cada vez mayor entre el hombre y Dios. Pero, incluso sobre este plano, se constata una dualidad característica. De una parte, para el antiguo Hebreo, el verdadero rey es Jehová, y está tentado de ver, en la dignidad real, en el sentido integral, tradicional del término, una disminución del derecho de Dios (a este respecto y cualquiera que sea su realidad histórica, la oposición de Samuel al establecimiento de la realeza es significativa). De otra parte, el pueblo hebreo se considera como el "pueblo elegido" y el "pueblo de Dios", al cual ha sido prometida la dominación sobre todos los pueblos y la posesión de todas las riquezas de la tierra. Y se añade, en fin, el tema del héroe Shaoshian, que, tomado de la tradición irania, en el hebraísmo, se convirtió en el "Mesías" conservando durante un cierto tiempo los caracteres de una manifestación del "Dios de los ejércitos".

Existe quizás una relación, en el antiguo hebraísmo, entre todo esto y los esfuerzos manifiestos de una élite sacerdotal para dominar una sustancia étnica turbulenta, heterogénea y confusa, unificándola gracias a una "forma" que descansaba sobre la "Ley" y se servía de esta como un sucedáneo de la unidad que se funda en otros pueblos, sobre una comunidad de patria y de origen. Esta acción formadora general, ligada a valores sagrados rituales y que prosigue luego desde la antigua Torah hasta el talmudismo, explica que el tipo hebraico que haya salido sea una raza del alma antes que del cuerpo (28). El sustrato original, sin embargo, no fue jamás sofocado como lo atestiguan, en la historia antigua de los hebreos, la alternancia de alejamientos y reconciliaciones entre Israel y su Dios. Este dualismo, con la tensión que implica, justifica las formas negativas del hebraísmo en el curso de épocas ulteriores.

El período que se sitúa entre los siglos VII y VI a. de J.C. fue para el hebraísmo, como para otras civilizaciones, la de un giro característico. Se interpreta el declive de la fortuna militar de como el "castigo" por un "pecado" y se esperaba que,

después de la expiación, Jehová volviera a asistir a su pueblo y a otorgarle el poder. Tal es el tema que se afirma en Jeremías y en el segundo Isaías. Pero en la medida en que no sucede nada de todo esto, la fé profética derivó en el mito apocalíptico-mesiánico, en la visión fantástica de un Salvador que rescatará a Israel. Aquí se inicia un proceso de desintegración. Aquello que procedía de la componente tradicional se convierte en un formalismo ritualista y se vuelve cada vez más abstracto y distanciado de la vida. Si se tiene presente la parte que tuvieron las ciencias sacerdotales de tipo caldeo en el ciclo hebreo, se está en condiciones de interpretar con tal origen todo lo que, sucesivamente, fue pensamiento abstracto e incluso matemático en el hebraísmo (hasta Spinoza y la física "formal" moderna, cuya componente hebraica es notoria). Puede establecerse también una conexión con el tipo humano, el cual para mantenerse firme en valores que no sabe realizar y que toman un carácter abstracto y utópico, se siente insatisfecho frente a todo orden positivo existente y a toda forma de autoridad (sobre todo cuando actúa, ya sea inconscientemente, la antigua idea, que el estado de justicia querido por Dios es solo aquel en el cual Israel detenta el poder), siendo un continuo fermento de agitación y revolución. Es preciso, finalmente, considerar el aspecto del alma hebraica correspondiente, por el contrario, a la actitud del hombre que, habiendo fracasado en la realización de valores sagrados y espirituales, en el intento de dominar esta antítesis entre el espíritu y la "carne" que se encuentra aquí exasperada, se regocija cada vez que puede descubrir la ilusión, la irrealidad de estos valores y constatar, en torno suyo, el abortar de la tendencia a la redención, pues esto le sirve de alguna manera como coartada y autojustificación (29). Se trata aquí de desarrollos particulares del tema original de la "falta", que ejercieron una influencia disgregadora cuando se produjo la secularización del hebraísmo y su difusión en la civilización occidental moderna.

El desarrollo del antiguo espíritu hebraico presenta también un aspecto característico sobre el cual conviene llamar la atención. En el período de crisis ya mencionado, se encuentra minado lo que podía conservarse de puro y viril en el antiguo culto de Jehová y en el ideal guerrero del Mesías. Con Jeremías e Isaías, aparece ya una espiritualidad desordenada que condena, desdeña o considera como inferior el elemento hierático-ritual. Es precisamente este el sentido del "profetismo" hebraico, que, en su origen, presenta rasgos afines a los cultos de las castas inferiores, a las formas pandémicas y estáticas de las razas del Sur. La figura del "vidente" -roeh- es sustituida por el del obsesionado por el espíritu de Dios. Se unen así el pathos de los "servidores del Eterno", que ocultan la soberbia, pero fanática confianza del "pueblo de Dios", y un equívoco misticismo de tintes apocalípticos. También este elemento, liberado de la antigua componente hebraica, tendrá una parte relevante en la crisis general del mundo tradicional antiguo. Existen antiguas tradiciones, según las

cuales Tifón, el ente enemigo del Dios solar, habría sido el padre de los hebreos y Jerónimo junto a varios autores gnósticos, consideran igualmente el dios hebraico como una criatura tifoniana (31). Son, estas, alusiones a un espíritu demoniaco de agitación incesante, de contaminación oscura, de revuelta latente de los elementos inferiores, que actúa en la sustancia hebraica, mucho más netamente que entre las razas de otros pueblos, cuando esta vuelve al estado libre, desprendiéndose de la "Ley" y de la tradición que le había dado una forma, utilizando además, de una forma degradada o invertida, ciertos temas pertenecientes a su herencia más o menos inconsciente. Así nació uno de los principales focos de fuerzas que, aunque solo por instinto, actuaron a menudo en un sentido negativo durante las últimas fases del ciclo occidental de la "edad de hierro".

Aunque se trate de un ciclo definido en el curso de un período mucho más reciente al que debemos limitar la historia de la civilización europea, conviene mencionar una última tradición que tomó forma entre las razas de origen semita y logró, notoriamente superar los temas engativos que acaban de ser examinados: nos referimos al **Islam**. De la misma forma que en el hebraísmo sacerdotal, el elemento central es constituido aquí por la ley y la tradición, en tanto que fuerzas formadoras, a las cuales los troncos **árabes** de los orígenes facilitaron sin embargo una materia mucho más dura, más noble, provista de espíritu guerrero. La ley islámica, sharia, es una ley divina; su base, el Corán, es concebido como la misma palabra de Dios, kalam Alá. es decir, como algo no humano, libro "in-creado", existente ab aeterno en los cielos. Si bien el Islám se considera como "la religión de Abraham" y haya querido hacer de él el fundador de la Kaaba, donde reaparece la "piedra", el símbolo del "Centro", afirma netamente su independencia del hebraísmo no menos que del cristianismo; el centro de la Kaaba con el mismo símbolo es preislámico, sin embargo, tiene orígenes remotos difíciles de determinar; en la tradición esotérica islámica el punto de referencia es la figura misteriosa del Khidr, concebido como superior y anterior a los profetas bíblicos. El Islam excluye un tema característico del hebraísmo, que en el cristianismo se convertirá en dogma y base del misterio crístico: mantiene, sensiblemente debilitado, el mito de la caída de Adán, sin extraer el motivo del "pecado original". En este ve una "ilusión diabólica" -talbis Iblis-, si bien, tal motivo está en cierto modo invertido, la caída de Satán -Iblis o Shaitan- es reconducida, en el **Corán** (XVIII, 48), al rechazo de este a postrarse, junto a los ángeles ante Dios. Así es rechazada también la idea de un Redentor o Salvador, centro del cristianismo, no solo, sino que se excluye la mediación ejercida por una casta sacerdotal. Lo Divino es concebido de una forma puramente monoteísta, sin "Hijo", sin "Padre", sin "Madre de Dios", todo musulmán aparece directamente ligado a Dios y santificado por la ley, que impregna y organiza en un conjunto absolutamente unitario todas las expresiones

jurídicas, religiosas y sociales de la vida. Tal como hemos ya tenido ocasión de señalarlo, la única forma de ascesis concebida por el Islam de los orígenes fue la de la acción bajo la forma de **jihad**, de "guerra santa", guerra que, en principio no debe jamás ser interrumpida, hasta la completa consolidación de la ley divina. Y es precisamente a través de la guerra santa y no por una acción de predicación y apostolado, que el Islam conoció una expansión inmediata, prodigiosa y formó no solamente el Imperio de los Califas, sino sobre todo la unidad propia a una raza del espíritu **-umma-** la "nación islámica".

En fin, la tradición del Islam presenta un carácter particularmente tradicional, completo y acabado, en tanto que el mundo de la Shariah y de la Sunna, de la ley exotérica y de la tradición, encuentra su complemento, no tanto en una mística como en verdaderas organizaciones iniciáticas **-turuq-** detentadoras de la enseñanza esotérica, el **ta'wil** y de la doctrina metafísica de la Identidad Suprema, tawhid. La noción recurrente en tal organización y, en general, en la llamada Shya, del masum, de la doble prerrogativa del isma o infalibilidad doctrinal y de la imposibilidad de ser lesionado por la culpa, por los jefes, los Imanes visibles e invisibles, y los mujtahid, reconduce a la línea de una raza no fracturada y formada por una tradición de nivel superior no solo al hebraísmo, sino también a las creencias que conquistaron Occidente.

¡Error! Marcador no definido.

En la India, cuyo antiguo nombre fue **aryavarta**, es decir, la tierra de los arios, el término que designa la casta, **varna**, significa igualmente color, y la casta servil de los **shudra**, opuesta a la de los **aryas** como a la raza de los "re-nacidos", **dvija**, es también llamada raza negra, **krshnavarna**, raza enemiga, **dasa-varna**, y no divina, **asurya**. Puede verse aquí el recuerdo de la diferencia espiritual existente entre dos razas que, originariamente se enfrentan, y de la misma naturaleza de la que se formaron las castas superiores. A parte de su contenido metafísico, el mismo mito de Indra -llamado hari-yaka, es decir, el "rubio" o "de la cabellera dorada"- es significativo: nace a despecho de la madre, e infringe el vínculo que le une a ella; una vez abandonado a sí mismo, no perece sino que sabe encontrar una vía gloriosa; dios luminoso y heroico, extermina multitudes de negros **krshna** y sujeta el color **dâsa** haciendo caer los **dasyu** que querían escalar el "cielo". Ayuda al **arya** y, con sus "amigos blancos", conquista tierras cada vez más amplias (33). Las realizaciones de este dios, que combate la serpiente Ahi y el terrible mago Namuci -se alude quizás a la lucha legendaria de los **deva** contra los **asura** (34)- en fin, la fulminación de la diosa de la aurora "que quería ser grande" y la destrucción del demonio **Vrtra** y de su madre, por Indra, que "engendra así el sol y el **cielo**" (35), es decir, el culto urano-solar, pueden contener alusiones a la lucha del culto de los conquistadores arios

contra el culto demoníaco y mágico (en sentido inferior) de las razas aborígenes dravídicas, peleomalayas, etc. De otra parte, la dinastía solar original **-suya-vamça-** de la que habla la leyenda y que parece haberse afirmado en la India destruyendo una dinastía lunar, podría corresponder a la caída de formas emparentadas al ciclo "atlántico-meridional" (36) mientras que Rama, bajo la forma de Pârashu, es decir, de un héroe que lleva el hacha simbólica hiperbórea, habría vencido, en sus diferentes manifestaciones, a los guerreros sublevados en una época en que los antepasados de los hindúes habitaban aun en una región septentrional y habría abierto las vías, partiendo del Norte, a la raza de los **brahamana** (37); según la tradición, Visnu, llamado igualmente el "dorado" o el "rubio", habría destruido a los **mlecchas**, troncos guerreros degradados y separados de lo sagrado (38). Todos estos temas hacen alusión a una victoria sobre formas degeneradas y una reafirmación o restauración de tipo "heróico".

Sin embargo, en la India histórica, se encuentran también huellas de una reacción y de una alteración probablemente debidas al sustrato de las razas autóctonas dominadas, que, por vía de una acción corrosiva y sutil sobre la espiritualidad originaria de los conquistadores arios, consiguió que, aun subsistiendo formas de ascesis viril y de realización heroica, la India, en su conjunto, terminase por declinar en el sentido de la "contemplación" y de la "sacerdotalidad", en lugar de permanecer rigurosamente fiel a la línea originaria regia y solar. El período de alta tensión llega hasta los tiempos de Vishvmitra, quien encarnó la dignidad regia junto a la sacerdotal, y ejerció su autoridad sobre todos los troncos arios aun reunidos en la región del Punjab. El período sucesivo, conectado con la expansión en los países del Ganges, es el de la escisión.

La autoridad que en la India adquirió la casta sacerdotal puede pues, como en el caso de Egipto, considerarse sucesiva y procede probablemente de la importancia que poco a poco adquirió el **purohita - brahamana** dependiente del rey sagrado- cuando, con la dispersión de los Arios en tierras nuevas, las dinastías originales se desgarraron, hasta el punto de aparecer frecuentemente, a fin de cuentas, como una simple nobleza guerra frente a sacerdotes (39). Las épopeyas contienen el relato de una lucha violenta y prolongada entre la casta sacerdotal y la casta guerra por la dominación de la India (40). La escisión, sobrevenida en un período posterior, no impide, por otra parte al sacerdote conservar frecuentemente rasgos viriles y reales y la casta guerrera (originalmente llamada casta real: **râjanya**) conservar a menudo su espiritualidad. Espiritualidad que se realiza, en algunos casos, respecto a la espiritualidad sacerdotal, y donde se reencuentran frecuentemente huellas precisas del elemento boreal original.

Los rasgos "nórdicos", en la civilización indo-aria, corresponden al tipo austero del antiguo **atharvan**, el "Señor del fuego", aquel que "abre el primero las vías a través de los sacrificios" (41) y del **brahamana**, que domina el **brahman -drhaspati-** y los dioses mediante sus fórmulas de potencia. En la doctrina del Yo absoluto **-atman-** del primer período upanishádico que corresponde al principio impasible y luminoso **purusha** del **Sâmkhya**, la ascesis viril y consciente, orientada hacia lo incondicionado, propia de la doctrina budica del despertar; en la doctrina, considerada como de origen solar y de herencia real, de la acción pura y del puro heroísmo, expuesta en el **Bhagavad-gita**; en la concepción védica del mundo como "orden" **-rta-** y ley **-dharma-**, en el derecho paterno, el culto del fuego, el rito simbólico de la cremación de los cadáveres, el régimen de castas, el culto de la verdad y del honor, el tipo de soberano universal y sagrado **-chakravarti**, etc., en todos estos elementos está presente, en su ascensión superior, ambos pocos tradicionales, "acción" y "contemplación", diversamente entrelazadas.

En tiempos más antiguos, en la India la componente meridional puede reencontrarse en todo lo que, contra los elementos más puros e incorpóreos del culto védico, delata una especie de demonismo de la imaginación, una irrupción descompuesta y tropical de símbolos animales y vegetales que luego terminan preponderando en gran parte de las expresiones exteriores artístico religiosas, de la civilización hindú. Aunque se purifica, una vez recuperado por el shivaismo, en una doctrina de la potencia y en una magia de tipo superior (42), el culto tántrico de la Shatki, con su divinización de la mujer y sus aspectos orgiásticos, corresponde al resurgimiento de una raíz antigua, pre-aria, congénitamente próxima a las civilizaciones mediterráneo-asiáticas, donde dominan precisamente la figura y el culto de la Madre (43). Y es posible que todo lo que, en el ascetismo hindú, presente un carácter de mortificación y de maceración, tenga este mismo origen; una misma veta ideal lo uniría entonces con lo que hemos visto aparecer también entre los Mayas y las civilizaciones de tronco sumerio (44).

De otro lado, la alteración de la visión aria del mundo, en India, nace allí donde la identidad entre el **atma** y el **brahaman** es interpretado en un sentido panteísta que remite al espíritu del Sur. El **brahaman** no es entonces, como en el primer período atharva-védico e incluso en el de los **Brahamana**, el espíritu, la fuerza mágica informe, teniendo casi una cualidad de "mana" que el Ario domina y dirige con su rito: es por el contrario el Uno-todo, del que procede toda vida y en el cual toda vida se disuelve de nuevo. Interpretado en este sentido panteísta, la doctrina de la identidad del **atma** con el brahaman conduce a la negación de la personalidad espiritual y se transforma en un fermento de degeneración y confusión: uno de sus corolarios será la identidad de todas las criaturas. La doctrina de la reencarnación comprendida en el sentido de un destino que impone una reaparición constante y siempre vana en el

mundo condicionado, o **samsara** -doctrina ajena al primer período védico- cobra una importancia de primer plano. El ascetismo puede así orientarse hacia una liberación que tiene primeramente el sentido de una evasión más que de una realización verdaderamente trascendente.

El budismo de los orígenes, obra de un asceta de estirpe guerrera, puede ser considerado, en diversos grados, como una reacción contra estas tendencias y también contra el interés puramente especulativo y el formalismo ritualista que prevalecían en muchos medios brahmanicos. La doctrina budista del despertar, cuando declara que la vía del "hombre vulgar, que no ha conocida nada, sin comprensión de lo que es santo, ajeno a la santa doctrina, inaccesible a la santa doctrina; sin comprensión de lo que es noble, ajeno a la doctrina de los nobles, inaccesible a la doctrina de los nobles", es la vía de la identificación de sí mismo, sea con las cosas y los elementos, sea con la naturaleza, con el todo, e incluso con la divinidad teista (Brahama) (45) plantea de la forma más neta el principio de una ascetismo aristocrática orientada hacia un fin verdaderamente trascendente. Se trata pues de una reforma acaecida con ocasión de una crisis de la espiritualidad tradicional indo-aria, por lo demás contemporánea de las que se manifestaron en otras civilizaciones, tanto en Oriente como en Occidente. No menos característico, a este respecto, es el espíritu pragmático y realista que opone el budismo a lo que es simple doctrina o dialéctica y se convertirá en Grecia en pensamiento "filosófico". El budismo no se opone a la doctrina tradicional del **atma** más que en la medida en donde esta no corresponde ya a una realidad viviente, donde desvirilizándose, en la casta **brahmana**, en un sistema de teorías y especulaciones, negando a todo ser mortal el **atma**, negando, en el fondo, la doctrina misma de la reencarnación (el budismo, en efecto, no admite la supervivencia de un núcleo personal idéntico a través de las diferentes encarnaciones: no es un "yo", sino es el "deseo", **tanha**, quien se reencarna), reafirmando sin embargo el **atma** bajo las especies de **nirvana**, es decir, de un estado que no se puede alcanzar sino excepcionalmente, mediante la ascetismo, el budismo pone en marcha un tema "heroico" (la conquista de la inmortalidad) frente a los ecos de una auto-conciencia divina primordial conservada en diferentes doctrinas de la casta de los **brahmanas**, pero que, a través de un proceso de oscurecimiento ya en curso, no corresponde, en la mayor parte de los hombres, a una experiencia vivida (46).

En un período más tardío, el contraste entre los dos temas se expresa de una forma característica en la oposición entre la doctrina de la **bakti** de Ramanuja y la doctrina Vedanta de **Shankara**. En diversos aspectos, la doctrina de Shankara aparece impresa con el espíritu de una ascetismo intelectual desnuda y severa. En su fondo, permanece sin embargo orientada hacia el tema demétrico-lunar del **brahman** informe -**nirguna-brahman**- en relación al cual toda determinación no es más que una

ilusión y una negación, un puro producto de la ignorancia. Es por ello que puede decirse que Shamkara representa la más alta de las posibilidades susceptibles de realizarse en una civilización de la edad de plata. En relación a él, Ramanuja puede ser considerado por el contrario como el representante de la edad siguiente, determinada solo por lo humano y por el nuevo tema, que ya se ha visto aparecer en la decadencia del Egipto y en los ciclos semitas, el de la distancia metafísica entre lo humano y lo divino, que aleja del hombre la posibilidad "heroica" y no le deja más que la actitud devocional en el sentido, a partir de ahora predominante, del fenómeno puramente emotivo. Así, mientras que en el **Vedanta** el dios personal no era admitido más que como objeto de un "saber inferior" y por debajo de la devoción, concebida como una relación de hijo a padre, **pitr-putra-bhava**, situándose como la cumbre más elevada del **ekatabhava**, es decir de una suprema unidad, Ramanuja ataca esta concepción como blasfema y herética, con un **pathos** parecido al del primer cristianismo (47). En Ramanuja se manifiesta pues la conciencia, a la cual la humanidad de entonces había llegado: la irrealidad de la antigua doctrina del **atma** y la percepción de la distancia que separaba a partir de ahora el Yo efectivo y el Yo trascendente, el **atma**. La posibilidad superior, aunque excepcional, que el budismo afirma y que se conserva en el Vedanta mismo, en la medida en que éste se apropia del principio de la identificación metafísica, es, a partir de ahora, excluido.

Encontramos así, en la civilización hindú de los tiempos históricos, un cruce, de formas y sentidos, que pueden remitir respectivamente a la espiritualidad ario boreal (y aquí donde, sobre el plano de la doctrina, hemos extraído de la India ejemplos de "tradicionalismo" nos hemos referido, precisa y exclusivamente, a este aspecto) y a las alteraciones de esta espiritualidad que delatan más o menos las influencias debidas al sustrato de las razas aborígenes suybyugadas, a sus cultos telúricos, a su imaginación desareglada, a su confusión, al impulso orgiástico y caótico de sus evocaciones y sus éxtasis. Si la India, considerada en una época más reciente y en su filón central, aparece como una civilización tradicional, se debe al hecho de que la vida entera se encuentra sacral y ritualmente orientada, correspondiendo su tono, sobre todo, tal como hemos ya señalado, a una de las dos posibilidades secundarias que se encontraban fundidas, en el origen, en una síntesis superior: la de un mundo tradicional **contemplativo**. Es el polo del ascetismo, del "conocimiento" y no de la "acción" quien marca el espíritu tradicional de la India de los tiempos históricos, aunque en algunas de sus formas, no preponderantes, resurgiese sobre el plano "heroico" el principio más elevado ligado a la raza interior de la casta guerrera.

Irán parece haber permanecido más fiel a este principio, incluso si no llega aquí a la altura metafísica alcanzada por la India a través de las vías de la contemplación. El

carácter guerrero del culto de Ahurá-Mazda es muy conocido para que sea necesario volver a él. La misma precisión se aplica al culto paleo-iranio del Fuego (de la que forma parte la doctrina, que ya hemos recordado) del **hvarenô** o "gloria", al régimen riguroso del derecho paterno, a la ética aria de la verdad y de la fidelidad y al ideal del mundo concebido como **rtam** y **asha**, es decir como cosmos, rito y orden, ligado a este principio uranio dominador que debía conducir más tarde, cuando la pluralidad original de las primeras capas conquistadoras fue superado, al ideal metafísico del Imperio y al concepto correspondiente del soberano como "Rey de reyes".

Es característico que originariamente, junto a las tres clases que corresponden a las tres castas superiores de los aryaes hindúes (**brahamana**, **khsatriya** y **vaisha**) no se encuentre, en Irán, una clase distinta de **shudras**, como si los estratos arios no hubieran encontrado en estas regiones, al menos en cantidad apreciable, el elemento aborigen del Sur, al cual se debe verosímelmente la alteración del antiguo espíritu hindú. El Irán tiene en común con la India el culto a la verdad, la lealtad y el honor, y el tipo de **athravan** medo-iranio -señor del fuego sagrado, sinónimo, en algunos aspectos, del "hombre de la ley primordial", **paoriyô thaesha**- es el equivalente del tipo hindú del **atharvan** y del **brâhamna** en su forma original, no aun sacerdotal. Sin embargo, incluso en el seno de esta espiritualidad aristocrática, un declive debió haberse producido, tras una crisis, que suscita, en la persona de **Zaratustra**, la aparición de una figura y de una reforma parecidas a la del Buda, traduciéndose también por una reacción tendiente a reintegrar los principios del culto original -que tendían a oscurecerse en un sentido naturalista- en una forma más pura y más inmaterial, aun cuando, en algunos aspectos, no esté exenta de cierto "moralismo". Un significado particular se añade a la leyenda, referida por el **Yashna** y el **Bundahesh**, según la cual Zaratustra habría "nacido" en el Airyanem vaejo, es decir, en la tierra boreal primordial, concebida aquí como la "simiente de la raza de los Arios" y también como el lugar de la edad de oro y de la "gloria" real. Es aquí donde Zaratustra habría revelado primeramente su doctrina. La época precisa en la que vivió Zaratustra está sujeta a controversias. El hecho es que "Zaratustra" -como por lo demás "Hermes" (el Hermes egipcio) y otras figuras del mismo género- corresponde menos a una persona que a una influencia espiritual y que éste nombre puede pues haber sido dado a seres que lo han encarnado en épocas distintas. El Zaratustra histórico, del cual se habla habitualmente, debe ser considerado como la manifestación específica de esta influencia y, en cierto modo, del Zaratustra primordial hiperbóreo (de aquí el tema de su nacimiento en el centro original), en una época que coincide aproximadamente con la de la crisis de las otras tradiciones, y en vistas a ejercer una acción rectificadora paralela a la del Buda (48). Zaratustra -detalle interesante- combate al dios de las tinieblas bajo la forma de un demonio **femenino**, invocando para sí, en esta lucha, una

corriente -la corriente Dâita- del Airyanem-vejo (49). Sobre el plano concreto, se hace eco de las luchas, duras y repetidas, llevadas por Zaratustra contra la casta de los sacerdotes mazdeos, que algunos textos quieren incluso presentar como emisarios de los **daeva**, es decir, entidades enemigas del dios de la luz, índice de la involución sobrevinida en esta casta (50). El intento del sacerdote Gaumata, que se esfuerza por usurpar el poder supremo y construir una teocracia, pero fue expulsado por Darío I, muestra que en el conjunto de la tradición irania, la "dominante" tuvo un carácter esencialmente ario y real, y ha subsistido una tensión debida a las pretensiones hegemónicas de la casta sacerdotal. Es además el único intento de este tipo registrado por la historia irania.

El tema original, como si recuperara un nuevo vigor al contacto con formas tradicionales alteradas de otros pueblos, resurgió de una forma muy diferente con el **mithraísmo**, bajo el aspecto de un nuevo ciclo "heroico" y con una base iniciática precisa. Mithra, héroe solar, vencedor del toro telúrico, dios ya antiguo del ether luminoso, parecido a Indra y a Mithra hindú, desprendido de estas mujeres o diosas que acompañan afrodíticamente o dionisiacamente a los dioses siríacos y a los de la decadencia egipcia, encarna de una forma característica el espíritu nórdico-uránico bajo su forma guerrera. Es significativo que Mithra sea en ocasiones identificado, no solo con el Apolo hiperbóreo, dios de la edad de oro, sino también con Prometeo (51): alusión a la transfiguración luminosa, por la cual el titán se confunde con la divinidad que personifica la espiritualidad primordial. A propósito del tema que caracteriza también el mito titánico, bastará recordar que Mithra, que nace de una "piedra", ostentando ya el doble símbolo de la espada y de la luz (antorcha), despoja el "árbol" para vestirse y emprende luego una lucha contra el Sol, que vence, antes aliarse y casi identificarse con él (52).

La estructura guerrera de la jerarquía iniciática mitraica es bien conocida. El anti-telurismo que caracteriza al mithraísmo queda atestiguado por el hecho que, contrariamente a los puntos de vista de los adeptos de Serapis e Isis, no situaba la estancia de los liberados en las profundidades de la tierra, sino más bien en las esferas de la pura luz uránica, después de que su tránsito por los diversos planetas les haya enteramente despojado de su carácter terrestre y pasional (53). Se debe recordar, además, la exclusión significativas de las mujeres -rigurosa y casi general- del culto y de la iniciación mitríacas. Si el principio de la fraternidad se encuentra afirmado, en el **ethos** de la comunidad mitríaca, junto al principio jerárquico, este **ethos** era sin embargo netamente opuesto al gusto por la promiscuidad, propia de las comunidades meridionales, así como a la oscura dependencia de la sangre tan característica, por ejemplo, del hebraísmo. La fraternidad de los iniciados mitríacos,

que tomaban el nombre de "soldados-", era la fraternidad clara, fuertemente individualizada, que puede existir entre guerreros asociados en una empresa común, antes que la que tiene como base mística la **caritas** (54). El mismo **ethos** reaparecerá en Roma, como entre las razas germánicas.

En realidad, si el mitraísmo sufre, en algunos de sus aspectos, una especie de aminoración cuando Mithra fue concebido como , "Salvador" y "Mediador", sobre un plano ya casi religioso, en su núcleo central e incluso históricamente, en el momento de la gran crisis del mundo antiguo, se presenta durante cierto tiempo como el símbolo de la **otra** dirección posible que el Occidente romanizado habría podido seguir si el cristianismo no hubiera prevalecido cristalizando en torno suyo, tal como veremos pronto, diversas influencias disgregadoras y antitradicionales. Fue sobre el mithraísmo que intentó esencialmente apoyarse la última reacción espiritual de la antigua romanidad, la del Emperador Juliano, iniciado el mismo en los misterios de este rito.

Recordaremos en fin que tras la islamización del área correspondiente a la antigua civilización irania, los temas relacionados con la tradición precedente encontraron el medio de reafirmarse. Así, a partir de los Safauridi (1501-1722), la religión oficial de Persia ha sido el imanismo, centrado sobre la idea de un jefe (Imán) invisible que, tras un período de "ausencia-" **-ghaiba-** reaparecerá para "vencer la injusticia y traer la edad de oro sobre la tierra". Los soberanos persas se han considerado así mismos como los sustitutos provisionales del Imán oculto en los siglos de ausencia, hasta el momento de su nueva aparición. Es el antiguo tema ario-iranio de Shaoshyan.

EL CICLO HEROICO-URANIO OCCIDENTAL

a) El ciclo helénico

Si volvemos ahora nuestra mirada hacia Occidente, y en primer lugar a Hélade, constatamos que ésta se presenta bajo un doble aspecto. El primero corresponde a significados análogos a los que han presidido, tal como hemos visto, la formación de otras grandes tradiciones y son las de un mundo todavía no secularizado, penetrado por el principio genérico de lo "sagrado". El segundo aspecto se refiere, por el contrario, a procesos que preludian el último ciclo, el ciclo humanista, laico y racionalista: y es precisamente a través de este aspecto que muchos "modernos" ven en Grecia el principio de su civilización.

La civilización helénica comporta, también, una capa más antigua, egea y pelasga, donde se vuelve a encontrar el tema general de la civilización atlántica de la edad de plata, sobre todo bajo la forma de demetrismo, con frecuentes interferencias de temas de un orden aun más bajo, ligados a cultos ctónico-demoníacos. A esta capa se opone la civilización, propiamente helénica, creada por las razas conquistadoras aqueas y dorias. Se caracteriza por el ideal olímpico del ciclo homérico y por el culto del Apolo hiperbóreo, cuya lucha victoriosa contra la serpiente Python, sepultada bajo el templo apolíneo de Delfos (donde, antes del culto, existía el oráculo de la Madre, de Gea, asociada al demonio de las aguas, al Poseidón atlántico-pelasgo), es un mito de doble sentido, que, por una parte, expresa un contenido metafísico y, por otra, la lucha de una raza de culto uranio contra una raza de culto telúrico. Es preciso considerar finalmente los efectos que entraña el emerger de nuevo del estrato originario, a saber, los diversos aspectos del dionisismo, del afroditismo, incluso del pitagorismo y de otras orientaciones ligadas al culto y al rito telúrico, con las formas sociales y costumbres correspondientes.

Estas constataciones se aplican igualmente, en amplia medida, al plano étnico. Desde este punto de vista, se pueden distinguir, de forma general, tres estratos. El primero corresponde a residuos de razas completamente ajenas a las del ciclo nórdico-occidental o atlántico, y por tanto, también a las razas indo-europeas. El segundo elemento tiene probablemente por origen ramificaciones de la raza atlántico-occidental, que, en tiempos antiguos, había ocupado una punta avanzada en el estanque Mediterráneo: se podría igualmente llamar paleo-indo-europea, teniendo

sin embargo en cuenta, sobre el plano de la civilización, la alteración y la involución que ha sufrido. A este elemento se refiere esencialmente la civilización pelasga. El tercer elemento corresponde a los pueblos propiamente helénicos, de origen nórdico-occidental, descendidos a Grecia en una época relativamente reciente (1). Esta triple estratificación, la encontramos igualmente, con el dinamismo de las influencias correspondientes, en la antigua civilización itálica y es posible, que en Hélade, no sea ajena a las tres clases de la antigua Esparta: Espartiatas, Periecos e Iotas. La tripartición, en lugar de la cuatripartición tradicional, se explica aquí por la presencia de una aristocracia que -al igual que se produce en ocasiones en la romanidad- tuvo un carácter sagrado al tiempo que guerrero: tal fue, por ejemplo, la estirpe de los Heráclidas y de los Geleontes, los "Resplandecientes", de las cuales el mismo Zeus o Geleón fue el fundador simbólico.

La diferencia que separa el mundo aqueo en relación a la civilización pelasga precedente (2) no se refleja solamente en el tono hostil con el cual los historiadores griegos se expresaron a menudo en relación a los pelasgos, y la relación que establecieron entre este pueblo y los cultos y las costumbres de tipo egipcio-siríaco: como es un hecho, por el contrario, la afinidad tanto racial, como de costumbres y, en general, de civilización, de los aqueos y dorios con los grupos nórdico-arios celtas, germanos y escandinavos, así como con los arios de la India (3). La pureza desnuda de las líneas, la claridad geométrica y solar del estilo dórico, la esencialidad de una simplificación expresan algo deliberado, al mismo tiempo que la potencia de una primordialidad que se afirma -de manera absoluta- como forma y cosmos, frente al carácter caóticamente orgánico y ornamental de los símbolos animales y vegetales que se perciben en los vestigios de la civilización creto-minoica; las luminosas representaciones olímpicas frente a las tradiciones de dioses-serpientes y de hombres-serpientes, demonios con la cabeza de asno y diosas negras con cabeza de caballo, frente al culto mágico del fuego subterráneo o del dios de las aguas, dicen bastante claramente qué fuerzas se reencontraron en Grecia en este acontecimiento prehistórico del cual uno de los episodios centrales es la caída del reino legendario de Minos, que gobierna sobre la tierra pelasga, donde Zeus es un demonio ctónico y mortal (4), la negra Madre Tierra es la mayor y más potente de las divinidades, donde domina el culto -siempre ligado al elemento femenino y quizás en relación con la decadencia egipcia (5)- de Hera, Hestia y Themis, las Cariátides y Nereidas, donde, en todo caso, el límite supremo no es otro que el misterio demétrico-lunar, con trasposiciones ginecocráticas en el rito y las costumbres (6).

Este substrato pelasgo tuvo espiritualmente relaciones con las civilizaciones asiáticas del estaque mediterráneo y la empresa aquea contra Troya, que no

pertenece solamente al dominio del mito, extrae de él su sentido más profundo. Troya se encuentra esencialmente bajo el signo de Afrodita, diosa de la cual Astarté, Tanit, Ishtar y Militta son otras tantas reencarnaciones y son las "amazonas" emigradas en Asia quienes acuden en su ayuda contra los aqueos. Según Hesiodo, combatiendo contra Troya habría caído una parte de esta raza de héroes que el Zeus olímpico había predestinado a la reconquista de un estado de espiritualidad parecido a la espiritualidad primordial. Y Hércules, tipo particularmente dorio, enemigo eterno de la diosa pelasga Hera, que ha reconquistado el hacha simbólica bicúspide -**Labus**- usurpada por personajes femeninos y por amazonas durante el ciclo pelasgo, aparece, en otras tradiciones, como conquistador de Troya y exterminador de los jefes troyanos. Cuando Platón (7) habla de la lucha de los ancestros de los helenos contra los atlantes, alude a un relato que, siendo mítico no es menos significativo, y refleja verosíblemente el aspecto espiritual de un episodio de luchas sostenidas por los ancestros nórdico-arios de los aqueos. Entre las indicaciones análogas que se han conservado en el mito, se puede citar la lucha entre Atenea y Poseidón por la posesión del Atica. Poseidón parece haber sido dios de un culto más antiguo, suplantado por el de la Atenea olímpica. Se puede mencionar también la lucha entre Poseidón y Helios, dios solar que conquistó el istmo de Corinto y Acrocorinto, que Poseidón había cedido a Afrodita.

Sobre un plano diferente, se encuentra en las "**Euménides**" de Esquilo un eco, igualmente simbólico, de la victoria de la nueva civilización sobre la antigua. En la asamblea divina que juzga a Orestes, asesino de su madre Clitemestra para vengar a su padre, aparece claramente el conflicto entre la verdad y el derecho viril, y la verdad y el derecho materno. Apolo y Atenea se alinean contra las divinidades femeninas nocturnas, las Erinias, que quieren vengarse en Orestes. El hecho de invocar el nacimiento simbólico de Atenea, opuesta a la maternidad sin esposo de las vírgenes primordiales, para afirmar que se puede ser padre sin madre, ilumina precisamente el ideal superior de la virilidad, la idea de una "generación" espiritual pura, separada del plano naturalista, en el que dominan la ley y la condición de la Madre. Con la absolución de Orestes, triunfa una nueva ley, una nueva costumbre, un nuevo culto, un nuevo derecho, tal como lo constatan los lamentos del coro de las Euménides, las divinidades femeninas ctónicas con cabeza de serpiente, hijas de la noche, símbolos de la antigua era prehelénica. Y es significativo que Esquilo haya elegido precisamente como lugar para el juicio divino la colina de Ares, el dios guerrero, en la antigua ciudadela de las Amazonas que Teseo había destruido.

La concepción olímpica de lo divino es, entre los Helenos una de las expresiones más características de la "Luz del Norte": es la visión de un mundo simbólico de esencias inmortales luminosas, separadas de la región inferior de los

seres terrestres y de las cosas sometidas al devenir, aun cuando, en ocasiones, se atribuya una "génesis" a algunos dioses; es una visión de lo sagrado analógicamente ligada a los cielos resplandecientes y las cumbres nevadas, como en los símbolos del Asgard édico y del Meru védico. La concepción del Caos como principio original, de la Noche y del Erebo como sus primeras manifestaciones y como principios de toda generación ulterior, comprendida la Luz y del Día, la Tierra o la Madre universal, anterior a su esposo celeste; toda la contingencia, enfin, de un devenir, de una muerte y de una transformación caóticas, introducida en las naturalezas divinas mismas, etc. todas estas ideas, en realidad, **no son** helénicas: son temas que, en el sincretismo hesiódico, delatan el substrato pelasgo.

Al mismo tiempo que el tema olímpico, Hélide conoció, bajo un aspecto particularmente típico, el tema "heroico". Igualmente distanciados de la naturaleza mortal y humana, los semi-dioses participan de la "inmortalidad olímpica", aparecen, helénicamente, los héroes. Cuando no es por la sangre misma de un parentesco divino, es decir, una supra-naturalidad natural, es la **acción** quien define y constituye al héroe dorio y aqueo. Su sustancia, como la de los tipos que derivaron en el curso de los ciclos más recientes, es enteramente épica. No conoce los abandonos de la Luz del Sur, el reposo en el seno generador. Es la "Victoria", Niké, quien corona al Hércules dorio en la residencia olímpica, donde vive una pureza viril que el "titánico" no alcanza. El ideal, en efecto, no es Prometeo, considerado por el heleno como un vencido en relación a Zeus quien aparece igualmente en varias leyendas, como el vencedor de los dioses pelasgos (8), el ideal es el héroe que resuelve el elemento titánico, que **libera** a Prometeo tras alinearse junto a los Olímpicos: es el Hércules antigineocrático que destruye las Amazonas, hiere a la Gran Madre, se apropia de las manzanas de las Hespérides venciendo al dragón, rescata a Atlas -ya que no es en tanto que castigo sino como prueba que asume la función de "polo" y sostiene el peso simbólico del mundo hasta que Atlas le trae las manzanas-, que, en fin, pasa definitivamente, a través del **fuego**, de la existencia terrestre a la inmortalidad olímpica. Las divinidades que sufren y mueren para revivir luego como naturalezas vegetales producidas por la tierra, divinidades que personifican la pasión del alma anhelante y rota, son completamente ajenas a esta espiritualidad helénica original.

Mientras que el ritual ctónico, correspondiente a los estratos aborígenes y pelasgos, se caracteriza por el temor a las fuerzas demoníacas, por el sentimiento penetrante de una "contaminación", de un mal que es preciso alejar, de una desgracia que es preciso exorcizar, el ritual olímpico aqueo conoce solamente relaciones claras y precisas con los dioses concebidos de forma positiva como principios de influencias benéficas, sin ansiedad, casi con la familiaridad y dignidad de un **do ut des** en el

sentido superior (9). Incluso el destino, distintamente reconocido, que pesaba sobre la mayor parte de los hombres de la edad oscura -el Hades-, no inspiraba angustia a esta humanidad viril. La contemplaba con rostro calmado. La **melior spes** de unos pocos se refería a la pureza del fuego, al cual se ofrecían ritualmente los cadáveres de los héroes y de los grandes en vistas a facilitar su liberación definitiva gracias a la incineración del cuerpo, mientras que el rito de restitución simbólica en el seno de la Madre Tierra, mediante la inhumación, era practicado sobre todo por las capas prehelenicas y pelasgas (10). El mundo de la antigua alma aquea no conoció el **pathos** de la expiación y de la "salvación": ignoró los éxtasis y los abandonos místicos. Sin embargo, conviene separar aquí lo que está aparentemente unido restituyendo a sus orígenes antitéticos los elementos de los que se compone el conjunto de la civilización helénica.

En la Grecia posthomérica, aparecen signos de reacción de los estratos originales sometidos contra el elemento propiamente helénico. Temas telúricos propios de la civilización más antigua, más o menos destruida o transformada, resurgen, en la medida en que los contactos con las civilizaciones vecinas contribuyeron a reavivarlos. La crisis se sitúa, aquí también, entre el siglo VII y el VI. En esta época el dionisismo hace irrupción en Grecia y el hecho es tanto más significativo, en la medida en que fue sobre todo el elemento femenino quien abrió las vías. Ya hemos indicado el sentido universal de este fenómeno. Nos contentaremos con precisar que este sentido se conserva incluso cuando pasa del carácter salvaje de las formas tracias al Dionisos órfico helenizado que permanece siempre como un dios subterráneo, asociado a la Gea y al Zeus ctónico. Y mientras que, en el desencadenamiento y los éxtasis del dionisismo tracio, podía aun producirse la experiencia real de lo trascendente, se ve predominar poco a poco en el orfismo un pathos cada vez más próximo al de las religiones de redención más o menos humanizadas. Además, a la doctrina olímpica de las dos naturalezas, sucede aquí la creencia en la reencarnación, en donde el principio del cambio pasa a primer plano y se establece una confusión entre un elemento mortal presente en lo inmortal y un elemento inmortal presente en lo mortal.

Al igual que el hebreo se siente maldito por la "caída" de Adán, concebida como "pecado", el órfico expía el crimen de los Titanes que han devorado al dios. No concibiendo más que raramente la verdadera posibilidad "heroica", espera una especie de "Salvador" -que conoce la misma pasión de la muerte y de la resurrección que los dioses-plantas y lo dioses-años- que le aporte la salvación y la liberación del cuerpo (11). Como se ha señalado justamente (12), esta "enfermedad infecciosa" que es el complejo de culpa, con el terror al castigo de ultratumba, con el impulso desordenado, nacido de la parte inferior y pasional del ser, hacia una liberación evasivista, fue

siempre ignorada por los griegos en el curso del mejor período de su historia: es antihelénica y procede de influencias extranjeras (13). La misma observación se aplica a la "estetización" y a la sensualización de la civilización y de la sociedad griega ulterior, a la preponderancia de las formas jónicas y corintias sobre las formas dóricas.

Casi coincidiendo con la epidemia dionisiaca, tuvo lugar la crisis del antiguo régimen aristocrático-sagrado de las ciudades griegas. Un fermento revolucionario altera, en sus fundamentos mismos, las antiguas instituciones, la antigua concepción del Estado, de la ley, del derecho y de la propiedad. Disociando el poder temporal de la autoridad espiritual, reconociendo el principio electivo e introduciendo instituciones progresivamente abiertas a las capas sociales inferiores y a la aristocracia impura de la fortuna (casta de los mercaderes: Atenas, Cumas, etc.) y, finalmente, a la plebe misma, protegida por tiranos populares (Argos, Corinto, Siciona, etc.) (14), de esta forma se introduce el régimen democrático. Realeza, oligarquía, burguesía y para terminar, dominadores ilegítimos que extraen su poder de un prestigio puramente personal apoyándose sobre el demos, tales son las fases de la involución que, tras haberse manifestado en Grecia, se repiten en la Roma antigua y se realizan luego en gran escala y de una forma total en el conjunto de la civilización moderna.

Es preciso ver, en la democracia griega, más que una victoria del pueblo griego, una victoria de Asia Menor, y, mejor aún, del Sur, sobre las capas helénicas originales, cuyas fuerzas se encontraban dispersas (15). El fenómeno político está estrechamente ligado a manifestaciones similares que tocan más directamente el plano del espíritu. Se trata de la democratización que sufrieron la concepción de la inmortalidad y la del "héroe". Si los misterios de Demeter en Eleusis, en su pureza original y con su corte aristocrático, pueden ser considerados como una sublimación del antiguo Misterio pelasgo prehelénico, este substrato antiguo se revela y domina de nuevo a partir del momento en que los misterios de Eleusis admitieron a no importa quien a participar en el rito que gozaba de la reputación de crear un "destino inigualable tras la muerte" (16), lanzando así un germen que el cristianismo debía llevar posteriormente a su pleno desarrollo. Es así como nace y se difunde en Grecia la extraña idea de que la inmortalidad es una cosa casi normal para no importa que alma mortal; paralelamente la noción del héroe se democratiza hasta el punto de que en algunas regiones -por ejemplo en Beocia- se termina por considerar como "héroe" a hombres que -según una fórmula no desprovista de causticidad (17)- no tenían de heroico más que el simple hecho de estar muertos.

En Grecia, el pitagorismo traduce, bajo diversos aspectos, un retorno del

espíritu pelasgo. A pesar de sus símbolos astrales y solares y aunque se puedan incluso percibir algunos ecos hiperbóreos, la doctrina pitagórica está esencialmente impregnada por el tema demetriaco y panteista (18). Es, en el fondo, el espíritu lunar de la ciencia sacerdotal caldea o maya el que se refleja en su visión del mundo como número y armonía, es el tema oscuro, pesimista y fatalista, del telurismo que se conserva en la concepción pitagórica del nacimiento terrestre como castigo e incluso en la doctrina de la reencarnación. Puede intuirse a que síntomas corresponde todo esto. El alma que perpetuamente se encarna, no es más que el alma sometida a la ley telúrica. El pitagorismo e incluso el orfismo, enseñando la reencarnación, muestran la importancia que conceden al principio telúricamente sometido al renacimiento, es decir a una verdad que es propia de la civilización de la Madre. La nostalgia de Pitágoras hacia los dioses del tipo demetriaco (tras su muerte, la morada de Pitágoras se convirtió en santuario de Demeter), el rango que las mujeres tenían en las sectas pitagóricas, donde figuraban incluso como iniciadoras, donde, hecho significativo, el rito funerario de la incineración era prohibido y se tenía horror a la sangre, se convierten en esta perspectiva, en muy comprensibles (19). En semejante marco, la salida del "ciclo de los renacimientos" no pudo pues presentar un carácter mas sospechoso (es significativo, que en el orfismo la morada de los bienaventurados no esté sobre la tierra, como en el símbolo aqueo de los Campos Eliseos, sino bajo la tierra en compañía de los dioses inferiores) (20) carácter opuesto al ideal de inmortalidad propio de la "vía de Zeus", que alude a la región de "aquellos-que-son", distanciados, inaccesibles en su perfección y su pureza como las naturalezas fijas del mundo uranio, de la región celeste donde domina, en las esencias estelares, exentas de mezcla, distintas y perfectamente ellas mismas, la "virilidad incorpórea de la luz". El consejo de Píndaro de "no intentar convertirse en dios", anuncia ya la relajación del impulso heroico del alma helénica hacia la trascendencia.

No se trata aquí más que de algunas de los numerosos síntomas de esta lucha entre dos mundos, que no tuvo, en Hélade, conclusión precisa. El centro "tradicional" (21) del ciclo helénico se encuentra en el Zeus aqueo y en el culto hiperbórico de la luz, radicado en Delfos, y es en el ideal helénico de la "cultura" como **forma**, como cosmos que resuelve el caos en ley y claridad, junto a una aversión por lo indefinido, el sin-límite, es en el espíritu de los mitos heroico-solares, en fin, donde se conserva el elemento nórdico-ario. Pero el principio del Apolo délfico y del Zeus olímpico no consigue formarse un cuerpo universal, ni vencer verdaderamente el elemento personificado por el demonio Python, cuya muerte ritual se rememoraba cada ocho años, o aun por la serpiente subterránea, que aparece en el ritual más antiguo de las fiestas olímpica de Diasia. Al lado de este ideal viril de la cultura como forma espiritual, junto a los temas heroicos, algunas traducciones especulativas del tema

uránico de la religión olímpica, se insinuaron con tenacidad el afroditismo y el sensualismo, el dionisismo y el esteticismo, al mismo tiempo que se afirmaban el acento místico-nostálgico de los retornos órficos, el tema de la expiación, la visión contemplativa demétrico-pitagórico de la naturaleza, el virus de la democracia y del antitradicionalismo.

Y si subsiste en el individualismo helénico algo del ethos nórdico-ario, se manifiesta sin embargo aquí como un límite, que lo volverá incapaz de defenderse contra las influencia del antiguo substrato que le hizo degenerar en un sentido anárquico y destructor. Esto se repetirá en diversas ocasiones sobre el suelo itálico, hasta el Renacimiento y jugará además un papel determinante en el ciclo bizantino. Es significativo que sea por la misma vía del Norte, recorrida por el Apolo délfico que se haya desarrollado, con el imperio de Alejandro Magno (22), el intento de organizar unitariamente Hélade. Pero el Griego no es lo bastante fuerte para la universalidad que implica la idea del Imperio. La **polis**, en el imperio macedónico, en lugar de integrarse, se disuelve. La unidad y la universalidad, favorecen aquí, en el fondo, lo que habían favorecido las primeras crisis democráticas y antitradicionales. Actúan en el sentido de una destrucción y nivelación y no de la integración de este elemento pluralista y nacional, que había servido de base sólida a la cultura y la tradición en el marco de cada ciudad. Es en esto donde se manifiesta precisamente el límite del individualismo y del particularismo griegos. La caída del imperio de Alejandro, imperio que habría podido significar el principio de una nueva afirmación contra el mundo asiático-meridional, es pues debido solo a una contingencia histórica. En la decadencia de este imperio, la serena pureza solar del antiguo ideal helénico no es más que un recuerdo. La llama de la tradición se desplaza hacia otra tierra.

Hemos llamado la atención en varias ocasiones sobre la simultaneidad de las crisis que se manifestaron en el seno de diversas tradiciones entre el siglo VII y el V a. de J.C., como si nuevos grupos de fuerzas hubieran surgido, para derribar un mundo ya vacilante y dar nacimiento a un nuevo ciclo. Estas fuerzas, fuera de Occidente, resultaron, amenudo, detenidas por reformas, restauraciones o nuevas manifestaciones tradicionales. En Occidente, por el contrario, se diría que estas fuerzas consiguieron romper el dique tradicional y abrir una brecha, es decir preparar la caída definitiva. Ya hemos hablado de la decadencia que se ha manifestado en el Egipto de los últimos tiempos, al igual que en Israel y en el ciclo mediterráneo-oriental en general, decadencia que debía alcanzar a Grecia misma. El **humanismo** -tema característico de la edad de hierro- se anunciaba mediante la aparición del sentimentalismo religioso y la disolución de los ideales de una humanidad virilmente sagrada. Pero el humanismo se abre resueltamente otras vías, en particular en Hélade, con el advenimiento del

pensamiento filosófico y de la investigación **física**. Y a este respecto, ninguna reacción tradicional notable se manifiesta (23); se asiste por el contrario a su desarrollo regular, paralelamente al desarrollo de una crítica laica y antitradicional; fue como la propagación de un cáncer en los elementos sanos y anti-seculares que subsistían aun en Grecia.

Aunque esto corra el riesgo de ser difícilmente concebible para el hombre moderno, históricamente es cierto que, la preeminencia del "pensamiento" es un fenómeno marginal y reciente, aun cuando sea anterior a la concepción puramente física de la naturaleza. El filósofo y el "físico" no son más que productos degenerados aparecidos en un estadio ya avanzado de la última edad, la edad de hierro. Esta "descentralización" que, en el curso de las fases ya consideradas, separa gradualmente al hombre de los orígenes, debía finalmente hacer de él, en lugar de un **ser**, una **existencia**, es decir algo "que está fuera", una especie de fantasma, que tendrá sin embargo la ilusión de reconstruir en él solo la verdad, la salud y la vida. El tránsito del plano del **símbolo** al de los **mitos**, con sus personificaciones y su "esteticismo" latente, anuncia ya, en Hélade, una primera caída de nivel. Más tarde, los dioses, ya debilitados por su transformación en figuras mitológicas, se convirtieron en conceptos filosóficos, es decir, abstracciones, o bien objetos de culto exotérico. La emancipación del individuo, en relación a la tradición, bajo la forma del "pensador", la afirmación de la razón como instrumento de libre crítica y de conocimiento profano, desembocaron normalmente en esta situación. Y es precisamente en Grecia donde se manifestaron, por primera vez, de una forma característica.

Es, naturalmente, mucho más tarde, durante el Renacimiento, que este fenómeno alcanzará su completo desarrollo. Igualmente, no es sino luego, con el cristianismo, que el humanismo, en tanto que **pathos** religioso, se convertirá en el tema dominante de todo un ciclo de civilización. La filosofía griega, por otra parte, estaba generalmente centrada a pesar de todo, menos sobre lo mental que sobre elementos de naturaleza metafísica y misteriosífica, ecos de enseñanzas tradicionales. Por otra parte, esta filosofía se acompaña siempre -incluso en el epicureismo y entre los cirenios- de una investigación de formación espiritual, de ascesis, de autarquía. Los "físicos" griegos, a pesar de todo, continuaron, en amplia medida, haciendo "teología" y es preciso ser ignorante como algunos historiadores modernos, para suponer, por ejemplo, que el agua de Thales o el aire de Anaximandro aluden a esos elementos materiales. Pero hay más: se intenta volver el nuevo principio contra sí mismo, en vistas de una reconstrucción parcial.

Sócrates, piensa que el concepto filosófico podía servir para dominar la

contingencia de las opiniones particulares así como al elemento disolvente e individualista del sofismo y restablecer verdades universales y supra-individuales. Este intento debía desgraciadamente conducir -por una especie de inversión- a la más fatal de las desviaciones: **el espíritu debía ser sustituido por el pensamiento discursivo**, confundiendo con el ser una imagen que, aun teniendo la imagen del Ser, pasa a ser, sin embargo, no-ser, algo humano e irreal, pura abstracción. Y mientras que el pensamiento, en el hombre capaz de afirmar conscientemente el principio según el cual "el hombre es la medida de todas las cosas" y hacer un uso deliberadamente individualista, destructor y sofisticado, mostraba abiertamente sus caracteres negativos, hasta el punto de aparecer menos como un peligro que como el síntoma visible de una caída, el pensamiento que buscaba por el contrario expresar lo universal y el ser en la forma que le es propia -es decir racional y filosóficamente- y a trascender a la ayuda del concepto, por una "retórica" (24), todo lo que es particular y contingente en el mundo sensible, este pensamiento constituye la seducción y la ilusión más peligrosa, el instrumento de un humanismo y, por ello, de un irrealismo mucho más profundo y más corruptor, que debía, luego, envolver completamente Occidente.

Lo que se llama el "objetivismo" del pensamiento griego, corresponde al apoyo que extrae aún, consciente o inconscientemente, del saber tradicional y de la actitud tradicional del hombre. Una vez desaparecido este apoyo, el pensamiento deviene su propia razón suprema perdiendo toda referencia trascendente y supra-racional, para desembocar finalmente en el racionalismo y en el criticismo modernos.

Nos contentaremos con hacer brevemente alusión aquí a otro aspecto de la revolución "humanista" de Grecia, relativo al desarrollo hipertrófico, profano e individualista, de las artes y las letras. En relación a la fuerza de los orígenes es preciso ver aquí también una degeneración, una degradación. El apogeo del mundo antiguo corresponde al período donde, bajo la rudeza de las formas exteriores, una realidad íntimamente sagrada se traduce, sin "expresionismo", en el estilo de vida de los dominadores y los conquistadores, en un mundo libre y claro. Así, la grandeza de Hélade corresponde a lo que se ha llamado "la edad media griega" con su **epos** y su **ethos**, con sus ideales de espiritualidad olímpica y de transfiguración heroica. La Grecia civilizada, "madre de las artes", la que junto a la Grecia filosófica, los modernos admiran y sienten tan próxima, es la **Grecia crepuscular**. Esto fue muy netamente sentido por los romanos de los orígenes en quienes vivía aún, en estado puro, el mismo espíritu viril que el de la época aquea. Es así como se encuentran en un Catón (25) expresiones de desprecio por el genio nuevo de los hombres de letras y "filósofos". Y la helenización de Roma, bajo la forma de un proliferación humanista y

casi iluminista de estetas, poetas, hombres de letras, eruditos, preludia, en muchos aspectos su decadencia. Tal es el sentido general del fenómeno, abstracción hecha, en consecuencia, de lo que el arte y la literatura griega conservaron a pesar de todo, aquí y allí, de sagrado, simbólico, independiente de la individualidad del autor, conforme a lo que fueron el arte y la literatura en el seno de las grandes civilizaciones tradicionales y no cesaron de ser más que en el mundo antiguo degenerado y, más tarde, en el conjunto del mundo moderno.

b) El ciclo romano

Roma nace en el momento en que se manifiestan un poco por todas partes, en las antiguas civilizaciones tradicionales, la crisis de la que ya hemos hablado. Y si se hace abstracción del Sacro Imperio Romano, que corresponde, en amplia medida, a una recuperación de la antigua idea romana, Roma aparece como la última gran reacción contra esta crisis, el intento -victorioso durante todo un ciclo- por escapar a las fuerzas de la decadencia ya activas en las civilizaciones mediterráneas y organizar un conjunto de pueblos, realizando, bajo la forma más sólida y grandiosa, lo que el poder de Alejandro Magno no pudo conseguir más que durante un breve período

No puede comprenderse el significado de Roma, si no se percibe primeramente la diferencia que separa la línea central de su desarrollo de las tradiciones propias a la mayor parte de los pueblos de Italia entre los que Roma nació y se afirmó.

Tal como se ha señalado, se pretende que la Italia pre-romana estuvo habitada por etruscos, sabinos, oscos, sabelios, volscos, samitas y, en el sur, por fenicios, sículos, sacanios, inmigrados griegos, siríacos, etc. y he aquí como de golpe, sin que se sepa como ni porqué, estalla una lucha contra casi todas estas poblaciones, contra sus cultos, sus concepciones del derecho, sus pretensiones de poder político y aparece un nuevo principio que tiene la fuerza de sujetarlo todo, de transformar profundamente lo antiguo, testimoniando una voluntad de expansión provista del mismo carácter ineluctable que las grandes fuerzas de las cosas. El origen de este principio no se plantea nunca, o, si se habla, se alude a él en un plano empírico accesorio, lo que es aun peor que no ignorarlo por completo, de forma quienes prefieren detenerse ante el "milagro" romano como ante un hecho a admirar, antes que a explicar, toman la actitud más sabia. Tras la grandeza de Roma vemos, por el contrario, por nuestra parte, las fuerzas del ciclo ario-occidental y heroico y tras su decadencia, vemos la alteración de estas mismas fuerzas. Es evidente que, en un mundo a partir de ahora mezclado y ya alejado de los orígenes, es preciso esencialmente referirse a una idea supra-histórica, susceptible sin embargo, de ejercer, en la historia una acción

formadora. En este sentido puede hablarse de la presencia, en Roma, de un elemento ario y de su lucha contra las potencias del Sur. La investigación no puede tomar como base el simple hecho racial y étnico. Es cierto que en Italia, antes de las migraciones célticas y del ciclo etrusco, aparecieron núcleos derivados directamente de la raza boreal-occidental que se opusieron a razas aborígenes y a ramificaciones crepusculares de la civilización paleo- mediterránea de origen atlántico, con el mismo significado que la aparición de los dorios y aqueos en Grecia. Subsisten huellas de estos núcleos, sobre todo en materia de símbolos (por ejemplo en los descubrimientos de Val Camonica) relacionados manifiestamente con el ciclo hiperbóreo y la "civilización del reno" y del "hacha" (27). Es probable, además, que los antiguos latinos, en el sentido estricto del término, representaron una veta viviente o un resurgimiento de estos núcleos, que se habían mezclado, bajo formas diversas, con otras poblaciones itálicas. Pero, a parte de esto, hay que hacer, sobre todo referencia, al plano de la "raza del espíritu". El **tipo** de la civilización romana y del hombre romano pueden valer como un testimonio de la presencia y la potencia, en esta civilización, de la fuerza misma que estuvo en el centro de los ciclos heroico-uranios de origen nórdico-occidental. Contra más dudosa es la homogeneidad racial de la Roma de los orígenes, tanto más tangible es la acción formadora que esta fuerza ejerció de manera decisiva y profunda sobre la material al cual se aplicó, asimilándolo, elevándolo y diferenciándolo de lo que perteneció a un mundo diferente.

Son numerosos los elementos que atestiguan una relación entre las civilizaciones itálicas entre las cuales nació Roma y lo que se conservó de estas civilizaciones en la primera romanidad de una parte, y de otra, las variantes telúricas, afrodíticas y demetríacas de las civilizaciones telúrico-meridionales (28).

El culto de la diosa, que Grecia debe sobre todo a su componente pelasga, constituyó verosímelmente la característica predominante de los sículos y los sabinos (29). La principal divinidad sabina era la diosa ctónica Fortuna, que reapareció bajo las formas de Horta, Feronia, Vesuna, Heruntas, Hora, Hera, y Junon, Venus, Ceres, Bona Dea, Demeter, y que no son, en el fondo, más que reencarnaciones del mismo principio divino (30). Es un hecho que los calendarios romanos más antiguos eran de carácter lunar y que los primeros mitos romanos eran muy ricos en figuras femeninas: Mater Matuta, Luna, Diana, la Egeria, etc. y que en las tradiciones relativas, especialmente, a Marte-Hércules y Flora, a Hércules y Larentia, a Numa y a la Egeria, circula el tema arcaico de la dependencia de lo masculino respecto a lo femenino. Estos mitos se refieren sin embargo a tradiciones pre-romanas, como la leyenda de Tanaquila, de origen etrusco, donde aparece el tipo de mujer real asiático-mediterránea, que Roma purificará luego de sus rasgos afrodíticos y

transformándola en símbolo de todas las virtudes de las matronas (31). Pero semejantes transformaciones, que se impusieron a la romanidad en relación a lo que era incompatible con su espíritu, no impiden distinguir, bajo el estrato más reciente del mito, una capa más antigua, perteneciente a una civilización opuesta a la romana (32). Este estrato se revela especialmente a través de algunas particularidades de la Roma antigua, tal como la sucesión real por vía femenina o el papel jugado por las mujeres en el ascenso al trono, especialmente cuando se trata de dinastías extranjeras o de reyes con nombres plebeyos. Es característico que Servio Tulio, quien llegó al poder gracias a una mujer; erigiéndose luego en defensor de la libertad plebeya, habría sido, según la leyenda, un bastardo concebido en una fiesta orgiástica de esclavos, fiestas relacionadas precisamente, en Roma, con divinidades de tipo meridional (Saturno ctónico, Venus y Flora) que celebraban el retorno de los hombres a la ley de la igualdad universal y de la promiscuidad, propia de la Gran Madre de la vida.

Los etruscos y, en una amplia medida, los sabinos, presentan huellas de matriarcado. Al igual que en Creta, las inscripciones indican a menudo la filiación con el nombre de la madre y no el del padre (33) y, en todo caso, la mujer es especialmente honrada y goza de una autoridad, importancia y libertad particulares (34). Numerosas son las ciudades de Italia que tenían a mujeres por epónimos. La coexistencia del rito de la inhumación y de la incineración forma parte de numerosos signos que delatan la presencia de dos estratos superpuestos, correspondientes, probablemente, a una concepción urania y a otra concepción demetriaica del **post-mortem**: estratos mezclados, pero que, sin embargo, no se confunden (35). El carácter sagrado y la autoridad de las matronas **-matronarum sanctitas, mater princeps familiae-** que se conservaron en Roma, no son, hablando con propiedad, romanas, sino que evidencian más bien la componente pre-romana, ginecocrática, que está, sin embargo, subordinada, en la nueva civilización, al puro derecho paterno, y remitida a su lugar exacto. En otros casos, se constata, por el contrario, un proceso opuesto: el Saturno-Cronos romano, aun conservando algunos de sus rasgos originales, aparece, de otra parte, como un demonio telúrico, esposo de Oís, la tierra. La misma precisión podría aplicarse a Marte y a los diversos aspectos, a menudo contradictorios, del culto de Hércules. Según toda probabilidad, Vesta es una transposición femenina, debida igualmente a la influencia meridional, de la divinidad del fuego, que tuvo siempre, entre los arios, un carácter masculino y uranio: transposición que termina finalmente asociando esta divinidad a Bona Dea, adorada como diosa de la Tierra (36) y celebrada secretamente de noche, con prohibición a todo hombre de asistir a este culto e incluso de pronunciar el nombre de la diosa (37). La tradición atribuye a un rey no romano, al sabino Tito Tatius, la introducción en Roma de los más importantes cultos telúricos, como los de Ops y Flora, Rea y Juno

curis, de Luna, Cronos ctónico, Diana ctónica y de Vulcano e incluso el de los Lares (38), al igual que los "Libros Sibilinos", de origen asiático-meridional, solidarios de la parte plebeya de la religión romana y la introducción de la Gran Madre y de demás grandes divinidades del ciclo ctónico tal como Dis Pater, Flora, Saturno y la triada Ceres-Liber-Liera.

La fuerte componente pre-aria, egeo-pelasga y en parte "atlántica" reconocible incluso desde el punto de vista étnico y filológico entre los pueblos que Roma encuentra en Italia, es por otra parte, un hecho comprobado, y la relación de estos pueblos con el núcleo romano original es absolutamente idéntico al que existe, en Grecia, entre los pelasgos y los estratos aqueos y dorios. Según cierta tradición, los pelasgos, dispersados, pasaron frecuentemente como esclavos a otros pueblos; en Lucania y el Brutium constituyeron la mayor parte de los brutios, sometidos a sabelios y samitas. Es significativo que estos brutios se aliaron con los cartagineses, en lucha contra Roma, en el curso de uno de los episodios más importantes de las luchas del Norte contra el Sur; por ello fueron condenados a trabajos serviles. En India, tal como hemos visto, la aristocracia de los **aryas** se opone, en tanto que estrato ario dominador, a la casta servil aborígen. Se puede ver en Roma, con mucha verosimilitud, algo similar, en la oposición entre los patricios y los plebeyos y -según una afortunada expresión (39)- considerar a los plebeyos como los "Pelasgos de Roma". Innumerables ejemplos muestran que la plebe romana se reclama principalmente del principio materno, femenino y material, mientras que el patriciado extrae del derecho paterno su dignidad superior. Es por esta parte femenina y material que la plebe entra en el Estado: consigue finalmente participar en el **jus Quiritum**, pero no en los atributos políticos y jurídicos ligados al carisma superior propio al patricio, al **patrem ciere posse** que se refiere a los ancestros divinos, **divi parentes**, que solo el patriciado posee, y no la plebe, considerado como compuesto por los que no son más que "hijos de la Tierra" (40).

Incluso sin querer establecer una relación étnica directa entre pelasgos y etruscos (41), estos últimos -de los que algunos estarían interesados en hacer a Roma, en varios aspectos, su deudora- presentan los rasgos de una civilización telúrica y, como máximo, lunar-sacerdotal, que nada podría identificar con la línea central y el espíritu de la romanidad. Es cierto que los etruscos (como, por lo demás, los asirios y caldeos) conocieron, más allá del mundo telúrico de la fertilidad y de las Madres de la naturaleza, un mundo uranio de divinidades masculinas, cuyo señor era Tinia. Sin embargo, estas divinidades -**dii consentes**- son muy diferentes de las divinidades olímpicas: no poseen ninguna soberanía real, son como sombras sobre las cuales reina un poder oculto innombrable que pesa sobre todo y pliega todo bajo las mismas leyes:

la de los **dii superiores et involuti**. Así el uranismo etrusco, a través de este tema fatalista, es decir, naturalista, delata, al igual que la concepción pelasga de Zeus engendrado y sometido a la Estigia, el espíritu del Sur. Se sabe, en efecto, que según este, todos los seres, incluso los seres divinos, están subordinados a un principio que, al igual que el seno de la tierra, tiene horror a la luz y ejerce un derecho soberano sobre todos los que nacen a una vida contingente. Así reaparece la sombra de esta Isis que advierte: "Nadie podrá disolver lo que ella ha erigido en ley" (42) y de estas divinidades femeninas helénicas, criaturas de la Noche y del Erebo, encarnando el destino y la soberanía de la ley natural, mientras que el aspecto demoníaco y la brujería -que representaron, tal como hemos visto, un papel no despreciable en el culto etrusco, bajo formas que contaminan los temas y los símbolos mismos (43)- atestiguan la influencia que ejercía en esta civilización el elemento pre-ario, incluso bajo sus aspectos más bajos.

En realidad, tal como aparece en el tiempo de Roma, el etrusco tiene pocos rasgos comunes con el tipo heroico-solar. No supo lanzar sobre el mundo más que una mirada triste y sombría; además del terror hacia la ultra-tumba, pesaba sobre él el sentimiento de un destino y de una expiación que llegaba incluso hasta hacerle predecir el fin de su propia nación (44). La unión del tema del **héroe** con el de la muerte se encuentra en él de forma característica: el hombre goza con un frenesí voluptuoso de la vida que huye vacilante entre los éxtasis en los que afloran las fuerzas inferiores que siente por todas partes (45). Los jefes sacerdotales de los clanes etruscos -los lucumones- se consideraban a sí mismos como hijos de la Tierra, y es a un demonio telúrico, Tages (46), que la tradición atribuye el origen de la "Disciplina etrusca" o aruspicia, una de estas ciencias cuyos libros "producían miedo y horror" a los que penetraban en ellos y que, en el fondo, incluso bajo su aspecto más elevado, pertenecen al tipo de ciencia fatalista-lunar de la sacerdotilidad caldea, pasada luego a los hititas y con la cual la ciencia de los arúspices delata evidentes analogías, incluso desde el punto de vista técnico de algunos de sus procedimientos (47).

El hecho que Roma pudiera integrar una parte de estos elementos y que junto a la ciencia augural privilegio de los patricios, creó un espacio a los arúspices etruscos y no desdeñó consultarlos, este hecho -incluso si no se tiene en cuenta el sentido diferente que las mismas cosas pueden tener cuando son integrados en el marco de una civilización diferente- revela un compromiso y una antítesis que permanecen frecuentemente latentes en el seno de la romanidad, pero que se manifestaron, sin embargo, en un cierto número de episodios. En realidad, la revuelta contra los Tarquinos fue una revuelta de la Roma aristocrática contra la componente etrusca. La expulsión de esta dinastía era celebrada todos los años en Roma mediante una fiesta

que recuerda aquella otra mediante la cual los iranos celebraban la Magofonía, es decir, la masacre de los sacerdotes medas que habían usurpado la realeza tras la muerte de Cambises (48).

El romano, aun temiéndolo, tuvo siempre desconfianza por el arúspice, considerado casi como enemigo oculto de Roma. Entre los numerosos episodios característicos, a este respecto, se puede citar el de los arúspices que, por odio a Roma, quieren que la estatua de Horacio Cloro sea enterrada. Pero, a pesar suyo, es situada en el lugar más elevado y, contrariamente a sus predicciones, se produjeron acontecimientos favorables para Roma. Acusados de traición, los arúspices fueron ejecutados.

Sobre este fondo de poblaciones itálicas originales, ligadas al espíritu de las antiguas civilizaciones meridionales, Roma se diferencia pues manifestando una nueva influencia que les es irreductible. Pero esta influencia no pudo desarrollarse más que a través de una lucha áspera, interior y exterior, a través de una serie de reacciones, adaptaciones y transformaciones. En Roma se encarna la idea de la virilidad dominante. Se manifiesta en la doctrina del Estado, de la **auctoritas** y del **Imperium**. El Estado, situado bajo el signo de las divinidades olímpicas (en particular del Júpiter capitolino, distanciado, soberano, sin genealogía, sin filiación y sin mitos naturalistas), no está separado, en el origen, de este "misterio" iniciático de la realeza **-adytum et inicia regis-** que fue declarado inaccesible para el hombre ordinario (49). El **imperium** es concebido en sentido específico y no hegemónico y territorial, de poder, fuerza mística y temible de mando, poseído no solo por los jefes políticos (en quien conserva su carácter intangible a pesar del carácter frecuentemente irregular e ilegítimo de las técnicas de acceso al poder) (50), sino también por el patricio y por el jefe de familia. Tal es la espiritualidad que reflejan el símbolo ario romano del fuego, la severidad del derecho paterno y, en general, un derecho que Vico pudo calificar en rigor de "heroico". En un dominio más exterior, inspiraba la ética romana del honor y de la fidelidad, tan intensamente vivida que caracterizó, según Tito Livio, al pueblo romano, mientras que el bárbaro se distinguía, por el contrario, por la ausencia de **fides**, por una subordinación a las contingencias de la "fortuna" (51). Lo que además es característico entre el romano de los orígenes, es una percepción de lo sobrenatural como **numen** -es decir, como poder- antes que como **deus**, donde es preciso ver la contrapartida de una actitud espiritual específica. No menos características son la ausencia de **pathos**, de lirismo y de misticismo respecto a lo divino, la exactitud del rito necesario y necesitante, la claridad de la mirada. Temas que corresponden a los del primer período védico, chino e iranio así como al ritual olímpico aqueo, por el hecho que se refieren a una actitud viril y mágica (52). La religión romana típica desconfía siempre de los abandonos del alma y de los impulsos

devocionales, y refrena, en ocasiones por la fuerza, todo lo que aleja de esta dignidad grave que conviene a las relaciones de un **civis romanus** con un dios (53). Aunque el elemento etrusco intentaba ejercer su empresa sobre los estratos plebeyos, difundiendo el **pathos** de representaciones temibles del más allá, Roma, en su mejor momento, permanece fiel a la visión heroica, similar a la que conoció originalmente Hélade: tuvo sus héroes divinizados, o Semones, pero conoció también héroes mortales impasibles, a quienes el ultra-tumba no inspiraba ni esperanza ni temor, nada que pueda alterar una conducta severa fundada sobre el deber, la **fides**, el heroísmo, el orden y la dominación. A este respecto, el favor concedido por los romanos al epicureísmo de Lucrecio es significativo, pues la explicación mediante causas naturales tiende igualmente a destruir el terror de la muerte y el miedo ante los dioses, a liberar la vida, a facilitarle la calma y la seguridad. Incluso en doctrinas de este tipo subsistía sin embargo una concepción de los dioses conforme al ideal olímpico: esencias impasibles y distanciadas que aparecen como un modelo de perfección para el Sabio.

Si, en relación a otros pueblos, tales como los griegos e incluso los etruscos, los romanos, en el origen, tenían casi una imagen de "bárbaros", tal falta de "cultura" oculta -como en algunas poblaciones germánicas del período de las invasiones- una fuerza más original, que actuaba según un estilo de vida en relación al cual toda cultura de tipo ciudadano presenta rasgos problemáticos sino incluso de decadencia y corrupción. Es así como el primer testimonio griego que se dispone en relación a Roma es el de un embajador que visitó el Senado romano, donde pensaba encontrar una reunión de bárbaros, pero afirmó haber estado "ante una asamblea de reyes" (54). Desde los orígenes, a través de vías invisibles, aparecieron en Roma signos secretos de "tradicionalidad", tales como el "signo del centro", la piedra negra de Rómulo situada a la entrada de la "vía sacra"; o como el **doce** fatídico y solitario, que corresponde al número de halcones que aseguraron a Rómulo el derecho de dar su nombre a la nueva ciudad, el número de líctores y de vergas del fascio, donde se vuelve a encontrar en el hacha el símbolo incluso de los conquistadores hiperbóreos, en el número asignado por Numa a los **ancilia, pignora imperii** y a los altares del culto arcaico de Jano; tales como el águila que, consagrada a Júpiter, dios del cielo luminoso y al mismo tiempo insígne de las legiones es también uno de los símbolos arios de la "gloria" inmortalizante, razón por la cual se pensaba que era bajo la forma de un águila como el alma de los Césares se liberaba del cuerpo para pasar a la inmortalidad solar (55); o como el sacrificio del caballo, que correspondía al **ashvamedha** de los arios de la India y muchos otros elementos de una tradición universal. A pesar de esto, será la epopeya, la historia misma de Roma, más que las teorías, las religiones o las formas de culto, quien expresará el "mito" más verdadero

de Roma, y hablará de la forma más inmediata, a través de una serie de grandes símbolos esculpidos por el poder en el sustancia misma de la historia, de la lucha espiritual que forjó el destino y la grandeza de Roma. Cada fase de desarrollo de Roma se presenta en realidad como una victoria del espíritu heroico ario. Con ocasión de las mayores tensiones históricas y militares este espíritu brilló con el estallido más vivo, aun cuando Roma se encontraba ya alterada, especialmente a causa de influencias exógenas y del fermento plebeyo.

Desde los orígenes, algunos elementos del mito ocultan un sentido profundo e indican al mismo tiempo las dos fuerzas que están en lucha en Roma. Tal es el caso de la tradición según la cual Saturno-Cronos, dios regio del ciclo de oro primordial, habría creado Saturnia, considerada tanto como ciudad que como fortaleza, situada en el lugar donde Roma debía nacer, y habría sido considerado igualmente como una fuerza latente **-latente deus-** presente en el Latium (56). En lo que respecta a la leyenda del nacimiento de Roma, el tema de la pareja de antagonistas se anuncia ya con Numitor y Amulio, pareciendo incorporar éste el principio violento en su intento de usurpación en relación a Numitor, que corresponde, por su parte, en amplia medida, al principio real y sacro. La dualidad se vuelve a encontrar en la pareja Rómulo-Remo. Se trata ante todo, aquí, de un tema característico de los ciclos heroicos; los gemelos habrían sido engendrados por una mujer, una virgen guardiana del fuego sagrado, a la cual se une un dios guerrero, Marte. Se trata, en segundo lugar, del tema histórico-metafísico de los "Salvados de las aguas". En tercer lugar la higuera Ruminal, bajo la cual los gemelos se refugian, corresponde -en la antigua lengua latina **ruminus**, referido a Júpiter, designaba su cualidad de "alimentador"- al símbolo general del Arbol de la vida y al alimento sobrenatural que procura. Pero los gemelos son también alimentados por la Loba. Ya hemos indicado el doble sentido del simbolismo del Lobo: no solo en el mundo clásico, sino también en el céltico y nórdico, la idea del Lobo y la de la luz se encuentran a menudo asociados, si bien el Lobo está relacionado con el Apolo hiperbóreo mismo, por otra parte, el Lobo expresa también un fuerza salvaje, algo elemental y desencadenado; hemos visto que en la mitología nórdica la "edad del Lobo" es la de las fuerzas elementales en revuelta.

Esta dualidad latente en el principio que alimenta a los gemelos, corresponde, en el fondo, a la dualidad de Rómulo-Remo, similar a la dualidad de Osiris-Seth, o a Caín-Abel, etc. (57). Mientras que, en efecto, Rómulo, trazando los límites de la ciudad, da a este acto el sentido de un rito sagrado y de un principio simbólico de orden, límite y ley, Remo, por el contrario, ultraja esta delimitación y, por ello, es muerto. Tal es el primer episodio, que preludia una lucha dramática, lucha interior y

exterior, espiritual y social, en parte conocida, en parte encerrada en símbolos mudos: el preludio del intento romano de hacer resurgir una tradición universal de tipo heroico en el mundo mediterráneo.

Ya la historia mítica del período de los reyes indica el antagonismo existente entre un principio heroico-guerrero y aristocrático y el elemento correspondiente a los plebeyos, los "pelasgos de Roma", de la misma forma que a la componente lunar-sacerdotal y, étnicamente, etrusco-sabina, antagonismo que se expresa incluso en términos de geografía mística con el Palatino y el Aventino.

Desde el Palatino Rómulo percibió el símbolo de los doce halcones que le conferían primacía sobre Remo, que, por su parte, se encontraba en el monte Aventino. Tras la muerte de Remo, la dualidad parece renacer, bajo la forma de un compromiso entre Rómulo y Tatius, rey de los Sabinos, que practicaba un culto de preponderancia telúrico-lunar. Y a la muerte de Rómulo estalla la lucha entre los albanos (estrato guerrero de tipo nórdico) y los sabinos. Según la antigua tradición itálica, sobre el Palatino Hércules habría encontrado al buen rey Evandro (que elevará, significativamente, sobre el mismo Palatino, un templo a la Victoria) después de haber matado a Caco, hijo del dios pelasgo del fuego ctónico, y elevado en su caverna, situada en el Aventino, un altar al dios olímpico (58). Este Hércules, en tanto que "Hércules triunfal" enemigo de Bona Dea, será altamente significativo -al igual que Júpiter, Marte y más tarde Apolo en tanto que "Apolo salvador"- del tema de la espiritualidad uránico-viril romana en general, y será celebrado en ritos en los cuales se excluía a las mujeres (59). Por lo demás, el Aventino, el monte de Caco abatido, de Remo muerto, es también el monte de la Diosa, donde se alza el principal templo de Diana-Luna, la gran diosa de la noche, templo fundado por Servio Tulio, el rey de nombre plebeyo y amigo de la plebe. Este, en revuelta contra el patriciado sacro, se retira al Aventino; allí se celebrarán, en honor de Servio, las fiestas de los esclavos; es allí donde se crean otros cultos femeninos como los de bona Dea, Carmenta, y en el 392 el de Juno-Regina -aportado por la Veies vencida y que en el origen los romanos no apreciaban en absoluto- o de los cultos telúrico-viriles, como el de Fauno.

A los reyes legendarios de Roma corresponde una serie de episodios de la lucha entre los dos principios. Tras Rómulo, transformado en "Héroe" bajo el nombre de Quirino -el "dios invencible" del que el mismo César se considera casi como una reencarnación (60)- reaparece, en la persona de Numa, el tipo lunar del sacerdote real etrusco-pelasgo, dirigido por el principio femenino (la Egeria) y con el se anuncia la escisión entre el poder real y el poder sacerdotal (61). En Tulio Hostilio, por el contrario, se constatan los signos de una reacción del principio viril propiamente

romano, opuesto al principio etrusco-sacerdotal. Aparece, sobre todo, como el tipo de **imperator**, jefe guerrero, y si parece por haber ascendido al altar y hecho descender el rayo del cielo, como los sacerdotes solían hacer, esto puede significar, simbólicamente, un intento de reintegración sagrada de la aristocracia guerrera. A la inversa, con la dinastía etrusca de los tarquinos, temas con preeminencia femenina y una tiranía favorecedora de los estratos plebeyos contra la aristocracia, se mezclan estrechamente en Roma (62).

La revuelta de la Roma patricia, en el 509 a. de JC. constituye un giro trascendental en la historia. Muerto Servio, expulsado el Segundo Tarquino, concluida la dinastía extranjera y roto el lazo con la civilización precedente, casi al mismo tiempo se produce la expulsión de los tiranos populares y la restauración doria en Atenas (510 a. JC). Tras esto, no interesa en absoluto seguir las luchas intestinas, los múltiples episodios de resistencia patricia y de usurpación plebeya en Roma. De hecho, el centro se desplaza gradualmente del interior hacia el exterior. Lo que es preciso considerar, son menos los compromisos a los cuales correspondieron algunas instituciones y algunas leyes hasta la época imperial, que este "mito" constituido, como hemos dicho por el proceso histórico de la grandeza política de Roma. En efecto, a pesar de la subsistencia o la infiltración, en la trama de la romanidad, de un elemento heterogéneo meridional, los poderes políticos en los que este elemento se había afirmado de forma más característica, fueron inexorablemente destruidos o sometidos bajo una civilización diferente, antitética y de nivel más elevado.

Piéñese, en efecto, en la extraordinaria y significativa violencia con la cual Roma abatió los centros de la civilización precedente, sobre todo etrusca, a menudo hasta borrar casi enteramente todas las huellas de su poder, sus tradiciones e incluso su lengua. Como Alba, Veies -la ciudad de Juno Regia (63)- Tarquinia y Lucumonia fueron borradas una tras otra de la historia. Hay en ello un elemento fatídico, mas "activo" que pensado y querido, por una raza que conservó siempre, sin embargo, el sentimiento de deber a las fuerzas divinas su grandeza y su fortuna. Y Capua, centro de la debilidad y la opulencia meridional, personificación de la "cultura" de la Grecia estetizada, afrodítica, que había cesado de ser doria -de esta cultura que debía sin embargo seducir y debilitar a una gran parte del patriciado romano-, Capua cae también. Pero es sobre todo en las guerras púnicas, en la forma muda de realidades y potencias políticas, que las dos tradiciones se vuelven a encontrar. Con el hundimiento de Cartago, la ciudad de la Diosa (Astarté-Tanit) y de la mujer regia (Dido) que había intentado seducir al antepasado legendario de la nobleza romana, se puede decir, con Bachofen (64), que Roma desplaza el centro del Occidente histórico, le hacer pasar del misterio telúrico al misterio uránico, del mundo lunar de las madres al mundo solar

de los padres. Y el germen original e invisible de la "raza de Roma", da forma íntimamente a la vida, con un **ethos** y un derecho que consolidan esta orientación a pesar de la acción incesante y sutil del elemento adverso. En realidad, la ley romana del derecho de los ejércitos conquistadores, unido a la idea mística de la victoria, representa la antítesis más neta en relación al fatalismo etrusco y a todos los abandonos contemplativos. Se afirma la idea viril del Estado, contraria a las formas hierático-demetríacas, pero comportando sin embargo, en cada una de sus estructuras, la consagración propia a un elemento ritual y sagrado. Y esta idea fortifica el alma íntima, sitúa la vida entera sobre un plano netamente superior al de todas las concepciones naturalistas. El ascetismo de la "acción" se desarrolla en las formas tradicionales, de las que ya hemos hablado. Penetra de un sentido de disciplina y de aspecto militar hasta las articulaciones de las asociaciones corporativas. La **gens** y la familia son constituidas según el derecho paterno más estricto: en el centro, los **patres**, sacerdotes del fuego sagrado, árbitros de justicia y jefes militares de su **gens**, de sus esclavos y de sus clientes, elementos fuertemente individualizados de la formación aristocrática del Senado. Y la **civitas** misma, que es la ley materializada, no es más que ritmo, orden y número. Los números místicos tres, doce, seis y sus múltiplos, están en la base de todas sus divisiones políticas (65).

Aunque no haya podido sustraerse a la influencia de los Libros Sibílicos, -introducidos, parece, por el Segundo Tarquino, libros que representaban precisamente el elemento asiático mezclado a un helenismo bastardo y preparan el rito plebeyo, introduciendo, en el antiguo culto patricio cerrado, nuevos y equívocas divinidades-Roma supo reaccionar cada vez que el elemento enemigo se manifestaba abiertamente y amenazaba su realidad más profunda. Se ve así combatir a Roma contra las invasiones báquico-afrodíticas y proscribir las Bacanales; desconfiar de los misterios de origen asiático, que polarizaban en torno suyo un misticismo malsano; no tolerar los cultos exóticos, entre los cuales se deslizaba con insistencia el tema ctónico y el de las Madres, más que en la medida rigurosa en que no ejercían ninguna influencia perjudicial sobre un modo de vida virilmente organizado. La destrucción de los libros apócrifos de Numa Pompilio y el destierro de los "filósofos", particularmente de los pitagóricos, no son solo debidos a motivos políticos y contingentes. Tiene razones más profundas. Al igual que los residuos etruscos, el pitagorismo, cuya aparición en Grecia corresponde a una reminiscencia pelasga, puede ser considerado, por su reevocación nostálgica de figuras de diosas como Rea, Démeter y Hestia, por su espíritu lunar-matemático, por su coloración panteísta, por el papel espiritual que reconoce a la mujer, a pesar de la presencia de elementos de tipo diferente, como una ramificación de una civilización "demetríaca" purificada, en lucha contra el principio opuesto actuando entonces en tanto que espíritu invisible de la romanidad. Es

significativo que los autores clásicos hayan visto una relación estrecha entre Pitágoras y los Etruscos (66) y que los comentarios proscritos de los libros de Numa Pompilio tendieran precisamente a establecer esta relación y a reabrir las puertas -bajo las máscara de un pretendido tradicionalismo- a la influencia antitética, anti-romana, pelasgo-etrusca (67).

Otros acontecimientos históricos, que, desde el punto de vista de una metafísica de la civilización, tienen igualmente un valor de símbolos, son la caída del imperio isíaco de Cleopatra y la caída de Jerusalén: nuevos hitos de la historia interior de Occidente, que se realiza a través de la dinámica de antítesis ideales reflejadas en las mismas luchas civiles, pues en un Pompeyo, en un Bruto, en un Casio y en un Antonio, se puede reconocer el tema del Sur en el intento tenaz pero vano de frenar y vencer la nueva realidad (68). Si Cleopatra es un símbolo viviente de la civilización afrodítica, cuya influencia sufre Antonio (69), César encarna, por el contrario, el tipo ario-occidental del dominador. Sus palabras fatídicas: "En mi linaje se encuentra la majestad de los reyes que, entre los hombres, resaltan por su potencia, y el carácter sagrado de los dioses, entre las manos de los cuales se encuentra el poder de los reyes" (70), anuncian ya la reafirmación, en Roma, de la más alta concepción del **imperium**. En realidad, ya con Augusto -que, a los ojos de la romanidad, encarnaba en **numen** y la **aeternitas** del hijo de Apolo-Sol- se había restablecido unívocamente la unidad de los dos poderes, paralelamente a una reforma tendiente a poner de nuevo en vigor los principios de la antigua religión ritualista romana, frente a la invasión de los cultos y las supersticiones exóticas. Así se realiza un tipo de Estado que, extrayendo su legitimación de la idea olímpico-solar, debía tender a la universalidad de forma natural. De hecho, la idea de Roma termina por afirmarse más allá de todo particularismo, no solo étnico, sino también religioso. Una vez definido el culto imperial, respeta y acoge, en una especie de "feudalismo religioso", a los diferentes dioses correspondientes a las tradiciones de todos los pueblos comprendidos en el ecumene romano; pero, por encima de cada religión particular y nacional, era preciso atestiguar una **fides** superior, ligada precisamente al principio sobrenatural encarnado por el Emperador o por el "genio" del Emperador y simbolizado también por la Victoria en tanto que ser místico en la estatua hacia la cual el Senado se vuelve, cuando tomaba juramento de fidelidad.

En la época de Augusto, el ascenso de la acción, sostenida por el elemento fatídico, había creado un cuerpo suficientemente amplio para que la universalidad romana tuviera una expresión tangible y diera su carisma a un conjunto complejo de poblaciones y razas. Roma apareció como "generadora de hombres y de dioses", con "templos donde no se está lejos del cielo" y que, de diversos pueblos, había hecho una

sola nación -"**fecisti patriam diversis gentibus unam**" (71). La **paz augusta et profunda** parece poco a poco alcanzar, como **pax romana**, los límites del mundo conocido. Fue como si la Tradición debiera renacer una vez más, en las formas propias de un "ciclo heroico". Pareció como si se hubiera puesto fin a la edad de hierro y se anunciara el retorno de la edad primordial, la edad del Apolo hiperbóreo. "La última edad de la profecía de Cumas ha llegado finalmente -cantaba Virgilio-. He aquí que renace íntegro el gran orden de los siglos. La Virgen vuelve, Saturno vuelve, y una nueva generación desciende desde las alturas de los cielos -**jam nova progenies coela demittitur alto**-. Dígnate, o casta Lucinia, ayudar al nacimiento del Niño, con el cual terminará la raza de hierro y se alzarán sobre el mundo entero la raza de oro, y entonces, tu hermano, Apolo, reinará... La vida divina recibirá el Niño al que canto, y verá los héroes unirse a los dioses, y él mismo a ellos -**ille deus vitam accipiet divisque videbit - permixtos heroas et ipse videbitur illis**" (72). Esta sensación fue tan importante que debía aun imponerse más tarde, elevar a Roma a la altura de un símbolo suprahistórico y hacer decir a los cristianos mismos que mientras Roma permaneciera salva e intacta, las convulsiones lamentables de la última edad no se temerán, pero que el día donde Roma caerá, la humanidad estará próxima a su agonía (73).

SINCOPE DE LA TRADICION ORIGINAL. EL CRISTIANISMO DE LOS ORIGENES

Es a partir de este momento cuando se inicia la pendiente.

En lo que precede, hemos subrayado los factores que jugaron en Roma el papel de fuerza central, en un desarrollo complejo, en el que otros elementos heterogéneos no pudieron influir más que de una forma fragmentaria, frente a lo que, actuando tras los bastidores de lo humano, dió a Roma su fisonomía específica.

Esta Roma aria que se había emancipado de sus raíces aborígenes atlantes y etrusco-pelasgas, que había destruido, uno a uno, los grandes centros de la civilización meridional, que había despreciado las filosofías griegas y colocado en el índice a los pitagóricos, que, finalmente, había proscrito las bacanales y reaccionado contra las primeras vanguardias de las divinidades alejandrinas (persecuciones del 59, 58, 53, 50 y 40 antes de J.C.), la Roma sagrada, patricia y viril del **jus**, del **fas** y del **mos** está sometida en una medida creciente a la invasión de cultos asiáticos desordenados, que se insinúan rápidamente en la vida del Imperio, alterando sus estructuras. Se encuentran en este proceso los símbolos de la Madre, todas las variedades de las divinidades místico-panteistas del Sur en sus formas más bastardas y alejadas de la claridad demetríaca de los orígenes, asociadas a la corrupción de las costumbres y de la **virtus romana** íntima, y, más aún, con la corrupción de las instituciones. Este proceso de desagregación terminó por alcanzar a la misma idea imperial, cuyo contenido sagrado se mantuvo, pero solo como un símbolo, arrastrado por una corriente turbulenta y caótica, como un carisma al cual apenas corresponde la dignidad de aquellos a los que unge. Histórica y políticamente, los representantes mismos del Imperio trabajaban en este momento en una dirección opuesta a la que hubiera precisado su defensa, su reafirmación en tanto que orden sólido y orgánico. En lugar de reaccionar, seleccionar, reunir los elementos supervivientes de la "raza de Roma" en el centro del Estado, para afrontar como convenía el choque de las fuerzas que aflúan al Imperio, los Césares se entregaron a una obra de centralización absolutista y niveladora. El Senado perdió su autoridad y terminó por abolir la distinción entre ciudadanos romanos, ciudadanos latinos y la masa de otros sujetos, concediéndoles indistintamente la ciudadanía romana. Y se pensó que un despotismo apoyado sobre la

dictadura militar, combinada con una estructura burocrático-administrativa sin alma podía mantener el ecumene romano, prácticamente reducido a una masa desarticulada y cosmopolita. La aparición esporádica de figuras que poseyeron los rasgos de la grandeza evocadora de la antigua dignidad romana, que encarnaron, de alguna manera, fragmentos de la naturaleza sideral y de la cualidad "pétreo", que conservaron la comprensión de lo que había sido la sabiduría y recibieron en ocasiones, hasta el emperador Juliano, la consagración iniciática, no pudo oponer nada decisivo al proceso general de la decadencia.

El período imperial hace aparecer, en su desarrollo, esta dualidad contradictoria: de un lado una teología, una metafísica y una liturgia de la soberanía que tomaron una forma cada vez más precisa. Se continúa haciendo referencia a una nueva edad de oro. Cada César es aclamado con la **expentate veni**; su aparición tiene el carácter de un hecho místico **-adventus augusti-** marcada por prodigios en el orden mismo de la naturaleza, al igual que signos nefastos acompañan su decadencia. Es **redditer lucis aeternae** (Constancio Cloro), es el nuevo **pontifex maximus**, aquel que ha recibido del dios olímpico el imperio universal simbolizado por una esfera. Es a él a quien pertenece la corona irradiante del sol y el cetro del rey del cielo. Sus leyes son consideradas como santas y divinas. Incluso en el Senado, el ceremonial que le está consagrado tiene un carácter litúrgico. Su imagen es adorada en los templos de las diferentes provincias, incluso figura en las enseñas de las legiones, como punto de referencia de la **fides** y del culto de los soldados y símbolo de la unidad del Imperio (1).

Pero esto es como una veta de lo alto, un eje de luz en medio de un conjunto demoníaco, donde todas las pasiones, el asesinato, la crueldad, la traición se desencadenan poco a poco en proporciones más que humanas: un trasfondo que se convierte en cada vez más trágico, sangriento y desgarrador a medida que avanza el bajo Imperio, a pesar de la aparición esporádica de jefes duramente templados, capaces, a pesar de todo, de imponerse en un mundo que vacila y se derrumba. Era inevitable, en estas condiciones que llegara el momento en que la función imperial, en el fondo, no sobreviviera más que como una sombra de sí misma. Roma le sigue siendo fiel, casi desesperadamente, en un mundo sacudido por terribles convulsiones. Pero, en realidad, el trono estaba vacío.

A todo esto debía añadirse la acción del cristianismo.

Si bien no debe ignorarse la complejidad y heterogeneidad de los elementos presentes en el cristianismo de los orígenes, no se puede sin embargo desconocer la

antítesis existente entre las fuerzas y el **pathos** que predominaron en él y el espíritu ario de la romanidad originaria. No se trata, en esta segunda parte de nuestra obra, de aislar los elementos tradicionales presentes en las diversas civilizaciones históricas, sino de descubrir que funciones han realizado y según que espíritu han actuado, las corrientes históricas contempladas en su conjunto. Así, la presencia de algunos elementos tradicionales en el cristianismo (y luego, en una mayor medida, en el catolicismo) no debe impedir reconocer el carácter destructor propio a estas dos corrientes.

En lo que concierne al cristianismo, se conoce ya la espiritualidad equívoca propia a la rama del hebraísmo de la que originariamente nació, así como a los cultos asiáticos de la decadencia, que facilitaron la expansión de la nueva fe más allá de su centro de origen.

Por lo que se refiere al primer punto, el antecedente inmediato del cristianismo no es el hebraísmo tradicional, sino más bien el profetismo y otras corrientes análogas, donde preponderaron las nociones de pecado y expiación, donde se expresa una forma **desesperada** de espiritualidad, y se sustituye el tipo guerrero del Mesías, emanación del "Dios de los ejércitos", con el tipo de "Hijo del Hombre" predestinado para servir de víctima expiatoria, el perseguido, la esperanza de los afligidos y de los marginados, objeto de un impulso confuso y extático del alma. Se sabe que es precisamente en un ambiente saturado por este **pathos** mesiánico, transformado en pandémico por la predicación profética y por los diferentes apocalipsis, donde la figura de Jesucristo cobró forma y desarrolló su poder. Concentrándose en ella como figura del Salvador, rompiendo con la "Ley", es decir, la ortodoxia hebraica, el cristianismo, en realidad, recuperó los temas típicos del alma semita en general, que ya hemos tenido ocasión de analizar: temas característicos de un tipo humano desgarrado y particularmente adecuado para actuar como un virus antitradicional, sobre todo frente a una tradición como la romana. Con el paulismo, estos elementos fueron, de alguna manera, universalizados y puestos a actuar independientemente de sus orígenes.

En cuanto el orfismo, favoreció la aceptación del cristianismo en diversas zonas del mundo antiguo, no en tanto que antigua doctrina iniciática de los Misterios, sino como profanación de esta, solidaria con el ascenso de los cultos de la decadencia mediterránea, donde había cobrado forma igualmente la idea de "salvación", en el sentido simplemente religioso del término, y se había afirmado el ideal de una religión abierta a todos, ajena a todo concepto de raza, tradición y casta, es decir, dedicada, de hecho, a aquellos que no tienen ni raza, ni tradición, ni casta. En esta masa, junto a la influencia de los cultos universalistas de procedencia oriental, se intensificó una

especie de necesidad confusa que fue creciendo hasta el momento en que el cristianismo jugó, por así decirlo, el papel de catalizador y centro de cristalización, de aquello que saturaba la atmósfera. Y a partir de ese momento, no se trató ya de una influencia confusa, sino de una fuerza precisa frente a otra fuerza.

Doctrinalmente el cristianismo se presenta como una forma desesperada de dioninismo. Habiéndose formado esencialmente en vistas de adaptarse a un tipo humano **roto**, utilizó como palanca la parte irracional del ser y, en lugar de las vías de elevación "heroica", sapiencial e iniciática, afirmó como medio fundamental la **fe**, un impulso del alma agitada y trastornada, desplazada confusamente hacia lo suprasensible. A través de sugerencias relativas a la llegada inminente del Reino, mediante imágenes evocadoras de una alternativa de salvación o condenación eterna, el cristianismo de los orígenes tendía a exasperar la crisis de este tipo humano y a reforzar el impulso de la fe hasta abrir una vía problemática hacia lo sobrenatural a través del símbolo de salvación y de redención del Cristo crucificado. Si, en el símbolo crístico, aparecen las huellas de un esquema inspirado en los antiguos Misterios, con referencias al orfismo y a corrientes análogas, es característico de la nueva religión el utilizar este esquema sobre un plano ya no iniciático, sino esencialmente afectivo y, como máximo, confusamente místico. Es por ello que, desde cierto punto de vista, es exacto decir que con el cristianismo, Dios se hizo hombre. Ya no estamos en presencia de una pura religión de la Ley como el hebraísmo ortodoxo, ni de un auténtico Misterio iniciático, sino ante algo intermediario, un sucedáneo del segundo formulado de manera que pudiera adaptarse al tipo humano "roto" al que hemos aludido antes. Este se siente redimido de su abyección por la sensación pandémica de la "gracia", animado por una nueva esperanza, justificado, liberado del mundo, de la carne y de la muerte (2). Todo esto representaba algo fundamentalmente ajeno al espíritu romano y clásico, es decir, en general, ario. Históricamente, esto significaba la preponderancia del **pathos** sobre el **ethos**, esta soteriología equívoca y emocional, que el alto porte del patriciado sagrado romano, el estilo severo de los juristas, de los Jefes, de los ascetas paganos, siempre había combatido. Dios dejó de ser símbolo de una esencia exenta de pasión y de cambio, que crea una distancia en relación a todo lo que no es más que humano; dejó también de ser el Dios de los patricios que se invocaba en pie, llevado a la cabeza de las legiones y encarnado en la figura del vencedor. Lo que se encuentra en primer plano, es más bien una figura que, en su "pasión" recupera y afirma, en términos exclusivistas ("Nadie va al Padre sino a través mío". "Yo soy el camino, la verdad y la vida") el motivo pelasgo-dionisiaco de los dioses sacrificados, dioses que mueren y renacen a la sombra de las Grandes Madres (3). El mito mismo del nacimiento de la Virgen evidencia una influencia análoga y evoca el recuerdo de las diosas que, como la Gaia

hesiódica, engendran sin esposo. El papel importante que debía jugar, en el desarrollo del cristianismo, el culto a la "Madre de Dios", a la "Virgen divina", es, a este respecto, significativo. En el catolicismo, María, la "Madre de los Dioses" es la reina de los ángeles y de los santos, del mundo y también de los infiernos; es igualmente considerada como la madre, por adopción, de todos los hombres, como la "Reina del mundo", "dispensadora de toda gracia". Conviene señalar que estas expresiones -desproporcionadas en relación al papel efectivo de María en el mito de los Evangelios- no hacen más que repetir los atributos de las Madres divinas soberanas del Sur pre-ario (4). En efecto, si el cristianismo es esencialmente una religión de Cristo más que una religión del Padre, las representaciones, tanto del niño Jesús como del cuerpo de Cristo crucificado entre los brazos de la Madre divinizada, recuerdan netamente a los cultos del Mediterráneo oriental (5), en contraste con el ideal de las divinidades puramente olímpicas, exentas de pasión, distanciadas del elemento telúrico-materno. El símbolo adoptado por la misma Iglesia fue el de la Madre (la Madre Iglesia). Y la actitud religiosa, en sentido eminente, es la del alma implorante, consciente de la indignidad de su naturaleza pecadora y de su impotencia frente al Crucificado (6). El odio del cristianismo de los orígenes hacia toda forma de espiritualidad viril, el hecho de que estigmatice, como locura y pecado de orgullo, todo lo que puede favorecer una superación activa de la condición humana, expresa netamente su incompreensión del símbolo "heroico". El potencial que la nueva fe supo engendrar entre los que sentían el misterio viviente de Cristo, del Salvador, y que extrajeron de él la fuerza necesaria para alimentar su frenesí de martirio, no impide que el advenimiento del cristianismo significase una caída, y determinase en su conjunto, una forma especial de **desvirilización** propia de los ciclos de tipo lunar-sacerdotal.

Incluso en la moral cristiana, la influencia meridional y no-aria es muy visible. Sea como fuere, carece de importancia el que sea en relación a un Dios, y no a una diosa, como se afirma, espiritualmente, la ausencia de diferencia entre los hombres y se erige el amor como principio supremo. Esta igualdad revela esencialmente una concepción general, cuya variante es de "derecho natural" y que ya había logrado insinuarse en el derecho romano de la decadencia. Es la antítesis del ideal heroico de la personalidad, del valor unido a todo lo que un ser, diferenciándose, dándose una forma, adquiere por sí mismo en un orden jerárquico. Así, prácticamente, el igualitarismo cristiano, con sus principios de fraternidad, de amor, de reciprocidad colectivista, termina por constituir la base místico-religiosa de un ideal social diametralmente opuesta a la pura idea romana. En lugar de la **universalidad** -verdadera solo en función de una cúspide jerárquica que no suprime, sino que implica y confirma las diferencias- surge en realidad el ideal de la **colectividad**, que se

reafirmaba en el símbolo mismo del cuerpo místico de Cristo, conteniendo en germen una influencia regresiva e involutiva, que el catolicismo mismo a pesar de su romanización, no supo y no quiso superar jamás completamente.

Para valorar el cristianismo sobre el plano doctrinal, se invoca la idea de lo sobrenatural y el dualismo que afirma. Nos encontramos aquí, ante un ejemplo típico de la acción diferenciadora que puede ejercer un mismo principio según el uso que se haga de él. El dualismo cristiano deriva esencialmente del dualismo propio del espíritu semita y actúa en un sentido enteramente opuesto al de la doctrina de las dos naturalezas que estuvo, como hemos visto, en la base de todas las realizaciones de la humanidad tradicional. La rígida oposición cristiana del orden sobrenatural al orden natural ha podido tener -considerado de forma abstracta- una justificación pragmática, ligada a la situación especial, histórica y existencial de un tipo humano dado (7). Pero tal dualismo, en sí, se distingue netamente del dualismo tradicional, en tanto que no está subordinado a un principio o a una verdad superior y no reivindica un carácter relativo y funcional, sino, absoluto y ontológico. Los dos órdenes, natural y sobrenatural, así como la distancia que los separa, son hipostatizados, hasta el punto de comprometer todo contacto real y activo. De ahí resulta que respecto al hombre -también bajo la influencia de un tema hebraico- toma forma la noción de la "criatura", separada de Dios en tanto que "creador" y ser personal, por una distancia esencial, distancia que, además, se exaspera, al acentuarse la idea, igualmente hebraica, del "pecado original". De este dualismo se desprende en particular la concepción de todas las manifestaciones de influencias suprasensibles bajo la forma pasiva de "gracia", "elección" y "salvación", así como el desconocimiento, frecuentemente ligado, como hemos dicho, a una verdadera animosidad, de toda posibilidad "heroica" en el hombre, con su contrapartida: la humildad, el "temor de Dios", la mortificación, la oración. La palabra de los Evangelios relativa a la violencia con que la puerta de los Cielos puede ser forzada, y la idea davídica "Vosotros sois dioses", apenas tuvieron influencia en el **pathos** preponderante en el cristianismo de los orígenes. Es evidente que el cristianismo, en general, ha universalizado, exclusivizado y exaltado la vía, la verdad y la actitud que no convienen más que a un tipo humano inferior o a estas bajas capas de la sociedad para las cuales fueron concebidas formas exotéricas de la Tradición. Tal es uno de los signos característicos del clima de la "edad oscura", del **Kali- yuga**.

Todo esto concierne a las relaciones del hombre con lo divino. La segunda consecuencia de este dualismo cristiano fue la "desacralización" y la "desanimación" de la naturaleza. El "supranaturalismo" cristiano tuvo como consecuencia que los mitos naturales de la antigüedad, una vez por todas, dejaran de ser comprendidos. La

naturaleza cesó de ser algo vivo, se rechazó y estigmatizó como "pagana" la visión mágico-simbólica de esta, visión sobre la cual se fundaban las ciencias sacerdotales. Tras el triunfo del cristianismo, estas degeneraron rápidamente, salvo el pálido residuo que debía corresponder, más tarde, a la tradición católica de los ritos. La naturaleza se convirtió en algo extraño, sino incluso diabólico. Y esto sirvió a su vez de base para la formación de un ascetismo típicamente cristiano, de carácter monástico, mortificación, enemiga del mundo y de la vida, en completa oposición con la forma de sentir clásica y romana.

La tercera consecuencia concierne al dominio político. Principios tales como: "Mi reino no es de este mundo" y "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es Dios" atacaban directamente el concepto de la soberanía tradicional y esta unidad de los dos poderes que había sido, formalmente al menos, reconstituida en la Roma imperial. Tras Cristo -afirmará Gelasio I- ningún hombre puede ser rey y sacerdote; la unidad del sacerdocio y la realeza, en la medida en que es reivindicada por un monarca, es una trampa diabólica, una contracción de la verdadera realeza sacerdotal que no pertenece más que a Cristo (8). Es precisamente sobre este punto que el contraste entre la idea cristiana y la idea romana da lugar a un conflicto abierto. En la época en que el cristianismo se desarrolla, el Panteón romano se presentaba de tal manera, que incluso el culto al Salvador cristiano habría podido, finalmente, encontrar su lugar entre los otros dioses, a título de culto particular cismáticamente salido del hebraísmo. Como hemos dicho, era propio de la universalidad imperial ejercer una función superior unificadora y ordenadora, más allá de todo culto especial, que no tenía necesidad de negar. Pedía, sin embargo, un acto que atestiguara una **fides**, una lealtad supra-ordenada, respecto al principio de lo alto encarnado por el representante del Imperio, el Augusto. Era precisamente este acto -el rito de la ofrenda sacrificial ante el símbolo imperial- el que los cristianos rechazaban realizar, declarándolo incompatible con su fe. Tal fue la única razón de la epidemia de "mártires" que debió parecer al magistrado romano como una pura locura.

Mediante esta actitud, la nueva creencia, por el contrario, se evidenciaba. Frente a una universalidad, se afirmaba otra opuesta, fundada sobre la fractura dualista. La concepción jerárquica tradicional según la cual, todo poder viniendo de lo alto aporta a la lealtad una sanción sobrenatural y un valor religioso, era atacada desde la base. En este mundo del pecado, no había lugar para una **civitas diaboli**; la **civitas Dei**, el Estado divino, se encuentra sobre un plano separado, se resuelve en la unidad de aquellos que una aspiración confusa lleva hacia el más allá, que, en tanto que cristianos, no reconocen más que a Cristo como jefe y esperan que se alce el último día. Incluso allí donde esta idea no se transforma en un virus directamente subversivo y derrotista, allí donde le da al César "lo que le pertenece", la **fides** pasa a estar

desacralizada y secularizada: pasó a tener solo el valor de una obediencia contingente respecto a un simple poder temporal. La palabra paulista, según la cual "todo poder viene de Dios" estuvo siempre desprovista de significado verdadero.

Si el cristianismo afirma el principio de lo espiritual y de lo sobrenatural, este principio debía actuar, históricamente, no solo en un sentido disolvente sino incluso destructivo. No representa algo apto para galvanizar lo que, en la romanidad, se había materializado, sino algo heterogéneo, una corriente diferente que favoreció el que a partir de ese momento Roma dejara de ser romana y las fuerzas que la Luz del Norte había sabido dominar durante un ciclo entero, se desataran. Sirvió para cortar los últimos contactos y acelerar el fin de una gran tradición. Es con razón que Rutilius Namatianus considera a hebreos y cristianos como enemigos comunes de la autoridad de Roma, unos por haber expandido, más allá de la Judea sometida por las legiones, entre las gentes de Roma, un contagio fatal **-excisae pestis contagia-**, los otros por haber destilado un veneno alterador tanto del espíritu como de la raza, **tunc mutabantur corpora, nunc animi** (9). Aquel que considera los testimonios enigmáticos de los símbolos, no puede por menos que sorprenderse por el lugar que ocupa el asno en el mito de Jesús. No solo el asno figura junto al niño Jesús, sino que es también sobre un asno que la Virgen y el niño divino huyen y es sobre un asno, sobre todo, que Cristo hace su entrada triunfal en Jerusalén. El asno es el símbolo tradicional de una fuerza de disolución de "lo bajo". En Egipto era el animal de Seth, el cual encarna precisamente esta fuerza, tiene un carácter anti-solar y se relaciona con "los hijos de la revuelta impotente"; en India era la montura de Mudevi, que representa el aspecto demoníaco de la divinidad femenina; y es, como se ha visto, en el mito helénico, el animal simbólico que, en la llanura del Leteo, roe eternamente el trabajo de Oknos, y se encuentra asociado a una divinidad femenina de naturaleza ctónica e infernal: Hécate (10).

Este símbolo podría pues ser considerado como un signo secreto de la fuerza que se asocia al cristianismo de los orígenes y a la cual debió, en parte, su triunfo: la fuerza que emerge y asume un papel activo cada vez que en una estructura tradicional, lo que corresponde al principio del "cosmos" vacila, se desintegra, pierde su potencia original. El advenimiento del cristianismo, en realidad, hubiera sido imposible, si las posibilidades vitales del ciclo heroico romano no hubieran estado agotadas, si la "raza de Roma" se hubiera encontrado ya postrada en su espíritu y en sus hombres (como los muestra el fracaso del intento restaurador del emperador Juliano), si las tradiciones antiguas no se hubieran oscurecido y si, en medio de un caos étnico y de una desintegración cosmopolita, el símbolo imperial no hubiera sido corrompido reduciéndolo, como hemos dicho, a una simple supervivencia, en medio de un mundo

en ruinas.

11

TRASLACION DE LA IDEA DEL IMPERIO. LA EDAD MEDIA GIBELINA

En relación al cristianismo, la fuerza de la tradición que da a Roma su rostro se evidencia en el hecho de que la nueva fe, si bien consiguió derribar a la antigua, no supo conquistar realmente el mundo occidental en tanto que cristianismo puro; allí donde alcanzó alguna grandeza, no fue más que traicionándose a sí mismo, en una cierta medida, y recurriendo a la ayuda de elementos tomados de la tradición opuesta -elementos romanos y clásicos pre-cristianos- más que a través del elemento cristiano en su forma original.

En realidad, el cristianismo no "convirtió" más que exteriormente al hombre occidental, del que constituyó la "fe" en el sentido más abstracto, pero cuya vida efectiva continuó obedeciendo a formas, más o menos materializadas, de la tradición opuesta de la acción y más tarde, en la Edad Media, a un **ethos** que, de nuevo, debía ser esencialmente la impronta del espíritu nórdico-ario. Teóricamente, Occidente aceptó el cristianismo, y el hecho de que Europa acogiese tantos temas que evidenciaban la concepción hebraica y levantina de la vida, es algo que siempre ha producido estupor al historiador; pero, prácticamente, Occidente permaneció pagano. El resultado fue un hibridismo. Incluso bajo su forma católica atenuada y romanizada, la fe cristiana fue un obstáculo que privó al hombre occidental de la posibilidad de integrar su verdadero e irreductible modo de ser gracias a una concepción de lo sagrado y a relaciones con lo sagrado, conformes a su propia naturaleza. A su vez, es precisamente este modo de ser lo que impidió que el cristianismo instaurara en Occidente una tradición de tipo opuesto, es decir, sacerdotal y religiosa, conforme a los ideales de la **Ecclesia** de los orígenes, al **pathos** evangélico y al símbolo del cuerpo místico de Cristo. Examinaremos más adelante los efectos de esta doble antítesis sobre el desarrollo de la historia de Occidente en tanto que tiene un lugar

importante entre los procesos que desembocaron en el mundo moderno propiamente dicho.

En un momento del ciclo, la idea cristiana, al situar el énfasis en lo subrenatural, parece haber sido absorbida por la idea romana bajo una forma propia, incluso tendente a dotar otra vez de una notable dignidad a la misma idea imperial, cuya tradición se encontraba ya desmantelada en el centro representado por la "Ciudad Eterna". Nos referimos al ciclo bizantino, el ciclo del Imperio romano de Oriente. Pero aquí, históricamente, se repite en amplia medida lo que se había verificado en el bajo Imperio. Teóricamente, la idea imperial bizantina presenta un alto grado de tradicionalidad. Se encuentra afirmado el concepto de *basileus*, del dominador sagrado cuya autoridad viene de lo alto, cuya ley es imagen de la ley divina, con un alcance universal, y al cual se somete el mismo clero, pues sobre él recae la dirección, tanto de las cosas espirituales como de las temporales. Se encuentra afirmada igualmente la noción de *basileus*, de "Romanos", que expresa la unidad de quienes el carisma inherente a la participación en el ecumene romano-cristiano eleva a una dignidad superior a la de cualquier otra persona. De nuevo el Imperio es **sacrum** y su **pax** tiene un significado supraterrrestre. Pero, más aun que en el tiempo de la decadencia romana, no se trata más que de un símbolo sostenido por fuerzas caóticas y turbulentas, pues la sustancia étnica, más aun que en el ciclo imperial romano, lleva el sello del demonismo, la anarquía y el principio de agitación incesante propio del mundo helénico-oriental desagregado y crepuscular. Aquí también, se creyó que el despotismo y una estructura centralista burocrático-administrativa podían reconstruir lo que solo había podido hacer posible la autoridad espiritual de representantes cualificados, rodeados de hombres que dispusieran efectivamente, en virtud de su raza no solo nominal, sino sobre todo interior, de la cualidad de "Romanos". Aquí también, las fuerzas de disolución debían, pues, tomar ventaja aunque, en tanto que realidad política, Bizancio consiguió mantenerse durante casi un milenio. De la idea romano-cristiana bizantina no subsistieron más que ecos, que se encuentran, bajo una forma muy modificada, entre los pueblos eslavos, o bien en el momento de "recuperación" correspondiente a la Edad Media gibelina.

A fin de poder seguir el desarrollo de las fuerzas que ejercieron sobre Occidente una influencia decisiva, es necesario detenernos un instante, sobre el catolicismo. Este cobró forma a través de la rectificación de algunos aspectos extremistas del cristianismo de los orígenes, a través de la organización, más allá del simple elemento místico-sotereológico, de un **corpus** ritual y simbólico, y gracias a la absorción y adaptación de elementos doctrinales y de principios de organización extraídos de la romanidad y de la civilización clásica en general. Es así como el

catolicismo presenta en ocasiones rasgos "tradicionales" que no deben sin embargo, prestarse a equívoco. Lo que posee en el cristianismo un carácter verdaderamente tradicional no es en absoluto cristiano, y lo que tiene de cristiano no es tradicional. Históricamente, a pesar de todos los esfuerzos tendentes a conciliar los elementos heterogéneos y contradictorios (1), a pesar de toda la obra de absorción y adaptación, el catolicismo siempre delató el espíritu de las civilizaciones lunar-sacerdotales hasta el punto de perpetuar, bajo otra forma, la acción antagonista de las influencias del sur, a las cuales facilita incluso un cuerpo: la organización de la Iglesia y sus jerarquías.

Esto aparecerá claramente cuando examinemos el desarrollo del principio de autoridad reivindicado por la Iglesia. Durante los primeros siglos del Imperio cristianizado y en el período bizantino, la Iglesia aparecía aun subordinada a la autoridad imperial; en los concilios, los obispos dejaban la última palabra al príncipe, no solo en materia de disciplina sino también de dogma. Progresivamente, se deslizó siempre la idea de la igualdad de los dos poderes, de la Iglesia y del Imperio. Las dos instituciones parecían poseer, una u otra, una autoridad y un destino sobrenaturales y tener un origen divino. Si seguimos el curso de la historia, constatamos que en el ideal carolingio subsiste el principio según el cual el rey no gobierna solo al pueblo, sino también al clero. Por orden divina debe velar para que la Iglesia realice su misión y su función. De ahí que no solo sea consagrado por los mismos símbolos que los de la consagración sacerdotal, sino que posea también la autoridad y el derecho de destituir al clero indigno. El monarca aparece verdaderamente, según Catwulf, como el rey-sacerdote según la orden de Melkisedech, mientras que el obispo no es más que el vicario de Cristo (2). Sin embargo, a pesar de la persistencia de esta alta y antigua tradición, termina por prevalecer la idea de que el gobierno real debe ser comparado al de un cuerpo y el gobierno sacerdotal al del alma. Se abandonaba así implícitamente la idea misma de igualdad de los dos poderes y se preparaba una inversión efectiva de las relaciones.

En realidad, si en todo ser razonable, el alma es el principio que decide lo que el cuerpo ejecuta, ¿cómo concebir que aquellos que admitían que su autoridad estuviera limitada al cuerpo social no debieran subordinarse a la Iglesia a la cual reconocían un derecho exclusivo sobre las almas y su dirección? Fue así como la Iglesia debía finalmente contestar y considerar prácticamente como una heregía y una prevaricación del orgullo humano, la doctrina de la naturaleza y del origen divino de la realeza y ver en el príncipe un laico igual a todos los otros hombres ante Dios e incluso ante la Iglesia, algo así como un simple funcionario instituido por el hombre, según el derecho natural, para dominar al hombre, y que a través de las jerarquías

eclesiásticas recibía la consagración necesaria para que su gobierno no fuera el de una **civitas diaboli** (3).

Es preciso ver en Bonifacio VIII -que no duda en ascender al trono de Constantino con la espada, la corona y el cetro, declarar: "Soy Cesar y Emperador"- la conclusión lógica de una orientación de carácter teocrático-meridional: se termina por atribuir al sacerdote las dos espadas evangélicas, la espiritual y la temporal, y no se ve en el Imperio más que un simple **beneficium** conferido por el Papa a alguien que a cambio debe vasallage a la Iglesia e incluso la misma obediencia que se exige a un feudatario a quien se ha investido. Pero, aunque el jefe de la Iglesia romana podía encarnar esencialmente, la función de los "servidores de Dios", este guelfismo, lejos de significar la restauración de la unidad primordial y solar de dos poderes, muestra solo hasta que punto Roma se había alejado de su antigua tradición y representaba en el mundo europeo, el principio opuesto, la dominación de la verdad del Sur. En la confusión que se manifestará en los símbolos, la Iglesia, al mismo tiempo que se arrogaba, en relación al Imperio, el símbolo del Sol en relación a la Luna, adoptaba por si misma el símbolo de la Madre, y consideraba al Emperador como uno de sus hijos. En el ideal de supremacía guelfo se expresa pues un retorno a la antigua visión ginecocrática: la autoridad, la superioridad y el derecho la dominación espiritual del principio materno sobre el masculino, ligado a la realidad temporal y caduca.

Es así como se efectúa la traslación. La idea romana fue recuperada por razas puras de origen nórdico, a quienes la migración había llevado hasta el espacio de la civilización romana. Es ahora el elemento germánico quien defenderá la idea imperial contra la Iglesia, quien despertará a una vida nueva la fuerza formadora de la antigua **romanitas**. Y es así como surgen, con el Sacro Imperio romano y la civilización feudal, las dos últimos grandes manifestaciones tradicionales que conoció Occidente.

Los germanos del tiempo de Tácito aparecían como linages muy próximos a los aqueos, paleo-iranios, paleo-romanos y nórdico-arios en general que se habían conservado, en más de un aspecto -a partir del plano racial- en un estado de pureza "prehistórica". Es la razón por la cual pudieron aparecer como "bárbaros", al igual que más tarde los godos, lombardos, burgundios, francos, a lo ojos de una "civilización" que, "desanimada" en sus estructuras juridico-administrativas y, habiéndose entregado a formas "afrodíticas" de refinamiento hedonista-ciudadano, de intelectualismo, esteticismo y disolución cosmopolita, no representaba más que la decadencia. En la rudeza de sus costumbres se expresaba sin embargo una existencia forjada por los principios de honor, de fidelidad y orgullo. Era precisamente este

elemento "bárbaro" el que representaba la fuerza vital, cuya ausencia había sido una de las principales causas de la decadencia romana y bizantina.

Considerar a los germanos como "razas jóvenes" representa pues uno de los errores desde un punto de vista al cual escapa el carácter de la alta antigüedad. Estas razas no eran jóvenes más que en el sentido de la juventud que confiere el mantenimiento de un contacto con los orígenes. En realidad, descendían de capas que fueron las últimas en abandonar las regiones árticas y se encontraron, por ello, preservadas de las mezclas y alteraciones sufridas por los pueblos vecinos que habían abandonado estas regiones en una época muy anterior. Tal había sido el caso de las capas paleo-indo-europeas establecidas en el Mediterráneo prehistórico.

Los pueblos nórdico-germánicos, a parte de su **ethos**, aportaban también en sus mitos las huellas de una tradición derivada directamente de la tradición primordial. Ciertamente, cuando aparecieron como fuerzas determinantes sobre la escena de la gran historia europea, habían perdido prácticamente el recuerdo de sus orígenes y esta tradición no subsistió más que bajo forma de residuos fragmentarios, frecuentemente alterados y "primitivizados", pero esto no les impedía continuar aportando, a título de herencia más profunda, las potencialidades y la visión innata del mundo a partir de la cual se desarrollan los ciclos "heroicos".

En efecto, el mito de los Eddas conocía tanto el destino de la caída como la voluntad heroica que se le opone. En las partes más antiguas de este mito persiste el recuerdo de una congelación que detiene las doce "corrientes" que parten del centro primordial, luminoso y ardiente, del Muspensheim, situado "en el extremo de la tierra", centro que corresponde al **airyanemvaëjo**, la Hiperbórea irania, la isla radiante del norte de los hindúes y del resto de representaciones del lugar de la "edad de oro" (4). Se trata de la "Isla Verde" (5) que flota sobre el abismo, rodeado por el océano; es aquí donde se situaría el principio de la caída y de los tiempos oscuros y trágicos, porque la corriente cálida del Muspelheim reencuentra la corriente helada del Huerghmir (las aguas, en este género de mitos tradicionales, significaban la fuerza que da la vida a los hombres y a las razas). Y al igual que en el Avesta el invierno helado y tenebroso que vuelve desierto el **airyanem-vaëjo**, fue considerado como un acto del dios enemigo contra la creación luminosa, como en el mito del Edda puede ser considerado como alusión a una alteración que favoreció el nuevo ciclo. La alusión a una generación de gigantes y seres elementales telúricos, de criaturas resucitadas en el hielo por la corriente cálida y contra las cuales luchará la raza de los Ases (6) viene en apoyo de esta interpretación.

A la enseñanza tradicional relativa a la caída que prosigue a través de las cuatro edades del mundo, corresponde, en el Edda, el conocido tema del **rakna-rökkr**, el "destino" u "oscurecimiento" de los dioses. Esto ocurre en un mundo en lucha, dominado por la dualidad. Esotéricamente, este "oscurecimiento" concierne metafóricamente a los dioses. Se trata ante todo del oscurecimiento de los dioses en la **conciencia humana**. Es el hombre quien, progresivamente pierde a los dioses, es decir las posibilidades de contacto con ellos. Sin embargo este destino puede ser eludido durante largo tiempo en tanto sea mantenido, en su pureza, el depósito de este elemento primordial y simbólico, con el que había sido construido, en la región original del Asgard, el "palacio de los héroes", la sala de los **doce** tronos de Odín: el oro. Pero este oro que podía ser un principio de salvación en tanto que no ha sido tocado por la raza elemental, ni por el hombre, cae finalmente en poder de Alberic, rey de los seres subterráneos, que se convertirán en los Nibelungos en la redacción más tardía del mito. Se trata manifiestamente aquí de un eco de lo que corresponde, en otras tradiciones, al advenimiento de la edad de bronce, al ciclo de la usurpación titánico-prometeica, en la época prediluviana de los Nephelin. No está quizás carente de relación con una involución telúrica y mágica, en el sentido inferior del término, de los cultos precedentes (7).

En frente, se encuentra el mundo de los Ases, divinidades nórdico-germánicas que encarnan el principio uranio bajo su aspecto guerrero. Es Donner-Thor, exterminador de Thym e Hymir, "el más fuerte entre los fuertes", el señor del "asilo contra el terror" cuya arma terrible, el doble martillo Mjölfnir, es, al mismo tiempo una variante del hacha simbólica hiperbórea bicúspide y un signo de la fuerza-rayo propia de los dioses uranios del ciclo ario. Es Wotan-Odín, aquel que concede la victoria y posee la sabiduría, el dueño de las fórmulas mágicas todopoderosas que no son comunicadas a ninguna mujer, ni siquiera a una hija del rey, el Águila, huésped de los héroes inmortalizados que las Walkirias elijen sobre los campos de batalla y a quienes hacen sus hijos (8); aquel que da a los nobles "de este espíritu que vive y no perece, incluso cuando el cuerpo se disuelve en la tierra" (9); aquel al cual, por otra parte, los linajes reales remiten su origen. Es Tyr-Tiuz, dios de las batallas y, al mismo tiempo, dios del día, del cielo solar irradiante, al cual se asocia la runa, **Y**, que corresponde al signo muy antiguo, nórdico-atlántico, del "hombre cósmico con los brazos alzados" (10).

Uno de los temas de los ciclos "heroicos" aparece en la leyenda relativa al linaje de los Wölsungen, engendrado por la unión de un dios con una mujer. De esta raza nacerá Sigmund, que se apropiará de la espada clavada en el Árbol divino; luego, el héroe Sigurd-Siegfried, que se vuelve dueño del oro caído en las manos de los

Nibelungos, mata al dragon Fafnir, variante de la serpiente Nidhög, que roe las raíces del árbol divino Yggdrassil (a la caída del cual se hundirá también la raza de los dioses) y personifica así la fuerza oscura de la decadencia. Si el mismo Sigurd es finalmente muerto a traición, y el oro restituido a las aguas, no es menos cierto que el héroe posee la **Tarnkappe**, es decir, el poder simbólico que hace pasar de lo corporal a lo invisible, el héroe predestinado a la posesión de la mujer divina, sea bajo la forma de una reina amazónica vencida (Brunhilde como reina de la isla septentrional) sea bajo la forma de Walkiria, virgen guerrera pasada de la sede celeste a la terrestre.

Los más antiguos linajes nórdicos consideraron como su patria de origen Gardarika, tierra situada en el extremo norte. Incluso aun cuando este país no fuera considerado mas que como una simple región de Escandinavia, seguiría asociado al recuerdo de la función "polar" del Mitgard, del "centro" primordial: transposición de recuerdos y tránsitos de lo físico a lo metafísico, en virtud de los cuales Gardarika fue, correlativamente, considerada también como idéntica al Asgard. Es en el Asgard donde habrían vivido los antepasados no-humanos de las familias nobles nórdicas y algunos reyes sagrados escandinavos, que como Gilfir, habrían ido allí para anunciar su poder y recibir la enseñanza tradicional del Eda. Pero el Asgard es también la tierra sagrada **-keilakt land-** la región de los olímpicos nórdicos y de los Ases, prohibida a la raza de los gigantes.

Estos temas eran pues propios de la herencia tradicional de los pueblos nórdico-germánicos. En su visión del mundo, la percepción de la fatalidad de la decadencia, de los **ragna-rökk**, se unía a ideales y a representaciones de dioses típicos de los ciclos "heroicos". Más tarde, sin embargo, esta herencia, tal como hemos dicho, se convirtió en subconsciente, el elemento sobrenatural se encontró velado en relación a los elementos secundarios y bastardos del mito y de la leyenda, y con él, el elemento **universal** contenido en la idea del Asgard-Mitgard, "centro del mundo".

El contacto de los pueblo germánicos con el mundo romano- cristiano tuvo una doble consecuencia.

De una parte, si su descenso terminó por trastornar, en el curso de un primer momento, el aparato material del Imperio, se tradujo, interiormente, en una aportación vivificante, gracias a la cual debían ser realizadas las condiciones necesarias para una civilización nueva y viril, destinada a reafirmar el símbolo romano. Fue en el mismo sentido que se operó igualmente una rectificación esencial del cristianismo e incluso del catolicismo, sobre todo en lo que concierne a la visión general de la vida.

Por otra parte, la idea de la universalidad romana, al igual que el principio cristiano, bajo su aspecto genérico de afirmación de un orden sobrenatural, produjeron un despertar más alto de la vocación de los linajes nórdico-germánicos, y sirvieron para integrar sobre un plano más elevado y hacer vivir en una forma nueva lo que se había materializado y particularizado frecuentemente entre ellos bajo la forma de tradiciones propias a cada una de las razas (11). La "conversión", en lugar de desnaturalizar sus fuerzas, las purificó y volvió precisamente aptas para recuperar la idea imperial romana.

La coronación del rey de los francos comportaba ya la fórmula: **Renovatio romani Imperii**; además, una vez fue asumida Roma como fuente simbólica de su **imperium** y de su derecho, los principes germánicos debieron finalmente agruparse contra la pretensión hegemónica de la Iglesia y convertirse en el centro de una gran corriente nueva, tendiente a una restauración tradicional.

Desde el punto de vista político, el **ethos** innato de las razas germánicas dió a la realidad imperial un carácter viviente, firme y diferenciado. La vida de las antiguas sociedades nórdico-germánicas se fundaba sobre los tres principios de personalidad, libertad y fidelidad. El sentido de la comunidad indiferenciada les era completamente ajeno así como la incapacidad del individuo para valorizarse fuera de los marcos de una institución abstracta. La libertad es aquí, para el individuo, la medida de la nobleza. Pero esta libertad no es anárquica e individualista; es capaz de una entrega trascendente de la persona, conoce el valor transfigurante de la fidelidad hacia aquel que es digno y al cual se somete voluntariamente. Es así como se formaron grupos de fieles en torno a jefes a los cuales podía aplicarse la antigua fórmula: "La suprema nobleza del Emperador romano es ser, no un propietario de esclavos, sino señor de hombres libres, que ama la libertad incluso de aquellos que le sirven". Conforme a la antigua concepción aristocrática romana, el Estado tenía por centro el consejo de jefes, cada uno libre, señor en su tierra, jefe del grupo de sus fieles. Más allá de este consejo, la unidad del Estado y, en cierta forma, su aspecto suprapolítico, estaba encarnado por el rey, en tanto que pertenecía -a diferencia de los meros jefes militares- a un linaje de origen divino: entre los godos, los reyes eran frecuentemente designados bajo el nombre de **amales**, los "celestes", los "puros". Originariamente, la unidad material de la nación se manifestaba solamente con ocasión de una acción, de la realización de un fin común, particularmente de conquista o defensa. Es en este caso solamente como funcionaba una institución nueva. Junto al **rex**, era elegido un jefe, **dux** o **heretigo**, y una jerarquía rígida se formaba espontáneamente, el señor libre se convertía en hombre del jefe, cuya autoridad llegaba incluso hasta la posibilidad de quitarle la vida si faltaba a los deberes que había asumido. "El príncipe

lucha por la victoria, el sujeto por su príncipe". Protegerlo, considerarlo como la esencia misma del deber de fidelidad "ofrecer en honor del jefe sus propios gestos heroicos", tal era, ya según Tácito (12), el principio. Una vez finalizada la empresa, se recuperaban la independencia y la pluralidad originales.

Los condes escandinavos llamaban a su jefe "el enemigo del oro" porque en su calidad de jefe, no debía guardar nada para él y también "el anfitrión de los héroes" por que constituía para él un honor acoger en su casa, casi como a sus padres, a sus guerreros fieles, sus compañeros y sus pares. Entre los francos también, antes de Carlomagno, la adhesión a una iniciativa era libre: el rey invitaba, o procedía a realizar un llamamiento, o bien los príncipes mismos proponían la acción, pero no existía en todo caso ningún "deber", ni "servicio" impersonal: por todas partes reinaban relaciones libres, fuertemente personalizadas, de mando y obediencia, de entente, fidelidad y honor (13). La noción de libre personalidad se convertía así en la base fundamental de toda unidad y jerarquía. Tal fue el germen "nórdico" de donde pudo nacer el régimen feudal, sustrato de la nueva idea imperial.

El desarrollo que desembocó en este régimen derivó de la asimilación de la idea de rey con la de jefe. El rey va ahora a encarnar la unidad del grupo incluso en tiempos de paz. Esto fue posible por el reforzamiento y la extensión del principio guerrero de la fidelidad a los tiempos de paz. En torno al rey se formó una cohorte de fieles (los **huskarlar** nórdicos, los **gasindii**, longobardos, los **gardingis** y los palatinos góticos, los **antrustiones** o **convivae regis** francos, etc.) hombres libres, que consideraban que el hecho de servir a su señor y defender su honor y su derecho, como un privilegio y como una manera de acceder a un modo de ser más elevado que aquel que les dejaba, en el fondo, el principio y fin de sí mismos (14). La constitución feudal se realiza gracias a la aplicación progresiva de este principio, aparecido originalmente entre la realeza franca, a los diferentes elementos de la comunidad.

Con el período de las conquistas se afirma un segundo aspecto del derecho en cuestión: la asignación, a título de feudo, de tierras conquistadas, con la contrapartida del compromiso de fidelidad. En un espacio que desbordaba el de una nación determinada, la nobleza franca, irradiando, sirvió de factor en cohesión y unificación. Teóricamente, este desarrollo parece traducirse por una alteración de la constitución precedente; el señorío aparece condicionado; es un beneficio real que implica la lealtad y el servicio. Pero, en la práctica, el régimen feudal corresponde a un principio, no a una realidad cristalizada; reposa sobre la noción general de una ley orgánica de orden, que deja un campo considerable al dinamismo de las fuerzas libres, alineadas, unas junto a otras, o unas contra otras, sin atenuaciones ni

alteraciones -el sujeto frente al señor, el señor frente al señor- de forma que todo -libertad, honor, gloria, destino, propiedad- se funda sobre el valor y el factor personal y nada, o casi nada, sobre un elemento colectivo, un poder público o una ley abstracta. Como se ha señalado justamente, el carácter fundamental y distintivo de la realeza no fue, en el régimen feudal de los orígenes, el de un poder "público", sino el de fuerzas en presencia de otras fuerzas, cada una responsable respecto a sí misma de su autoridad y su dignidad. Tal es la razón por la cual esta situación presenta a menudo más similitud con el estado de guerra que con el de "sociedad" pero es también por ello que comporta -eminentemente- una diferenciación precisa de las energías. Jamás, quizás, el hombre se ha visto tratado más duramente como bajo el régimen feudal y sin embargo este régimen fue, no solo para los feudatarios, obligados a velar por sí mismos y continuamente por sus derechos y su prestigio, sino para los sujetos también, una escuela de independencia y de virilidad antes que de servilismo. Las relaciones de fidelidad y de honor alcanzaron un carácter absoluto y un grado de pureza que no fueron alcanzados en ninguna otra época en la historia de Occidente (15).

De forma general, cada uno pudo encontrar, en esta nueva sociedad, tras la promiscuidad del Bajo Imperio y el caos del período de las invasiones, el lugar conforme a su naturaleza, tal como ocurre cada vez que existe un centro inmaterial de cristalización en la organización social. Por última vez en Occidente, la división social tradicional en siervos, burgueses, nobleza guerrera y representantes de la autoridad espiritual (el clero desde el punto de vista guelfo, las órdenes ascético- caballerescas desde el punto de vista gibelino) se constituye de una forma casi espontánea y se estabiliza.

El mundo feudal de la personalidad y de la acción no agotaba, sin embargo, las posibilidades más profundas del hombre medieval. La prueba de esto es que su **fides** supo también desarrollarse bajo una forma, sublimada y purificada en lo universal, teniendo por centro el principio del Imperio, sentido como una realidad ya supra-política, como una institución de origen sobrenatural formando un poder único con el reino divino. Mientras que continuaban actuando en su espíritu formador unidades feudales y reales particulares, tenía como cúspide al emperador, que no era simplemente un hombre, sino más bien, según las expresiones características, **deus-homo totus deificatus et sanctificatus, adorandum quia praesul princeps et summus est** (16). El emperador encarnaba también, en sentido eminente, una función de "centro" y pedía a los pueblos y a los príncipes, contemplando la realización de una unidad europea tradicional superior, un reconocimiento de naturaleza tan espiritual como el que la Iglesia pretendía para sí misma. Y al igual que dos soles no

117

pueden coexistir en un mismo sistema planetario, imagen que a menudo fue aplicada a la dualidad Iglesia-Imperio, así mismo el contraste entre estos dos poderes universales, referencias supremas de la gran **ordinatio ad unum** del mundo feudal, no debía tardar en estallar.

Ciertamente, de una y otra parte, los compromisos no faltaron, como tampoco las concesiones más o menos conscientes al principio opuesto. Sin embargo, el sentido de este contraste escapa a quien, deteniéndose en las apariencias y en todo lo que no se presenta, metafísicamente, más que como una simple causa ocasional, no ve más que una competición política, un conflicto de intereses y ambiciones y no una lucha a la vez material y espiritual, y considera este conflicto como el de dos adversarios que se disputan la misma cosa, que reivindican cada uno para sí la prerrogativa de un mismo tipo de poder universal. A través de esta lucha se manifiesta por el contrario el contraste entre dos puntos de vista incompatibles, lo que nos remite de nuevo a las antítesis del Norte y del Sur, de la espiritualidad solar y de la espiritualidad lunar. A la idea universal de tipo "religioso" de la Iglesia, se opone el ideal imperial, marcado por una secreta tendencia a reconstruir la unidad de los dos poderes, el religioso y el hierático, lo sagrado y lo viril. Aunque la idea imperial, en sus manifestaciones exteriores, se limitara frecuentemente a reivindicar el dominio del **corpus** y de la **ordo** del universo medieval; aunque solo fue en teoría, de hecho los Emperadores encarnaron la **lex viva** y estuvieron a la altura de una ascesis de la potencia (17), mientras, se retornó a la idea de la "realeza sagrada" sobre el plano universal. Y aquí donde la historia no indica más que implícitamente esta aspiración superior, es el mito quien habla: el mito que, aquí también, no se opone a la historia, sino que la completa, revelando una dimensión en profundidad. Ya hemos visto que en la leyenda imperial medieval figuran numerosos elementos que se alinean más o menos directamente con la idea del "Centro" supremo. A través de los símbolos variados, hacen alusiones a una relación misteriosa entre este centro y la autoridad universal y la legitimidad del emperador gibelino. Al Emperador se han transmitido los objetos emblemáticos de la realeza iniciática y se le aplica el tema del héroe "jamás muerto", oculto en la "montaña" o en una región subterránea. En él se presenta la fuerza que debería despertarse al final de un ciclo, hacer florecer el Arbol Seco, librar la última batalla contra la invasión de los pueblos de Gog y Magog. Es sobre todo a propósito de los Hohenstaufen que se afirma la idea de un "linaje divino" y "romano", que no solo detentaba el **regnum**, sino era capaz de penetrar en los misterios de Dios, que los otros pueden solamente presentir a través de imágenes (18). Todo esto tiene pues como contrapartida la espiritualidad secreta, de la que ya hemos hablado (I, 14), que fue propia de la otra culminación del mundo feudal y gibelino, la **caballería**.

Formando la caballería de su propia sustancia, el mundo de la edad media demostró de nuevo la eficiencia de un principio superior. La caballería fue el complemento natural de la idea imperial, respecto a la cual se encuentra en la misma relación que el clero en relación a la Iglesia. Fue como una especie de "raza del espíritu", en la formación de la cual la raza de la sangre tuvo una parte en absoluto despreciable: el elemento nórdico-ario se purificó en un tipo y un ideal de valor universal, análogo al que había representado en el origen, en el mundo, el **civis romanus**.

Pero la caballería permitió también constatar hasta qué punto los temas fundamentales del cristianismo evangélico habían sido superados y en que amplia medida la Iglesia se vió obligada a sancionar, o, al menos, tolerar, un conjunto de principios, valores y costumbres prácticamente irreductibles al espíritu de sus orígenes. Habiéndonos referido a la cuestión en la primera parte de esta obra, nos contentaremos con recordar aquí algunos principios fundamentales.

Tomando por ideal el héroe antes que el santo, el vencedor antes que el martir, situando la suma de todos los valores en la fidelidad y en el honor antes que en la caridad y la humildad; considerando la dejadez y la vergüenza como un mal peor que el pecado; no respetando en absoluto la regla que quiere que no se resista al mal y que se devuelva bien por mal; aprestándose, antes bien, a castigar al injusto y al malvado; excluyendo de sus filas a quien siguiera literalmente el precepto cristiano de "no matar"; teniendo por principio no amar al enemigo, sino combatirlo y no ser magnánimo con él hasta haberlo vencido (19), la caballería afirma, casi sin alteración, una ética nórdico-aria en el seno de un mundo que no era más que nominalmente cristiano.

De otra parte, la "prueba de las armas", la solución de todo problema por la fuerza, considerada como una virtud confiada por Dios al hombre para hacer triunfar la justicia, la verdad y el derecho sobre la tierra, aparece como una idea fundamental que se extiende del dominio del honor y del derecho feudal hasta el dominio teológico, pues la experiencia de las armas y la "prueba de Dios" fue propuesta incluso en materia de fé. Esta idea no es en absoluto cristiana; se refiere, más bien, a la doctrina mística de la "victoria" que ignora el dualismo propio a las concepciones religiosas, une el espíritu y la potencia, y vé en la victoria una especie de consagración divina. La interpretación teísta atenuada según la cual, en la Edad Media, se pensaba en una intervención directa de un Dios concebido como persona, no resta nada al espíritu íntimo de estas costumbres.

Si el mundo caballeresco profesó igualmente la "fidelidad" a la Iglesia, muchos

elementos hacen pensar que se trataba aquí de una sumisión muy próxima a la que era profesada en relación a los diversos ideales y respecto a las "damas" a las cuales el caballero se volcaba impersonalmente, ya que para él, por su vía, solo era decisiva la capacidad genérica de la subordinación heroica de la felicidad y de la vida, no el problema de la fé en el sentido específico y teológico. En fin, ya hemos visto que la caballería, al igual que las Cruzadas, poseyó, además de su aspecto exterior, un aspecto interior, esotérico.

Por lo que respecta a la caballería, ya hemos dicho que tuvo sus "Misterios". Conoció un Temple que no se identificaba pura y simplemente con la Iglesia de Roma. Tuvo toda una literatura y ciclos de leyendas, donde revivieron antiguas tradiciones precristianas: característico entre todos es el ciclo del Graal, en razón de la interferencia del tema de la reintegración heróico-iniciática con la misión de restaurar un reino caído (20). Se forjó un lenguaje secreto, bajo el cual se escondía a menudo una hostilidad marcada contra la Curia romana. Incluso en las grandes órdenes caballerescas históricas, donde se manifestaba netamente una tendencia a reconstituir la unidad del tipo guerrero y la del asceta, corrientes subterráneas actuaron que, allí donde afloraron, atrajeron sobre estas órdenes la legítima sospecha e, incluso amenudo, la persecución de las representantes de la religión dominante. En realidad, en la caballería, actuó igualmente un impulso hacia una reconstitución "tradicional" en el sentido más elevado, implicando la superación tácita o explícita del espíritu religioso cristiano (se recuerda el rito simbólico del rechazo de la Cruz entre los Templarios). Y todo esto tenía como centro ideal el Imperio. Fue así como surgieron incluso leyendas, recuperando el tema del Arbol Seco, donde la refluoración de este árbol coincide con la intervención de un emperador que declarará la guerra al Clero, hasta el punto de que en ocasiones -por ejemplo en el **Compendium Theologiae**- se llegará a atribuirle los rasgos del Anticristo: oscura expresión de la sensación de una espiritualidad irreductible a la espiritualidad cristiana.

En la época en que la victoria parecía sonreír a Federico II, ya las profecías populares anunciaban: "El alto cedro del Líbano será cortado. ¡No habrá más que un solo Dios, es decir, un monarca! ¡Maldito sea el clero! Si cae, un nuevo orden está presto" (22).

Con ocasión de las cruzadas, por primera y última vez en la Europa post-romana, se realizó, sobre el plano de la acción, por un maravilloso impulso y como en una misteriosa repetición del gran movimiento histórico del Norte al Sur y de Occidente hacia Oriente, el ideal de la unidad de las naciones representada, en tiempos de paz, por el Imperio. Ya hemos dicho que el análisis de las fuerzas profundas que determinaron y dirigieron las cruzadas, no sirven para confirmar los puntos de vista

propios de una historia bidimensional. En el flujo en dirección a Jerusalén se manifestó a menudo una corriente oculta contra la Roma papal que, sin saberlo, Roma misma alimentó, de la cual la caballería era la milicia, el ideal heroico-gibelino la fuerza más viviente y que debía concluir con un Emperador que Gregorio IX estigmatizó como aquel que "amenaza con sustituir la fé cristiana por los antiguos ritos de los pueblos paganos y, sentándose en el templo, usurpa las funciones del sacerdocio". La figura de Godofredo de Bouillon -este representante tan característico de la caballería cruzada, llamado **lux monachorum** (lo que atestigua de nuevo la unidad del principio ascético y del principio guerrero propio a esta aristocracia caballesc)- es la de un príncipe gibelino que no asciende al trono de Jerusalén más que tras haber llevado a Roma el hierro y el fuego, tras haber matado con sus manos al anticésar Rodolfo de Rhinfeld y haber expulsado al papa de la ciudad santa (24). Además, la leyenda establece un parentesco significativo entre este rey de los cruzados y el mítico **caballero del cisne** -el Helias francés, el Lohengrin germánico (25)- que encarna a su vez símbolos imperiales romanos (su lazo genealógico simbólico con el mismo César), solares (relación etimológicaposible entre Helias, Helios, Elías) e hiperbóreos (el cisne que lleva a Lohengrin a la "región celeste" es también el animal emblemático de Apolo entre los hiperbóreos y es un tema que se reencuentra frecuentemente en los vestigios paleográficos del culto nórdico-ario). De estos elementos históricos y míticos resulta que sobre el plano de las Cruzadas, Godofredo de Bouillon representa, también, un símbolo del sentido de esta fuerza secreta en la que no hay que ver, en la lucha política de los emperadores teutónicos e incluso en la victoria de Otón I, más que una manifestación exterior y contingente.

La ética caballesc y la articulación del régimen feudal, tan alejados del ideal "social" de la Iglesia de los orígenes, el principio resucitado de una casta guerrera ascética y sacramentalmente reintegrada, el ideal secreto del imperio y de las cruzadas, imponen pues a la influencia cristiana sólidos límites. La Iglesia los acepta en parte: se deja dominar -se "romaniza"- para poder dominar, para poder mantenerse en la cresta de la ola. Pero resiste en parte, quiere erosionar la cúspide, dominar el Imperio. La ruptura subsiste. Las fuerzas suscitadas escapan aquí y allí a las manos de sus evocadores. Luego ambos adversarios se separan y desprenden de la lucha y uno y otro emprenden la senda de una decadencia similar. La tensión hacia la síntesis espiritual se aminora. La iglesia renunciará cada vez más a la pretensión real, y la realeza a la aspiración espiritual. Tras la civilización gibelina -espléndida primavera de Europa, estrangulada en su nacimiento- el proceso de caída se afirmará a partir de entonces sin encontrar obstáculos.

DECLIVE DEL ECUMENE MEDIEVAL: LAS NACIONES

Fueron a la vez causas de "lo alto" y de "lo bajo", quienes provocaron la decadencia del Sacro Imperio Romano y, más generalmente, del principio de la verdadera soberanía. En cuanto a las primeras, figuran la secularización y la materialización progresiva de la idea política. Ya en un Federico II, la lucha contra la Iglesia, aunque emprendida para defender el carácter sobrenatural del imperio, deja aparecer el anuncio de una evolución de este tipo, que se traduce, por una parte, en el humanismo, el liberalismo y el racionalismo nacientes en la corte siciliana, la constitución de un cuerpo de jueces laicos y de empleados administrativos, la importancia dada por los **legislae** y los **decretistae** y para aquellos que un justo rigorismo religioso, señalado con autos de fé y hogueras sabonarolianas para los primeros productos de la "cultura" y del "libre pensamiento", calificaba con desprecio de **theologi philosophantes**, y, de otra parte, por la tendencia centralizadora y ya anti-feudal de algunas nuevas instituciones imperiales. En el momento en que un imperio cesa de ser **sagrado**, comienza a dejar de ser un **Imperio**. Su principio y su autoridad bajan de nivel y, una vez alcanzado el plano de la materia y de la simple "política", no pueden mantenerse, porque este plano, por su naturaleza misma, excluye toda universalidad y toda unidad superior. En 1338 ya, Luis IV de Baviera declara que la consagración imperial ya no es necesaria y que el príncipe elegido es emperador legítimo en virtud de esta mera elección: emancipación que Carlos IV de Bohemia culmina con la "Bula de Oro". Pero, de hecho, la consagración no fue reemplazado por nada metafísicamente equivalente y los emperadores destruyeron así ellos mismos su **dignitas** trascendente. Se puede decir que tras esta época, perdieron "el mandato del Cielo" y que el Sacro Imperio no fue más que una supervivencia (1). Federico III de Austria fue el último Emperador coronado en Roma (1452), cuando el rito ya se había reducido a una ceremonia vacía y sin alma.

En lo que concierne al otro aspecto del declive, se ha señalado justamente que la mayor parte de las grandes épocas tradicionales se caracterizan por una constitución de forma feudal, que conviene más que cualquier otra a la formación regular de sus estructuras (2). Allí donde el énfasis está puesto sobre el principio de la pluralidad y de la autonomía política de las unidades particulares, aparece, al mismo tiempo, el verdadero lugar de este principio universal, de este **unum quod non est pars**, capaz de ordenarlos y utilizarlos realmente, no oponiéndose a cada uno de ellos, sino

dominándolos gracias a la función trascendente, suprapolítica y reguladora a la cual corresponde (Dante). Nos encontramos entonces en presencia de una realeza que se corresponde con la aristocracia feudal, de una "imperialidad" ecuménica que no atenta contra la autonomía de los principados o de los reinos particulares y que integra, sin desnaturalizarlas, las nacionalidades particulares. Cuando, por el contrario, decae la **dignitas** que permite situarse por encima de lo múltiple, de lo temporal y de lo contingente, cuando disminuye, de otra parte, la capacidad de una **fides**, es decir de un compromiso más que simplemente material, de la parte de cada elemento subordinado, entonces surge la tendencia centralizadora, el absolutismo político que busca mantener la cohesión del conjunto por medio de una unidad violenta, política y estática y no ya esencialmente suprapolítica y espiritual. O bien son procesos de particularismo puro y de disociación quienes toman la delantera. Por estas dos vías se realiza la destrucción de la civilización medieval. Los reyes comenzaron a reivindicar para sus unidades particulares el principio de autoridad absoluta propia al imperio (3), materializándola y proclamando finalmente la idea nueva y subversiva del Estado nacional. Un proceso análogo hace surgir una multitud de comunas, ciudades libres y repúblicas, entidades que tienden a constituirse cada una para sí, pasando a la resistencia y a la revuelta, no solo contra la autoridad imperial sino también contra la nobleza. Y la cúspide desciende, el ecumene europeo se deshace. El principio de una legislación única, dejando sin embargo un campo suficiente al **jus singulare**, correspondiente a una lengua única y a un único espíritu, desaparece; la caballería misma decae y, con ella, el ideal de un tipo humano formado por principios puramente éticos y humanos. Los caballeros llegan a defender los derechos y a sostener las ambiciones temporales de sus príncipes y, finalmente, de los Estados nacionales. Las grandes alineaciones inspiradas por el ideal suprapolítico de la "guerra santa" y de la "guerra justa" dan lugar a combicaciones, guerreras o pacíficas, trazadas en número creciente por la habilidad diplomática. No solamente la Europa cristiana asiste, inerte, a la caída del Imperio de Oriente y de Constantinopla provocada por los otomanos, sino que un rey de Francia, Francisco I, da el primer golpe al mito de la "cristiandad" base de la unidad europea, no dudando, en su lucha contra el representante del Sacro Imperio romano, no solamente en sostener a los príncipes protestantes sublevados, sino incluso en aliarse con el Sultán. La Liga de Cognac (1526) vió al jefe de la Iglesia de Roma seguir el mismo camino. Se asiste a este absurdo: Clemente VII, aliado de la Casa de Francia, entra en liza contra el Emperador aliándose con el Sultán precisamente en el momento en que el avance de Soliman II en Hungría amenaza a toda Europa y donde el protestantismo en armas está en trance de derribar su centro. Y se verá, igualmente, a un sacerdote al servicio de la casa de Francia, Richelieu, sostener de nuevo, en la última fase de la guerra de los Treinta Años, la liga protestante contra el emperador, hasta que, tras la paz de

Augusta (1555), los tratados de Westphalia (1648) suprimen a los últimos restos del elemento religioso, decretan la tolerancia recíproca entre las naciones protestantes y las católicas y acuerdan a los príncipes sublevados una independencia casi completa respecto al Imperio. A partir de esta época, el interés supremo y la resolución de los conflictos no serán del todo la defensa ideal de un derecho dinástico o feudal, sino una simple disputa en torno a un trozo de territorio europeo: el Imperio es definitivamente suplantado por los **imperialismos**, es decir por los movimientos de los Estados nacionales deseosos de afirmarse militar o económicamente sobre las demás naciones. La Casa de Francia juega, en estas convulsiones, tanto sobre el plano de la política europea, como en su función netamente anti-imperial, un papel preponderante.

En el conjunto de estos desarrollos y fuera de la crisis de la idea imperial, la noción misma de soberanía se seculariza sin cesar del todo. El rey no es más que un guerrero, el jefe político de su Estado. Encarna también, durante un cierto tiempo, una función viril y un principio absoluto de autoridad, pero que no se refieren ya a una realidad trascendente, sino a una fórmula residual y vacía del "derecho divino", tal como fue definido, para las naciones católicas, tras el concilio de Trento, en el período de la Contra-reforma. La Iglesia se declaraba dispuesta a sancionar y a consagrar el absolutismo de soberanos íntimamente desconsagrados, a condición de que se convirtieran en el brazo secular de esta misma Iglesia que seguía a partir de ese momento la vía de la acción indirecta.

Es por ello que en el curso del período consecutivo al declive del ecumene gibelino, desapareció poco a poco, en cada Estado, la premisa en virtud de la cual la oposición a la Iglesia podía proseguirse sobre la base de un sentido superior: un reconocimiento más o menos exterior es concedido a la autoridad de Roma en materia de simple religión, cada vez que se puede obtener, a cambio, algo útil para la razón de Estado. O bien se asiste a intentos abiertos de subordinar directamente lo espiritual a lo temporal, como en el movimiento anglicano o galicano y, más tarde, en el mundo protestante, con las Iglesias nacionales controladas por el Estado. Avanzando en la edad moderna, se verá a las patrias constituirse en otros tantos verdaderos cismas y oponerse unas a otras, no solamente en tanto que unidades políticas y temporales, sino también en tanto que entidades casi míticas rechazando admitir un cualquier autoridad superior.

De todas formas, un punto aparece muy claramente: si a partir de ahora el Imperio declina y no hace más que sobrevivir a sí mismo, su adversario, la Iglesia, aunque teniendo el campo libre, **no sabe asumir la herencia**, dando así la prueba decisiva de

su incapacidad para organizar Occidente según su propio ideal, es decir, según el ideal guelfo. Lo que sucede al Imperio, no es la Iglesia, una "cristiandad" reforzada, sino una multiplicidad de Estado nacionales, más o menos intolerantes respecto a todo principio superior de autoridad.

Por otra parte, la "desconsagración" de los príncipes, junto a su insubordinación respecto al Imperio, al privar a los organismos de los que son jefes del carisma de un principio más elevado, los llevan fatalmente a la órbita de las fuerzas inferiores, que tomarán progresivamente la delantera. En general, es fatal que cada vez que una casta se subleva contra la casta superior y se vuelve independiente, pierda el carácter específico que tenía en el conjunto jerárquico, para reflejar el de la casta inmediatamente inferior (4). El absolutismo -transposición materialista de la idea unitaria tradicional- prepara las vías para la demagogía y las revoluciones nacionales antimonárquicas. Y allí donde los reyes, en su lucha contra la aristocracia feudal y en su obra de centralización política, fueron llevados a favorecer las reivindicaciones de la burguesía y de la plebe misma, el proceso se realizó más rápidamente. Con razón se ha fijado la atención sobre la figura de Felipe el Hermoso, en efecto, quien, destruyendo, de acuerdo con el papa, a los Templarios, destruyó al mismo tiempo la expresión más característica de la tendencia a reconstituir la unidad del elemento guerrero y del elemento sacerdotal, que era el alma secreta de la caballería; es él quien comienza el trabajo de emancipación laica del Estado respecto a la Iglesia, proseguido casi sin interrupción por sus sucesores, al igual que se prosiguió -sobre todo por Luis XI y Luis XIV- la lucha contra la nobleza feudal, lucha que no desdeñaba el apoyo de la burguesía y toleraba incluso, para alcanzar su fin, el espíritu de revuelta de capas sociales aún más bajas; es él quien favorece ya una cultura antitradicional, gracias a sus "legistas" que fueron, antes que los humanistas del Renacimiento, los verdaderos precursores del laicismo moderno (5). Es significativo que fuera un sacerdote -el cardenal Richelieu- quien afirmó, contra la nobleza, el principio de centralización, preparando la sustitución de las estructuras feudales por el binomio nivelador moderno del gobierno y de la nación, es incontestable que Luis XIV, dando forma a los poderes públicos, desarrollando sistemáticamente la unidad nacional, y reforzándola sobre el plano político, militar y económico, ha preparado, por así decirlo, un cuerpo para la encarnación de un nuevo principio, el del pueblo, de la nación concebida como simple colectividad burguesa o plebeya (6). Así, la obra antiaristocrática emprendida por los reyes de Francia, cuya oposición constante al Sacro Imperio ya se ha subrayado, debía lógicamente, con un Mirabeau, volverse contra ellos y expulsarlos finalmente del trono contaminado. Se puede afirmar que es precisamente por haberse comprometido la primera en esta vía y haber, por ello, acrecentado sin cesar el carácter centralizador y nacionalista de la noción de Estado,

que Francia conoció el primer hundimiento de un régimen monárquico y, de una forma precisa y abierta, con el advenimiento del régimen republicano, el tránsito del poder a las manos del Tercer Estado. Se convirtió así, en el seno de las naciones europeas, en el principal foco de este fermento revolucionario y de esta mentalidad laica y racionalista que debían destruir los últimos vestigios de tradicionalidad (7).

Existe otro aspecto complementario de la Némesis histórica igualmente preciso e interesante. A la emancipación, respecto del Imperio, de los Estados convertidos en "absolutos", debía suceder la emancipación, respecto del Estado de los individuos soberanos, libres y autónomos. Una usurpación llama y prepara a la otra, hasta que, en los Estados que, en tanto que Estados soberanos nacionales que habían caído en la estatitución y la anarquía, la soberanía usurpada del Estado se inclinaba ante la soberanía popular, en el marco de la cual la autoridad y la ley no son legítimas más que en la medida en que expresan la voluntad de los ciudadanos considerados como individuos particulares y soberanos, esperando la última fase, la fase puramente colectivista.

Si bien fueron causas de "lo alto" quienes determinaron la caída de la civilización medieval, las de "lo bajo", distintas, aunque solidarias de las primeras, no deben ser olvidadas. Toda organización tradicional es una formación dinámica, que supone fuerzas de caos, impulsos e intereses inferiores, capas sociales y étnicas más bajas, que un principio de "forma" domina y frena: implica el dinamismo de ambos polos antagonistas, cuyo polo superior, inherente al elemento supranatural de las castas superiores, intenta arrastrar hacia lo alto, mientras que el otro -el polo inferior ligado a la masa, al **demos-** busca arrastrar el primero hacia lo bajo (8). Así, a todo debilitamiento de los representantes del principio superior, a toda desviación o degeneración de la cúspide, corresponden, a manera de contrapunto, una emergencia y una liberación en el sentido de una revuelta de las capas inferiores. A través de procesos ya analizados, el derecho de pedir a los sujetos la **fides**, con el doble sentido espiritual y feudal, de la palabra, debía progresivamente decaer, mientras que los mismos procesos abrían virtualmente la vía a una materialización de esta fides en sentido político, y luego, a la revuelta en cuestión. En efecto, mientras que la fidelidad espiritualmente fundada es incondicionada, la que se relaciona con el plano temporal es, por el contrario, condicionada y contingente, sujeta a revocación según las circunstancias y por motivos empíricos, y el dualismo, la oposición persistente de la Iglesia al Imperio, debían contribuir por su parte, a arrastrar toda **fides** a este nivel inferior y precario.

Por lo demás, ya en la Edad Media, la Iglesia no experimentó escrúpulos en

"bendecir" la infracción a la **fides** alineándose al lado de las Comunas italianas, sosteniendo moral y materialmente la revuelta que, al margen de su aspecto exterior, expresaba simplemente la insurrección de lo particular contra lo universal, inspirándose en un tipo de organización social que ya no reposaba en absoluto sobre la casta guerrera, sino indirectamente sobre la tercera casta, la de los burgueses y mercaderes. Estos usurparon la dignidad del poder político y del derecho a las armas, fortificaron sus ciudades, alzaron sus estandartes, organizaron sus milicias contra las cohortes imperiales y la alianza defensiva de la nobleza feudal. Es aquí donde empieza el movimiento de "lo bajo", la sublevación de la marea de las fuerzas inferiores.

Las Comunas prefiguran el ideal completamente profano y antitradicional de una organización democrática fundada sobre el factor económico y mercantil y sobre el tráfico judaico del oro, pero su revuelta demuestra sobre todo que el sentimiento del sentido espiritual y ético del lealismo y de la jerarquía, estaba ya, en ese momento, a punto de extinguirse. No se reconoce ya en el Emperador más que un jefe político, a cuyas pretensiones políticas **se puede** resistir. Se afirma esta mala libertad que destruirá y desconocerá todo principio de verdadera autoridad, dejando a las fuerzas inferiores a sí mismas, y haciendo descender todas las formas políticas a un plano puramente humano, económica y colectivo, llegando a la omnipotencia del mercader y, más tarde, de los "trabajadores" organizados. Es significativo que el núcleo principal de este cáncer haya sido el suelo italiano, cuna de la romanidad. En la lucha de las Comunas apoyadas por la Iglesia contra los ejércitos imperiales y el **corpus saecularium principum**, se encuentran los últimos ecos de la lucha entre el Norte y el Sur, entre la tradición y la anti-tradición. Federico I -figura que la falsificación plebeya de la historia "patriótica" italiana se ha esforzado en desacreditar- combatió en realidad en nombre de un principio superior y de un deber que su función misma le imponía, contra una usurpación laica y particularista fundada, entre otras, sobre rupturas unilaterales de pactos y juramentos. Dante verá en él al "buen Barbarroja" legítimo representante del Imperio, que es la fuente de toda verdadera autoridad; considera la revuelta de las ciudades lombardas como ilegal y facciosa, conforme a su noble desprecio por las "gentes nuevas y las ganancias rápidas" (9), elementos del nuevo e impuro poder comunal, al igual que había reconocido una herejía subversiva en el "libre régimen de los pueblos particulares" y en la nueva idea nacionalista (10). En realidad, no fue tanto para imponer un reconocimiento material y para satisfacer ambiciones territoriales, como en el nombre de una reivindicación ideal y por la defensa de un derecho suprapolítico, que lucharon los Ottones y luego los Suavios: exigían obediencia no en tanto que príncipes teutónicos, sino en tanto que Emperadores "romanos" **-romanorum reges-**, es decir, supranacionales. Es por el

honor y por el espíritu que lucharon contra la raza de los mercaderes y de los burgueses en armas (11), y es por ello estos fueron considerados como rebeldes, menos contra el emperador que contra Dios **-obviare Deo**. Por orden divino **-jubente Deo-** el príncipe los combate como representante de Carlomagno, con la "espada vengadora", para restaurar el orden antiguo: **redditu res publica statui votuta** (12).

Enfin, si continuamos considerando sobre todo a Italia, los Señoríos, contrapartidas o sucesiones de las Comunas, aparecen como otro aspecto del nuevo clima del cual **"El Príncipe"** de Maquiavelo, es un índice barométrico. No se concibe ya, como jefe, más que al individuo poderoso que no domina en virtud de una consagración, en virtud de su nobleza, por que representa un principio superior y una tradición, sino que domina en nombre de sí mismo, se sirve de la astucia y de la violencia, recurre a las fuentes de la política entendida a partir de ahora como un "arte", como una técnica desprovista de escrúpulos: el honor y la verdad no tienen para él ningún sentido y no se sirve eventualmente de la religión misma más que como de un instrumento entre otros. Danta había dicho justamente: *Italorum principum... qui non heroico more sed plebeo, secuntur superbiam* (13). La sustancia de este gobierno no es pues "heroica", sino plebeya; es a este nivel que se encuentra reducida la virtud antigua, al igual que la superioridad en relación al bien y al mal inherente a aquel que dominaba en virtud de una ley no-humana. Se ve reaparecer aquí el tipo de algunos tiranos de la antigüedad y se encuentra al mismo tiempo la expresión de este individualismo desencadenado que, como veremos, caracteriza, bajo formas múltiples, este momento crucial de la historia. Se puede ver finalmente la prefiguración brutal de la "política absoluta" y de la voluntad de poder que se reafirmará, sobre una escala más amplia, en una época reciente, al producirse el ascenso del Cuarto Estado.

Estos procesos marcan pues el fin del ciclo de la restauración medieval. De cierta forma, se reafirma la idea gineocrático- meridional, en los marcos de la cual el principio viril, fuera de las formas extremas que acaban de ser mencionadas, e incluso cuando es encarnado en la figura del monarca, no tiene más que un sentido material (político, temporal), mientras que la Iglesia permanece depositaria de la espiritualidad bajo la forma "lunar" de religión devocional y, en pocos los casos, de contemplación, en las Ordenes monásticas. Una vez confirmada esta escisión, el derecho de sangre y de la tierra o las manifestaciones de una simple voluntad de poder imponen su supremacía. El particularismo de las ciudades, de las patrias y de los nacionalismos supone la inevitable consecuencia, al igual que, más tarde, el principio de la revuelta del demos, del elemento colectivo, subsuelo del edificio tradicional, que tenderá a

apropiarse de las estructuras niveladas y de los poderes públicos unificados creados en la fase antifeudal precedente.

La lucha más característica de la Edad Media, la del principio "heroico"-viril contra la Iglesia, aborta. A partir de entonces, el hombre occidental no tiende a la autonomía y a la emancipación del lazo religioso más que bajo la forma de una desviación contaminadora y llegando, políticamente, hasta lo que se podría llamar un retorno demoníaco del gibelinismo, prefigurado por lo demás por la utilización que los príncipes germánicos hicieron de las ideas del luteranismo. De manera general, en tanto que civilización, Occidente no se emancipa de la Iglesia y de la visión católica del mundo, tras la Edad Media, más que laicizándose y cayendo en el naturalismo, exaltando como una conquista el empobrecimiento propio a un punto de vista y a una voluntad que no reconocen ya nada más allá del hombre ni más allá de lo que está enteramente condicionado por lo humano.

La exaltación polémica de la civilización del Renacimiento contra la de la Edad Media forma parte de las convenciones de la historiografía moderna. Si bien no se trata aquí más que de una de las numerosas sugerencias difundidas en la cultura moderna por los dirigentes de la subversión mundial, habría que ver en ello la expresión de una incompreensión típica. **Si, desde el fin del mundo antiguo, hubo una civilización que mereció el nombre de Renacimiento, fue precisamente la de la Edad Media.** En su objetividad, en su "virilismo", en su estructura jerárquica, en su soberbia elementaridad anti-humanista, tan frecuentemente penetrada de lo sagrado, la Edad Media fue como una nueva llama del espíritu de la civilización, universal y una, de los orígenes. La verdadera Edad Media nos aparece bajo los rasgos clásicos, y en absoluto románticos. El carácter de la civilización que le sucedió tuvo otro significado diferente. La tensión que durante la Edad Media, había tenido una orientación esencialmente metafísica, se degrada y cambia de polaridad. El potencial recogido precedentemente sobre la dirección vertical - hacia lo alto, como en el símbolo de las catedrales góticas- se descarga entonces en dirección horizontal, hacia el exterior, produciendo, por sobresaturación de los planos subordinados, fenómenos capaces de sorprender al observador superficial: irrupción tumultuosa, en la cultura, de múltiples manifestaciones de una creatividad desprovista prácticamente de toda base tradicional o simplemente simbólica, es decir profana y desacralizada, sobre el plano exterior, expansión casi explosiva de los pueblos europeos en el conjunto del mundo en la época de los descubrimientos, exploraciones y conquistas coloniales, que corresponde, más o menos, a la del Renacimiento y el Humanismo. Estos son los efectos de una liberación de fuerzas idéntica a la que se produce durante la descomposición de un organismo.

Se querría ver en el Renacimiento, bajo muchos de sus aspectos, una recuperación de la civilización antigua, descubierta de nuevo y reafirmada contra el mundo oscuro del cristianismo medieval. Se trata de un grave malentendido. El Renacimiento no recuperó del mundo antiguo más que formas decadentes y no las de los orígenes, penetrados de elementos sagrados y supra-personales, o los recuperó olvidando complementamente estos elementos y utilizando la herencia antigua en una dirección completamente diferente. En el Renacimiento, en realidad, la "paganidad" sirve esencialmente para desarrollar la simple afirmación del Hombre, para fomentar una exaltación del individuo, que se embriaga de las producciones de un arte, de una erudición y de una especulación desprovistas de todo elemento trascendente y metafísico.

Conviene a este respecto, llamar la atención sobre un fenómeno que se produce con ocasión de semejantes convulsiones y que es el de la **neutralización** (14). La civilización, incluso en tanto que ideal, cesa de tener un eje unitario. El centro deja de dirigir cada parte, no solo sobre el plano político, sino también sobre el cultural. Ya no existe una fuerza única que organice y anime la cultura. En el espacio espiritual que el Imperio abraza unitariamente en el símbolo ecuménico, nacen, por disociación, zonas muertas, "neutras", que corresponden precisamente a las diversas ramas de la nueva cultura. El arte, la filosofía, la ciencia, el derecho, se desarrollan separadamente, cada una en sus fronteras, en una indiferencia sistemática y exhibida respecto a todo lo que podría dominarlas, liberarlas de su aislamiento, darles verdaderos principios: tal es la "libertad" de la nueva cultura. El siglo XVII, en correspondencia con la guerra de los Treinta Años y con el declive definitivo de la autoridad del Imperio, es la época donde esta convulsión tomó una forma precisa y donde se encuentran prefiguradas todas las características de la edad moderna.

El esfuerzo medieval por recuperar la llama que Roma había recibido de la Hélade heroico-olímpica se acaba pues definitivamente. La tradición de la realeza iniciática cesa, en este momento, de tener contactos con la realidad histórica, con los representantes de cualquier poder temporal europeo. No se conserva más que subterráneamente, en corrientes secretas como los Hermetistas y Rosacruceanos, que se retiran cada vez más en las profundidades en la medida en que el mundo moderno toma forma, cuando las organizaciones que habían ya animado fueron víctimas a su vez de un proceso de involución y de inversión (15). En tanto que "mito", la civilización medieval deja su testamento en dos leyendas. La primera es aquella según la cual, cada año, la noche del aniversario de la supresión de la Orden del temple, una sombra armada, vestida con túnica blanca y con la cruz roja, aparecere en

la cámara sepulcral de los Templarios para preguntar quien quiere liberar el Santo Sepulcro. "Nadie, nadie -se le responde- porque el Templo está destruido". La otra es la de Federico I que, sobre las cumbres del Kifhäuser, en el interior del monte simbólico, continuaría viviendo con sus caballeros en un letargo mágico. Y espera: espera que la hora señalada haya sonado para descender al valle con sus fieles y librar la última batalla de la que dependerá la nueva floración del Arbol Seco y el comiendo de una nueva edad (16).

(1) Cf. J. REYOR, **Le Saint-Empire et l'Imperator rosicrucien** (Voile d'Isis, n° 179, pag. 197).

(2) R. GUENON, **Autorité spirituelle et pouvoir temporel**, cit., pag. 111.

(3) En Europa los legistas franceses fueron los primeros en afirmar que el rey del Estado nacional tiene directamente su poder de Dios, que es "emperador en su reino".

(4) R. GUENON, **Autorité etc.**, pag. 111.

(5) R. GUENON, **Autorité etc.**, pag. 112 y sigs.

(6) Se conoce la expresión de Luis XIV: "Contra más aumentemos el dinero contento, tanto más aumentaremos el poder, el engrandecimiento y la abundancia del Estado". Es ya la fórmula de la idea política descendida, a través del nacionalismo, al nivel de la casta de los mercaderes, el principio de la subversión general que la soberanía de lo "económico" debía realizar en Occidente.

(7) Cf. **Ibid.** Por el contrario, el hecho que los pueblos germánicos, a pesar de la Reforma conservaron, más que todos los demás, estructuras feudales, expresar que fueron los últimos en encarnar -hasta la guerra de 1914- una idea superior opuesta a la de los nacionalismos y las democracias modernas.

(8) Este concepto dinámico-antagonista de la jerarquía tradicional está indicado claramente en la tradición indo-aria: es el símbolo mismo de la lucha que tuvo lugar en el curso de la fiesta del **gavamyana**, entre un representante de la casta luminosa de los **arya** y un representante de la casta oscura de los **shudra**, lucha que tenía por objeto la conquista de un símbolo solar y terminaba con el triunfo del primero (cf. WEBER, **Indischer Studien**, cit., v. X, pag. 5). El mito nórdico de la lucha constante entre un caballero blanco y un caballero negro tiene un sentido análogo (GRIMM, **Deutsche Myth.**, cit., pag. 802.)

(9) **Inferno**, XVI, 73.

(10) Cf. E. FLORI, **Dell'idea imperiale di Dante**, Bolonia, s.d., pag. 38, 86-87.

(11) Dante no duda en acusar la aberración nacionalista naciente, combatiendo particularmente a la casa de Francia y reconociendo el derecho del Emperador. En

relación a Enrique VII, comprende bien, por ejemplo, que Italia, para hacer irradiar su civilización en el mundo, debía desaparecer en el Imperio, ya que solo el Imperio es universalizado y que toda fuerza rebelde, según el nuevo principio de las "ciudades" y de las patrias, no podía representar más que un obstáculo al "reino de la justicia", Cf. FLORI, **Op. cit.**, pag. 101, 71.

(12) Son expresiones del Archipoeta. Es interesante notar igualmente que el simbolismo de Hércules, el héroe aliado de las potencias olímpicas en lucha contra las del caos, fue aplicado a Barbarroja, en su lucha contra las Comunas.

(13) **De vulgari eloquentia**, I, 12. A propósito del Renacimiento, F. SCHUON ha tenido razón en hablar de un "cesarismo de burgueses y banqueros" (**Perspectives spirituelles et faits humains**, París 1953, pag., 48) a los cuales es preciso añadir los tipos oscuros de "condottieri", jefes de mercenarios que se convirtieron en soberanos.

(14) Cf. C. STEDING, **Das Reich und die Krankheit der europäischen Kultur**, Hamburgo, 1938; J. EVOLA, **Chevaucher le Tigre**, París, 1964, cap. 26.

(15) Cf. EVOLA, **Mistero del Graal**, cit, parag. 29, sobre todo en relación a la génesis y el sentido de la masonería moderna y del iluminismo.

(16) Cf. B. KUGLER, **Storia delle Crociate**, trad. it., Milán, 1887, pag. 538; F. KAMPERS, **Die Deutsche Kaiseridee in Prophetie und Sage**, Berlín, 1896. Del contexto de las diferentes versiones de la segunda leyenda, subyace que una victoria es posible, pero no cierta. En varias versiones de la saga -que conservan probablemente la traza del tema del **ragna-rok** édico- el último emperador puede hacer frente a las fuerzas de la última edad y muere, tras haber suspendido en el Arbol Seco el cetro, la corona y el escudo.

13

EL IRREALISMO Y EL INDIVIDUALISMO

Para seguir las fases interiores de la decadencia de Occidente, es preciso referirse a lo que hemos dicho a propósito de las primeras crisis tradicionales, tomando como punto de referencia la verdad fundamental del mundo de la Tradición relativa a las dos "regiones", a la dualidad que existe entre el mundo y el supra-mundo. Para el

hombre tradicional, estas dos regiones **existían**, eran realidades; el establecimiento de un contacto objetivo y eficaz entre una y otra era la condición previa de toda forma superior de civilización y de vida.

La interrupción de este contacto, la concentración de todas las posibilidades en un solo mundo, el humano y temporal, la sustitución de la experiencia del supra-mundo con fantasmas efímeros evocados por las exhalaciones turbias de la naturaleza mortal, tal es el sentido general de la civilización "moderna", que entra ahora en la fase donde las diversas fuerzas de decadencia, que se habían manifestados en épocas anteriores, pero que habían sido entonces frenadas por reacciones o por el poder de principios opuestos, alcanzaron su plena y temible eficiencia.

En su sentido más general, el **humanismo** aparecía como estigma y consigna de toda nueva civilización que se libera de las "tinieblas de la Edad Media". Esta civilización, en efecto, no conocerá mas que al hombre: es en el hombre donde comenzarán y terminarán todas las cosas; es en el hombre que se encontraran los únicos cielos y los únicos infiernos, las únicas glorificaciones y las únicas maldiciones que apartir de ahora se conocerán. **Este Mundo** -lo **contrario** del verdadero mundo- con sus creaciones enfebrecidas y sedientas, con sus vanidades artísticas y sus "genios", con su jungla de máquinas y fábricas, constituirá para el hombre el límite.

La primera forma bajo la cual aparece el humanismo es el **individualismo**. Se caracteriza por la constitución de un centro ilusorio fuera del centro verdadero, como pretensión prevaricadora de un "Yo" que es simplemente el "yo" mortal del cuerpo y como **construcción** y obra de facultades puramente naturales que suscitan, modelan y sostienen, a través de las artes y las ciencias profanas, apariencias diversas que, fuera de este centro falso y vano, no tienen ninguna consistencia, verdades y leyes marcadas por la contingencia y por la caducidad inherentes a todo lo que pertenece al mundo del devenir.

De aquí el **irrealismo** radical, la **inorganicidad** fundamental de todo lo que es moderno. Tanto interior como exteriormente, nada está ya vivo, todo será **construcción**: el **ser** a partir de ahora se apaga, siendo sustituido en todos los dominios por el "querer" y el "Yo", como un siniestro apuntalamiento, racionalista y mecanicista, de un cadáver. Al igual que en la proliferación vermicular de las putrefacciones, se desarrollan entonces innumerables conquistas, superaciones y creación del hombre nuevo. Se abre la vía a todos los paroxismos, a todas las manías innovadoras e iconoclastas, a todo un mundo de **retórica** fundamental donde, la **imagen** del espíritu superponiéndose al espíritu, la fornicación incestuosa del hombre

en la religión, la filosofía, el arte, la ciencia y la política, ya no conocerá límites.

Sobre el plano religioso, el irrealismo está en relación estrecha con la pérdida de la tradición iniciática. Ya hemos tenido ocasión de señalar que a partir de cierta época solo la iniciación aseguraba la participación objetiva del hombre en el supramundo. Pero tras el fin del mundo antiguo, y con el advenimiento del cristianismo, las condiciones necesarias para que la realidad iniciática pueda constituir la referencia suprema de una civilización tradicional, faltaron. En cierta forma, el "espiritualismo mismo fue, a este respecto, uno de los factores que actuaron de forma más negativa: la aparición y la difusión de la extraña idea de la "inmortalidad del alma", concebida como el destino natural de cada uno, debía volver incomprensible el significado y la necesidad de la iniciación en tanto que operación real, destructora de la naturaleza mortal. A título de sucedáneo, se tuvo el misterio crístico y la idea de la redención en Cristo, donde el tema de la muerte y de la resurrección que derivaba en parte de la doctrina de los Misterios, perdió todo carácter iniciático y se aplicó, degradándose, al mero plano religioso de la fe. De manera general, se trata de una "moral"; de vivir en tanto cuentan sanciones que, según la nueva creencia, pueden castigar al "alma inmortal" en el más allá. Ante la idea imperial medieval que se encontraba relacionada, como se ha visto, con el elemento iniciático, la Iglesia crea una doctrina de los sacramentos, recupera el símbolo "pontificio", habla de la regeneración, pero la idea de iniciación propiamente dicha seguía siendo opuesta a su espíritu y permaneció siempre ajena a él. La tradición cristiana constituyó, por ello, una anomalía, algo truncado en relación a todas las formas tradicionales completas, comprendido el Islam. El carácter específico del dualismo cristiano actúa así como un potente estimulante de la actitud subjetivista, es decir, irrealista, ante el problema de lo sagrado. Este cesa de plantearse sobre el plano de la realidad de la experiencia trascendente, para convertirse en un problema de fe, un problema afectivo, o, como máximo, objeto de las especulaciones teológicas. Las más altas cumbres de la mística cristiana purificada no impudieron que Dios y los dioses, los ángeles y los demonios, las esencial inteligibles y los cielos, tomasen la forma de mitos: el Occidente cristianizado cesó de reconocerlos en tanto que símbolos de experiencias superracionales posibles, de condiciones supraindividuales de existencia, de dimensiones profundas del ser integral del hombre. Ya el mundo antiguo había asistido al tránsito involutivo del simbolismo a la mitología, a una mitología que se convirtió en cada vez más opaca y muda y de la que se apropió lo arbitrario de la fantasía artística. Cuando, más tarde, la experiencia de lo sagrada se redujo a fe, sentimiento y moralismo, y la **intuitio intellectualis** a un simple concepto de la filosofía escolástica, el irrealismo del espíritu cubrió la casi totalidad del dominio sobrenatural.

Esta tendencia prosiguió con el protestantismo, del cual es significativo que haya sido contemporáneo del Humanismo y del Renacimiento.

Prescindiendo del significado último de la civilización, de la función antagonista que ejerce, como hemos visto, en la Edad Media, y de la ausencia de una dimensión iniciática y esotérica, se debe reconocer a la Iglesia católica un cierto carácter tradicional, que la diferencia de lo que había sido el simple cristianismo, gracias a toda una estructura de dogmas, símbolos, mitos, ritos e instituciones sagradas, donde se conservaban en ocasiones, aunque por reflejo, los temas de un saber superior. Afirmando rígidamente el principio de la autoridad y del dogma, defendiendo el carácter de extra-naturalidad y de supra-racionalidad de la "revelación" en el terreno del conocimiento, defendiendo el principio de la trascendencia de la gracia en el terreno de la acción, la Iglesia defendió -casi de forma desesperada- el carácter no-humano de su depósito contra todas las prevaricaciones individualistas. Este esfuerzo extremo del catolicismo (que explica por otra parte, en amplia medida, el carácter violento y trágico de su historia) debía sin embargo encontrar un límite. El dique no podía resistir, con algunas formas que se justificaban sobre el plano simplemente religioso no podía ser conservado el carácter de absoluto propio de lo no-humano, aquí donde no solamente faltaba el conocimiento superior, se volvía cada vez más evidente la secularización de la Iglesia, la corrupción y la indignidad de una gran parte de sus representantes y la importancia que tomaban progresivamente para ella los intereses político y contingentes. El clima se volvió cada vez más propicio para una reacción, que debía asestar un golpe serio al elemento tradicional añadido al cristianismo, exasperar el subjetivismo irrealista y afirmar el individualismo, incluso en el terreno religioso. Tal fue precisamente la obra de la Reforma.

No es por casualidad que las palabras de Lutero contra el "papado instituido por el diablo en Roma", contra Roma presentada como **regnum Babylonis**, como realidad obstinadamente pagana y enemiga del espíritu cristiano, coincida con las que fueron empleadas por los primeros cristianos y por los Apocalipsis hebreos contra la ciudad imperial del Aguila y del Hacha. El espíritu de la Reforma entronca mucho con el **pathos** y el **animus** del cristianismo de los orígenes en su aversión por el ideal jerárquico-ritual de la Roma antigua. Rechazando todo lo que, en el catolicismo, frente a los simples Evangelios, es tradición, Lutero atestigua precisamente una incomprensión fundamental respecto a este contenido superior que, en más de un aspecto, no es reducible, ni al sustrato hebraico-meridional, ni al mundo de la simple devoción, y que tomó forma poco a poco en la Iglesia en virtud de una influencia

secreta de lo alto (1). Los Emperadores gibelinos se habían alzado contra la Roma papal, en nombre de Roma, porque reafirmaban la idea superior del Sacro Imperio contra la espiritualidad simplemente religiosa de la Iglesia y sus pretensiones hegemónicas. Lutero no se revolvió, por el contrario, contra la Roma papal más que por intolerancia hacia el otro aspecto, positivo, de Roma, hacia la componente tradicional y jerárquico-ritual que subsistía en el compromiso católico.

Sobre el plano político igualmente, Lutero favoreció, en diversos aspectos, una emancipación mutiladora. Los príncipes germánicos, en lugar de recuperar la herencia de un Federico II, pasaron, sosteniendo la Reforma, al campo anti-imperial. En el autor de la **Warnung an seine lieben Deutschen**, que se presenta como el "profeta del pueblo alemán", encontraron precisamente doctrinas que legitimaban la revuelta contra el principio imperial de autoridad y les facilitaban el medio de presentar como una cruzada antiromana llevada en nombre de los Evangelios, al mismo tiempo que su insubordinación, esta renuncia por la cual no debían ambicionar más que seres libres como soberanos alemanes, emancipados de todo lazo jerárquico supranacional. Desde otro punto de vista igualmente, Lutero favoreció un proceso involutivo. Su doctrina tuvo como consecuencia el subordinar la religión al Estado en todas sus manifestaciones concretas. Pero ahora que eran solo príncipes seculares quienes regían los Estados y que un tema democrático, que ganará precisión en Calvino, se anunciase ya en Lutero (los soberanos no gobiernan en tanto que tales, sino como representantes de la comunidad), el hecho de que la Reforma se caracterizase, por otra parte, por la negación más neta del ideal "olímpico" o "heroico", de toda posibilidad para el hombre de ir más allá de sí mismo -mediante la ascesis o la consagración- y de estar así cualificado para ejercer el derecho de "lo alto" de los verdaderos jefes; por estas diversas razones los puntos de vista de Lutero respecto a la "autoridad secular" **-die weltliche Obrigkeit-** representaron prácticamente el hundimiento completo de la doctrina tradicional relativa a la primacía de la realeza y prepararon las usurpaciones de la autoridad espiritual por parte del poder temporal. Trazando este esquema del Leviathan, del "Estado absoluto", Hobbes proclamará así mismo: **civitatem et ecclesiam eadem rem esse.**

Desde el punto de vista de la metafísica de la historia, el contenido positivo y objetivo del protestantismo consiste en haber puesto de relieve el hecho de que ningún principio verdaderamente espiritual estaba "inmediata" y "naturalmente" presente en el hombre moderno, por lo que debía representarse este principio como algo trascendente. Es la razón por la cual el catolicismo había ya asumido el mito del pecado original. El protestantismo exaspera este mito, sosteniendo la impotencia fundamental del hombre en alcanzar por sí mismo un estado de salvación;

generalizando, considera toda humanidad como una masa maldita, condenada a realizar automáticamente el mal, y añade, a la verdad oscuramente indicada por este mito, el matiz de un verdadero masoquismo siríaco, que se expresa en imágenes repugnantes para todo espíritu ario. En realidad, frente al antiguo ideal de virilidad espiritual, Lutero no duda en llamar "bodas reales" aquellas en las que el alma, concebida como una "prostituta" y como "la criatura más miserable y pecadora", juega el papel de mujer (en "**De libertate christiana**") y a comparar el hombre a una pobre bestia de carga, sobre la cual cabalga, a voluntad, Dios o el diablo, sin que él pueda evitarlo (en **De servo arbitrio**).

Pero, mientras que el reconocimiento de esta situación existencial habría debido de entrañar como consecuencia la afirmación de la necesidad del apoyo propio a un sistema ritual y jerárquico, o la más severa ascesis realizadora, Lutero niega una y otra. Todo el sistema de Lutero está visiblemente condicionado, en efecto, por la ecuación personal y por la sombría interioridad de su fundador, que fue un monje frustrado, un hombre incapaz de vencer una naturaleza dominada por la pasión, la sensualidad, la cólera y el orgullo. Esta ecuación personal se refleja ya en la singular doctrina según la cual los diez mandamientos no habrían sido dados al hombre por la divinidad para ser realizados en la vida, sino para que el hombre, reconociera su impotencia en seguirlos, su nulidad, la invencibilidad de la concupiscencia y de la tendencia al pecado, remitiéndose al dios concebido como una persona, situando, desesperadamente toda su esperanza en su gracia gratuita. Esta "justificación por medio de la fe pura", ésta condena de las obras, condujo a Lutero a desencadenar ataques contra el monacato y la vía ascética, que llama "vida vana y perdida", desviando así al hombre occidental de sus últimas posibilidades de reintegración ofrecidas por la vía puramente contemplativa, que el catolicismo había conservado y que culminaron en figuras como las de un San Bernardo de Clairvaux, un Ruysbroeck, un San Buenaventura o un Meister Eckhart (2). En segundo lugar, la Reforma niega el principio de autoridad y de jerarquía sobre el plano de lo sagrado. La idea que un ser, en tanto que **pontifex**, pueda ser infalible en materia de doctrina sagrada y pueda pues reivindicar legítimamente una autoridad que no admita discusiones, es considerada una aberración absurda; Cristo no dió a ninguna Iglesia, ni siquiera a la protestante, el privilegio de la infalibilidad (3). Pertenece a cada cual juzgar, gracias a un libre examen individual, en materia de doctrina y de interpretación de los libros sagrados, independientemente de todo control y tradición. No es solamente en el terreno del conocimiento que la distinción entre laico y sacerdote es fundamentalmente abolida: se niega igualmente la dignidad sacerdotal comprendida, no como un atributo vacío, sino como la dignidad de aquel que, a diferencia de los otros hombres, está provisto de un carisma sobrenatural y lleva la

impronta de un "caracter indeleble" que le permite activar los ritos (tales son los vestigios de la idea antigua del "Señor de los ritos") (4). Así, el sentido objetivo y no-humano que podía tener, no solo el dogma y el símbolo, sino también el sistema de ritos y sacramentos se encuentra negado y desconocido.

Se puede objetar que todo esto ya no existía en el catolicismo y que incluso no había existido jamás, salvo en la forma, o, como hemos dicho, a título de reflejo. Pero, en este caso, no habría habido más que una sola manera de operar una verdadera reforma: **actuar seriamente** y sustituir a los representantes indignos de un principio y de una tradición, por representantes que fueran dignos. El protestantismo adoptó, por el contrario, una actitud de destrucción y negación, que no era compensada por ningún principio verdaderamente constructivo, sino solamente por una ilusión, la pura fé. La salvación no existe más que en la simple convicción subjetiva de formar parte de la tropa de aquellos que la fé en Cristo ha salvado y que han sido "elegidos" por la gracia. De esta forma, se llega aun más lejos en la vía del **irrealismo** espiritual, pero el contragolpe materialista se volvía inevitable.

Una vez negado el concepto objetivo de la espiritualidad como realidad viviente superpuesta de lo alto a la existencia profana, la doctrina protestante permitió al hombre sentirse, en todas las formas de la existencia, como un ser a la vez espiritual y terrestre, justificado y pecador. Y esto debía finalmente desembocar en una secularización completa de toda vocación superior, no a la sacralización, sino al moralismo y al puritanismo. En el desarrollo histórico del protestantismo, sobre todo en el calvinismo y el puritanismo anglosajones, la idea religiosa se convirtió en cada vez más ajena a todo interés trascendente, reduciéndose sin cesar primero a un simple moralismo dispuesto a santificar no importa que realización temporal, hasta el punto de dar nacimiento a una especie de mística del servicio social, del trabajo, del "progreso" y, finalmente, de la ganancia y el beneficio. Estas formas de protestantismo anglo-sajón terminaron por excluir, como hemos visto, no solo la idea de una Iglesia, sino también la de un Estado organizado de "lo alto". Al igual que se asimila la Iglesia a la comunidad de los fieles, sin jefe representante de un principio trascendente de autoridad, así mismo el ideal del Estado se limita al de la simple "sociedad" de los "libres" ciudadanos cristianos. En una sociedad de este tipo, el signo de elección divina deparará el éxito, es decir, la fase donde el criterio preponderante será el criterio económico, la riqueza y la prosperidad. Aquí aparece muy claramente uno de los aspectos de la inversión degradante ya indicada: la teoría calvinista se presenta, en el fondo, como la contrapartida materialista y laica de la antigua doctrina mística de la victoria. Facilitará, durante cierto tiempo, una justificación ético-religiosa a la voluntad de poder de la casta de los mercaderes, del

Tercer Estado, en el curso del ciclo que lleva su impronta, el de las grandes democracias modernas y del capitalismo.

El individualismo inherente a la teoría protestante del libre examen, estuvo relacionado con otro aspecto del humanismo moderno: el **racionalismo**. El individuo que ha liquidado la tradición dogmática y el principio de la autoridad espiritual pretendiendo determinar en sí mismo la capacidad del justo discernimiento, se orienta progresivamente hacia el culto de lo que es en él, en tanto que ser humano, la base de todo juicio, a saber, la razón, haciendo de ella la medida de toda certidumbre, verdad y norma. Es precisamente esto lo que sucedió en Occidente tras la Reforma. Ciertamente, el racionalismo existía ya en la Hélade (con la sustitución socrática del concepto de la realidad a la realidad) y en la Edad Media (con la teología reducida a la filosofía). Pero a partir del Renacimiento el racionalismo se diferencia, asume, en una de sus corrientes más importantes, un carácter nuevo, de especulativo se convierte en **agresivo** hasta el punto de engendrar el enciclopedismo, la crítica antireligiosa y revolucionaria. Conviene señalar igualmente, a este respecto, los efectos de procesos ulteriores de involución e inversión, que presentan un carácter netamente siniestro en tanto que apuntan a algunas organizaciones subsistentes de tipo iniciático: es el caso de los Iluminados y de la masonería moderna. La superioridad, en relación al dogma y a las formas occidentales de tipo puramente religioso, que confiere al iniciado la posesión de la iluminación espiritual, es, a partir de ahora, reivindicada por aquellos que defienden el derecho soberano de la razón y pertenecen precisamente a las organizaciones en cuestión, donde se construyen los instrumentos de esta inversión, hasta transformar los grupos en los cuales militan en instrumentos activos de difusión del pensamiento antitradicional y racionalista. Se puede citar, a este respecto, a título de ejemplo particularmente significativo, el papel que juega la masonería en la revolución americana, como en la preparación ideológica subterránea de la revolución francesa y de un gran número de revoluciones ulteriores (España, Italia, Turquía, etc.). No es pues solamente a través de influencias generales, sino también a través de centros precisos de acción concertada que les sirven de soporte, como se está formado lo que se puede llamar el frente secreto de la subversión mundial y de la contra-tradición. En otra dirección, limitada sin embargo al terreno del pensamiento especulativo, el racionalismo debía desarrollar el irrealismo hasta las formas del idealismo absoluto y del panlogismo. Se celebra la identidad del espíritu y del pensamiento, del concepto y la realidad, e hipóstasis lógicas, tales como el "Yo trascendental", suplantando al Yo real, y a todo presentimiento del verdadero principio sobrenatural en el hombre. El pretendido "pensamiento crítico", al alcanzar conciencia de sí, declara: "Todo lo que es real es racional y todo lo que es racional es real". La forma-límite del irrealismo se alcanza

aquí (5). Pero, prácticamente, el racionalismo ha tenido una parte importante en la construcción del mundo moderno, no como similares abstracciones filosóficas, sino asociándose al empirismo y al experimentalismo en los marcos del cientifismo.

El nacimiento del pensamiento naturalista-científico moderno es también casi contemporáneo del Renacimiento y de la Reforma, pues en todo esto, en el fondo, se trata de expresiones solidarias de una revolución única. El naturalismo desemboca necesariamente en el individualismo.

Con la revuelta del individuo, toda conciencia del mundo superior se pierde. Entonces queda la mera visión omnicomprendiva que permanece es la visión material del mundo, la visión de la naturaleza como exterioridad y fenómeno. Las cosas van a ser vistas como no lo habían sido jamás. Habían aparecido signos precursores de estas convulsiones, pero no se trataba, en realidad, más que de apariciones esporádicas que jamás se habían convertido en fuerzas formadoras de civilización (6). Es ahora cuando realidad se convierten en sinónimo de materialidad. El nuevo ideal de la ciencia concierne únicamente a lo que es físico para agotarse luego en una **construcción**: no es ya la síntesis de una intuición intelectual iluminadora, sino el efecto de facultades puramente humanas en vistas de unificar por el exterior, "inductivamente", por titubeos esporádicos y no por una visión, la variedad múltiple de impresiones y de apariciones sensibles, por alcanzar relaciones matemáticas, leyes de constancia y series uniformes, hipótesis y principios abstractos, cuyo valor es únicamente función de una posibilidad de previsión más o menos exacta, sin que aporten ningún conocimiento esencial, sin que descubran significados, sin que conduzcan a una liberación y a una elevación interiores. Y este conocimiento muerto de cosas mortales alcanza al arte siniestro de producir seres artificiales, automáticos, oscuramente demoníacos. Al advenimiento del racionalismo y del cientifismo debían fatalmente suceder el advenimiento de la técnica y de la máquina, centro y apoteosis del nuevo mundo humano.

Es a la ciencia moderna que se debe, por otra parte, la profanación sistemática de los dominios de la acción y de la contemplación, al mismo tiempo que el desencadenamiento de la plebe a través de Europa. Es ella quien ha degradado y democratizado la noción misma del saber, estableciendo el criterio uniformista de la verdad y de lo cierto, fundada sobre el mundo sin alma de las cifras y sobre la superstición del método "positivo", indiferente a todo dato de la experiencia, teniendo un carácter cualitativo y un valor de símbolo. Es ella quien a hecho imposible la comprensión de las disciplinas tradicionales y, gracias al espejismo de evidencias accesibles a todos, ha afirmado la superioridad de la cultura laica creando

la superstición del hombre cultivado y del sabio. Es la ciencia quien, huyendo de las tinieblas de la "superstición" y de la "religión", insinuando la imagen de la necesidad natural, ha destruido progresiva y objetivamente toda posibilidad de relación "sutil" con las fuerzas secretas de las cosas, es ella quien ha hurtado al hombre la voz de la tierra, de los cielos y los mares, y ha creado el mito de la "época nueva", del "progreso", abriendo indistintamente todas las vías a todos los hombres y fomentando, finalmente, la gran revuelta de los esclavos.

Es la ciencia quien, facilitando hoy los medios de controlar y utilizar todas las fuerzas de la naturaleza según los ideales de una conquista ahrimánica del mundo, ha hecho nacer la tentación más peligrosa que se haya ofrecido jamás al hombre: la de considerar como una gloria su propia renuncia y confundir el poder con el fantasma del poder.

Este proceso de distanciamiento, de pérdida del mundo superior, de la tradición, de laicismo agresivo, racionalismo y naturalismo triunfantes, se manifiesta de forma idéntica sobre el plano de las relaciones del hombre con la realidad y sobre el plano de la sociedad, el Estado y las costumbres. Tal como hemos visto al tratar el problema de la muerte de la civilización, la sumisión íntima del humilde y del hombre desprovisto de conocimientos sobre los principios y las instituciones tradicionales, se justificaba en la medida en que permitía una relación jerárquica eficaz con seres que sabían y que "eran", que atestiguaban y mantenían viviente la espiritualidad no humana, de la que cada ley tradicional es el cuerpo y la adaptación. Pero cuando este centro de referencia ya no existe, o no subsiste más que como símbolo vacío, entonces la sumisión es vana, la obediencia estéril: de ello deriva una petrificación, no una participación ritual. Así, en el mundo moderno, humanizado y privado de la dimensión de la trascendencia, era fatal que desapareciera toda ley inspirada en un principio de jerarquía y de estabilidad, incluso sobre el plano más exterior y que desembocara en una verdadera atomización del individuo, no solo en materia de religión, sino también en el terreno político, al mismo tiempo que en el desconocimiento de todo valor, cualquier institución y autoridad tradicional. Una vez secularizada la **fides**, a la revuelta de las almas sucedió la revuelta de los hombres; a la revuelta contra la autoridad espiritual suceden la revuelta contra el poder temporal y la reivindicación de los "derechos del hombre", la afirmación de la libertad y de la igualdad de cada uno, la abolición definitiva de la idea de casta y privilegio, la desintegración libertaria.

Pero una ley de acción y reacción requiere que toda usurpación individualista acarree automáticamente una limitación colectivista. El sin-casta, el esclavo emancipado y el

paria glorificado -"el hombre libre" moderno- encuentra frente a él la masa de otros sin casta, y finalmente, la potencia brutal de lo colectivo. Es así como prosigue el derrumbe: de lo personal se retroce a lo anónimo, al rebaño, a la cantidad pura, caótica e inorgánica. Y al igual que la construcción científica ha intentado, actuando desde el exterior, recomponer la multiplicidad de los fenómenos particulares ahora privados de esta unidad interna y verdadera que no existe más que sobre el plano del conocimiento metafísico; así mismo los modernos han buscado reemplazar la unidad que resultaba, en las sociedades antiguas, de tradiciones vivientes y de derecho sagrado, por una unidad exterior, anónima, mecánica, de la que todos los individuos sufren su apremio, sin tener entre ellos ninguna relación **orgánica** y sin percibir principios o figuras superiores, gracias a los cuales la obediencia era también un asentimiento y la sumisión un reconocimiento y una elevación. Esencialmente fundados sobre las condiciones de la existencia material y de la vida puramente social, dominada sin luz por el sistema impersonal y nivelador de los "poderes públicos", surgen por tal vía formas colectivas, que caen en la absurda inversión individualista. Se presienten también bajo la máscara de la democracia o bien de los Estados nacionales, repúblicas o dictaduras, formas que no tardan en ser arrastrados por fuerzas infra-humanas independientes.

El episodio más decisivo del desencadenamiento de la plebe europea, a saber la Revolución francesa, ya hizo aparecer los rasgos típicos de esta convulsión. Permite constatar como las fuerzas escapan al control de quienes aparentemente las han suscitado. Una vez desencadenada, se diría que esta revolución ha marchado sola, guiando a los hombres más que conducida por ellos. Uno a uno, devora a sus hijos. Los jefes, antes que verdaderas personalidades, parecen ser aquí encarnaciones del espíritu revolucionario, arrastrados por el movimiento como ocurriría con algo inerte o automático. Emergen sobre las olas tanto como siguen la corriente y sirven a los fines de la revolución; pero a penas intentar dominarla o frenarla, el torbellino les sumerge. El todo-poder pandémico del contagio, de la fuerza-límite de los "estados de masa" donde la resultante supera y entraña la suma de todas las componentes, la rapidez con la cual los acontecimientos se suceden, con la cual todos los obstáculos son superados, el carácter fatídico de muchos episodios, constituyen otros tantos aspectos específicos de la Revolución francesa, a través de los cuales se manifiesta la aparición de un elemento no humano, de algo subpersonal que posee sin embargo una vida y una inteligencia propias y de la que los hombres se convierten en simples instrumentos (7).

Este fenómeno es igualmente perceptible en grados y bajo formas diferentes, en algunos aspectos brotados de la sociedad moderna en general, tras la ruptura de los

últimos diques. Políticamente, el anonimato de las estructuras confiere al pueblo y a la "nación" el origen de todo poder no interrumpiéndose más que para dar lugar a fenómenos absolutamente parecidos a las antiguas tiranías populares: emergen personalidades de forma fugaz, gracias al arte de despertar y arrastrar a las fuerzas del **demós**, sin apoyarse sobre un principio verdaderamente superior, y no dominando más que de una forma ilusoria las fuerzas que suscitan. La ley de aceleración propia de toda caída implica la superación de la fase del individualismo y del racionalismo y la emergencia consecutiva de fuerzas irracionales elementales salidas de una mística correspondiente. Tales son las fases ulteriores del proceso de inversión, que se acompañaba, en el dominio de la cultura, de convulsiones que alguien ha llamado la **traición de los clérigos** (8).

Estos hombres que, consagrándose a formas desinteresadas de actividad y a valores universales, servían todavía de reactivo al materialismo de las masas y, oponiendo a la vida pasional e irracional de estas, por su fidelidad a intereses y principios superiores, afirmaban una especie de trasfondo de trascendencia que impedía, al menos, a los elementos inferiores transformar en religión sus ambiciones y su modo general de existencia, estos hombres, recientemente, se dedicaron a celebrar precisamente este realismo plebeyo y esta existencia inferior "desconsagrada", confiriéndole la aureola de una mística, de una moral y una religión. No solo se han puesto a cultivar ellos mismos las pasiones materiales, los particularismos y los odios políticos, no solo se han abandonado a la embriaguez de las realizaciones y las conquistas temporales en el momento preciso en que, ante la potencia creciente del elemento inferior, su papel de contraste hubiera sido el más necesario, sino que, cosa infinitamente más grave, han pretendido exaltar en todo esto las meras posibilidades humanas como lo más bello y noble a cultivar, las únicas que permiten al hombre alcanzar la plenitud de la vida moral y espiritual. Han facilitado luego a estas pasiones una poderosa armadura doctrinal, filosófica, e incluso religiosa (y por esto mismo han acrecentado desmesuradamente su fuerza cubriendo al mismo tiempo de ridículo y abyección todos los intereses o principios trascendentes, superiores a los particularismos raciales o nacionales, libres de los condicionamientos humanos y político-sociales) (9). Es aquí donde aparece de nuevo una inversión patológica de polaridad: la persona, en sus facultades superiores, se convierte en el instrumento de **otras** fuerzas que la suplantán y que, frecuentemente sin que lo sospeche, utilizan estas facultades con fines de destrucción espiritual (10).

La "traición" empieza, a partir del momento en que las facultades intelectuales fueron aplicadas masivamente a la investigación naturalista, y donde la ciencia profana que deriva pretendió ser la única ciencia verdadera, se hizo aliada del racionalismo en su

ataque contra la tradición y la religión y se puso esencialmente al servicio de las necesidades materiales de la vida, de la economía, la industria, la producción y la superproducción, la sed de poder y riqueza.

En la misma dirección la ley y la moral se secularizan, no estando orientadas ya "de lo alto hacia lo bajo", pierden toda justificación y toda finalidad espirituales, adquieren puramente un sentido social y humano. Es significativo, sin embargo, que en ciertas ideologías recientes hayan terminado por reivindicar su antigua autoridad, pero según una dirección invertida; "de lo bajo hacia lo alto". Nos referimos aquí a la "moral" que no reconoce valor al individuo más que en tanto que miembro de un ser colectivo acéfalo, identificando su destino y su felicidad con los de esta entidad y denunciando como "decadentismo" y "alienación" toda forma de actividad que no sea "comprometida", que no esté al servicio de la plebe organizada, en marcha hacia la conquista del planeta. Volveremos más adelante a ello cuando examinemos las formas específicas bajo las cuales el presente ciclo está a punto de cerrarse. Nos contentaremos con señalar aquí una de las consecuencias de esta situación, a saber la inversión definitiva de las reivindicaciones individualistas que están en el origen del proceso de desintegración y que no subsisten más que en los vestigios y las veleidades de un pálido e impotente "humanismo" de literatos burgueses. Se puede decir que con el principio según el cual el hombre, antes de sentirse persona, debe sentirse grupo, fracción, partido y finalmente colectividad, y valer esencialmente en relación a aquellos, reaparece la relación que existía entre el salvaje y el totem de su tribu, cuando no es el marco de un fetichismo aún más grosero.

En lo que respecta a la visión general de la vida, los modernos han considerado como una conquista el tránsito de una "civilización del ser" a una "civilización del devenir". Una de las consecuencias han sido la valoración del aspecto puramente temporal de la realidad sobre el plano de la historia, es decir, el historicismo. Distanciado de los orígenes, el movimiento indefinido, insensato y acelerado de esto que se ha llamado justamente "fuga adelante", se convirtió el tema dominante de la civilización moderna, a menudo bajo la etiqueta del evolucionismo y del progresismo. A decir verdad, los gérmenes de esta mitología supersticiosa aplicada al tiempo se pueden encontrar en la escatología y el mesianismo hebraico-cristiano, pero también en la primera apologética católica; esta atribuía, en efecto, valor al carácter de "novedad" de la revelación cristiana, hasta el punto que se puede ver, en la polémica de San Ambrosio contra la tradición romana, una primera desembocadura de la teoría del progreso. El "descubrimiento del hombre", propio al Renacimiento, da un terreno, particularmente fértil, donde estos gérmenes debían desarrollarse hasta el período del iluminismo y el cientifismo, tras lo cual el espectáculo del desarrollo de las ciencias de la naturaleza,

de la técnica, de las invenciones, etc. ha jugado el papel de estupefaciente, ha girado las imágenes, a fin de evitar que fuera comprendida la significación subyacente y esencial de todo el movimiento: el abandono del ser, la disolución de toda centralidad en el hombre, su identificación con la corriente del devenir, a partir de ahora más fuerte que él. Y cuando las quimeras del progresismo más grosero corren el riesgo de aparecer como tales, las nuevas religiones de la Vida y del impulso vital, el activismo y el mito "faústico", acaban por facilitar otros estupefacientes, a fin de que el movimiento no se detenga sino que sea, por el contrario, estimulado, adquiera un sentido de sí, tanto en lo que concierne al hombre como a la existencia en general. Una vez más la inversión es evidente. El centro es desplazado hacia esta fuerza elemental y huidiza de la región inferior que siempre ha sido considerada, en el mundo de la Tradición, como un poder enemigo cuya sujeción y fijación en una "forma", en una posesión y en una liberación iluminada del alma, constituía la tarea de aquel que aspiraba a la existencia superior preconizada por el mito heroico y olímpico. Las posibilidades humanas que, tradicionalmente, se orientaban en esta vía de desidentificación y liberación o que, por lo menos, reconocían la dignidad suprema hasta el punto de hacer de ella la piedra angular del sistema de participaciones jerárquicas, estas posibilidades, cambiando bruscamente de polaridad, han pasado en el mundo moderno al servicio de las potencias del devenir, en el sentido de algo que les dice **si**, ayudando, excitando, acelerando y exasperando su ritmo, viendo no solo lo que es, sino también, lo que **debe** ser, aquello que está bien que sea.

De ello deriva que el activismo moderno, en lugar de representar una vía hacia lo supra-individual -tal fue el caso, como hemos visto, de la antigua ascesis heroica- representa una vía hacia lo sub-individual, que favorece y provoca irrupciones destructoras de lo irracional y de lo colectivo en las estructuras ya vacilantes de la personalidad humana. Es un fenómeno "frenético" análogo al del antiguo dionisismo, pero que se sitúa evidentemente sobre el plano mucho más bajo y oscuro, porque toda referencia a lo sagrado está ausente, porque los circuitos humanos son los únicos que acogen y absorben las fuerzas evocadas. A la superación espiritual del tiempo, que se obtiene elevándose justo hasta una sensación de eterno, se opone hoy su contrapartida: una superación **mecánica** e ilusoria obtenida por rapidez, instantaneidad y simultaneidad, utilizando como medio los recursos de la técnica y las diversas modalidades de la nueva "vida intensa". Aquel que realiza en sí mismo lo que no pertenece al tiempo puede abrazar de un solo golpe lo que se presenta en el devenir bajo el aspecto de la sucesión, al igual que aquel que asciende a la cúspide de una torre puede alcanzar con una sola mirada y comprender en su unidad y su conjunto las cosas aisladas, que pasando entre ellas, no habría podido ver más que de forma sucesiva. Pero aquel que, por un movimiento opuesto, se lanza por el contrario, en el

devenir, para darse la ilusión de dominarlo, no puede conocer más que el orgasmo, el vértigo, la aceleración convulsiva de la velocidad, el exceso pandémico de la sensación y la agitación. Esta precipitación de quien se ha "identificado", que contrae el ritmo, que desorganiza la duración, que destruye el intervalo y libera la distancia, desemboca en la instaneidad, es decir en una verdadera desintegración de la unidad interior. El **ser**, el **estar**, son sinónimos casi de muerte para el moderno: no vive sino actúa, si no se agita, si no se aturde de una forma u otra. Su espíritu -si le puede aun hablar de espíritu- no se alimenta más que de **sensaciones**, vértigos, dinamismo y sirve de sorporte a la encarnación frenética de las fuerzas más oscuras.

Los diversos "mitos" modernos de la acción aparecen así como signos precursores de una fase última y resolutive. Habiéndose desvanecido las claridades desencarnadas y estelares del mundo superior en lo lejano, como las altas cumbres, más allá de las construcciones racionalistas y las devastaciones mecanicistas, más allá de los feudos impuros de la sustancia vital colectiva, de las nieblas y los espejismos de la "cultura" moderna, parece anunciarse una época donde la afirmación individualista, "luciferina" y teófoba será definitivamente vencida y ponde potencias incontrolables asaltarán la sede de este mundo de máquinas y de seres hebríos y apagados que habían elevado en su caída, para sí, templos titánicos y les habían abierto las vías de la tierra.

Es interesante señalar, por otra arte, que el mundo moderno está igualmente marcado por un retorno, bajo una forma singular, temas propios a las antiguas civilizaciones ginecocráticas meridionales. En las sociedades modernas, el socialismo y el comunismo ¿no son, en efecto, reapariciones materializadas y mecanizadas del antiguo principio telúrico- meridional de la igualdad y la promiscuidad en la Madre Tierra? Al igual que la ginecocracia afrodítica, el ideal predominante de la virilidad es, en el mundo moderno, físico y fálico. El sentimiento plebeyo de la Patria, que se ha afirmado con la Revolución francesa y se ha desarrollado con las ideologías nacionalistas como mística de la raza y de la Madre Patria sagrada y omnipotente, es efectivamente la reminiscencia de una forma de totemismo femenino. Y los reyes y los jefes de gobierno desprovistos de toda autoridad real, "primeros servidores de la nación", atestiguan la desaparición del principio absoluto de la soberanía paterna y del retorno al tipo que extrae de la Madre -de la sustancia del **demos**- el origen de su poder. Hetairismo y amazonismo están igualmente presentes, bajo nuevas formas: es la pulverización de la familia, el sensualismo moderno, la incesante y turbulenta búsqueda de la mujer y del placer y de otra parte, es la masculinización de la mujer, la lucha por su emancipación, por la igualdad de sus derechos en todos los dominios, su bastardización deportiva. Aún hoy, la amazona y la hetaira han suplantado toda expresión superior de la feminidad y reinan sobre el hombre convertido en esclavo de

los sentidos o animal de carga. Y en cuanto a la máscara de Dionisos, la hemos reconocido antes, en la concepción de la vida y el impulso frenético del activismo y del "devenirismo". Es así como revive exactamente hoy, la misma civilización de descomposición que había aparecido ya en el antiguo mundo mediterráneo. Revive en sus manifestaciones más bajas; le falta, en efecto, todo sentido de lo sagrado, todo equivalente de la casta y serena posibilidad demetriaica. Mas que a las supervivencias de la religión positiva que ha reinado en Occidente hay que conceder el valor de síntoma a las evocaciones oscuras propias de las diversas corrientes mediúnicas-espiritistas y teosofistas, a las corrientes orientadas hacia la valorización del subconsciente, a las corrientes místicas de fondo panteista y naturalista, cuya proliferación presenta un carácter particularmente epidémico allí donde -como en los países anglo-sajones- la materialización del tipo viril y de la existencia cotidiana ha alcanzado su máximo y donde el protestantismo ha empobrecido y secularizado el mismo ideal religioso (11). Así, el paralelismo es completo y el ciclo está en vías de cerrarse.

14.

LA REGRESION DE LAS CASTAS

Si queremos deducir un punto de vista de conjunto, encontraremos en lo que precede todos los elementos necesarios para la formulación de una ley general objetiva concerniente al proceso de caída cuyos momentos más característicos hemos indicado sucesivamente: es la ley de la **regresión de las castas** (1) El sentido de la historia, a partir de los tiempos preantiguos, corresponde exactamente a un descenso progresivo del poder y del tipo de civilización de una a otra de las cuatro castas -los jefes sagrados, la nobleza guerrera, la burguesía (economía, "mercaderes") y los esclavos- que correspondían, en las civilizaciones tradicionales, a la diferenciación cualitativa de las principales posibilidades humanas. En relación a este movimiento general, todo lo que concierne a los conflictos entre los pueblos, la vida de las naciones y las demás contingencias históricas, no presenta más que un carácter secundario y episódico.

Hemos constatado, primeramente, la decadencia de la era de la primera casta. Los representantes de la realeza divina, los jefes que reunieron en sí mismos, de forma absoluta, los dos poderes, bajo el signo de lo que hemos llamado la virilidad espiritual

y la soberanía olímpica, pertenecen, en Occidente, a un pasado lejano, casi mítico. Hemos seguido, a través de la alteración progresiva de la Luz del Norte, el desarrollo del proceso de decadencia, y visto en el ideal gibelino del Sacro Imperio Romano, el último eco de la más alta tradición.

Desaparecida la cúspide, la autoridad pasa inmediatamente al nivel inferior, a la casta de los guerreros. En primer plano se encuentran ahora monarcas, que son simplemente jefes militares, dueños de la justicia temporal y, finalmente, soberanos políticos absolutos. Es la realeza de la sangre, no ya la realeza del espíritu. En ocasiones subsiste la noción de "derecho divino", pero en tanto que fórmula desprovista de todo contenido verdadero. Tras las instituciones que no conservaban más que en sus formas exteriores los rasgos de la antigua constitución sagrada, no se encuentran a menudo ya, en la antigüedad, más que reyes de este tipo. En todo caso, al producirse la disolución del ecumene medieval, el tránsito a la nueva fase es general y definitivo, en Occidente. La **fides**, cimiento del Estado, pierde, a este nivel, su carácter espiritual, para no conservar más que un carácter guerrero y un sentido de lealismo, fidelidad y honor. Se trata esencialmente, de la era y del ciclo de las grandes monarquías europeas.

Segunda caída: incluso las aristocracias declinan, las monarquías vacilan; a través de las revoluciones y las constituciones, cuando no son suplantadas por regímenes de tipo diferente (republicas, federaciones), no son más que vanas supervivencias, sometidas a la "voluntad de la nación" y a la regla según la cual "el rey reina, pero no gobierna". En las democracias parlamentarias, republicanas o nacionales, la constitución de las oligarquías capitalistas expresa entonces el tránsito del poder de la segunda casta al equivalente moderno de la tercera: el poder pasa del guerrero al mercader. Los reyes del carbón y del acero, del petróleo, ocupan finalmente el lugar de los reyes de la sangre y del espíritu. La antigüedad también había conocido en ocasiones, esporádicamente, este fenómeno: en Roma y en Grecia, "la aristocracia del censo" frecuentemente forzó al aparato jerárquico, accediendo a cargos nobiliarios, minando las leyes sagradas y las instituciones tradicionales, penetrando en el ejército y hasta en el consulado y el sacerdocio. Más tarde contemplamos la revuelta de las Comunas y la aparición, bajo formas diversas, de un poder comercial. La proclamación solemne de los derechos del "Tercer Estado", en Francia, constituyó la etapa decisiva a la cual sucedieron las diversas variedades de la "Revolución burguesa", es decir precisamente de la tercera casta, a la cual las ideologías liberales y democráticas sirvieron de instrumentos. Paralelamente, la teoría del **contrato social** es característica de esta era: ya no se encuentra presente, ni siquiera como lazo social, una **fides** de tipo guerrero, con relaciones de fidelidad y honor. El lazo social

revista un carácter utilitario y económico: es un acuerdo fundado en la conveniencia y el interés material, el único que un **mercader** puede concebir. El oro sirve de intermediario y aquel que se apropia de él y lo sabe multiplicar (capitalismo, finanza, trusts, industria) controla virtualmente, tras la fachada democrática, el poder político y los instrumentos que sirven para formar la opinión pública. La aristocracia cede el lugar a la plutocracia; el guerrero al banquero y al industrial. La economía triunfa en todos los terrenos. El tráfico de dinero y el agiotismo, antiguamente confinado en los ghettos, invade todo en la nueva civilización. Según la expresión de Sombart, en la tierra prometida del puritanismo protestante, con el americanismo y el capitalismo, no vive más que el "espíritu hebraico destilado". Y es natural, habida cuenta de este parentesco, que los representantes modernos del hebraísmo secularizado hayan visto abrirse ante ellos, durante esta fase, las vías de la conquista del mundo. El tránsito siguiente de Karl Marx es, a este respecto característicos: "¿Cuál es el principio mundano del hebraísmo? La exigencia práctica, el beneficio personal. ¿Cuál es su dios terrestre? El dinero. El hebreo se ha emancipado de una manera hebraica, no solo porque se ha apropiado del poder del dinero, sino también porque, gracias a él, el dinero se ha convertido en un poder mundial y el espíritu práctico hebraico se ha convertido en el espíritu práctico de los pueblos cristianos. **Los hebreos se han emancipado en la medida en que los cristianos se han convertido en hebreos.** El dios de los hebreos se ha mundanizado y convertido en el dios de la tierra. El **cambio** es el verdadero dios de los hebreos" (2). En realidad la codificación religiosa del tráfico de oro como del préstamo con interés, al cual se habían consagrado precedentemente sobre todo los hebreos, faltándoles cualquier otro medio para afirmarse, puede ser considerado como la base misma de la aceptación y del desarrollo aberrante, en el mundo moderno, de todo lo que es banca, finanza, economía pura, fenómeno comparable a la invasión de un verdadero cáncer. Tal es el momento fundamental de la "época de los mercaderes".

Enfin, la crisis de la sociedad burguesa, la lucha de clases, la revuelta proletaria contra el capitalismo, el manifiesto de la "Tercera Internacional" y la organización correlativa de grupos y masas en el marco de una "civilización socialista del trabajo", marcan el tercer hundimiento mediante el cual el poder tiende a pasar a la tercera de las castas tradicionales, a la del hombre-masa, lo que acarrea la reducción de todos los horizontes y de todos los valores al plano de la materia, de la máquina y del número. La revolución rusa fue el prelude. El nuevo ideal es el ideal "proletario" de una civilización universal comunista (3).

El despertar y la irrupción de las fuerzas elementales subhumanas en las estructuras del mundo moderno corresponde y tiene el mismo sentido que lo que sucede a un

individuo que no soporta más la tensión del espíritu (primera casta), no soporta ni siquiera, luego, la de la voluntad en tanto que poder libre que mueve el cuerpo (casta guerrera), abandonándose a las fuerzas subpersonales del sistema corporal, pero, de golpe, se revela magnéticamente bajo el impulso de **otra** vida que substituye a la suya. Las ideas y las pasiones del **demós** terminan por no pertenecer a los hombres, actúan como si tuvieran una vida autónoma y temible y -actuando a través de los intereses o "ideales" que pretenden seguir- lanzan a naciones y colectividades unas contra otras, en conflictos o crisis cuya historia no conoce ejemplo, teniendo como límite, la perspectiva del hundimiento total, de la internacional mundial situada bajo los signos brutales de la hoz y el martillo.

Tales son los horizontes del mundo contemporáneo. Al igual que el hombre no puede ser verdaderamente libre más que adhiriéndose a una actividad libre, concentrándose sobre fines prácticos y utilitarios, sobre realizaciones económicas y todo lo que pertenece, en principio, al dominio de las castas inferiores, el hombre abdica, se desintegra, se descentra, se abre a las fuerzas inferiores, donde es destinado a convertirse rápidamente e incluso sin que lo perciba, en instrumento. La sociedad contemporánea se presenta precisamente como un organismo que ha pasado del tipo humano al tipo sub-humano, en el cual toda actividad y toda reacción está determinada por necesidades y tendencias de la vida puramente corporal. Sus principios dominantes coinciden exactamente con los que eran propios de la parte física de las jerarquías tradicionales: el **oro** y el **trabajo**. Las cosas están orientadas de tal forma que estos dos elementos condicionan hoy, casi sin excepción, toda posibilidad de existencia y forjan ideologías y mitos que evidencian claramente el grado de perversión de todos los valores.

La regresión cuatripartita no solo tiene un alcance político-social, sino que se verifica en todos los dominios de la civilización. En arquitectura, está marcada por el tránsito del tema dominante del templo (primera casta) al de la fortaleza y el castillo (casta guerrera), luego al de la ciudad comunal rodeada de muros (época de los mercaderes) y finalmente al de la fábrica y los edificios racionalizados y sin alma, colmenas humanas del hombre-masa. La familia que, originalmente, había tenido un fundamento sagrado (cf. pag. y sigs.), reviste luego un carácter autoritario (**patria potestas** en el sentido simplemente jurídico del término), luego burgués y convencional, antes de aproximarse a su disolución. Se constatan fases análogas en lo que concierne a la noción de guerra: de la doctrina de la "guerra santa" y de la **mors triumphalis** (primera casta) se pasa a la guerra hecha por el derecho y el honor del príncipe (casta guerrera): en una tercera etapa son las ambiciones nacionales ligadas a los planos y a los intereses de una economía y de una industria tendiente a la

hegemonía quienes desencadenan los conflictos (casta de los mercaderes); finalmente aparece la teoría comuniasta, que considera la guerra entre naciones como un residuo burgués, siendo la única guerra justa la revolución mundial del proletariado contra la sociedad capitalista y autotitulada "imperialista" (casta de los esclavos). En el terreno estético, de un arte simbólico-sagrado asociado a la videncia y a la magia (primera casta), se pasa a la epopeya, al arte épico (casta guerrera), luego a un arte romántico-conventional, sentimental, erótico-psicológico esencialmente forjado para el placer del burgués, hasta que se manifiestan concepciones "sociales" y "comprometidas" del arte, apareciendo un "arte de masa". El mundo tradicional conocía la unidad supraindividual propia a las Ordenes, y en último lugar, en Occidente, a las órdenes ascético-monásticas. Las Ordenes caballerescas (casta de los guerreros) les sucedieron: tras estas, aparecía la unidad juramentada de las logias masónicas en vistas a la preparación de las revoluciones del Tercer Estado y del advenimiento de la democracia; luego la red de células revolucionarias y activistas de la internacional comunista (última casta), teniendo como fin la destrucción del orden precedente.

Pero es sobre el plano estético donde el proceso de degradación es particularmente visible. Mientras que la primera época se caracterizaba por el ideal de la "virilidad espiritual", la iniciación y la ética de la superación del lazo humano, mientras que la época de los guerreros descansaba aun sobre el ideal del heroísmo, de la historia y del señorío, sobre la ética aristocrática del honor, de la fidelidad y de la caballería, en la época de los mercaderes el ideal se convierte en economía pura, beneficio, la **prosperity** y la ciencia como instrumento de un progreso técnico-industrial al servicio de la producción de nuevos beneficios, hasta que el advenimiento de los esclavos eleva a la altura de una religión el principio de la esclavitud: el **trabajo**. El odio del esclavo llega hasta proclamar sádicamente que "quien no trabaja no come", y su idiotez, glorificándose a sí mismo, fabrica inciensos sagrados con las exhalaciones del sudor humano: "el trabajo eleva al hombre", "la religión del trabajo", "el trabajo como deber social y ético", "el humanismo del trabajo". Ya hemos visto que el mundo antiguo desdeña el trabajo, porque conoce la **acción**: la oposición entre la acción y el trabajo, en tanto que oposición entre el polo espiritual, puro y libre, y el polo material, impuro y pesando sobre las posibilidades humanas, estaba en la base de este desprecio. Es la pérdida del sentido de esta oposición, la reducción bestial del primer término al segundo, lo que caracteriza por el contrario, las últimas edades. Y mientras que antiguamente, a través de una transfiguración interior debida a su pureza y a su valor de "ofrenda" orientada hacia lo alto, todo trabajo podía contemplarse como un símbolo de **acción**, en sentido inverso, en la época de los esclavos, todo resto de acción tiende a degradarse en **trabajo**. El grado de decadencia de la moral moderna plebeyo-material en relación a la antigua ética aristocrático-sagrada está ilustrada por

152

este tránsito del plano de la acción al del trabajo. Los hombres superiores, incluso en una época relativamente reciente, **actuaban o dirigían** acciones. El hombre moderno **trabaja** (4). Hoy existe solo diferencia entre los diversos géneros de trabajo: hay trabajadores "intelectuales" y los hay que trabajan con sus brazos o mediante la máquina. Al mismo tiempo que la personalidad absoluta, la **acción**, en el mundo moderno, está en trance de morir. Además, mientras que la antigüedad consideraba como particularmente despreciables, entre las artes retribuidas, las que estaban al servicio del placer - **minimaeque artes eas probandae, quae ministrae sunt voluptatum-** (5) este es, en el fondo, el tipo de trabajo más considerado hoy: del sabio, del técnico, del hombre político, del sistema racionalizado de la organización productiva, el "trabajo" converge hacia la realización de un ideal de animal humano: una vida más cómoda, más agradable, más segura, el máximo del bienestar y el máximo de confort físico. En el área burguesa, incluso la calaña de los artistas y de los "Creadores", se identifica prácticamente con esta clase que está al servicio del placer y de las distracciones de cierta capa social, con esta clase de "sirvientes de lujo" que le correspondió en el patriciado romano o entre los señores feudales de la Edad Media.

Si los temas propios a esta degradación encuentran sobre el plano social y en la vida corriente sus expresiones más características, no dejan de aparecer también sobre el plano ideal y especulativo. Durante el período del Humanismo, el tema anti-tradicionista y plebeyo se anuncia ya en los puntos de vista de un Giordano Bruno, que, exalta de forma masoquista y particularmente estúpida, en relación a la edad de oro -de la cual no conoce nada- la edad humana de la fatiga y del trabajo; llama "divino" al brutal ascenso de la necesidad, porque crea "artes e invenciones cada vez más maravillosas", alejado cada vez más de esta edad de oro, considerada como una edad animales y ociosa, aproxima los hombres a la "divinidad" (6). Encontramos aquí una anticipación de estas ideologías, ligadas de forma muy significativa a la Revolución francesa, que consideraron precisamente el trabajo como la llave del mito social y evocaron de nuevo el tema mesiánico en términos de trabajo y de maquinismo, glorificando el progreso y el triunfo sobre el oscurantismo. He aquí por otra parte que el hombre moderno, consciente o inconscientemente, empieza a extender al universo y a proyectar sobre un plano ideal, las experiencias hechas en la fábrica, y cuyo trabajo productivo es el alma. Bergson, el filósofo del impulso vital, es también aquel que ha indicado la analogía entre la actividad técnica fabril, que reposa sobre un principio puramente utilitario y los procedimientos de la interligencia misma, tales como un moderno puede concebirlos. De otra parte, se ha ridiculizado ampliamente el antiguo ideal "inerte" del conocimiento contemplativo, "todo el esfuerzo de la filosofía moderna del conocimiento, en sus corrientes más vivientes,

tiende a llevar el conocimiento al trabajo productivo. Conocer es hacer. Se conoce verdaderamente lo que se hace" (7) **Verum et factum convertuntur**. Y el hecho que, según el irrealismo propio a estas corrientes, ser significa conocer, espíritu quiere decir mental y el proceso productivo e inmanente del conocimiento se identifica con los procesos de la realidad, lo que se refleja hasta en las regiones más elevadas, y se impone precisamente como "verdad" para ellas, es el modo de la última casta: el trabajo productivo divinizado. Existe pues, sobre el plano mismo de las teorías filosóficas, un activismo que parece ser solidario del mundo creado por el advenimiento de la última casta, solidaria de la "civilización del trabajo".

Y en verdad, las ideologías modernas relativas al "progreso" y a la "evolución" y que han tenido como consecuencia pervertir con una inconsciencia científica toda visión superior de la historia, fomentar la destrucción definitiva de las verdades tradicionales, crear coartadas cada vez más capciosas para la justificación y la glorificación del último hombre, no reflejan, en general, nada más que este advenimiento. Ya lo hemos dicho: **el mito de la evolución no es otra cosa que la profesión de fé del nuevo rico**. Si Occidente considera a partir de ahora como verdad, no la procedencia de lo alto sino de lo bajo, no la nobleza de los orígenes, sino más bien la idea según la cual la civilización nace de la barbarie, la religión de la superstición, el hombre de la bestia (Darwin), el pensamiento de la materia, toda forma espiritual de la "sublimación" o transposición de la materia original del instinto, de la **libido**, de los complejos, del inconsciente colectivo" (Freud, Jung) y así sucesivamente, es preciso ver en todo esto mucho menos el resultado de una investigación desviada, que una coartada, algo que **debía** necesariamente ser inducido a creer y a **querer** como cierto, una civilización creada por seres llegados de lo bajo, por la revolución de los esclavos y de los parias contra la antigua sociedad aristocrática. Y no existe dominio alguno donde, bajo una forma u otra, el mito del evolucionismo no se haya insinuado de forma destructora, hasta el punto de derribar todo valor, impedir todo verdadero brote, elaborar y consolidar en todas sus partes, casi como en un círculo mágico sin salida, el sistema del mundo propio a una humanidad "desconsagrada" y prevaricadora. El historicismo, cómplice del pretendido "idealismo" post-hegeliano llega a ver el ser del "Espíritu absoluto" en su "hacerse a sí mismo", en su "autóctisis". Ya no es el Ser lo que es, quien domina, quien se posee a sí mismo: el **self made man** se convierte en el modelo metafísico.

Distinguir la caída que se produce a lo largo de caminos de oro (época de los mercaderes) de la que se produce a lo largo de los caminos del trabajo (época de los esclavos) no es fácil, pues ambas están unidas por relaciones de interdependencia. En efecto, al igual que en nuestros días no se encuentra repugnante, absurdo y

contranatura considerar el trabajo como un deber universal, tampoco se encuentra repugnante, sino por el contrario completamente natural, ser **pagado**. Pero el dinero, que no quema ninguna mano, ha creado el lazo invisible de un esclavo, lazo mucho más duro y abyecto que el que justificaba y mantenía en la antigüedad, al menos la alta estatura de los Señores y de los Conquistadores. Toda forma de acción tendiente a devenir una forma de trabajo, se asocia siempre a una recompensa y mientras que en las sociedades modernas la acción, asimilada al trabajo, se mide por su rendimiento y el hombre tiene su éxito práctico y sus beneficios, mientras que Calvino ha servido, como ha dicho, de mediador, para que el lucro y la riqueza se rodeen casi de la aureola mística de una elección divina atestiguada, el espectro del hambre y del paro pesa sobre los nuevos esclavos como una amenaza más terrible aun que la del látigo de la antigüedad.

Es posible, en todo caso, distinguir aproximativamente una fase en la cual el afán de lucro de los individuos que centralizan la riqueza y el poder, constituye el tema central, fase que corresponde al advenimiento de la **tercera** casta y una fase ulterior en formación, caracterizada por una economía convertida en independiente, colectiva o socialísticamente estatizada (advenimiento de la última casta).

A este respecto es interesante señalar que la degradación del principio "acción" en la forma propia a las castas inferiores (trabajo, producción) se acompaña a menudo de una desintegración análoga del principio "ascesis". Se ve nacer una ascesis del oro y del trabajo (8). Uno y otro, de medios, se convierten en fines, cosas que amar y buscar por sí mismas. Trabajar y proseguir la riqueza no significa ni siquiera proseguir indirectamente el placer, sino que se convierte en una vocación y casi una misión en algunas capas de las nuevas sociedades. Se ve así, en particular en América, a algunos capitalistas gozar menos de su riqueza que el último de sus empleados u obreros; no se trata, para ellos, de poseer la riqueza, de ser libres en relación a ella y de servirse de ella para desplegar ciertas formas de magnificencia o sensibilidad para diversas cosas, preciosas y privilegiadas (como era el caso en las aristocracias) lejos de todo esto, no son, por así decirlo, más que simples administradores. En la riqueza, estos seres no persiguen más que la posibilidad de una actividad más grande; son como instrumentos, impersonales y ascéticos, cuya actividad está volcada a recoger, a multiplicar y a lanzar redes cada vez más amplias, que encuentran en ocasiones a millones de seres, los destinos de las naciones, en las fuerzas sin rostro del dinero y de la producción (9). **Fiat productio, pereat homo**, dice justamente Sombart, exponiendo el proceso mediante el cual las destrucciones espirituales, el vacío mismo que el hombre convertido en "hombre económico" y el gran emprendedor capitalista ha creado entorno suyo, obligándole a

hacer de su actividad misma -beneficio, negocios, rendimiento- un fin, para amarlo y quererlo en sí mismo, so pena de ser arrastrado por el vértigo del abismo, por el horror de una vida totalmente desprovista de sentido (10).

La relación de la economía moderna con la máquina es igualmente característica de una situación en que las fuerzas desencadenadas superan los planos de aquel que los ha evocado originalmente y lo arrastran todo con ellas. Una vez que se perdió o se convirtió en risible todo interés por lo que la vida puede dar en el orden de un "mas que vivir", no debía quedar, como único punto de referencia, más que el principio tradicional de la limitación de la necesidad en los marcos de una economía normal, es decir de una economía equilibrada de consumo, debía pasarse al principio de la aceptación y de la multiplicación de la necesidad, en estrecha relación con la revolución industrial y el advenimiento de la máquina. La máquina ha conducido automáticamente de la producción a la superproducción. El despertar simultáneo de la embriaguez "activista", y también del circuito del dinero que se multiplica mediante la producción para relanzarse luego en otras inversiones productivas, multiplicarse aun, relanzarse y así sucesivamente, ha llegado al punto donde las relaciones entre la relación y la máquina (o el trabajo) se han invertido completamente: ya no es la necesidad quien requiere el trabajo mecánico, sino el trabajo mecánico (la producción) quien tiene necesidad de la necesidad. En un régimen de superproducción, para que todos los productos sean vendidos, es preciso que las necesidades individuales, lejos de ser reducidas, sean mantenidas e incluso multiplicadas, a fin que se consuma cada vez más y se tenga siempre el mecanismo en movimiento, so pena de llegar a un embotellamiento fatal, que acarrea una u otra de estas consecuencias: la guerra, comprendida como medio de asegurar mediante la violencia de los desarrollos una mayor potencia económica e industrial, o bien el paro (desarme industrial frente a la crisis de "inversión" y de consumo) con sus consecuencias diversas -crisis y tensiones sociales- particularmente favorables a la sublevación del Cuarto Estado.

Así la economía ha actuado en la esencia interior del hombre moderno y a través de la civilización creada por él, a ejemplo del fuego que se transmite de un punto a otro tanto hasta que arde todo. Y la "civilización" correspondiente, partiendo de los núcleos occidentales, ha extendido el contagio a todas las tierras aun sanas, ha aportado la inquietud, la insatisfacción, el resentimiento, la incapacidad de poseerse en un estilo de simplicidad, de independencia y medida, la necesidad de ir sin cesar más adelante y más rápidamente, en el seno de todas las capas sociales y de todas las razas; ha llevado al hombre cada vez más lejos, le ha impuesto la necesidad de un número cada vez mayor de cosas, lo ha convertido en cada vez más insuficiente e

impotente; cada nuevo invento, cada nuevo hallazgo técnico, en lugar de ser una conquista, marca una nueva derrota, es un nuevo latigazo destinado a volver la carrera cada vez más rápida y ciega. Es así como las diferentes vías convergen: la civilización mecánica, la economía soberana, la civilización de la producción, coinciden con la exaltación del devenir y del progreso, del impulso vital ilimitado, en conclusión, con la manifestación de lo "demoníaco" en el mundo moderno (11).

En materia de ascesis degradada, conviene señalar el espíritu de un fenómeno propio al plano del "trabajo" (es decir de la cuarta casta). El mundo moderno conoce una especie de sublimación del trabajo, gracias al cual incluso este se disocia del factor económico e incluso de la noción de un fin práctico o productivo, y se convierte pues, a su vez, en una especie de ascesis. Se trata del **deporte**. El deporte es una forma de trabajar, donde el objeto y el fin productivo no cuentan, que es querido por sí mismo, en tanto que simple actividad. Se ha dicho con razón que representa la religión del obrero (12). El deporte es una contracción típica de la acción entendida en el sentido tradicional. Este "trabajo vacío", presenta la misma vulgaridad del trabajo y pertenece, como él, al tronco privado de luz, irracional y física, de las actividades que se ejercen en los diversos núcleos de la contaminación proletaria. Si se trata en ocasiones, en sus culminaciones, de la evocación fragmentaria de fuerzas profundas, no se trata sin embargo mas que del gozo de la **sensación del vértigo** -como máximo a la embriaguez de dirigir las energías y de vencer- sin ninguna referencia superior y transfigurante, sin tener el sentido de un "sacrificio" o de una ofrenda que desindividualicen. La individualidad física es, por el contrario, halagada y reforzada por el deporte, la cadena es pues consolidada y todo vestigio de sensibilidad más sutil ahogada; el hombre tiende a perder su carácter de ser orgánico, a reducirse a un haz de reflejos, casi a un mecanismo. Y no está carente de significado el que sean precisamente las capas más bajas de la sociedad quienes muestran el mayor frenesí por el deporte, sobre todo bajo la forma de grandes manifestaciones colectivas. Se podría ver en el deporte uno de los signos precursores de este tipo de sociedad -de la que habla Chigalew, en **Los Poseídos** de Dostoyewski- donde, tras el tiempo necesario para una educación metódica y razonada destinada a eliminar de cada uno el mal constituido por el Yo y por el libre arbitrio, los hombres no perciben que son esclavos, volverán a la inocencia y a la felicidad de una nueva Edad, diferente del Edén bíblico por el mero hecho de que será sometido a la ley general del trabajo. El trabajo como deporte y el deporte como trabajo, en un mundo que no conoce cielos y que ha perdido toda huella del verdadero sentido de la personalidad, sería en efecto la mejor forma de realizar un ideal mesiánico de este tipo. Es significativo que en muchas sociedades nuevas hayan surgido, de una forma espontánea o sobre la iniciativa del Estado, vastas organizaciones deportivas como apéndices de diversas

clases de trabajadores y lugares de encuentro entre los dos dominios del trabajo y del deporte.

(1) La idea de la regresión de las castas, ya indicada en nuestra obra **Imperialismo Pagano** (Roma, 1927), ha sido precisado por V. VEZZANI, luego por R. GUENON (**Autorité spirituelle et pouvoir temporel**, París, 1929) y ha sido finalmente expuesta, separadamente, por H. BERLS (**Die Heraufkunft des fünften Standes**, Karlsruhe, 1931). Esta idea corresponde por otra parte, analógicamente, a la doctrina de las cuatro edades, pues en las cuatro castas se encuentran, de alguna manera, coexistiendo en las capas sociales distintas, los valores que, según esta doctrina, han predominado sucesivamente en un proceso cuatripartito de regresión.

(2) **Deuts-französische Jahrbücher**, París, 1844, pag. 209-212 (apud. FRITSCH, **Handbuch der Judenfrage**, cit., pag. 496).

(3) D. MEREJKOWSKI, **Les Mysteres de l'Orient**, cit., pasg. 24: "La palabra proletario viene del latín **proles**, paternidad, generación. Los proletarios son "productores", generadores por el cuerpo pero eunucos por el espíritu; no son hombres ni mujeres, sino terribles "camaradas", hormigas impersonales y asexuadas del hormiguero humano".

(4) Cf. O. SPENGLER, **Untergang des Abendlandes**, Viena-Leipzig, 1919, v. I, pag. 513-619. La palabra "acción" es empleada aquí como sinónimo de actividad espiritual y desinteresada e implica pues la contemplación que, según la concepción clásica, era a menudo considerada, efectivamente, como la forma más pura de actividad, teniendo en sí mismo su objeto y no teniendo necesidad de "otra cosa" para pasar al acto.

(5) CICERON, **De off.**, 1, 42.

(6) G. BRUNO, **Spaccio della Bestia trionfante**, Diálogo III.

(7) Cf. A. TILGHER, **Homo Faber**, cit., pag. 120, 121, 87.

(8) Esto corresponde enteramente a la enseñanza tradicional, según la cual la edad de hierro empieza cuando un **shudra**, o esclavo, se entrega a la ascesis. Naturalmente, esta ascesis no podrá aplicarse más que al mundo del ser de un **shudra**, es decir al trabajo: será el ascesis del trabajo y de la producción.

(9) Cf. M. WEBER, **Gesammelte Aufsätze zur Religion und Soziologie**, Tubingia, 1924, v. III, donde se muestran las raíces protestantes de este retorno "ascético" del

capitalismo: al principio, existió la separación del beneficio como "vocación" del gozo de la riqueza, esta era considerado como un factor condenable de divinización y de orgullo de la criatura. Naturalmente, la corriente ha luego eliminado el factor religioso original y se ha orientado hacia formas puramente laicas y sin escrúpulos.

(10) W. SOMBART, **Le Bourgeois**, París, 1928, pag. 204-222, 400- 409.

(11) La característica de los "hombres demoníacos" dado hace siglos por el **Bhagavad-Gitâ** (XVI, 11), conviene muy bien al hombre moderno: "Entregados a proyectos sin fin que terminan con la muerte se proponen como fin supremo la satisfacción del deseo, convencidos que es la sola cosa que cuenta".

(12) Cf. TILGHER, **Homo Faber**, cit., pag. 162.

15

NACIONALISMO Y COLECTIVISMO

Mientras las civilizaciones tradicionales estaban coronadas por el principio de la **universalidad**, la civilización moderna se encuentra esencialmente situada bajo el signo de la **colectividad**.

Lo colectivo es a lo universal lo que la "materia" es a la "forma". La diferenciación de la sustancia informe de lo colectivo y la constitución de seres personales gracias a la adhesión a principios y a intereses superiores, representan los primeros pasos hacia este sentimiento que, de forma eminente y tradicional, se ha entendido siempre por "cultura". Cuanto el individuo ha conseguido dar una ley y una forma a su propia naturaleza, "pertenerse" antes que a depender de la mera componente "natural" de su ser, la condición preliminar de un orden superior, donde la personalidad no quede abolida, sino integrada, se encuentra ya realizada: y tal es el orden mismo de las "participaciones" tradicionales, en las cuales todo individuo, función y casta adquieren su justo sentido reconociendo lo que es superior y relacionándose orgánicamente. En el límite, lo universal se alcanza como la coronación de un edificio, cuyas bases sólidas están constituidas, tanto por el conjunto de las personalidades diferenciadas y formadas, cada una fiel a su función, como por organismos o unidades parciales, con sus derechos y sus leyes propias, que no se

contradican sino que se coordinan solidariamente a través de un elemento común de espiritualidad y una misma disposición activa y común a la entrega supra-individual.

Tal como hemos demostrado, la sociedad moderna sigue una dirección diametralmente opuesta, evidenciando una regresión hacia lo colectivo y no un progreso hacia lo universal, el individuo se muestra cada vez más incapaz de afirmarse, sino es en función de algo que le haga perder su propio rostro. Y esto se convierte en cada vez más sensible en la medida en que nos aproximamos al mundo del Cuarto Estado. El **nacionalismo moderno** puede considerarse como una fase de transición, a la cual conviene consagrar algunas consideraciones suplementarias.

Es preciso distinguir entre nacionalidad y nacionalismo. La Edad Media conoció nacionalidades, no nacionalismos. La nacionalidad es un don natural, que circunscribe un cierto grupo de cualidades elementales comunes, cualidades que se mantienen tanto en la diferenciación como en la participación jerárquica, a las que no se oponen de ninguna manera. Es así como en la Edad Media las nacionalidades se articularon en castas, cuerpos y órdenes: pero aunque el tipo del guerrero, del noble, del mercader o del artesano, fue conforme a las características de cada nación, estas organizaciones representaban al mismo tiempo unidades más amplias, internacionales. De aquí la posibilidad, para los miembros de una misma casta, de pertenecer a naciones diferentes, o comprenderse quizás mejor que pudieran hacerlo, en algunos casos, los miembros de dos castas diferentes en el interior de una misma nación.

El nacionalismo moderno representa lo contrario de esta concepción. Se funda sobre una unidad que no es natural, sino artificial y centralizadora y cuya necesidad se experimenta cada vez más, en la medida en que el sentido natural y sano de la nacionalidad se pierde y queda destruida toda tradición verdadera y cualquier articulación cualitativa, siendo entonces cuando los individuos se aproximan al estado de pura cantidad, de simple masa. Sobre esta masa actúa el nacionalismo, por medio de mitos y sugerencias capaces de galvanizar, despertar instintos elementales, crear perspectivas quiméricas de primacía, privilegios y poder. Cualquiera que sean sus pretensiones y referencias a una raza u otra, la sustancia del nacionalismo moderno no es un **ethos**, sino un **demós**, y su prototipo es el prototipo plebeyo suscitado por la Revolución Francesa.

De ahí que el nacionalismo tenga un doble rostro. De un lado, exaspera y confiere un valor absoluto a un principio particularista, aunque las posibilidades de comprensión y de verdadera colaboración entre naciones se encuentren reducidas a un mínimo. Encontramos aquí, al parecer, la misma tendencia en virtud de la cual la

desagregación del ecumene europeo coincide con el nacimiento de los Estados nacionales. En realidad, se sabe que en el siglo XIX, el nacionalismo, en Europa, fue pura y simplemente sinónimo de revolución, y que actúa en el sentido preciso de una disolución de los organismos supranacionales supervivientes y la aminoración del principio político de la soberanía legítima, en el sentido tradicional del término. Pero si se consideran las relaciones entre el individuo, contemplado en tanto que personalidad, y el todo, se ve aparecer claramente, en el nacionalismo, un aspecto opuesto que es precisamente el aspecto integrante y colectivizante. En el marco del nacionalismo moderno se anuncia ya la inversión de la que hemos hablado precedentemente: la nación, la patria, se convierten en el elemento primario, casi un ser en sí, exigiendo del individuo que forma parte de él una sumisión incondicional, no solo en tanto que ser natural y "político", sino también en tanto que ser moral. Incluso la cultura debería cesar de ser el apoyo para la formación y elevación de la persona y valer esencialmente por su carácter nacional. Así, las formas más elaboradas de nacionalismo entrañan ya una crisis del ideal liberal y de la "cultura neutra" (cf. pag.); estos conceptos son considerados como sospechosos, pero según una perspectiva opuesta a la que según el liberalismo y la cultura neutra, laica y apolítica pudieron aparecer como una degeneración en referencia a las precedentes civilizaciones orgánicas precedentes.

Incluso cuando el nacionalismo habla de tradición, lo hace en un sentido diferente del que tenía esta palabra en las civilizaciones antiguas. Se trata más bien de un mito o de una continuidad ficticia fundada sobre el mínimo común denominador, a saber, la simple pertenencia a un grupo dado. Es por ello que la "tradición" de la que se trata aquí es susceptible de reivindicar como representantes a personalidades que tienen pocas cosas en común, mientras que, sobre un plano superior, solo una "raza del espíritu" idéntica, y no la "nacionalidad", es capaz de establecer relaciones de verdadera comunidad, de homogeneidad y de continuidad. Pero en realidad, el nacionalismo tiende, gracias a esta "tradición", a consolidar un estado de masa tanto en la dimensión del tiempo, como del espacio, situando tras el individuo la unidad mítica, divinizada y colectivista de todos los que la precedieron. Cuando Chesterton calificó la tradición así comprendida como "democracia de los muertos", tuvo ciertamente razón. La dimensión de la trascendencia, de lo que es superior a la historia, está totalmente ausente.

Estos aspectos del nacionalismo moderno, al mismo tiempo que consagran el abandono de una unificación orientada hacia lo alto y apoyándose sobre elementos "supra-naturales" potencialmente universales, se distinguen solo por una simple diferencia de grado del anonimato propio a los ideales del Cuarto Estado y de sus

"Internacionales", que niegan todo concepto de patria y de Estado nacional. De hecho, cuando el pueblo se convierte en soberano, y el Rey o el Jefe no procede de "lo alto", cuando no existe más que "por la voluntad de la nación" y no "por la gracia de Dios", este atributo, incluso cuando se conserva, no corresponde más que a una fórmula vacía; es en este momento cuando el abismo que separa del comunismo a un organismo político de tipo tradicional es virtualmente franqueado, la ruptura consumada, todos los valores quedan desplazados e incluso invertidos y no queda más que esperar que se realice, progresivamente, este estado final. Es pues, más que por simple táctica, que los dirigentes de la subversión mundial, cuya última fórmula es el comunismo soviético, tienen como principio excitar, fomentar y sostener el nacionalismo, incluso allí donde el nacionalismo era anticomunista, y parecía volverse contra ellos. En realidad ven más lejos que quienes emplearon el nacionalismo en la primera revolución, la revolución liberal, hablando de "nación" pero entendiendo por ello en realidad "anti-tradición", negación del principio de la verdadera soberanía. Perciben el momento "colectivizante" del nacionalismo, que, más allá de las antítesis contingentes, orientará finalmente los organismos que controla hacia la vía del colectivismo.

Igualmente, no hay más que una simple diferencia de grado entre el nacionalismo y las tendencias democrático-humanitarias, que contrarrestan su particularismo y su espíritu de división. Aunque se presente de una forma menos neta, el fenómeno regresivo que está en la base del nacionalismo moderno se manifiesta también en estas tendencias, en las que no actúa más que un impulso hacia un conglomerado aun más amplio, homogéneo y estandarizado. Las fórmulas intermedias, fundadas sobre grandes frases tan queridas por la democracia, no tienen más que una importancia accesoria. Esencialmente, en uno y otro caso, se llega, finalmente, a una religión del hombre "terrestre". Como dice Benda, la última perspectiva es que la humanidad entera, y no una fracción de esta, se tome a sí misma como objeto de su culto. Se tiende hacia una fraternidad universal que, lejos de abolir el espíritu nacional con sus apetitos y sus orgullos, será en el fondo la forma suprema, llamando a la nación Hombre y al enemigo Dios (1). Unificada en una empresa inmensa, en una inmensa fábrica, no conociendo más que disciplinas e invenciones, ahogando cualquier actividad libre y desinteresada y no teniendo por Dios más que a sí misma y sus voluntades, la humanidad alcanzará entonces lo que tales tendencias conciben, bajo una forma casi mesiánica, como el fin último del esfuerzo civilizador (2).

Antes de terminar con el nacionalismo moderno, interesa señalar que mientras corresponde de un lado a una construcción y a un ser artificial, este ser, en virtud del poder de los mitos y de las ideas que evoca confusamente para mantener la cohesión

de un grupo humano dado y galvanizarla, permanece abierto a influencias que, sin que lo perciba, forman el instrumento más general de la subversión. Son los nacionalismos modernos, con su intransigencia, su egoísmo ciego y su brutal voluntad de poder, con sus antagonismos, tensiones y guerras suscitadas por ellos de forma insensata, quienes han servido para culminar la obra de destrucción, es decir pasar de la era del Tercer Estado a la era del Cuarto Estado, terminando por cavar ellos mismos su propia tumba.

* * *

Se presentó la posibilidad para Europa, sino de parar, si al menos de contener, el proceso de hundimiento en un espacio muy amplio, tras la caída de aquel que, aunque hubiera recuperado el símbolo imperial y ambicionado incluso la consagración romana, siguió siendo, sin embargo "el hijo de la Gran Revolución", cuyo virus expandió, gracias a la convulsión provocada por sus guerras victoriosas, en los Estados de la Europa tradicional y aristocrática: Napoleón Bonaparte. Con la **Santa Alianza** existió la posibilidad de levantar un dique contra el destino de los últimos tiempos. Metternich pudo, con razón, considerarse como el último gran europeo (3).

Metternich reconoció todos los puntos esenciales: vió que las revoluciones ni son espontáneas, ni constituyen fenómenos populares, sino artificiales, provocados por las fuerzas que, en el cuerpo sano de los pueblos y de los Estados, tienen la misma función que las bacterias en la producción de las enfermedades; advirtió que el nacionalismo no es más que una máscara de la revolución y la revolución un hecho esencialmente internacional, los fenómenos revolucionarios particulares no eran más que las manifestaciones locales y parciales de una corriente de subversión única de dimensiones mundiales. Metternich reconoció además muy claramente como los diferentes grados de las revoluciones se encadenan: el liberalismo y el constitucionalismo preparan fatalmente la democracia, esta prepara el socialismo, de ahí el radicalismo y finalmente el comunismo, toda la revolución liberal del Tercer Estado no sirve más que para allanar la vía para la revuelta del Cuarto Estado, destinada ella misma a zapar inexorablemente a los representantes de la primera y su mundo, una vez cumplida su misión de vanguardia y una vez abiertas las brechas (4). Es por ello que Metternich denunció la locura de pactar con la subversión: pues concederle un dedo, es invitarla a pedir más tarde el brazo y finalmente el cuerpo entero. Habiendo comprendido el fenómeno revolucionario en su unidad y en su esencia, Metternich indica el único antídoto posible: el frente igualmente supra-nacional de todos los Estados tradicionales, la liga defensiva y ofensiva de

164

todos los soberanos de derecho divino. Tal debía ser la Santa Alianza.

Desgraciadamente, faltaron las condiciones previas para que una idea tan grandiosa pudiera realizarse plenamente: condiciones tanto materiales como espirituales. En torno a Metternich, no hubo bastantes hombres ni jefes espirituales a la altura de la tarea. La unidad de un frente defensivo sobre el plano político-social se presentaba como un concepto claro y evidente; pero la idea capaz de servir de referencia positiva y carismática a esta alianza, a fin de que pudiera verdaderamente ser considerada como **santa**, no era en absoluto visible. Sobre el plano religioso, la unidad no estaba presente, pues la liga no comprendía solo soberanos católicos, sino también soberanos protestantes y ortodoxos, de forma que no hubo siquiera la sanción directa y "comprometedora" de la Iglesia, cuyo jefe permaneció al margen y que en el fondo, los concursos de los que se benefició fueron acordados para fines temporales y contingentes, más que espirituales. Por el contrario, lo que hacía falta era la recuperación del espíritu de la Edad Media, e incluso del espíritu de las Cruzadas: no bastaba con recurrir a la acción represiva y a la intervención militar cada vez que en los países de la Alianza se alumbraba la llama revolucionaria; fuera de medidas accesorias de este género, faltó algo similar a un nuevo **Templarismo**, una Orden, un bloque de hombres unidos en la idea, inexorables en la acción, que hubieran sido testimonios vivientes, en cada país, del retorno a un tipo humano superior, y no gentes de corte y salón, ministros de policía, eclesiásticos prudentes y diplomáticos preocupados solo por un "sistema de equilibrios". Al mismo tiempo, hubiera debido desencadenarse un ataque sobre el plano de la visión del mundo y de la vida: pero ¿dónde estaban entonces los representantes del puro espíritu tradicional capaces de destruir los focos de la mentalidad racionalista, iluminista y cientifista que eran los verdaderos fermentos de la revolución? ¿dónde estaban aquellos hombres capaces de destronar esta cultura a la cual desde el siglo XVII estaba de moda, incluso en las cortes y entre la aristocracia, capaces de cubrir de ridículo, y no de cadenas a los que se presentaban románticamente como apóstoles y mártires de las "grandes y nobles ideas de la revolución" y de la "libertad de los pueblos"? Privada de alma verdadera, constituida precisamente en el momento en que, por renuncia voluntaria de los Habsburgo, el Sacro Imperio Romano había cesado, incluso nominalmente, de existir y su centro, Viena, brillaba sobre todo como la "ciudad de los vales", la Santa Alianza, tras haber asegurado a Europa un corto período de paz relativa y de orden, se disolvió y el juego de los nacionalismos revolucionarios, acarreó la desintegración de las precedentes unidades político-dinámicas, no encontrando más que resistencias insignificantes.

Con la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa y la Segunda Guerra Mundial, los

165

acontecimientos, decisivos para la última edad, se precipitaron.

En 1914 los Imperios Centrales representaban todavía un resto de la Europa feudal y aristocrática en el seno del mundo occidental, a pesar de innegables aspectos de hegemonismo militarista y algunas alianzas sospechosas con el capitalismo, sobre todo en la Alemania de Guillermo. La coalición que se formó contra ellos fue una coalición declarada del Tercer Estado contra lo que subsistía de las fuerzas del Segundo Estado; tal fue la coalición de los nacionalismos y de las grandes democracias que se reclamaban más o menos de los "inmortales principios" de la Revolución Francesa, a los que se quería hacer avanzar un paso decisivo adelante, sobre el plano internacional (5), lo que no impedía por lo demás a la ideología humanitaria y patriótica hacer simultáneamente el juego de una industria ávida y hegemónica. La guerra de 1914- 1918 se presenta, en un grado que se encuentra raramente en otras guerras de la historia, no como un conflicto entre Estados y naciones, sino como una lucha entre las ideologías de las diversas castas. Sus resultados directos y queridos fueron la destrucción de la Alemania monárquica y de la Austria católica, los resultados indirectos, el hundimiento del Imperio de los Zares, la revolución rusa y la creación, en Europa, de una situación político-social hasta tal punto caótica y contradictoria, que contenía todas las premisas de una nueva conflagración.

Esta debería ser la Segunda Guerra Mundial. Las posiciones ideológicas no fueron, en principio, tan precisas como en la precedente. Estados que, como Alemania e Italia, habían adoptado la idea autoritaria antidemocrática y se habían agrupado contra las fuerzas de izquierda, afirmando, en una primera fase de esta guerra, el derecho de las "naciones proletarias" contra la plutocracia mundial, parecieron casi esposar al marxismo sobre el plano internacional dando a su guerra el sentido de una insurrección del Cuarto Estado contra las grandes democracias, donde se había consolidado el poder del Tercer Estado. Pero, en el conjunto, y en particular tras la nueva intervención norteamericana, la principal ideología, que se precisó siempre ante todo, fue la que había ya inspirado la primera guerra mundial, a saber, la cruzada de las naciones democráticas para "liberar" a los pueblos esclavos de "sistemas retrógrados" de gobierno (6). Esta ideología, sin embargo, debía rápidamente convertirse en una simple fachada respecto a los nuevos grupos que se formaron. Aliándose con la Rusia Soviética con el fin de abatir a las potencias del "Eje" y rechazando desviarse de un radicalismo insensato, las potencias democráticas repitieron el error consistente en pensar que puede utilizarse impunemente a las fuerzas de la subversión para sus propios fines e ignorar que en virtud de una lógica fatal, cuando fuerzas correspondientes a grados diferentes de la subversión se

encuentran o enfrentan, las que correspondan al grado más avanzado, tendrán finalmente la ventaja. En realidad, es claro que del lado soviético la "cruzada democrática" no había sido concebida más que como un útil trabajo preparatorio, en relación a los planes mundiales del comunismo. El fin de las hostilidades marcó igualmente el fin de esta alianza híbrida y el verdadero resultado de la Segunda Guerra Mundial fue eliminar a Europa como factor de la gran política mundial, barrer todas las formas intermedias y dejar a los Estados Unidos y Rusia frente a frente, en tanto que representantes supranacionales de fuerzas del tercer y cuarto Estados.

Lo que hubiera salido de un conflicto armado eventual entre estas dos potencias, en último análisis, importa poco. Los determinismos de una especie de justicia inmanente están en marcha y, en todo caso, de una manera u otra, el proceso se desarrollará hasta el final. Por sus repercusiones sociales, una tercera guerra mundial acarrearía el triunfo definitivo del Cuarto Estado, sea de una manera violenta o bajo la forma de "evolución", o acaso de ambas formas a la vez. Hay más. Sobre el plano de las fuerzas políticas tendidas hacia la dominación universal, Rusia y América se presentan hoy en una relación de antagonismo. Pero si se examina en su esencia los temas que predominan en cada una de las dos civilizaciones, si se profundiza en sus ideales y sobre todo en la tendencia central de las transformaciones efectivas que han sufrido y que están en trance de sufrir, todos los valores y todos los intereses de la vida, se descubre una convergencia y una similitud fundamental. Rusia y América aparecen como dos expresiones diferentes de una sola cosa, como dos vías para desembocar en la formación de este tipo humano que es la conclusión extrema de procesos que presiden el desarrollo del mundo moderno. Conviene examinar tales convergencias. No solo en tanto que potencias políticas, sino en tanto que "civilizaciones", Rusia y América son las dos ramas de una sola tenaza, que, desde Oriente y Occidente, está en trance de cerrarse rápidamente en torno al núcleo, hoy agotado, en sus energías y en sus hombres, de la antigua Europa. Los conflictos exteriores, las nuevas crisis, las nuevas destrucciones no serán más que medios para abrir definitivamente las vías a las diversas formas del mundo del cuarto Estado.

16

EL CICLO SE CIERRA

a) RUSIA

Algunos rasgos típicos de la revolución bolchevique merecen ser recordados. No

presenta más que en un grado muy débil el carácter romántico, tempestuoso, caótico e irracional propio de las otras revoluciones, sobre todo de la Revolución francesa. Se percibe, por el contrario, aparecer una inteligencia, un plan bien meditado y una técnica. Lenin mismo estudió, desde el principio hasta el fin, el problema de la revolución proletaria, de la misma forma que el matemático debe afrontar un problema de cálculo superior, analizando, fríamente y con calma, hasta los menores detalles. Según sus propias palabras, "los mártires y los héroes no son necesarios para la causa de la revolución: lo preciso es una una lógica y una mano de hierro", "nuestra misión no es rebajar la revolución al nivel del diletante, sino elevar al diletante al nivel de revolucionario". A esta regla obedece la actividad de un Trotsky, que hizo de la insurrección y del golpe de Estado, menos un problema popular y de masas que un problema técnico que requiere el empleo de tropas especializadas y bien dirigidas (1).

Se constata, en consecuencia, en los jefes, una implacable perseverancia. Son indiferentes a las consecuencias prácticas, a las calamidades sin número que resultaron de la aplicación de principios abstractos. El hombre, para ellos, no existe. Fueron como fuerzas elementales quienes se encarnaron, con el bolchevismo, en un grupo de hombres en quienes la feroz concentración del fanático se unió a una lógica exacta, al método, a la búsqueda exclusiva del medio mas adaptado para el fin perseguido, que es lo propio del técnico. No fue más que en el curso de una segunda fase, suscitada por ellos y mantenida, en amplia medida, entre los diques preestablecidos, que se produjo el desencadenamiento del sub-suelo del antiguo Imperio ruso, el régimen del terror de la masa se aplicó a destruir y a extirpar frenéticamente todo lo que se relacionaba con las clases dominantes precedentes y con la civilización ruso-boyarda en general.

Otro hecho característico es que, mientras las revoluciones anteriores, en su demonismo, escaparon casi siempre de las manos de aquellos que las habían suscitado y devoraron a sus hijos, este fenómeno no se verificó en Rusia más que en una débil medida: el poder y el terror se estabilizan. Si la lógica inexorable de la revolución roja no duda en eliminar y abatir a los bolcheviques que intentaban alejarse de la dirección ortodoxa, sin respetar las personas y sin escrúpulos en cuanto a la elección de medios, el centro no conoció crisis ni oscilaciones importantes. Rasgo este, tan característico como siniestro, pues prefigura la época en que las fuerzas tenebrosas cesarán de actuar, como anteriormente, tras los bastidores, porque formarán un todo con el mundo de los hombres, al haber encontrado una perfecta encarnación en seres en los que el demonismo se une a la inteligencia más lúcida, a un método, a un poder exacto de dominación. Una de las características más notables

del punto final de cada ciclo es precisamente un fenómeno de este tipo.

En cuanto a la idea comunista, quien ignore que existen, en el comunismo, dos verdades, será inducido al error. Una de estas verdades, esotérica por así decirlo, presenta un carácter dogmático e inmutable; corresponde a los principios de base de la revolución y se encuentra formulada en los escritos y en las directivas del primer período bolchevique. La segunda es una verdad cambiante, "realista", forjada caso por caso, a menudo en oposición aparente con la primera y comporta eventuales compromisos con las ideas del mundo "burgués" (idea patriótica, suavizaciones aportadas al régimen de la propiedad colectiva, mito eslavo, etc.). Las diversas manifestaciones de esta segunda verdad son abandonadas en el momento que han realizado su fin táctico: no son mas que simples instrumentos al servicio de la primera verdad y quienes pensaron, en un momento cualquiera que el bolchevismo ha sido "superado", que ha "evolucionado" y se orienta hacia formas normales de gobierno y de relaciones internaciones, son muy ingenuos.

Pero es preciso no dejarse engañar tampoco por la primera verdad: no es el mito económico marxista el elemento primario, sino más bien la negación de todo valor de orden espiritual y trascendente. La filosofía y la sociología del materialismo histórico no son más que simples expresiones de esta negación; derivan de esta y no inversamente, como la práctica comunista correspondiente no representa más que uno de los métodos para realizarla sistemáticamente. El resultado al cual llegan siguiendo esta dirección hasta el fin -como lo hace el comunismo soviético- es importante: es la integración, es decir la desintegración del individuo, en lo que se ha llamado lo "colectivo" cuyo derecho es soberano. Y el fin que persigue el mundo soviético, es precisamente la eliminación, en el hombre, de todo lo que tiene un valor de personalidad autónoma, de todo lo que puede representar para él un interés independiente del colectivo. La mecanización, la desintelectualización y la racionalización de la actividad, en todos los planos, forman notablemente parte de los medios empleados para alcanzar este fin y no son considerados, tal como en la actual civilización europea, como consecuencias de procesos fatales que se han de sufrir pero que se deploran. Estando limitado todo horizonte a la economía, la máquina se convierte en el centro de una nueva promesa mesiánica y la racionalización aparece igualmente como uno de los medios de liquidar los "residuos" y los "accidentes individualistas" de la "epoca burguesa".

En esta perspectiva, la abolición de la propiedad y de la iniciativa privadas, que sigue estando en la base de la doctrina interna del comunismo, a pesar de algunos compromisos de carácter contingente, no representa en la U.R.S.S., más que un

episodio y un medio en vistas a la realización de un fin. El fin es precisamente la realización del hombre-masa y del materialismo integral, en todos los dominios, sin común medida con el contenido de un tipo puramente económico. Lo propio del sistema es considerar el "Yo", el "alma" y la noción de "mío" como ilusiones y prejuicios burgueses, como ideas fijas, principios de todo mal y de todo desorden, de los que una cultura realista y una pedagogía adecuadas deberán liberar al hombre de la nueva civilización soviética y socialista. Se procede así a la liquidación en bloque de todas las prevaricaciones individualistas, libertarias y humanístico-románticas de la fase que hemos llamado del irrealismo occidental. Se conoce la frase de Zinovieff: "En todo intelectual veo un enemigo del poder soviético". El arte debe convertirse en arte de masa, debe cesar de hacer "psicología", de ocuparse de los asuntos privados del individuo, servir al placer de las clases superiores parásitarias; no debe ser una creación individualista, sino despersonalizarse y transformarse en "un potente martillo que incita al proletario a la acción". Se contesta que la ciencia misma pueda hacer abstracción de la política, es decir, de la idea comunista como fuerza formadora, y ser "objetiva", algo que se ve como una peligrosa desviación ideológica "contra-revolucionaria". Un ejemplo característico es el de Vasileff y otros biólogos relegados a Siberia porque la teoría genética que sostenían reconociendo el factor "herencia" y "disposición innata", presentando al hombre de otra forma que como sustancia amorfa y tomando forma solo a través de la acción exterior del medio, como lo quiere el marxismo, no respondía a la idea central del comunismo. Lo más extremo del materialismo evolucionista y el cientifismo sociológico en el pensamiento occidental es utilizado como dogma del "pensamiento de Estado", a fin de producir un lavado de cerebro en las nuevas generaciones y para que tome forma una mentalidad adecuada, profundamente arraigada. En cuanto a la campaña antireligiosa, no tiene el carácter de un simple ateísmo, sino más bien de una verdadera contra-religión y puede percibirse que es en ella donde se delata la verdadera esencia del bolchevismo, es ella quien le facilita los medios más eficaces de hacer desaparecer la gran enfermedad del hombre occidental, esta "fe" y esta necesidad de "creer" que sirvieron de sucedáneo mientras que se perdía la posibilidad de contactos reales con el mundo superior. Una "educación de los sentimientos", orientada de igual forma, es también contemplada, a fin de que las complicaciones del "hombre burgués", el sentimentalismo, la obsesión del eros y de la pasión, sean "desdramatizadas". Estando niveladas las clases, los sexos lo están también, la igualdad completa de la mujer en relación al hombre está legalmente instituida en todos los dominios. El ideal consiste en que no existan ya mujeres frente a hombres, sino solo "camaradas" en el seno de una masa prácticamente asexuada. Así, incluso la familia, no solo tal como subsiste aún, bajo una forma residual, en la tradición burguesa del hogar, con sus sentimentalismos y su convencionalismo, es virtualmente disuelta, lo que se llama los

zags han representado ya, a este respecto, una convulsión característica; y se conocen todas las medidas tomadas en la U.R.S.S. para que la educación devenga exclusivamente cuestión del Estado, para que, desde la infancia, la vida colectiva sea preferida a la vida familiar y para que las clases, el Estado y el partido suplanten el lazo familiar, al igual que a cualquier otro lazo de naturaleza particular.

En el aspecto interno de la ideología bolchevique no hay lugar para el concepto de patria o de nación; estas ideas son "contra-revolucionarias", incluso si, como hemos dicho, está permitido hacer un empleo táctico fuera de la Unión Soviética, tendente a ejercer una acción desagregadora preliminar. Según la primera constitución soviética, un extranjero forma parte obligatoria y automáticamente de la unión de los soviets si es un trabajador proletario, mientras que un ruso, si no es proletario, está excluido, y, por así decirlo, "desnaturalizado", convirtiéndose en un paria privado de personalidad jurídica (2). Según la estricta ortodoxia comunista, Rusia no es más que la tierra donde la revolución mundial del Cuarto Estado ha triunfado y está organizada, para extenderse ulteriormente. El pueblo ruso se ha caracterizado siempre por una mística de la colectividad, al mismo tiempo que por un confuso impulso mesiánico: se ha considerado como el pueblo teóforo -portador de Dios- predestinado a una obra de redención universal. Todo esto fue recuperado, bajo una forma invertida y modernizada, por la teoría marxista. Dios se ha transformado identificándose con el hombre "terrestre" y colectivizado, y el "pueblo teóforo" es aquel que se aplica en hacer triunfar, por todos los medios, la civilización sobre el conjunto de la tierra.

Todo esto forma parte esencialmente de la verdad interna del bolchevismo; es su eje de marcha (3). Desde el punto de vista histórico, llegada la fase estalinista del bolchevismo, el mito de la "revolución" en sentido antiguo, asociado al caos y al desorden, aparece como ya lejano: es por el contrario hacia una nueva forma de orden, de sistema y de unidad a donde se encamina. La revolución se convierte, según la fórmula conocida, en "revolución permanente" y se manifiesta en el totalitarismo. La sociedad se vuelve una máquina que no comporta más que un solo motor, el Estado comunista. El hombre no es más que una leva o un rodamiento de esta máquina y basta que alguien se oponga para ser inmediatamente arrastrado y barrido por el engranaje, para el cual el valor de la vida humana es nulo y no importa que infamia lícita. Materia y espíritu están enrolados en la empresa única, de forma que la U.R.S.S. se presenta como un bloque que engloba todo, que es simultáneamente Estado, trust e Iglesia, sistema político, ideológico y económico-industrial, en el marco de estructuras integralmente centralizadas. Es el ideal del super-estado, inversión siniestra del ideal orgánico tradicional.

De forma general, en la civilización soviético-comunista se anuncia algo parecido a una **singular ascesis o catarsis en grande tendiendo a una superación radical del elemento individualista y humanista y a un retorno al principio de la realidad absoluta y de la impersonalidad, pero invertido, dirigido no hacia lo alto, sino hacia lo bajo, no hacia la supra-humanidad, sino hacia lo sub-personal, no hacia la organicidad sino hacia el mecanismo, no hacia la liberación espiritual, sino hacia el servilismo social total.** Tal es la característica del bolchevismo, su verdadero rostro, su sentido último.

Que el primitivismo de la gran masa heteróclita que compone la Unión Soviética, donde las masacres han hecho desaparecer casi todos los elementos racialmente superiores, contribuya a remitir a un futuro todavía lejano la formación efectiva del "hombre nuevo", del "hombre soviético", es algo que carece de importancia. La **dirección** está marcada. El mito terminal del mundo del Cuarto Estado ha cobrado una forma precisa y una de las mayores concentraciones de poder del mundo está a su servicio, una potencia que es al mismo tiempo el centro de una acción organizada, subterránea o abierta, de subordinación y de agitación de masas internacional o de pueblos de color contra la hegemonía europea.

B) AMERICA

Mientras que el bolchevismo, según las palabras de Lenin, considera el mundo romano-germánico como "el mayor obstáculo para el advenimiento del hombre nuevo" y alcanza -aprovechando la cruzada de las naciones democráticas cegadas- a restarle prácticamente toda influencia sobre la orientación de los destinos europeos, ha visto, ideológicamente, en los Estados Unidos, una especie de tierra prometida. Habiendo desaparecido los antiguos dioses, la exaltación del ideal técnico-mecánico debía tener por consecuencia una especie de "culto a América". "La tempestad revolucionaria de la Rusia Soviética debe unirse al ritmo de la vida americana". "Intensificar la mecanización ya en curso en América y extenderla a todos los dominios, tal es la tarea de la nueva Rusia proletaria", fórmulas que corresponden a directivas casi oficiales. Es así como un Gasteff ha proclamado el "super-americanismo" y Maiakowski ha dirigido a Chicago, "metrópolis electro-dinámico-mecánica", su himno colectivista (4). América en tanto que ciudadela del "imperialismo capitalista" pasa evidentemente aquí al segundo plano en relación a América que simboliza la civilización de la máquina, la cantidad y la técnica. Los elementos de similitud, lejos de ser extrínsecos, encuentran una confirmación en muchos otros dominios.

Todo el mundo conoce la naturaleza y el número de las divergencias que separan Rusia y América del Norte sobre el plano étnico, histórico, caractereológico, etc. No es necesario subrayarlos de nuevo. Estas divergencias, sin embargo, no modifican en nada este hecho fundamental: algunas partes de un "ideal" que, en el bolchevismo, no existe aun como tal, no ha sido impuesto por una fuerza exterior, se ha realizando en América en virtud de un proceso espontáneo. No son "teorías" sino realidades de hecho, naturales y evidentes. Es pues en un medio aun más amplio del que soñaba Engels, donde se ha realizado su profecía, a saber que sería el mundo del capitalismo quien allanaría la vía para el mundo del Cuarto Estado.

América también, en su forma esencial de considerar la vida y el mundo, ha creado una "civilización" que se encuentra en perfecta contradicción, con la antigua tradición europea. Definitivamente ha instaurado la religión del utilitarismo y del rendimiento, ha situado el interés por el beneficio, la gran producción industrial, la realización mecánica, visible, cuantitativa, por encima de cualquier otra. Ha dado nacimiento a una grandeza sin alma de naturaleza puramente técnico-colectiva, privada de todo telón de fondo de trascendencia, de toda luz de interioridad y de verdadera espiritualidad. También ha opuesto a la concepción del hombre integrado en tanto que cualidad y personalidad en un sistema orgánico, una concepción donde no es más que un simple instrumento de producción y de rendimiento material en un conglomerado social conformista.

Mientras que en el proceso de formación de la nueva mentalidad soviético-comunista el "hombre masa" que vivía ya místicamente en el subsuelo de la raza eslava, ha jugado un papel importante, y no hay de moderno más que el plano que tiende a su encarnación racional en una estructura política omnipresente, en América el fenómeno procede del determinismo inflexible por el cual el hombre, separándose de lo espiritual para consagrarse a una voluntad de grandeza temporal, más allá de toda ilusión individualista, cesa de pertenecerse a sí mismo, para convertirse en parte integrante de una entidad que termina por no poder dominar y que lo condiciona de forma múltiple. Fue precisamente el ideal de conquista material rápidamente asociado al del bienestar físico y a la "prosperity", quien determinó las transformaciones y la perversión que América presenta. Se dice con razón que en su carrera hacia la riqueza y el poder, América ha abandonado la vía de la libertad para seguir la del rendimiento. "Todas las energías, comprendidas las del ideal y casi las de la religión, concurren a este mismo fin productivo: se está en presencia de una sociedad del rendimiento, casi de una teocracia del rendimiento, que tiende finalmete a producir cosas aun mas que hombres", o de hombres, solamente en tanto que más eficaces

productores de cosas. Una especie de mística exalta, en los Estados Unidos, los derechos supremos de la comunidad. "El ser humano, convertido en medio antes que fin, acepta este papel de engranaje de la inmensa máquina, **sin pensar un instante que pueda verse disminuido**, de donde deriva "un colectivismo de hecho, querido por élites y alegremente aceptado por la masa, que mina subrepticamente, la libertad del hombre y canaliza tan estrechamente su acción que, sin sufrir e incluso sin saber, confirma él mismo su abdicación". "La juventud, por su parte, no deja traslucir ninguna protesta, ninguna reacción contra la tiranía colectiva: lo acepta manifiestamente como algo implícito; en otras palabras, el régimen le conviene" (5).

Este estado de cosas provoca la aparición de temas idénticos en el sentido que, incluso en el terreno más general de la cultura, se establece necesaria y espontáneamente una correspondencia con los principios formadores de la nueva "civilización" soviética.

Así, aunque América no piense en desplazar completamente todo lo que es intelectualidad, ciertamente experimenta en relación a esta y en la medida en que no aparece como instrumento de una realización práctica, una indiferencia instintiva, como respecto a un lujo ante el cual no debe entretenerse quien tiende hacia cosas serias tales como el "**get rich quick**", el "**servicio**", o una campaña a favor de tal o cual prejuicio social y así sucesivamente. En general, mientras los hombres trabajan, son sobre todo las mujeres quienes se ocupan, en América, de "espiritualismo": de ahí el muy importante porcentaje de miembros femeninos en los miles de sectas y sociedades en las que el espiritismo, el psicoanálisis y las doctrinas orientales deformadas se mezclan con el humanitarismo, el feminismo el sentimentalismo, ya que fuera del puritanismo socializado y del cientifismo, es poco más o menos a este nivel donde se sitúa la "espiritualidad" americana. E incluso cuando América atrae con sus dólares a los representantes y las obras de la antigua cultura europea, utilizados gustosamente para diversión de los señores del Tercer Estado, el verdadero centro se encuentra en otra parte. En América, el "inventor" de algún nuevo ingenio que multiplique el "rendimiento" será siempre, de hecho, más considerado que el tipo tradicional de intelectual; no sucederá nunca que todo lo que es beneficio, realidad y acción en el sentido material, pese menos en la balanza de los valores que todo lo que puede proceder de una actitud de dignidad aristocrática. Si América no ha borrado oficialmente, como el comunismo, la antigua filosofía, ha hecho algo mejor: por boca de un William James, ha declarado que lo útil es el criterio de verdad y que el valor de toda concepción incluso metafísica, debe ser medida por su eficacia práctica, es decir, a fin de cuentas, según la mentalidad americana, por su eficacia económico-social. El **pragmatismo** es una de las señas de identidad más

características de la civilización americana contemplada en su conjunto, al igual que la teoría de Dewey y el behaviorismo corresponden exactamente a las teorías extraídas, en la URSS, de los puntos de vista de Pavlov sobre los reflejos condicionados y, como este, excluye totalmente el Yo y la conciencia en tanto que principio sustancial. La esencia de esta teoría típicamente "democrática" es que no importa quien puede devenir no importa que -a través de un cierto adiestramiento y una cierta pedagogía- lo que equivale a decir que el hombre, en sí, es una sustancia informe, maleable, tal como la concibe el comunismo, que considera como anti-revolucionario y anti-marxista la teoría genética de las cualidades innatas. El poder de la publicidad, del **advertising**, en América, se explica por lo demás a través de la inconsistencia interior y la pasividad del alma americana, que, en varios aspectos, presenta las características bidimensionales, no de la juventud, sino del infantilismo.

El comunismo soviético profesa oficialmente el ateísmo. América no ha llegado a tanto, pero sin percibirlo -y aun estando convencida incluso de lo contrario- se desliza a lo largo de una pendiente donde no subsiste nada de lo que incluso en el marco del catolicismo, tenía el sentido de una religión. Ya hemos visto a que se ha reducido la religiosidad en el protestantismo: habiendo rechazado todo principio de autoridad y de jerarquía, habiéndose liberado de todo interés metafísico, de dogmas, ritos, símbolos y sacramentos, se ha empobrecido en un simple moralismo que, en los países anglosajones puritanos y sobre todo en América pasa al servicio de la colectividad conformista.

Siegfried (6) señala justamente que la única verdadera religión americana es el calvinismo, el cual profesa que "la célula verdadera del organismo social... no es el individuo, sino el grupo". La fortuna es considerada como un signo de elección divina, siendo "difícil distinguir la aspiración religiosa de la persecución de la riqueza". Se admite así como moral y deseable que el espíritu religioso se convierta en un factor de progreso social y de desarrollo económico. En consecuencia, las virtudes necesarias para la persecución de fines sobrenaturales terminan por aparecer inútiles e incluso nocivas. A los ojos de un americano puro, el asceta no es más que un hombre que pierde su tiempo, un parásito de la sociedad; el héroe en el sentido antiguo no es más que una especie de loco peligroso que conviene eliminar recurriendo a oportunas profilaxis pacifistas y humanitarias, mientras que el moralista puritano y fanático está rodeado de una aureola resplandeciente.

Todo esto ¿está muy alejado del principio de Lenin consistente en barrer "toda concepción sobrenatural o de alguna forma ajena a los intereses de clase", a destruir

como un mal infeccioso todo vestigio de espiritualidad independiente? ¿no es aprovechando la misma mística del hombre "terrestre" y todopoderoso que toma forma, en América como Rusia, la ideología del mesianismo técnico?

Hay otro punto sobre el cual conviene atraer la atención. Con la NEP, no se ha abolido el capitalismo privado en Rusia, más que para sustituirlo por un capitalismo de Estado, capitalismo centralizado sin capitalistas visibles, lanzado, por así decirlo, en una empresa gigantesca a fondo perdido. Teóricamente, todo ciudadano soviético es simultáneamente obrero y accionista del trust omnipotente y universal del Estado proletario. Prácticamente, sin embargo, es un accionista que no percibe dividendos: fuera de lo que recibe para vivir, el producto de su trabajo va inmediatamente al Partido que lo relanza en otras empresas sin permitir nunca que sea acumulado por el individuo, esforzándose por el contrario para que resulte un poder cada vez más grande del hombre colectivo, conforme a los planes de la revolución y de la subversión mundiales. Si se recuerda lo que hemos dicho a propósito de la ascesis capitalista -fenómeno sobre todo americano-, o sobre la riqueza que, en lugar de ser el fin del trabajo y el instrumento para una grandeza extra-económica o simplemente para el libre placer del individuo, se convierte en América, en el medio de producir un nuevo trabajo, una nueva riqueza y así sucesivamente, mediante procedimientos en cadena que van cada vez más lejos y no admiten tregua, llegamos así de nuevo a constatar que en América, aquí y allí, de forma espontánea y en un régimen de "libertad", se afirma un estilo idéntico al que, de una forma sombría y violenta, las estructuras centralizadas de Rusia soviética están en vías de realizar. Así, en la talla inquietante de las metrópolis americanas donde el individuo, convertido en "nómada del asfalto", toma conciencia de su nulidad infinita ante el reino inmenso de la cantidad, ante los grupos, los trusts y los **standars** todopoderosos, la jungla tentacular de los rascacielos y de las fábricas, mientras que los dominadores son encadenados a las mismas cosas que dominan, lo colectivo se manifiesta primeramente y bajo una forma aún más desprovista de rostro que en la tiranía ejercida por el régimen soviético sobre elementos primitivos y aménudo apáticos.

La standarización intelectual, el conformismo, la "moralización" obligatoria y organizada en grande sobre bases puritanas, son fenómenos típicamente americanos, pero que encajan sin embargo con el ideal soviético de un "pensamiento de Estado" válido para toda la colectividad. Se ha señalado con razón que todo americano -llámese Wilson o Roosevelt, Bryan o Rockefeller- es un evangelista que no puede dejar a sus semejantes tranquilos, que considera como su deber constante predicar y convertir, purificar, elevar a cada uno al nivel moral "standard" de los Estados Unidos, del cual no se duda que sea el más elevado. Se ha empezado por el

abolicionismo en la guerra de Secesión, y se ha terminado por la doble "cruzada" democrática wilsoniana y rooseveltiana. Pero, incluso a una escala más pequeña, se trate de la prohibición, de la propaganda feminista, pacifista, naturista, del apostolado eugenésico y así sucesivamente, el espíritu sigue siendo el mismo, es siempre la misma voluntad de standarización, la intrusión insolente de lo colectivo y lo social en la esfera individual. Es absolutamente falso pretender que el alma americana sea "abierta" y sin prejuicios: no hay otra con tantos tabúes. Pero los asimila de tal forma, que termina por no percibirlos.

Ya hemos dicho que una de las razones del interés que tiene la ideología bolchevique por América, es la importante contribución que la técnica aporta, en este tipo de civilización, al ideal de la despersonalización. El "standard" moral corresponde al "standard" práctico del americano. El "confort" al alcance de todos y la superproducción que caracterizan América han sido pagados con un trágico precio: millones de hombres reducidos al automatismo en el trabajo, a una especialización a ultranza que restringe el campo mental y embota toda sensibilidad. En lugar del antiguo artesano, para quien todo oficio era un arte, de forma que todo objeto llevaba la marca de su personalidad y, en todo caso, era producto de sus propias manos, suponía un conocimiento personal, directo, cualitativo de este oficio, estamos ahora ante una "horda de parias que sirven estúpidamente a los mecanismo de los cuales uno solo, aquel que los repara, conoce sus secretos, con gestos casi tan automáticos y uniformes como los movimientos de sus máquinas". Stalin y Ford se dan aquí la mano y, naturalmente, se establece un circuito: la standarización inherente a todo producto mecánico y cuantitativo determina e impone la standarización de quien lo consume, la uniformidad de los gustos y la reducción progresiva a algunos tipos, conforme a las tendencias que se manifiestan directamente en la mentalidad. Y todo, en América, converge en este fin: el conformismo bajo la forma de **matter-fact, likemindedness** es, sobre todos los planos, la consigna. Así, cuando los diques no se rompen por el fenómeno de la criminalidad organizada y por otras formas salvajes de "super-compensación" (ya hemos hecho alusión a la **beat generation**), el alma americana, aligerada por todos los medios del peso de una vida responsable de sí misma, llevada hacia la sensibilidad y la acción sobre los railes ya colocados, claros y duros de Babbitt, se convierte en simple y natural como puede serlo una legumbre, sólidamente protegida contra toda preocupación trascendente por las ojeras del "ideal animal" y de la visión moralista, optimista y deportiva del mundo.

Se podría hablar, en lo que concierne a la masa de los americanos, de una refutación en grande del principio cartesiano "**cogito, ergo sum**": "no piensan, pero son", "son", incluso, a menudo, como seres peligrosos y en ocasiones sucede que su primitivismo

supera con mucho el del eslavo que no se ha transformado enteramente en "hombre soviético".

La nivelación, naturalmente, se extiende también a los sexos. La emancipación soviética de la mujer concuerda con la que en América la idiotez feminista, extrayendo de la "democracia" todas sus consecuencias lógicas, había ya realizado desde hacia tiempo, en relación con la degradación materialista y utilitarista del hombre. Con los divorcios en cadena y en repetición, la desintegración de la familia prosigue en América a un ritmo análogo al que puede esperarse en una sociedad que no conoce más que "compañeros" y "compañeras" de los dos sexos; mujeres que, han abdicado en tanto que tales de sí mismas, creen elevarse asumiendo y ejerciendo una forma cualquiera de actividad masculina; mujeres que parecen ser castas en su impudicia, en el culto narcisista de su cuerpo e incluso en las perversiones más extremas, o que encuentran en el alcohol el medio de descargar energías reprimidas o desviadas de su naturaleza (7); hombres y chicas jóvenes, en fin que, en una promiscuidad amistosa y deportiva, parecen no conocer nada de la polaridad y el magnetismo elemental del sexo. Todo esto son fenómenos de pura marca americana, incluso si su difusión infecciosa en la casi totalidad del mundo, a partir de ahora, no permite prácticamente conocer el origen. En el estado actual de cosas, si existe, a este respecto, una diferencia, en relación a la promiscuidad deseada por el comunismo, esta diferencia no es a favor de América; corresponde en efecto a la preponderancia del factor ginecocrático que se constata en América y en los países anglo-sajones en general, donde toda mujer y toda joven consideran como perfectamente natural que se le reconozca de derecho una especie de preeminencia y de intangibilidad moral.

En los inicios del bolchevismo, alguien había propuesto el ideal de una música hecha de ruidos colectivos para purificar también en este campo las concreciones sentimentales burguesas. Es esto lo que América ha realizado en grande y difundido en el mundo entero bajo la forma de un fenómeno extremadamente significativo: el **jazz**. En las grandes salas de las ciudades americanas donde centenares de parejas se sacuden concertadamente como muñecos epilépticos y automáticos al son de los ritmos sincopados de una música negra, es verdaderamente un "estado masas", la vida de un ser colectivo mecanizado, quien despierta (8). Hay pocos fenómenos que expresan, como este, la estructura general del mundo moderno en su última fase: esta estructura se caracteriza, en efecto, por la coexistencia de un elemento mecánico, sin alma, esencialmente hecho de movimiento y de un elemento primitivista y sub-personal que arrastra al hombre a un clima de sensaciones turbulentas ("un bosque petrificado en el cual actúa el caos" H. Miller). Además, algunas

178

representaciones "teatralizadas" del despertar del mundo proletario, que formaban parte del programa bolchevique, y han sido realizados, aquí y allí, como medio de activación sistemática de masas, tienen desde hace tiempo su equivalente, sobre una escala mayor y bajo una forma espontánea, en América: es el delirio insensato por los espectáculos deportivos, centrados en la degradación plebeya y materialista del culto a la acción, fenómeno de irrupción de lo colectivo y de regresión en lo colectivo, que por otra parte, como se sabe, han franqueado desde hace tiempo el océano.

El americano Walt Whitman, poeta y místico de las democracias sin rostro, puede ser considerado como un precursor de esta "poesía colectiva" incitando a la acción, que, como hemos dicho, es uno de los ideales del comunismo y forma parte de su programa. Es, en el fondo, el lirismo de este tipo que impregna numerosos aspectos de la vida americana: deporte, activismo, producción, servicio. Así como en la URSS basta esperar que los desarrollos adecuados disuelvan los residuos primitivos y caóticos del alma esclava, en los Estados Unidos hay que esperar solo, que los residuos individualistas del espíritu de los **rangers**, pioneros del Oeste, y de lo que se desencadena aun y busca una compensación en la gesta de los gansters, los existencialistas anárquicos, y otros fenómenos del mismo género, sean reducidos y recuperados en la corriente central.

Si el marco de esta obra lo permitiera, sería fácil aclarar otros puntos de correspondencia, permitiendo ver en Rusia y América **dos caras de una misma cosa**, dos movimientos correspondientes a los dos mayores centros de poder del mundo que convergen en su obra de destrucción. La una, realidad en vías de formación, bajo el puño de hierro de una dictadura, a través de una estatización y una racionalización integrales. La otra, realización espontánea (y por ello aun más preocupante) de una humanidad que acepta ser y **quiere** ser lo que es, que se siente sana, libre y fuerte y llega sola al mismo punto, sin sombra casi personificada del "hombre colectivo" que sin embargo lo tiene en su red, sin el compromiso fanático-fatalista del eslavo comunista. Pero tras una y otra "civilización" tras una y otra grandeza, aquel que sabe ver reconoce los rasgos del advenimiento de la "Bestia sin Nombre".

A pesar de esto, existen quienes siguen defendiendo la idea de que la "democracia" americana es el antídoto del comunismo soviético, el otro término de la alternativa autotitulada "mundo libre". Se reconoce en general el peligro cuando se presenta bajo la forma de un ataque brutal, físico, exterior; no se le conoce, cuando sigue vías interiores. Desde hace tiempo ya, Europa sufre la influencia de América, y por tanto, la acción corruptora de los valores y de los ideales propios al mundo norte-americano. Esto por una especie de cotragolpe fatal. En efecto, como se ha dicho con razón,

América no representa más que un "extremo Occidente", el desarrollo ulterior, hasta el absurdo de las tendencias de base de la civilización moderna, en general. Es por ello que una verdadera resistencia es imposible cuando se mantienen los principios de esta civilización y sobre todo el espejismo de la técnica y de la producción. Con el desarrollo de esta influencia aceleradora, podría suceder que el cierre de la tenaza de Oriente y Occidente en torno a una Europa que, tras la segunda guerra mundial, privada a partir de toda idea verdadera, ha cesado, políticamente también, de tener el rango de una potencia autónoma y hegemónica mundial, podría suceder, decimos, que no se experimente siquiera el sentimiento de una capitulación. El hundimiento final podrá no tener siquiera los caracteres de una tragedia.

El mundo comunista y America, en su certidumbre de estar investidos de una misión universal, expresan una realidad de hecho. Como hemos dicho, un conflicto eventual entre los dos países correspondería, en el plano de la subversión mundial, a la última de las operaciones violentas, e implicaría el holocausto bestial de millones de vidas humanas, para que se realizara completamente la última fase de involución y descenso del poder, hasta la más baja de las antiguas castas, y el advenimiento de una humanidad colectivizada. Y aun cuando no se verificase tal catástrofe temida por algunos, resultante de la utilización de armas atómicas, al cumplirse este destino, toda esta civilización de titanes, de metrópolis de acero, de vidrio y cemento, de masas pululantes, de álgebra y de máquinas encadenadoras de fuerzas de la materia, de dominadores de cielos y océanos, aparecerá como un mundo que oscila en su órbita y tiende a disolverse para alejarse y perderse definitivamente en los espacios, donde no existe ninguna luz, fuera de aquella siniestra que nacerá de la aceleración de su propia caída.